

EL JARDÍN DE LAS DELICIAS



Ian Watson



Ian Watson

Título original: The Gardens of Delight

Traducción: J. A. Bravo

© 1980 by Ian Watson

© 1987 Ediciones Martínez Roca S. A.

Gran Vía 774 - Barcelona

ISBN: 84-270-1086-9

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: Kitiara

R6 02/03

El cielo sin nubes era de un azul nomeolvides. Muy alta en el cenit, apareció una pin-celada de gas incandescente que se convirtió en una lengua de puro fuego a medida que la astronave penetraba en las capas atmosféricas mas densas. El trueno rodó sobre las lomas y las praderas, interrumpiendo de momento los festejos de los humanos y de las bestias. El torpedo reluciente bajaba poco a poco, hasta que desplegó sus patas articula-das provistas de delicadas antenas, y ellos se preguntaron si no sería un chapitel que ba-jaba metamorfoseado del Empíreo, aunque expulsara por su cloaca los fuegos del Infierno. Las llamas calcinaron un par de trasgos voladores que se habían aventurado dema-siado cerca...

Desde el otero que era su punto de observación, un hombre desnudo contemplaba el aterrizaje de la astronave en el prado. Las llamas desaparecieron entre vaharadas de hu-mo como si la propia hierba se las hubiera tragado. Al fin, la niebla se despejó. Y todo quedó en silencio.

Otros muchos humanos desnudos, hombres y mujeres, vieron también la llegada de la astronave, pero sólo aquel hombre desnudo supo lo que era. Sólo él advirtió las líneas características, escuetas y absolutas, de un artefacto...

Cuando el objeto quedó en reposo y sus fuegos se hubieron apagado, las personas y las criaturas retornaron a sus ocupaciones anteriores. Algunas de ellas, sin embargo, de-cidieron ocuparse del nuevo fenómeno, lo que no quiere decir que acudiesen corriendo a inspeccionarlo. Sin duda, su sentido acabaría por revelarse, aunque de momento perma-neciera sellado para el mundo, un secreto sin un punto de acceso evidente a primera vis-ta. A su debido tiempo, un búho sabio (o un jilguero, que también eran muy hábiles en averiguar cosas) daría la clave de su significado.

El hombre desnudo creyó ser el único que había visto la verdad del aterrizaje.

Pero había otro hombre, éste vestido, que también vio y comprendió. Con la mano ha-ciendo visera sobre los ojos, había salido al balcón de una torre arborescente de color entre rojo y rosado, lejos, hacia el sur: un árbol de piedra recorrido interiormente por lar-gos túneles de mármol translúcido, y plantado sobre un río que vertía sus aguas en un lago.

El hombre vestido hizo una mueca desdeñosa y luego sonrió.

Una urraca se había posado en una de las puntiagudas frondas de piedra que corona-ban la torre arborescente, parecida a una gigantesca yuca fósil. El pájaro encrespó prime-ro sus plumas blancas, luego las negras, y por fin echó a volar.

El hombre vestido le gritó:

—¡Demasiado grande para tu pico, Corvo!

—Craac —respondió el ave con su graznido, mientras volaba en círculo.

—Ve allá —rió él.

El pájaro se alejó. Su vuelo le conduciría, mucho antes de que llegara el hombre des-nudo, al prado en el que había aterrizado la astronave. Pero el hombre no se daba ningun-a prisa, sino que se encaminaba hacia allá con aire pesaroso.

Loquela salió del estanque cubierta de gotitas de agua. Prudente, se había sumergido bajo el agua, conteniendo el aliento, para esquivar el trueno de aquella cosa plateada que cagaba llamas. Estaba intrigada ahora, pero no le tenía miedo. Después de sacudirse sa-lió a la orilla, cubierta de grandes perlas que parecían racimos de huevos..., y que tal vez ahora empezaban a salir de su estado mineral para ablandarse y formar una yema y una clara.

Al verla, un mono hizo cabriolas y lanzó chillidos desde la orilla. Se tapaba los oídos con sus negras manos peludas, y luego se dio una vuelta de campana como para indicar que el mundo se había vuelto del revés.

Un corpulento y bonito anfibio, de ojos inexpresivos y gran papada colgante, que parecía un signo de interrogación, la interpeló también desde la orilla con su resuelto asmático ¿Sería la hembra que acababa de poner su hueva? Pero no, que ésa todavía estaba grávida e hinchada. Sin duda, tenía la conmoción de la reciente paliza sonora. Loquela la tomó en brazos con bastante esfuerzo y la devolvió al agua, donde luego se lavó la mucosidad. Más lejos, el tritón con quien había festejado momentos antes (o mejor dicho, había coqueteado con él, ya que su pene erguido apenas se abarcaba con las dos manos), aún azotaba las aguas azules con su larga cola arqueada, contrariado por la molestia del ruido. El tritón negro tenía la cabeza como un casco, con la cimera fuerte y carnosa y la visera bien cerrada. «¡Bastante bien acorazado, o así me lo figuraba!» Loquela agitó la mano en señal de despedida y corrió con agilidad sobre la hierba; sus diminuto pechos blancos temblaban como lichis. Se agachó para pasar por debajo de un seto y asustó a un pangolín que, tras haberse hecho bola recubierta de escamas ásperas y cortantes, asumía de nuevo la forma cónica de un abeto. Quizá fue el miedo lo que le hizo enrollarse sobre sí mismo, o tal vez el nudo acababa de despertarle. Los pangelines dormían de noche, aunque como en realidad allí no se hacía nunca de noche, tenían que conformarse con la sombra de los setos y los matorrales.

Al pasar cerca de una zarzamora, ella arrancó un fruto gigante ayudándose con ambas manos y mordió las celdillas jugosas hasta que el dulce líquido le corrió barbilla abajo. Era una bebida excitante que llenó sus venas de azúcar, energía e impaciencia.

Más allá, en la pradera grande, yacían algunas víctimas. Casi todas eran peces gigantes que desprendían un tufo a chamuscado. ¡Qué animales tan lentos! Lo extraño en que fuesen capaces de salir a tierra. Pero así evolucionaban, procurando adquirir patas, o incluso alas. A veces la gente se compadecía de ellos y los llevaba un rato en brazos. Como estaban haciendo, en aquellos momentos, algunos humanos refugiados en el prado, que transportaban entre varios un gran mújol colorado. Lo depositaron sobre la hierba para que pudiera ver la prodigiosa torre plateada. Los ojos del mújol, vidriosos, se volvieron hacia ella, para contemplar aquello que se aliaba en el aire y que veían tan desenfocado como los humanos ven la cosas debajo del agua.

Una jirafa blanca que se había precipitado en pleno vuelo había armado el cisco y estaba allí destrozada. Un alcaudón, el pájaro anunciador de la muerte violenta, estaba ya posado sobre los cuernos del animal que resollaba en su agonía, y lanzaba su proclama lastimera. El sinsonte replicó desde algún lugar con su burla. Loquela se precipitó hacia la bestia malherida, sin soltar la jugosa mora. Un jilguero tan grande como la misma Loquela salió de un salto de entre el matorral (¡apenas podía volar!), recogió el fruto con el pico y lo lanzó hacia los labios flácidos y prensiles del camelopardo, que aplastaron más las células de aquel jugo, destilado de frescor y de paz.

La esbelta torre metálica seguía campeando sobre la tierra renegrida y requemada. Los tentáculos habían roto el suelo de hierba hasta encontrar roca firme, como si el mundo no fuese más que una película, y no de las más sólidas. Al observar la verticalidad perfecta de la torre (envidia de mújoles, sin duda alguna), un hombre y una mujer de los que habían transportado el pez se empinaron, cara a cara, en vertical sobre las manos, y se pusieron a hacer el amor tiernamente en tan precaria postura. Eso agradó a Loquela, que miró a su alrededor en busca de pareja, aunque no sin pensar que la pareja ideal habría sido la torre plateada. Ninguna llamarada brotaba ya de ésta, aunque los tubos de escape y toberas de su base aún exhalaban calor y crujían según iban enfriándose. Al poco, todo el calor se disipó y los amantes invertidos alcanzaron su clímax común, tras lo cual se apartaron con suavidad el uno del otro: el cuadrúpedo doble cabeza abajo se fisionaba en dos seres iguales que se mostraban, al fin capaces de andar derechos.

Los amantes la invitaron, con sus manos perezosamente acariciadoras, a participar en el emparejamiento, pero ella meneó la cabeza. Sentía una urgencia excesiva como para satisfacerse con la leve coreografía del epílogo satisfecho. Los amantes sonrieron, comprensivos, y se recostaron sobre la hierba con languidez, las cabezas juntas y las manos ya reposadas. En ese preciso instante saltó sobre ellos un sapo que lanzó su «cuac» triunfal. La mujer le dio una gran margarita para que comiera y él se acercó a Loquela con la flor colgando de la boca, como si le hiciera un presente de amor. Riendo, Loquela se puso el sapo sobre la cabeza y echó a andar de un lado a otro, mientras lo mantenía en equilibrio, hasta que él consiguió colgarle la flor de la oreja. Hecho lo cual saltó con otro «cuac» eufórico que le hizo aterrizar sobre el prado y alejarse en una progresión de saltos decrecientes, tal una bolsita de cuero que rebotase en la hierba como una piedra plana lanzada al agua. Mientras jugueteaba con la flor puesta detrás de la oreja, Loquela aguardaba a que la torre de plata se desprendiera de su secreto y la prendiera en él.

2

En realidad, la astronave se hallaba a varios centenares de kilómetros del punto de destino que Paavo Kekkonen (el piloto y técnico en sistemas de a bordo) había programado en el ordenador. En el último instante, y demasiado tarde para suspender la entrada en la atmósfera, la *Schiaparelli* había sufrido una deriva incontrolada, al disparársele los reactores laterales. Fue un fallo técnico, de eso no cabía ninguna duda. Tuvieron la sensación de que una fuerza externa cerraba la mano sobre ellos, en el punto donde el espacio confinaba con el aire, y los desplazaba bruscamente hacia otro lugar de entrada. Los seis tripulantes de la astronave experimentaron un alivio considerable. Haber navegado desde tan lejos, durante tantos años, para acabar estrellándose..., hubiera sido impensable. Así que, cada uno por su cuenta, procuraron no pensarlo y prefirieron dirigir la atención hacia el mundo exterior.

—Buen trabajo, Paavo —dijo Austin Faraday—. Luego veremos qué ha fallado. Por lo demás, ha sido un aterrizaje tal como viene en el manual. De manera que fue aquí donde vinieron: al Objetivo Tres.

El geólogo y capitán se alisó su blanca melena. Aunque no era un anciano..., salvo si añadiéramos los ochenta y siete años de sueño e hibernación a sus cuarenta y dos años naturales. Era un rubio de pelo muy claro, con un mechón como teñido con agua oxigenada que había seguido creciendo muy lentamente durante la hibernación, lo mismo que los cabellos y las uñas de los demás, y tal como siguen creciendo durante algún tiempo los cabellos y las uñas de los muertos que descansan en el ataúd. Y en efecto, los seis habían pasado todos aquellos años en ataúdes, como si fueran difuntos: tres hombres y tres mujeres. Austin, Paavo y Sean Athlone, Tania Rostov, Denise Laroche y Muthoni Muthiga. Y durante todo aquel tiempo los cabellos y las uñas de aquellos cuerpos casi difuntos habían crecido con una lentitud que cualquier caracol habría envidiado, pero que en un lapso de ochenta y siete años había dado lugar a melenas selváticas dignas de ermitaños, así como a unos zarcillos extravagantes.

Cuando salieron de la hibernación procuraron recortar aquellos zarcillos, no sin dificultades. Aquellas largas y delgadas cimitarras de sustancia córnea eran toda una curiosidad, por lo que no quisieron destruirlas, sino que las guardaron religiosamente como los campesinos chinos de antaño. Uñas de astronautas que tal vez fueran expuestas algún día en el Smithsonian Institute, supuesto que existiera todavía tal institución cuando regresaran. O quizá las sacarían a subasta como los primeros astronautas subastaron los sellos del primer correo estampado en la Luna. Si es que las subastas, o los astronautas, todavía le importaban a alguien cuando regresaran. Aquella era la más larga de las expe-

diciones conocidas, cuarenta y cinco años-luz bajo propulsión hiperespacial, medidos con el patrón de la uña humana...

Al despertar, y una vez recobrado el dominio de sus facultades, Paavo había observado en broma que aquel efecto de crecimiento podía limitar la expansión de los humanos por la galaxia. A menos que descongelasen de vez en cuando a los hibernados para dispensarles un servicio de peluquería y manicura, a la hora de ser despertados por el ordenador, cuando concluyera la expedición, se verían aherrojados por sus propios cabellos, incapaces de deshacer el enredo de las uñas tanto de sus manos como de sus pies. Pensó que habría que darle el nombre de Efecto Poe.

El suyo había sido el viaje más largo, pero ahora sabían que existió un precedente: la expedición de la nave *Exodus V*, también llamada *Copernicus*, cuyo camino habían reconstruido ellos tras despistarse por entre dos sistemas solares que no se evidenciaron a la altura de sus apariencias. Indiscutiblemente, *Copernicus* había aterrizado aquí, bajo ese sol amarillo conocido sólo por su número: 4H (Cuarto Catálogo de Harvard) 97801...

Denise, la ecóloga francesa, miraba con sus prismáticos a través de una escotilla. Su cabello era de un rubio dorado y no había querido cortárselo, al hallarse, al fin, más hermosa cuando despertó, y aunque tanta hermosura resultase excesiva para su cara imperitine y llena de granos...

—Sí, aquí están. En el Objetivo Tres. Pero..., ¿completamente desnudos? ¿Y qué hacen esos grandes pescados en tierra firme? Los tienen como si fueran animales de compañía. ¡Y todas esas bestias! ¿De dónde las habrán sacado? ¡Dios mío, pero si estoy viendo un unicornio, un verdadero unicornio!

Corrió hacia el teclado de la computadora.

Sobre la pantalla catódica se deslizaban las verdes palabras.

EXODUS V «COPERNICUS» LLEVABA EMBRIONES DE ANIMALES DOMÉSTICOS, PECES Y AVES. RELACIÓN DE ESPECIES ANIMALES: VACA, PERRO, CABRA, CABALLO...

Borró la pantalla.

—Es probable que llevasen también archivos con las matrices del ADN —sugirió Muthoni, la médica keniana. Sus finas facciones africanas estaban rodeadas de un nimbo de crespas negras; su piel no era de color chocolate, ni café, ni caqui, sino negro ala de cuervo. Tenía la nariz larga y afilada de una talla en madera y labios gruesos, abultados, firmes y pulidos también como la madera—. Habrán estado jugando con las bioformas, haciendo cambios, añadiendo retoques. Mira esa jirafa blanca, y esos cuernos que tiene en la cabeza. Ésa no es una jirafa terrestre. Han alterado las matrices para obtener criaturas mutantes. Han convertido todo el planeta en un parque..., en un jardín. El país de las maravillas.

—Naturalmente —corroboró con sarcasmo la agrónoma rusa, Tania Rostov, una morena regordeta—. Por supuesto, lo primero que les ocurriría a los colonizadores de cualquier mundo nuevo sería ponerse a transformar el paisaje sin esfuerzo, quitarse toda la ropa y lanzar la manipulación genética *in vitro* como una nueva forma de arte. ¡Detrás del matorral más próximo, seguramente! No se les ocurriría fundar granjas, ni factorías, ni nada por el estilo. Les bastaría con chasquear los dedos y..., ¡hop! ¡presto, el Paraíso!

—Debieron de encontrar el Paraíso ya hecho —replicó Denise— y..., bien, pues no hubo necesidad de luchar. La idea se les impuso por sí sola: fundar la utopía —terminó con una risa nerviosa.

—Por eso ahora se dedican a hacer la vertical para darnos la bienvenida —dijo Austin, frunciendo el ceño—. Me parece que Tania tiene razón.

—A lo mejor es que hemos aterrizado en medio de su reserva natural..., o de su colonia naturista —sugirió la francesa—. ¿Una zona destinada al ocio?

—Por lo que pudimos ver mientras descendíamos, está todo igual; prados, lagos y parques. Al menos en esta región. Nada de prosaicas aldeas o ciudades. Y además, ¿por qué no hace aquí un calor sofocante, eh? Este planeta no gira sobre sí mismo, o gira tan despacio que no logramos apreciarlo. Dejando a un lado la cuestión de lo que haya podido frenar la rotación a esta distancia del sol y sin luna en el cielo, aquí debería hacer un calor insoportable, y el lado oscuro debería estar hecho un bloque de hielo, cosa que no pasa.

—Dijiste que había volcanismo aquí —señaló Paavo.

El finlandés había hecho que Muthoni le cortase el cabello a estilo paje; no le gustaba llevar melenas. Ochenta y siete años antes había sido un ardiente aficionado al esquí, y le desagradaba que el cabello se le enredase en las gafas deportivas. Sin embargo, el corte de pelo que le acababa de hacer la keniana le daba un aire de pícaro que resultaba en cierto modo atractivo.

—Todos hemos visto los fuegos.

—Un par de volcanes no son suficientes para descongelar un hemisferio oscuro —dijo Tama.

—El de aquí debería ser peor que cualquier Ártico que conozcamos —le dio la razón Austin—. Desde luego, hay zonas frías, sí, pero al lado de otras de mucho calor. Como decía, es un mosaico de calores y fríos. Una cosa absurda. El hielo y el fuego.

Sean Athlone se limitaba a permanecer de pie, absorbiendo insaciablemente el paisaje, puesto que aún no se encontraba en condiciones de analizar nada durante mucho rato; eran demasiadas las campanillas que oía repicar dentro de sí (aunque su escuela no era la neoconductista). El psicólogo irlandés había salido de la hibernación barbado hasta las rodillas como un Rip Van Winkle, pero no tardó en desmochar aquella frondosidad, y se dejó una elegante perilla. Su cabeza no lucía melena alguna, puesto que seguía tan despoblada como siempre. Era un caso de calvicie prematura, pero él nunca quiso darse tratamiento rejuvenecedor en el cuero cabelludo. Aunque de formación no religiosa, supo establecer luego una compensación al convertir su calva en un vaso sagrado: un copón pulido con frecuencia por las palmas de sus manos, y relleno del material indispensable para comulgar con el laicado de la psicología. La perilla ardía en la mandíbula como un mechero que calentase y destilase el contenido de la vieja mollera ancestral que coronaba la médula, para elevar el contenido de la misma a la esfera consciente.

—Así pues, ¿cómo se explica este clima templado, estando siempre el sol en el cenit? —inquirió Tania.

—En otras zonas será un eterno amanecer o atardecer —comentó Denise tontamente.

—¿Eterno? Tal vez sí. Quizá tengan noches larguísimas, de un año, o de diez años. ¿Y qué? ¿Emigran en masa o entran en hibernación?

Sean volvía los ojos a todos los lados. Se saturaba de aquel verde intenso, contemplaba, aquí y allá, las grandes flores blancas y amarillas semejantes a balones playeros, las parras de racimos gigantes, un pinzón grande como un ciervo, con franjas de oro en las alas y con una máscara color carmín encima del pico, la cáscara anaranjada de una granada, grande como una campana de buzo, tirada cerca del bosque y partida por un lado, y sobre todo, los dos gimnastas eróticos..., con su desnudez alegre e indiferente, incluso cerca de la astronave y en medio de las víctimas del aterrizaje. Por primera vez, sintió una cierta tumescencia en sus carnes, que si bien estaban descongeladas, en realidad no habían despertado totalmente hasta ese momento. Una excitación curiosamente inocente le invadió al contemplar cómo irrumpía cada vez más gente en la pradera para volver a lo que estaban haciendo antes de que aterrizase la nave, con sublime —sí, en efecto, sublime— indiferencia hacia el vehículo que se alzaba en medio de ellos. Aunque tampoco era indiferencia; al parecer, era sencillamente que lo tomaban por algo diferente, algo más afín a aquellas ciudadelas de piedra, extrañas y barrocas que, según creía, había sido el único en divisar durante las últimas fases del descenso. Eran formaciones que, en parte,

parecían naturales y, en parte, esculpidas o edificadas, pero también, y sin saber cómo, orgánicas, crecimientos de la materia mineral. ¿Tal vez se trataba de las casas, los castillos, los reductos de aquella gente? Pero ¿cómo los habían creado?

Ninguna de aquellas curiosas torres de roca era visible desde el emplazamiento de la nave. Pero Sean tenía en las manos la foto de una de ellas, tomada durante el descenso. Los demás aún no la habían visto. En cierto modo, era la foto de algo que ya estaba en su cabeza, la foto de un sueño, como si alguien hubiera construido la imagen arquetípica de alguna cosa ya sabida.

—¿Podríamos preguntarles a ellos? —sugirió.

Austin Faraday meneó la cabeza.

—No hemos viajado durante ochenta y siete años para salir corriendo y ponernos en cueros, sólo porque las aguas parezcan tranquilas.

—Fíjate en esto. —Sean le tendió la foto que hasta entonces se había reservado para sí, y tal como acababa de comprender en aquel momento, como si se tratase de algo particularmente querido—. Mientras bajábamos pude atisbar varias estructuras como ésta, pero sólo durante unos instantes. Y pude tomar esto. Es una telefoto captada desde unos cinco mil metros de altura.

La fotografía en color, algo borrosa debido a la trepidación de la nave en su descenso, mostraba una roca azul que se alzaba de entre unos árboles achaparrados. La piedra se abría en pétalos como de tulipán o de lechuga. De esa corola mineral salían unos minaretes color rosa, y lo que parecían dos láminas arqueadas de hierba en la imagen, pero grandes como secoyas si la escala era la que suponían, se unían en lo alto para sustentar un aro, un círculo perfecto alzado hacia el cielo. Una horquilla semejante a una varita de zahorí cruzaba los minaretes, como arrojada allí por alguna tremenda tempestad, el resultado de cuyos furores, sin embargo, daba una impresión de serenidad y de equilibrio.

—Esto no es una formación natural —dijo Austin en voz baja—. ¿Es así? —agregó con incertidumbre en la voz.

—Es una construcción —afirmó Denise con rotundidad—. Seguramente sus factorías y lo demás está bajo tierra; lo cual sena lógico si la noche invernal dura mucho tiempo, ¿verdad? Casi parece acorazada, aunque supongo que debe de ser de piedra. Inmensamente sólida. Diseñada para resistir cualquier peso de hielo. ¿O quizá puede replegarse en el subsuelo, o cerrarse como una flor? Ese aro de arriba podría ser algún tipo de antena, y esto otro, la varita del adivino, también parece una antena —rió.

—*Copemicus* no se habría encaminado a este mundo si sus días y sus noches durasen años —dijo Tarda con acritud.

—¿Tal vez no pudieron elegir dada la degradación de los sistemas de a bordo?

—¿Una antena? —meneó la cabeza Paavo—. ¿Para qué frecuencia de emisión? No hay nada en las ondas.

—A lo mejor es una especie de generador de ondas psicotrónicas —apuntó Denise—. A lo mejor capta y retransmite las energías naturales, como la energía biológica, que se expresan luego en esta plétora de formas de vida. Hace mucho tiempo, antes de que esparciéramos tanta *merde* a nuestro alrededor, en la Tierra se hicieron experimentos de este tipo. Sí, a lo mejor es así como logran esas bayas y esos frutos tan gigantescos. Si lo han inventado ellos..., ¡jah!, valía la pena recorrer cualquier distancia. No hay rastros de agricultura ni de técnica de cultivo alguna, porque lo hacen todo a nivel psicotrónico, en contacto directo con la naturaleza.

Tania lanzó una carcajada burlona.

—No sé cómo se puede transmitir energía a las moras, pero lo que es a los pájaros, ¡menudo efecto les produce! ¿No es un pinzón ése de ahí? Aun con la gravedad que tienen aquí, ¿no está demasiado gordo para servirse de sus alas? ¡Claro que necesita comer bayas gigantes! Me pregunto si se comerá también a las personas como si fuesen lombrices.

Denise se sonrojó.

—Quizá las antenas irradian..., ¡ejem!..., ¿vibraciones benéficas?

—¿Sabéis una cosa? Todo esto, esa roca, el paisaje entero, me recuerda algo—dijo Sean.

Por supuesto, el paisaje no era el único enigma. El planeta, aunque un poco más pequeño que Mane, poseía una atmósfera similar a la de la Tierra. Debía ser mucho más denso que Marte o la Tierra, abundante en elementos pesados como un riquísimo lodo industrial, ya que la gravedad al nivel del suelo venía a ser como tres cuartas partes de la terrestre. El clima era templado, sin que se supiera cómo podía ocurrir tal cosa, puesto que, según las apariencias, el mismo hemisferio siempre se orientaba hacia el sol (cosa implausible dada la distancia a que estaba aquél). Y no sólo era templado, con una diferencia de temperaturas de sólo veinte grados entre los polos y el ecuador de la cara iluminada, sino que además el hemisferio oscuro presentaba aquellas zonas calientes. Aunque este lado mostrase abundantes síntomas de actividad volcánica, en cambio no había ni rastro de volcanes en los tres anchos y profundos valles, limpiamente trazados entre polo y polo, que seguían las divisorias oriental y occidental entre el día y la noche, así como dos tercios de un meridiano de la cara diurna, dividida así por una gran trocha. Excepto esta divisoria, todo el hemisferio diurno era de una notable regularidad. Y estaba formado por tierras: colinas bajas y praderas, todo ello moteado de lagos y cruzado por ríos y arroyos. No se veía ningún mar. La gran divisoria de la cara iluminada hubiera podido ser un mar estrecho que abarcase de polo a polo, pero no lo era. Así pues, ¿dónde estaba la gran masa hídrica, y dónde el ciclo atmosférico del agua?

La cara diurna, geográficamente distribuida en superficies de un tercio y dos tercios por la gran trocha, quedaba a su vez confinada entre las separaciones oriental y occidental, casi como si estuviera puesta en una especie de marco...

Y el contenido de ese marco, el paisaje, enconaba la clave. Mientras Sean miraba hacia el exterior, dos cabezas, la una negra y la otra dorada, asomaron por la grieta de la carcasa de granada..., aturcidas todavía por la bajada de la nave, tal vez recién vueltas en sí de un desmayo, pero protegidas por la recia corteza del fruto. El unicornio bailoteó hacia ellas, cortó el aire, hizo amagos con su largo cuerno blanco. Los pechos de la negra asomaron, bamboleantes, cuando ella le arrojó a la fiera una frambuesa tan grande como sus dos puños juntos. El fruto se clavó en la punta del cuerno y el unicornio se echó hacia atrás, mientras sacudía la blanca crin, y luego se puso a hacer corvetas alrededor de la granada; entrechocaba los cascos delanteros como si aplaudiese. Y luego, tras fustigar el aire con su larga cola, se alejó por entre los matorrales, en precario equilibrio sobre las patas posteriores, como un gran fantasma blanco.

—¿No te recuerda algo?

—¿Recordar? —se indignó Tania—. ¡Cómo va a recordarnos nada un planeta desconocido que está a cuarenta y cinco años-luz de la Tierra! Me doy cuenta de que han multiplicado animales y plantas terrestres en notable abundancia, y con extrema rapidez, aunque mutados y desfigurados... ¿O te referías al estilo de esa torre que han construido?

—No. Muthoni casi lo acertó la primera vez. Es un jardín. Es el *hortus deliciarum*, el Jardín de las Delicias Terrestres.

Muthoni no le entendió.

—¿El Jardín del Edén? ¿Dices que hemos encontrado el Jardín del Edén? —soltó una carcajada burlona—. ¡Pero hombre! Así que Dios sacó a Adán y Eva de la línea de montaje, que estaba aquí, y los transportó a cuarenta y cinco años-luz de distancia. No seas guasón, Sean. Estos son colonos terrestres, y este es el Objetivo Tres.

—Está chiflado —intervino Tania—. ¡Pero qué visión tan extraordinariamente banal del universo!

—Lo dice en sentido figurado —dijo Denise, para excusar al mismo tiempo sus propias especulaciones psicotrónicas.

—No, yo no he dicho nada del Edén. Dije que era el Jardín de las Delicias, así, al pie de la letra. Y *El jardín de las delicias* es el título del tablero central de una pintura.

—¡No! —se sorprendió Denise, quien, por lo visto, la conocía y la recordaba—. ¿El cuadro del Bosco?

—El mismo. Todo concuerda, ¿no? Los amantes humanos desnudos, los pájaros y los frutos gigantes, el gran pez terrestre.

Sean dio una palmada sobre la fotografía.

—Esa torre. Y habrá otras, muchas más. El Bosco sólo mostró unos cuantos kilómetros del paisaje, pero éste, por lo que pude ver, se extiende por todo el hemisferio. Naturalmente, a menos que hayamos ido a parar justamente a la parte del planeta donde montaron este escenario.

—¿Dices que hemos aterrizado en un cuadro? —se burló Paavo—. No hemos caído a través de ningún agujero negro en otra realidad distinta. ¡Todavía estamos en el universo corriente!

—¿Qué tiene de corriente el universo, amigo Paavo?

Muthoni frunció el ceño.

—Si los cabellos y las uñas siguen creciendo durante la hibernación, es posible que las células cerebrales sigan muriendo. Quizás hayamos despertado convertidos en unos viejos chochos, incapaces de coordinar las ideas.

—Aterrizar en una pintura —murmuró Paavo—. Resulta demasiado absurdo incluso para llamarlo absurdo. Los colonos de Tau Ceti no cayeron en medio de la Venecia de Canaletto, ni en un mundo daliniano, ¿verdad? Además, es imposible terraformar ni siquiera una parte del hemisferio en el tiempo de que han dispuesto; los colonos que vinieron aquí no eran un grupo de historiadores del arte aficionados a la biomanipulación, sino agricultores y técnicos.

—No importa —dijo Sean, aunque la observación de Muthoni le preocupaba.

Tal vez todos estaban soñando despiertos. La privación de vida onírica producía trastornos en las personas; las alucinaciones invadían la vida vigil. Tal vez ahora, pese a estar andando despiertos, el espíritu se vengaba de los ochenta y siete años de sueños frustrados y atrasados. Quizá superponían sobre aquel planeta las imágenes imposibles de sus sueños, y la realidad era completamente diferente. Hizo un esfuerzo por ver algo allí fuera: por ejemplo, la chimenea de una fábrica echando humo. O surcos sembrados de maíz y cebada. Pero no. El Jardín seguía allí. Lujuriante, pero al mismo tiempo bien compuesto; selvático sin dejar de parecer apacible. Un parque exuberante poblado de una fauna fantástica. Y de personas desnudas.

—Bien, yo no conozco esa pintura de la que hablas —dijo Tania; por tanto, aquélla no podía presentarse en las alucinaciones que ella tuviese—. Debe de existir alguna otra explicación para esos pájaros gigantes y esos peces y esas cosas que hace la gente ahí afuera. ¿Quizás estamos en la clínica mental de este planeta? ¿Una nueva forma de psicoterapia? ¿Un tratamiento para los que no logran adaptarse a una realidad nueva, un tratamiento que consiste en suministrarles algo todavía más fuerte que una terapia..., las imágenes familiares pero locamente exageradas? ¿Distorsionar deliberadamente las cosas familiares para expulsarlas..., para hacer olvidar el mundo antiguo? Vamos, Sean, tú eres el psicólogo. Estás aquí para eso. ¿Qué te parece? Esos pájaros y fieras podrían ser, qué sé yo, robots o seres androides.

En efecto, era para eso que Sean formaba parte de la expedición: para entender cualquier conflicto entre la vieja imagería arquetípica, heredada de la Tierra, entre los senderos míticos del viejo mundo, y los nuevos canales psicológicos que, según preveía, tendrían que ir formando los colonos si querían convertirse en habitantes dejando de ser meros visitantes: arquetipos de experiencias inéditas en un mundo inédito. Pero ¿era posible alterar de esta manera los arquetipos ancestrales? ¿Podían adaptarse? ¿Era factible hacer surgir un simbolismo mítico nuevo y apropiado? Quizá, como había sugerido Tania, el

psicólogo jefe de la expedición colonizadora, la de la *Copernicus*, hubiese dado ya con la solución: exorcizar los caminos ancestrales del sueño mediante su exageración manifiesta y grotesca. Pero ¿por qué motivo habría elegido la imaginería onírica (de pesadilla más bien, muchas veces) del Bosco? ¿Y cómo consiguió realizarla físicamente?

El capitán Faraday le dio órdenes a Paavo:

—Intenta comunicarte por radio. Que se ponga la junta de gobernadores, o el comité central, o lo que tengan aquí. Notifícales que hemos aterrizado en este... parque. Han debido ver nuestra llegada desde una de esas torres, o lo que sean.

Al poco rato el finlandés masculló una imprecación.

—No se oye nada. El equipo se ha desconectado. No hay corriente. Voy a pasar una revisión por ordenador.

Paavo pulsó varias teclas, pero la pantalla catódica seguía en blanco.

—No entiendo nada —dijo estremeciéndose—. El ordenador se acaba de desconectar. No es posible. Seguramente estará haciendo un autodiagnóstico. ¡No! Se ha desconectado del todo.

—No pierdas la calma. —Austin se humedeció los labios, al sentirselos súbitamente pastosos—. Comprueba los propulsores orbitales.

—¿Cómo, si el ordenador no admite ninguna instrucción?

—Pasa a control manual. Establece una secuencia de disparo, No vamos a salir a ciegas, sin tener una trayectoria. Monta una simulación, Paavo.

—La consola de mandos está desconectada —comunicó Paavo instantes después.

—De acuerdo —dijo Austin—. O bien el ordenador tiene un programa que no conocíamos..., lo cual significaría que nos han hecho una jugarreta...

—O bien alguien nos ha desconectado desde el exterior —concluyó Oenise, agitando la melena sobre su traje de desembarco—. ¿Tal vez la misma persona que desvió nuestra trayectoria hacia aquí? ¿Una tecnología superior? Pero ¿de quién?

—Me parece que ha llegado el momento de preguntarles a los de ahí afuera —dijo Sean lentamente—. Si aquí no queda nada que funcione, no tenemos muchas opciones.

Muthoni acababa de verificar los diferentes sistemas vitales.

—Podemos respirar y comer, aunque no se puede cocinar nada. El montacargas y las escotillas todavía tienen corriente. Al menos saldremos por la vía normal, no tendremos que abrirnos paso con el soplete ni bajar por el tubo de nilón.

—Suponiendo que alguien haya envuelto el planeta en esa pintura y que nosotros hayamos aterrizado sobre ella... ¿Será todo igual? ¿Un jardín inmenso?

Denise trató de recordar el tríptico del Bosco: de las tres tablas, sólo la central representaba el Jardín de las Delicias. Tuvo un estremecimiento de temor. Las especulaciones de Sean iban por el mismo camino:

—Si nos hallamos en el Jardín de las Delicias, lo que está al otro lado del valle podría ser..., me cuesta decirlo ahora..., el Edén, donde reside Dios.

—La primera mañana de la Creación —asintió Denise.

—¿Y lo que está en el hemisferio oculto? —preguntó Austin en tono amenazador, como si Sean tuviera la culpa, como si cualquier cosa que contestara Sean fuese a materializarse con sólo decirlo y por el hecho de decirlo.

—Es el infierno, Austin. El infierno con sus demonios y sus tormentos..., y el hielo y el fuego. Eso es lo que hay en la cara oscura, donde nosotros creíamos ver volcanes. El infierno, Austin. El infierno.

—¡Mirad! —exclamó Tania.

A unos cien metros de la astronave, un hombre desnudo, de pie en medio del prado, hacía señas y gritaba algo.

Era de mediana estatura y no demasiado musculoso, aun que tampoco flaco. Apenas estaba bronceado, pese a la exposición constante a la luz solar. Su rostro era ovalado y de expresión ansiosa, coronado por un revoltijo de rizos castaños..., mientras que el resto del vello que cubría su cuerpo era liso y lampiño. En efecto, aquella gente andaba tan desprovista de vello corporal como de vestiduras. ¿Tal vez se afeitaban con pedazos de sílice y con el agua fría de los arroyos?

Aunque la actitud del hombre era amistosa, había un deje de melancolía que contrastaba con las alegres actividades circundantes. Hizo una mueca de asombro cuando vio que Sean, Paavo y Muthoni salían por la rampa de desembarque. Contempló con sorpresa las negras facciones de Muthoni y luego hizo un gesto de asentimiento, como si hubiera recordado algo. No podía ignorar lo que era una mujer negra, puesto que había una dentro de la cáscara de granada.

—Hola. Soy Jerónimo —dijo con una inclinación de cabeza a modo de reverencia, y titubeó antes de tender la mano.

¿Se habría conservado la costumbre de estrecharse las manos allá en la Tierra, de donde procedían aquellos viajeros? Sean tendió la mano y estrechó la del otro. Era una mano real, firme y caliente.

—Jerónimo..., ¿Bosch, por casualidad?

—¡Ah, no! Nada de eso —sonrió el hombre con ironía—. No me lo he inventado. Jerónimo es mi verdadero nombre, aunque entiendo lo que ha querido insinuar. Sin duda, mi nombre obedece al sentido del humor de *Él*, ¡o a su sentido de la propiedad! Al menos veo que habéis comprendido dónde estáis.

—Según mi compañero Sean, estamos en un cuadro medieval de no sé qué pintor holandés —dijo Paavo con el ceño fruncido—. Mire, nuestra nave se ha desconectado. El ordenador no admite instrucciones, la radio y los propulsores no funcionan. ¿Quién lo hizo?

—Evidentemente, habrá sido *Él*.

—¿Y quién es *Él*, si puede saberse? —preguntó Muthoni.

Jerónimo hizo un gesto como queriéndole quitar importancia a su respuesta:

—¡Ah! Es Dios. A falta de mejor nombre o de mejor pronombre. Es nuestro Dios. Vive allá, hacia Occidente. Esa nave de ustedes no encaja en el cuadro, ¿saben? Pero de todos modos sean bienvenidos. Tranquilícense, procuren pasarlo bien. ¡Quizás aprendan algo! Este mundo se ocupará de *ello*. Hay mucho que aprender aquí.

Sean se tranquilizó. Y, ¿por qué no? La brisa era tan dulce después del aire estancado de la nave, con su relente metálico... E incluso resultaba euforizante. Quizá la proporción de oxígeno era más alta de lo que ellos estaban acostumbrados, y además se respiraba todo un ramillete de aromas: a almizcle, a limón, a musgo, a ámbar y a muguete fresco.

—Es como si todo esto no estuviera ocurriendo en realidad —se lamentó Paavo.

—Eso demuestra lo mucho que les queda por aprender. ¡Ah! Deben de haber andado mucho camino.

—¡Qué si hemos andado camino! ¡Ya lo creo, hombre! Venimos de la Tierra, y eso está a cuarenta y cinco años luz y ochenta y siete años de hibernación. La propulsión hiperespacial no se ha mejorado desde que salió vuestra *Exodus*. Hay límites..., hay límites —concluyó Paavo, mientras pateaba el suelo con impaciencia, como si todavía tuviera entumecidos los dedos de los pies.

—Sí, claro. Ya sé —asintió Jerónimo con jovialidad—. Lo recuerdo. Soy el único que..., se molesta en seguir recordando esas cosas. Es mi..., ¡hum! Digamos que es mi misión. Es una suerte que hayan aterrizado aquí. Supongo que no habrá sido por coincidencia, ¿verdad?

—El sistema de dirección se estropeó en el último momento. La suerte ha sido el haber conseguido bajar sin estrellarnos.

—Bendita suerte. Sí, veo la mano de Dios en eso; hizo que se posaran en el mejor lugar.

—Lo hice yo —replicó el finlandés.

—Da lo mismo.

—Así que, ¿todavía recuerda lo que le contaban sus... abuelos, los que vinieron de la Tierra? —intervino Sean para acabar con la discusión.

—No, sus antepasados—le corrigió Muthoni—. Han transcurrido siete u ocho generaciones, o tres períodos de vida humana, por lo menos.

Jerónimo sonrió.

—No, no. Recuerdo cómo vine yo mismo. Yo personalmente. Desde luego, todo queda un poco lejos ahora. Las células de hibernación. Las uñas y los cabellos largos al despertar. Amigos, yo fui el capitán de la *Copernicus*.

—No es posible —protestó Muthoni—. Usted aparenta menos de cuarenta años. ¿Es que aquí se rejuvenece en lugar de envejecer? ¿O es que el tiempo tiene un ritmo distinto?

—Miren, yo fui el capitán Jerónimo..., ahora no recuerdo cuál era mi apellido. Jerónimo Van der Veld, eso es. Para servirles. Y como yo los traje aquí..., a modo de mascarón de proa, en cierto sentido... No diría que se me designó, pero sí que se me eligió como testigo permanente. Quizá me elegí yo mismo. Un caso de modestia excesiva, ¿no les parece? Yo fui el pequeño semidiós de la *Copernicus*.

—Pero si es usted muy joven —se estremeció Muthoni—. ¿Acaso no existe la vejez aquí, ni la muerte?

—Claro que hay muerte. Vean esa pobre jirafa. Ustedes la asustaron hasta que reventó. Realmente explotó de miedo. No se rehacen de un trauma así. Por supuesto que existe la muerte —sonrió Jerónimo con aire de entendido—. Pero también está la resurrección. Nosotros morimos, no de vejez ni de enfermedad, sino voluntariamente, diría yo... En las cavernas de las conchas letales..., o cuando alguna fiera se empeña en asesinarnos. Un león, o tal vez un tigre. Aunque suelen ser encantadores casi siempre..., los leones y los tigres.

—Los animales no asesinan —se extrañó Sean. De momento era preferible ocuparse de un enigma pequeño que de uno grande—. Los animales sólo matan.

—Bien, pues aquí asesinan. Sólo de vez en cuando, desde luego. Cuando la garza de la muerte ha cantado para uno, y uno desoye la Gran Indicación, tarde o temprano a uno le asesina un animal. Resulta un poco más molesto que una muerte voluntaria.

Sean contempló cómo el pinzón dorado gigante administraba los últimos sacramentos, en forma de jugo de mora, a ¡a jirafa moribunda. Se le había unido un pájaro pequeño, que estaba posado sobre los cuernos de la jirafa. Un pájaro carnicero, pensó.

Jerónimo sorprendió la dirección de su mirada.

—Alcaudones para la muerte violenta, garzas para la muerte voluntaria. Así es como ocurre. De un modo u otro, morimos y vamos a parar al Infierno. En donde, a su debido tiempo, morimos otra vez..., aunque, créanme, allí somos más duros de pelar. Es obligado. Luego aparecemos otra vez por aquí, un poco cambiados por la experiencia. Ahora soy bastante distinto del viejo capitán Van der Veld, como habrán comprendido..., pero sigo siendo el *Fliegende Holländer*. ¡Ah! Entonces yo era un personaje robusto, duro, dominador. Mucho más definido, seco y cortante. Estaba hecho para la misión como un bolido a reacción..., el típico hombre que encuentra sus móviles en sí mismo. En realidad, no había reflexionado sobre el final del viaje, sobre lo que haría cuando hubiese llegado aquí. Ahora soy mucho más fluido..., un hombre nuevo. En cierto modo, se podría decir que esto ha sido mi salvación.

—No tienen ustedes vello corporal —observó Sean con cautela, temiendo que la respuesta hubiera de ser, también en ese caso: no encajaría con la pintura.

—¡Ah, eso! Dios usa barba. No lo digo porque le haya visto en persona. Es su prerrogativa, el distintivo del oficio. ¡Ach! Hasta el presente, Él es el único adulto de este mundo..., y nosotros somos Sus hijos. El sendero del crecimiento empieza en el país de la infancia, ¿no dice así el refrán? Los niños no tienen vello corporal. Si quieres tener pelo, conviértete en una bestia. O en un demonio. Algunos demonios son personajes bastante peliagudos. El vello oculta, ¿comprenden? Y aquí no somos partidarios de escondidillas, ¡como habrán observado!

—Niños —dijo Paavo con amargura—. Sí, se observa un comportamiento bastante infantil por aquí.

—Pero, ¿dónde están los niños de verdad? —preguntó Muthoni.

—¡Ah! Estaba bromeando un poco. No ha sido muy correcto por mi parte. Lo que pasa es que me han sorprendido. He de ir acostumbrándome a ustedes..., ¡hum!, terrícolas. Para mí, después de todo el tiempo transcurrido, todo esto me resulta demasiado obvio.

—¡Los niños!

—Todavía no tenemos la suficiente madurez para engendrar nuevos niños. Pero la *Copernicus* llevaba muchos óvulos humanos, lo mismo que de animales. Todos los óvulos fertilizados que traíamos viven ahora: como adultos o como transmutados. Jerónimo hizo un ademán en dirección a un gran lenguado manchado que avanzaba a saltos sobre la hierba. Aunque la reducida gravedad lo hiciera más llevadero, sin duda que ese sistema de locomoción le suponía un gran esfuerzo, pero, no obstante, el pez parecía casi complacido de poder reptar de aquella manera.

Muthoni apuntó con el pulgar a la pareja que había estado haciendo el amor cabeza abajo, y que ahora yacía sobre la hierba con los dedos entrelazados, jugando a crear una música silenciosa de presiones mutuas, a inventar un signo especial de saludo con las manos, un apretón de reconocimiento definitivo.

—¿Quiere decir que ésas son copulaciones estériles, no funcionales, como los juegos prepuberales? —preguntó con una risita, consciente del contraste entre el carácter clínico de la pregunta y la intimidad a que se refería.

Dilataba las ventanas de la nariz mientras olfateaba el almizcle, la algalia y la menta.

—¡Hum! Esa no es su función. No han de servir para hacer hijos. Al menos no todavía. Compenetración, equilibrio, ritmo, celebración..., para eso sirve el amor, de momento.

—Sería mejor empezar por el principio —dijo Sean—. ¿Tendría la bondad de entrar, por favor?

—Será como en los viejos tiempos, capitán Van der Veld —quiso tentarle Paavo, lo que le valió una mirada de sorpresa por parte de Muthoni.

—No, no creo que me sintiera a gusto dentro de..., ¿cómo se llama?

—Astronave —apuntó Paavo, sarcástico.

—*Schiaparelli* —dijo Muthoni—. Así es como se llama.

—No. Siempre que entramos dentro de algo es para una..., transformación. Pueden salir todos ustedes sin temor. El fuselaje de acero no supone ninguna diferencia; no les servirá de pantalla contra nada..., excepto contra el conocimiento. O la oportunidad de adquirirlo, al menos. Además, ¿no dijeron que la *Schiaparelli* se había desconectado? Tengan la bondad de identificarse: apellido y grado, por favor —agregó en tono tajante, recobrando por un momento su carácter de capitán.

—Tiene razón —admitió de buen grado Sean—. Esta es nuestra médico y bióloga Muthoni Muthiga. Y éste es Paavo Kekkonen, piloto e ingeniero. Yo soy Sean Athlone, psicólogo. Tenemos una nueva teoría acerca de cómo la imaginería arquetípica heredada del mundo originario de nuestros colonos podría adaptarse a un medio inédito, o ser modificada por éste. Creemos que podría tratarse de un aspecto bastante vital para la eficacia con que «arraiguen» las colonias en general...

Jerónimo soltó una risa burlona.

—Ya le dije que alguien se ocupó bastante bien de nuestros problemas psicológicos.

—Austin Faraday es nuestro capitán y planetólogo. Tania Rostov es, entre otras cosas, agrónoma, y Denise Laroche es nuestra ecóloga.

—¿Athlone, eh? ¿Laroche? —Por lo visto Jerónimo se regocijaba secretamente de todo ello—. Bien, bien. Me pregunto cuáles habrán sido sus profundas motivaciones para venir aquí. Son unos apellidos interesantes los suyos.

—¿Athlone? No es más que un pueblo de Irlanda. Seguramente mis antepasados eran campesinos que tomaron el nombre de su aldea. No es que fueran señores feudales ni nada por el estilo.

—Aquí sólo hay un Señor, Sean: *Él que es*. ¡Laroche! ¡También es un buen apellido!

—¿Qué tienen de curioso nuestros apellidos?

—¡Ah! Ya lo irán averiguando. A *Él* le gustarán. Tiene el sentido de las afinidades electivas.

—Quienquiera que sea «*Él*», está visto que aquí necesitaban un psicólogo —murmuró Muthoni, y luego, en voz alta, añadió dirigiéndose a Sean—: Tengo sed. ¿Por qué no llamamos a los demás? Como ha dicho este hombre, un fuselaje de acero no supone mucha diferencia. Y puesto que vas allá, tráete una cantimplora.

—Si tiene sed, encontrará alivio en cualquier matorral —dijo Jerónimo—. Detrás de aquel seto hay un estanque y le garantizo que no hay veneno ni droga. —Y añadió con un ademán jovial—: ¡Quién necesita alucinaciones, con una realidad como ésta!

Una mujer desnuda que les contemplaba desde hacía bastante rato con una tenue sonrisa de impaciencia, se acercó a ellos en aquel instante. (Ella iba desnuda, sí, pero allí lo curioso era aquella tripulación enfundada de pies a cabeza...) Tenía los pechos diminutos y redondos como frutos y el cuerpo de una blancura excepcional, que no recordaba la palidez sino más bien la leche o el marfil. Sus largos cabellos húmedos, al secarse, iban adquiriendo un tinte amarillento pajizo. Sean se volvió para encaminarse hacia la rampa de acceso, ante lo cual ella hizo un mohín y un ademán de dirigirse hacia Paavo. Pero luego se acercó a Muthoni y le rozó la mejilla con un beso.

—Negreza —rió la mujer, y le lanzó a Muthoni, que había retrocedido un paso, una mirada con cierto deje de ironía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la terrícola a Jerónimo, como si éste fuese un intérprete. Jerónimo no hizo caso de la pregunta.

—Hagan lo que les plazca —dijo—. Mientras no causen daño a nadie. Al menos, no un daño serio. El daño que hiere, el daño de verdad, es cosa del Infierno.

—¿Qué quiere decir «negreza»?

La mujer desnuda dio una palmada de alegría.

—Yo soy Loquela. ¡Hola a todos! ¿Por qué vais vestidos? ¡Cuidado! puedo convertirlos en animales, o lanzar contra vosotros a las fieras dañinas.

Resultaba difícil saber si hablaba en serio o en broma.

—Estos son trajes espaciales —explicó Paavo en tono condescendiente—. A bordo de una astronave hay que llevarlos cuando no se está en hibernación.

—Hemos permanecido desnudos durante ochenta y siete años en nuestras cámaras de hielo —comentó Muthoni como de paso—. Preferimos estar así.

—¡Ah! ¡Te habrá calado el frío hasta los huesos, mi beldad oscura! Entonces eso..., es una astronave, ¿no? —agregó Loquela, con un deje de incertidumbre; al parecer, aquella palabra no evocaba ninguna referencia concreta en su mente.

Sean debió olvidar la cantimplora de Muthoni, o bien prefirió hacer caso de Jerónimo, pues regresó con las manos vacías, precediendo a los otros tres miembros de la tripulación. Denise contemplaba el prado a su alrededor con evidente complacencia, y Tania con

cierta inquietud nerviosa, como sí el Dios de quien les había hablado Sean fuese a surgir de pronto detrás de un matorral para interpellarla; en cuanto a Austin, procuraba mantener un aire autoritario. Al observar el olvido de Sean, Loquela corrió hacia un matorral y regresó con una grosella del tamaño de un melón, que ofreció a Muthoni. La kenia titubeó un instante, y luego la mordió. El rojo jugo saltó por los aires y le manchó el traje gris plata.

—¡Dios mío! Es maravilloso. ¡*Mzurisana!*

Con estas palabras, le pasó la grosella a Denise, quien la probó y, a su vez, se la ofreció a Austin. Pero éste hizo como que no se daba cuenta. Loquela parecía fascinada por los rizos dorados de Denise, pero en realidad reservaba toda su admiración para la tez de Muthoni, negra como la tinta.

—¿Capitán Van der Veld? —preguntó Austin—. Quiero decir, ¿usted era el capitán Van der Veld? ¿Cómo debo llamarle?

—Puede llamarme Jerónimo.

—¿Qué es este planeta, Jerónimo? ¿Quién es ese «Dios» del que le ha hablado a mi gente? Un extraterrestre superpoderoso, ¿es eso? ¿Habremos encontrado al fin una inteligencia extraterrestre?

Jerónimo ladeó la cabeza.

—Evidentemente Dios no es humano, en el sentido de que no nos es dado conocerle. Está fuera del nivel actual de nuestro entendimiento, ¿comprende? Pero nos esforzamos, procuramos elevarnos. Hasta los peces lo hacen, ¿no es cierto? Él nos *ayuda*, Capitán. O supongo que *nos* ayuda..., aunque a veces escribe con renglones torcidos, como si dijéramos.

—Pero ¿qué es ese Dios? Necesito saberlo. ¿Es algo..., localizado, digamos, algo que tiene un lugar? O abarca..., ¡ejem!, a todo el resto del universo. Quiero decir que, si es Dios, debe estar en todas partes, ¿verdad?

Sean sospechaba que la cuestión de la cadena de mando preocupaba a Austin tanto o más que saber si existía allí un Dios o una entidad superpoderosa, o si ambas cosas eran lo mismo. En realidad, Austin deseaba conocer los límites de la autoridad divina. Como primer paso, no dejaba de ser lo más práctico.

—¿Me pide que defina a nuestro Dios? Eso mismo es, precisamente, lo que nos tiene ocupado todo nuestro tiempo. ¡Y también le ayudamos a definirse a Sí mismo, me parece! Para contestar literalmente a su pregunta, Él está en todas partes, en cuanto a la extensión, y particularmente en el Edén.

Aunque no era el primer paso que Sean hubiese emprendido, tal vez sería más útil conocer primero los límites propios..., y los de aquellos colonos amnésicos y sibaritas... O mejor, saber lo que ellos imaginaban estar aprendiendo mien tras olvidaban la misión que les habían asignado en la Tierra y se dedicaban a gozar en aquel paraíso.

Tres hombres hicieron aparición en la pradera, llevando a cada lado otros tantos soberbios ciervos. Entre todos transportaban una carpa, grande y lúgubre, moteada de rosa y blanco. Tenía las aletas pectorales y ventrales demasiado delgadas como para soportar el peso del animal en tierra firme; en cualquier caso, el pez se habría tumbado... ¿Ayudaba el Dios a aquella gente como ellos ayudaban al pez?

Una urraca descendió entonces sobre ellos y fue a posarse en lo más alto de la rampa de acceso. Torció la cabeza corno si escuchara la conversación, luego meneó la cola con impertinencia y, sin miramientos, se cagó sobre el metal brillante. Jerónimo la contempló unos instantes y se puso a otear las lindes del prado con aire de desconfianza.

—Al principio, este planeta no pudo estar así —aseveró Paavo.

—¿Al principio? Aquí siempre estamos en el principio. En los comienzos, en nuestros nuevos comienzos. Por supuesto que era así cuando aterrizamos..., al menos en lo que se refiere al paisaje. Los pájaros y las alimañas y los peces vinieron después. Salieron de los estanques y de las cuevas, de las conchas y de las torres de piedra. Naturalmente, los tomaron de nuestros depósitos de óvulos. Si he de serle sincero, no se cuánto tardaron en

criar, pero no creo que fuese mucho. Este planeta es más bien pequeño, y además no gira sobre sí mismo, ¿saben?

—Ya lo habíamos notado —dijo Austin.

—No tiene ni la atmósfera ni la gravedad que le corresponden.

—También lo sabemos. Así que ese Dios se dedicó a terraformar para ustedes un planeta inadecuado... ¿En cuestión de horas? —Austin se enjugó la frente y continuó, esta vez como intentando recapitular—: ¿Quién es Él? Antes dijo usted que usaba barba. ¿Significa eso que tiene aspecto humano?

—Bien, yo no he visto nunca a Dios. Pocos le conocen, aparte el hombre vestido. Tiene forma humana, sí. Al menos ahora. La barba. Las vestiduras color de rosa. Reina en el Edén, pero sus sentidos se extienden a todas partes. ¿Entienden? Es al mismo tiempo particular y general. En mi opinión, fuimos nosotros quienes definimos a Dios para Él mismo cuando llegamos, y ahora tratamos de evolucionar hasta un nivel en que seamos capaces de entender lo que especificamos entonces.

—De manera que tenemos un ser superior..., y estaba ahí sentado, haciendo ¿el qué? ¿Buscando el modo de definirse a sí mismo? Un ser con el poder de transformar todo un mundo, con el poder de crear... ¿A partir de qué evolucionó ese ser? ¿Es una entidad única, o una entre muchas?

Sean miró disimuladamente hacia lo alto. El cielo ya no estaba límpido; un cúmulo aislado en forma de yunque soltaba ráfagas de lluvia, aunque no cerca de aquel prado. Parecía una regadera, pensó Sean. Arriba, golondrinas y vencejos de tamaño normal describían giros en bandadas como una sola criatura. Se cernían sobre un diminuto cuerpo como infantil con largas alas azules. En seguida observó otro de aquellos pájaros-duendes, y luego un pez volador de una especie extraordinaria, que semejaba un largo torpedo verde lagarto, con alas que parecían flotar en el aire como si éste fuese agua. Se hubiera dicho que era como un tiburón fuera de su elemento, al que hubiesen añadido unas largas y anchas aletas de ballena, totalmente fuera de lugar. Mientras navegaba majestuosamente por el aire, uno de los pájaros-duendes hizo una pirueta a su alrededor.

Sean señaló con el dedo.

—Y éstos, ¿qué son? ¿Querubines?

—Trasgos—replicó Jerónimo—. Fases metamórficas, etapas de la evolución.

—¿Etapas del hombre, o de qué?

—Eso depende. A mí no me pregunte. Y ése es un pez celeste, ¡mire!

El tiburón volador, arrastrado por alguna invisible corriente de aire, perezosamente, se dejó caer en tierra, y el duende se posó en sus alargados lomos. Manteniendo aliadas sus propias alas, el duende se mantenía de puntillas, en equilibrio como un patinador acuático, y en seguida el aire se lo llevó.

—Esa entidad superior ¿tiene algún nombre ahora? —preguntó Austin.

—Si tiene algún nombre en particular, Él no nos lo ha comunicado. Eso de preguntar Su nombre resulta un poco ridículo, ¿sabe? ¡No es lo mismo que preguntar el de usted, Athlone! —Jerónimo sonrió con malicia—. Tal vez el hombre vestido podría contestarle a eso. Él es Su confidente, yo no soy más que Su hombre caído. O así me lo parece algunas veces.

—Y el *planeta*, ¿tiene algún nombre?

—El Jardín, el Paraíso y el Infierno..., así es como le llamamos. Todo depende de dónde se encuentre uno. Tres mundos en uno.

—¡Ah! Y supongo que Dios también será una trinidad. ¡Qué original! —se burló Tania. Jerónimo se quedó mirándola.

—También podría ser un Dios dialéctico: la tesis, la antítesis y la síntesis.

—¡Dame fuerzas!

—Lo hará. Y ahí arriba está el sol. Tenía un número, ¿verdad? No consigo recordarlo.

—4H..., pero ¡bah! ¡Qué importa! —dijo Austin—. Quienquiera que sea Él, desconectó nuestra nave. ¿Dispone de mensajeros..., como esos duendes voladores? ¿Hay manera de ponerse en contacto con Él?

Jerónimo, en vez de contestar, contempló la urraca posada sobre la rampa.

—Las aves son mensajeras. Aves de muerte y aves de vida.

—Craac —graznó la urraca, y se puso a alisarse las plumas, escondiendo el negro pico bajo un ala semilevantada.

—A veces la dificultad estriba en comprender el mensaje.

—¡Ese pájaro tiene inteligencia! —exclamó Denise—. Escucha lo que decimos.

—Tonto no es, desde luego.

—Craac —asintió la urraca, al tiempo que asomaba un ojo reluciente por debajo del ala.

—¿Usted puede comunicar con él?

—En realidad es el mensajero del hombre vestido, el que tiene línea directa con Él.

—¿Quién es ese hombre vestido? —le interrumpió Sean—. ¿Es de veras un humano, o es otra de las personas de la trinidad?

—Es el Señor de los Misterios. Creo que él sabe lo que ocurre aquí, o nos lleva algunos pasos de ventaja en el camino de averiguarlo. Ésa es su Gran Obra. Que yo sepa, era uno de los colonos congelados durante la hibernación, de modo que no tuve ocasión de tratarle. Dice llamarse Knossos ahora, con lo que supongo que sería de origen griego. ¿Quizá se trata del legendario embustero cretense?

Jerónimo se acercó a la urraca. El ave saltaba, ya sobre una pata, ya sobre la otra, y volvía la cabeza de un lado a otro para mirarle alternativamente con el ojo derecho y el izquierdo. Tal vez el izquierdo no veía las cosas del mismo modo que el derecho.

—¿Está cerca de aquí Knossos? ¿Está o no está?

—Craac.

—¿Deberían tratar de hallarle estas personas?

—Craac craac.

—¿Las encontrará él?

—Craac craac.

—¿Qué quiere Dios que hagan?

De pronto, la urraca se lanzó sobre Sean. Éste se encogió un instante pero luego se mantuvo firme, aunque con los ojos cerrados. Las garras del pájaro se aferraron a su hombro, y le metió el pico suavemente por la oreja, como si buscara garrapatas. La garganta del pájaro vibró y el sonido reverberó en su oído. Su tímpano entró en resonancia y percibió palabras confusas, cuando antes sólo había escuchado un graznido de ave.

(«¿Encontrar a Dios? —graznaba la voz—. ¿Eso queréis? ¡Hay que ver cómo! ¿Quedaros aquí? *Agradable* ¿Sí? ¿No?»)

La urraca retiró el pico y echó a volar, tomando tal impulso en el hombro de Sean que le hizo tambalearse. El pájaro se elevó dando círculos hasta posarse en la punta de la nave; desde abajo apenas se veía una manchita negra. Meneó la cola y, antes de volver a remontar el vuelo y alejarse, se cagó otra vez.

Sean comunicó a los demás lo que había oído resonar en las cavidades de su cráneo.

—¡Maldito sea! —exclamó Austin.

—En cierto sentido —asintió Jerónimo, afable—. Ser maldito es uno de los caminos que llevan a Dios. En realidad será mejor que se vayan. Ya tiene Dios otro pescado en la sartén.

El lenguado, que andaba a saltos en diagonal por el prado, al escuchar estas palabras alzó la cabeza y lanzó un estornudo como de reproche. Todo su cuerpo se estremeció de manera que, por un instante, pareció flotar en el aire antes de volver a caer sobre la hierba.

—Si Dios está allá, hacia el oeste, en el Edén, ¿podremos llegar andando? ¡Se tardaría bastantes meses terrestres! —dijo Austin, haciendo crujir con rabia los huesos de los dedos, como si pasara la cuenta de las semanas en un ábaco de madera.

—Hay un valle entre el Jardín y el Edén. No es un valle como los vuestros..., tiene muchos kilómetros de anchura y de profundidad. Abajo hay un desierto abrasador, lleno de gas tóxico. No se puede bajar ni pasar.

—¿Podríamos viajar por el aire?

—¡Ah, no! Él no dejará que vuelen astronaves por aquí. No sería compatible. Creí que os habíais dado cuenta de que estáis desconectados. Sólo hay una manera de llegar al Edén, amigos terrícolas, y se llama morir. Pasando por el Infierno. Todavía no sois dueños del arte de morir.

—A lo mejor ese hombre..., Knossos, conoce otro camino —dijo Austin.

—No me sigáis a mí. Ése es el camino. Y, por cierto, ¿qué importancia puede tener para Dios conoceros?

—¡Infiernos! —barbotó Austin. Era difícil saber ni blasfemaba o aludía al hemisferio oculto del planeta-. ¡Haber viajado tantos años-luz! ¡Si hubiéramos encontrado aquí a un ser superinteligente, vive Dios!

Pero todos los juramentos sonaban ambiguos en aquellas circunstancias.

Sean se divirtió al observar en el rostro de Austin la perplejidad que le producía la devaluación de sus palabras, en un sentido, y el temible valor añadido que recibían en otro.

—Ante todo hay que averiguar de qué naturaleza es esa entidad extraña —dijo Tania con firmeza—. Ésta es nuestra mayor prioridad.

—Sí, habéis andado mucho camino —concedió Jerónimo—. Por otra parte, Dios construyó un mundo entero para nosotros. Vuestros intereses son más bien secundarios. Además, ¿queréis llevaros esa noticia a la Tierra? Y luego, ¿qué? ¿Giras turísticas organizadas? ¿Escribir a Dios invitándole a enviar un embajador? Los contactos a ese nivel son ridículamente inapropiados. Las condiciones de Él son las únicas que valen.

—Pero, ¿no desean ustedes librarse de ese poder? —preguntó Tania.

Jerónimo contestó apuntando con un gesto vago a su alrededor.

—Ahora la ridícula es usted.

—¡Pero los seres humanos no son mascotas de ningún zoológico de una entidad superior!

—Digamos entonces que es un jardín de infancia, ¿le parece? En realidad todos hemos hecho un largo camino a partir del protoplasma primitivo. Y todavía nos queda mucho por andar, sin que ustedes sean una excepción.

Loquela se impacientaba, agitaba los dedos sin propósito aparente.

—Todo eso de encontrar a Dios está muy bien... A los peces les gustaría andar, y creo que todos lo conseguirán dentro de algún tiempo..., más bien largo. Sin duda, ahora nos basta con saber que Él está *ahí*, y dentro de todos nosotros. ¡Ésa es la realidad con la que debéis establecer contacto! ¡Amadla! Quitaos esos trapos absurdos bajo los cuales os ocultáis. ¿Cómo puede uno encontrar *nada*, si empieza por esconderse a sí mismo?

Los pechos de Loquela oprimieron el tórax de Austin, le rodeó el cuello con sus brazos y le rodeó una pierna con la suavidad de la cara interna de su muslo.

Austin se apartó, no para rechazarla sino para caer derribado al suelo sobre ella.

—¿No decíais que Knossos va vestido? —objetó débilmente.

—Lo que él esconde es conocimiento oculto —explicó Jerónimo—. Él sabe ya lo que todavía permanece oculto para nosotros. Ahora comprenda usted una cosa, capitán: nadie va a censurarle que se dedique a gozar. El nuestro no es un Dios puritano. Ni estamos en el país de los lotófagos..., todos nos dedicamos a aprender algo. Loquela tiene razón. ¡Participad! Celebraremos una fiesta de bienvenida. O llamadle una orgía, si así os parece. Aquí todos somos..., ¡hum!, amigos.

Pero Loquela ya se había desprendido del recalcitrante Austin. Señaló a los tres jinetes que habían hecho alto junto a la nave y ahora se apeaban para acostar, con precaución, la gran carpa sobre un lado para que pudiera admirarla o extrañarse ante ella. Los tres jóvenes se acercaron, sonrientes, para contemplar a los recién llegados. No dijeron nada, sino que permanecieron allí, de pie, como tres escuderos desnudos.

Tenían el cabello de un uniforme color castaño claro, y sus cuerpos lucían un bronceado casi dorado: monedas de oro pulido en contraste con el esplendor marfileño de Loquela. Tenían estrechas caderas y músculos que parecían más decorativos que útiles..., aunque dotados de fuerza suficiente como para transportar aquella carpa, que no debía de pesar poco. Sean observó que dos de ellos estaban circuncidados, pero el otro no; por lo visto Dios no era demasiado exigente en ese punto.

—Hola —dijo—. Soy Sean.

Uno de los jóvenes hizo una inclinación de cabeza.

—Yo soy Dimple. Éste es Dapple. Y aquél es Dawdle.

—¿Son esos vuestros nombres?

—¡Ah, no! —rió el joven—. Son los nombres de nuestras monturas. Nosotros todavía no tenemos nombre porque aún no sabemos quiénes somos... Así que, ¿cómo vamos a tener nombres mientras no lo sepamos?

—Pero ¿en otro tiempo tendríais nombres?

—Sí, pero ésos eran *falsos*. Por lo que vale más olvidarlos. ¿Bien? —invitó a Muthoni con una mirada lujuriosa, al tiempo que se frotaba el pecho con ambas manos, en un gesto de sensualidad tentadoramente franca y sencilla, como un gatito revolcándose sobre una alfombra.

Había dicho muchas cosas con una sola palabra.

—El equipo me da bastante calor —rió Muthoni—. ¡Creo que el jugo de esa fruta se me ha subido a la cabeza! Voy a prescribir un poco de libertad para nosotros.

—De licencia, querrás decir —replicó Tarúa con sequedad—. No he venido aquí para..., *kak pa-angliski*..., dejar que me pase por la piedra toda la banda.

—*Déjeuner sur l'herbe* —monologó Denise—. Sólo que aquí son los caballeros los que no llevan ropa.

La expresión de Austin Faraday era de total aturdimiento.

—¿Qué propones? —le preguntó tranquilamente Sean— ¿Encerrarnos en la *Schiaparelli* y pasar los próximos cincuenta años jugando a las cartas dentro de una carcasa muerta? ¿O vivir el papel..., hasta que sepamos quién lo escribió para nosotros y por qué?

Muthoni había empezado ya a abrir el traje con una de sus afiladas uñas.

—Muy bien —se estremeció Austin—. Los que prefieran..., este... tomar un baño, que se desvistan. De lo contrario...

Tragó saliva; instintivamente alisaba su propio traje con ambas manos, como si quisiera verificar la integridad del mismo, o como si esa acción, en virtud de algún tipo de servo-control, pudiera neutralizar la de Muthoni.

Pero ésta ya tenía el traje enrollado alrededor de los tobillos y, con dos puntapiés, se libró de él así como de las botas.

—Si este planeta se ha dedicado al nudismo, Austin, seguramente será de muy mala educación andar por ahí vestido.

—Esto es una catástrofe —afirmó Tania—. Es..., un motín. ¡Impóngase, capitán!

Cruzó los brazos sobre los pechos como si fuese ella quien los tenía desnudos y no Muthoni, al mismo tiempo, apretaba las piernas enfundadas en sus pantalones; parecía una virgen tímida recibiendo la Anunciación de un arcángel ligón de playa, un Gabriel algo vividor.

—Yo también solía imponerme mucho —dijo Jerónimo—. ¡Y ya veis ahora! Pero, ¿sabéis una cosa? Ahora me encuentro mucho mejor. De verdad..., pese a ciertas añoranzas y ciertos resentimientos.

La Tierra, con su megapoblación, era (o había sido), si no un mundo puritano, sí un lugar donde estaban a la orden del día las pantallas, o los velos de diferentes tipos entre las personas, como medio para evitar que la sociedad se convirtiese en una simple colmena. Al menos, así ocurría en Occidente y en Euro-Rusia, aunque no tanto en el África de donde era oriunda Muthoni. No faltaban las zonas de esparcimiento, los solariums nudistas y demás por el estilo, para aliviar el apantallamiento antiséptico de la vida corriente, además, los seis astronautas se habían visto higiénicamente desnudos, los unos a los otros, a bordo de la *Schiaparelli*. El problema no era tanto la desnudez en sí, pensó Sean, ni siquiera el sexualismo de aquel mundo (puesto que apenas era concebible que Tania fuese todavía virgen), sino más bien que ella, lo mismo que Austin y que Paavo, rehusaba las normas de ese mundo, se negaba a admitir lo que había ocurrido con aquella colonia a nivel de carne, de sangre y de piel desnuda como hecho subjetivo, es decir, todo lo contrario a lo meramente objetivo. Esto, en combinación con la hipersensibilidad de los terrícolas al contacto personal demasiado íntimo (a no ser en muy determinados momentos y lugares), era lo que repugnaba a Tania. En una Tierra superorganizada se necesitaban otros apantallamientos, además de las vestiduras o (a veces) las máscaras, en especial para la seguridad de los datos personales, con el fin primero de salvar la noción de individualidad humana; hasta cierto punto, incluso en Rusia se registraba ese fenómeno. Si ahora, una autoridad superior decía «que no haya pantallas entre nosotros», ello tendría el efecto de enfurecer a todos, hombres y mujeres, que se sentirían humillados, robotizados. ¿Cabía creer que todo el planeta fuese un solarium? Ellos habían esperado encontrar espacios abiertos..., y trabajo en abundancia, pero nunca aquella desnudez ociosa.

—No iremos a ninguna parte con la coraza puesta —dijo con suavidad Sean—. Resulta que hemos aterrizado en un planeta donde el amo del cotarro no es un gobierno, sino un Dios..., alguien que, por su misma naturaleza, ve en nuestro interior. Tendremos que meternos en la piel de esa diferencia.

—Pues lo primero será enseñar un poco de piel —rió Denise.

También a ella se le había subido a la cabeza el jugo de mora, pero al propio tiempo se mostraba orgullosa de sí misma, con su mata de cabello dorado. El gran vacío del espacio le había dejado un regalo: espacio donde desnudarse tranquilamente, amigablemente, y en cualquier parte. El alejamiento de la Tierra y de todas sus pantallas para la personalidad podía medirse ahora por el patrón de su melena de oro que nunca hubiera podido lucir en un mundo en el que el cabello largo hasta el trasero no habría dejado de enredarse en las ropas, los dedos y los ojos de otras personas.

Muthoni se libró de las bragas y estiró los brazos golosamente. Ahora que estaba desnuda, los demás aparentaban un absurdo empaquetamiento. Loquela, que había contemplado cómo se abrían los trajes espaciales con el interés de un gato ante la madriguera de un ratón, escogió este momento para saltar. Sus uñas resiguieron una costura para abrir la funda que recubría el cuerpo de Sean, y pusieron al descubierto el vello rojo de su pecho. Lo acarició con curiosidad; pero al mismo tiempo no decaía su fascinación por la piel de Muthoni. Mientras alargaba la mano izquierda para tocarla, murmuró:

—Negreza.

—No. Yo prefiero continuar vestido —dijo Austin, encogiéndose de hombros con desesperación—. Poneos como gustéis, o seáis gustados.

Sean no estaba muy seguro de que la coraza de la personalidad pudiese resistir incólume mucho tiempo; pero si lo conseguía, tendría que ser al precio de hacerse cada vez más rígida..., de modo que una posible ruptura quizá quebrase al mismo tiempo la mente encerrada dentro de aquélla.

Loquela palmeó contenta e hizo gestos hacia los bien dotados matorrales, señalando con el dedo a todas partes. Dimple, Dapple y Dawdle acudieron a recoger frutos para la fiesta.

Tania se sentó pesadamente en el suelo, cruzando las piernas. Sudaba dentro de su traje y pronto empezó a rebullir como si estuvieran comiéndosela los gusanos. Loquela tendió la mano para invitar a Paavo, y éste se agachó con rapidez, en la postura del esquiador dispuesto a salir disparado para bajar por una ladera demasiado frecuentada, describiendo curvas para evitar los obstáculos (por lo general, otras personas); y luego, se acucilló en posición defecatoria, de puntillas, y se rascó la cabeza varias veces.

Austin se encogió de hombros y también optó por sentarse en el suelo, pero muy rígido y con los brazos cruzados. Sean y el resto de la tripulación se tumbaron, procurando acomodar el cuerpo a los huecos y salientes de aquel gran colchón de muelles que era el prado.

La fiesta u orgía empezó con bastante decoro, mediante una degustación de frutos y más frutos. Durante el breve momento de sobriedad inicial, Muthoni observó que por lógica, los colonos debían de ser forzosamente vegetarianos, si era cierto lo que había dicho Jerónimo sobre la evolución de los peces y demás animales. ¡Difícilmente se habría podido freír una trucha para desayunar, o asar una pierna de venado para la cena! En realidad, el Jardín parecía ignorar el fuego.

Pero, ¿una dieta exclusiva de frutos? La especialista en dietética no acababa de entenderlo. Jerónimo se limitó sonreír, lamió un racimo de uvas, de aspecto aterciopelado por el polvo, hasta dejarlas brillantes, y se lo ofreció a ella.

Y mientras iban probando un fruto tras otro, se dieron cuenta de que cada uno tenía un sabor originalísimo y distinto (y, por eso mismo, satisfactorio), aunque acabasen de probar, momentos antes, la carne de otro idéntico a aquél.

¿Tal vez contenían alguna enzima de acción neurológica antihábito, además de proporciones equilibradas de vitaminas y proteínas?, preguntó Muthoni en voz alta.

Al pasar revista a sus propias reacciones, Sean observó que cada variedad de fruto se distinguía por una fuerte componente psicológica. En cierto modo, las cerezas agilizaban la mente (era una cereza lo que Muthoni mordisqueaba en aquellos instantes), mientras que la granada dejaba un sabor de reverencia, de temor sagrado... Decidió que aquello era una juerga mental, además de un relleno para el estómago y un tónico para los nervios.

Fue Denise quien, después de morder también una cereza, reparó en la ausencia de insectos molestos..., y eso en un día de calor, mientras ellos tenían las manos, las barbillas y los pechos empapados de jugos que empezaban a solidificarse...

Además de los tres escuderos, Dimple, Dapple y Dawdle, se habían unido a la fiesta otras dos mujeres: la una, de cabello negro ala de cuervo, canturreaba en voz baja entre un bocado y otro; la otra, una pelirroja cubierta de pecas y con cara de muchacho travieso, venía con una fresa tan grande como una pelota de baloncesto. Con su delgado índice, la abrió y en seguida la hizo tajadas largas y tiernas, de rosado color. Ni la pelirroja ni los escuderos prestaron la menor atención a las huellas de la Tierra, ni formularon ninguna pregunta sobre la astronave, aunque no dejaban de dirigirle ojeadas de curiosidad. Era como si no escucharan, o como si hubieran optado por olvidar en seguida lo oído..., lo mismo que los tres escuderos habían olvidado voluntariamente sus propios nombres. (Mientras tanto, la morena cantaba para sí una sencilla cantinela sin palabras, como si quisiera templar la voz lo mejor posible antes de servirse de ella para pronunciar una palabra.) Pero durante el ágape, fue moviendo el trasero sobre la hierba, cada vez más cerca de Paavo, hasta que estuvo casi pegado a él y se puso a toquetear la tela del traje,

como si éste fuese de cota de malla y cada eslabón un pequeño candado que fuese necesario abrir con los dedos, con extrema suavidad.

Justo entonces, un trío de monos irrumpió de entre los matorrales, con cabriolas y saltos, para acercarse a los festejantes. Entre palmadas de alegría, los habitantes del Jardín arrojaron pedazos de fruta a los simiescos acróbatas que, sin embargo, no repararon en ellos. Había malicia en sus ojos. Tan pronto como se vieron lo bastante próximos, y actuando simultáneamente, cada mono agarró uno de los trajes espaciales que se habían quitado Sean, Muthoni y Denise, y salieron a toda prisa arrastrando por entre los matorrales sus plateados trofeos, como otros tantos pendones.

Paavo se puso en pie, al tiempo que se le escapaba un aullido.

—¡Eh! —le llamó Sean—. No importa. Tenemos a bordo los de reserva.

—¿Cómo que no *importa*?

Paavo se lanzó en pos de los simios ladrones y se perdió por entre los arbustos, rodeado de gran estrépito. Sin pérdida de tiempo, la pelirroja se incorporó con agilidad y echó a correr tras él.

—Me parece que estaban demostrando algo —dijo Denise sin prestar atención a lo que decía.

Jugueteaba con un rizo de su propio peto que caía entre sus pechos, lo paseaba alrededor de los pezones, como diciéndose que a partir de ahora ésa sería vestidura suficiente para ella. Austin apartó los ojos con premura y con rapidez transformó la instintiva reacción en un detenido examen de la rampa de acceso, por si algún animal estuviese saqueando furtivamente la bodega. Pero no ocurría nada por el estilo.

La mujer de pelo negro cuya voz era una canción acudió en ayuda de Denise y le arregló el cabello dándole las más variadas caídas, por la espalda, sobre los hombros, por entre los pechos; las manos exploradoras se hallaron pronto secundadas por las de Dimple, el jinete de venados, y luego por las de Dapple. Por un momento, Denise se puso en tensión, pero luego se relajó, cerró los ojos y empezó a acariciar con sus manos las caras y los cuerpos de sus compañeros como una niña jugando a la gallinita ciega, e hizo descubrimientos a medida que iba siendo descubierta.

Jerónimo le guiñó un ojo a Muthoni mientras Loquela iniciaba una investigación más detenida, con los labios y con la lengua de su piel de «negreza». Él acariciaba a Loquela como si con esto fuese a generar una corriente que, por vía directa, atraería a Muthoni hacia él. Ella, insegura, se arrimaba a Sean, cuyos ojos extremadamente abiertos no se apartaban de Denise, mientras ésta sucumbía al asalto combinado de tantas manos y bocas. El brazo de Sean recorrió la cintura y los muslos de Muthoni.

—Afrodisíaco —murmuró ella mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. Creo que han sido las grosellas. ¡Qué dulce! Contenta la tripa y contenta el cuerpo. Y, ¿por qué no?

Su mirada se dirigió hacia el regazo de Sean, que presentaba una erección indisimulable, lo mismo que los demás hombres; seguramente que Austin no era una excepción, sólo que éste se hallaba impedido por su traje de astronauta y se limitaba a rebullir con incomodidad. De pronto, Tania se puso en pie de un salto y huyó hacia la rampa de acceso, hasta perderse en el interior de la nave. Muthoni consintió que Loquela la sentara sobre el regazo de Sean...

Las cigarras chirriaron, enloquecidas. De súbito, Sean se vio ocupado, no sólo con Muthoni, sino también con Loquela y... ¿No sería aquélla la mano de Jerónimo? Denise emitió un débil sollozo salido no se sabía de dónde.

Con el rabillo del ojo. Sean divisó un par de sapos que saltaban por ahí; aquel par de escarcelas escocesas o *cachesexes* semovientes croaban y crujían como un piso viejo de madera.

—Nuestros jugos sexuales les atraen —murmuró Loquela, mientras le lamía la oreja, ya muy desgastada en aquella coyuntura desde su primera utilización como tambor de reso-

nancia para urracas; luego siguió arrullándole—. A lo mejor a los sapos, les obsesiona el amor físico aunque entre tú y yo, Sean, eso sea una manera de hablar, ¿verdad? Si algún día concebimos niños de verdad, serán ranas y no sapos las que canten el himno de nuestras nupcias. Los rosarios de freza que dejan en el agua representan el esperma creador. Cuac, cuac —remedó los ojos saltones, y el torpe andar de los batracios.

Los contendientes se separaron al cabo de un rato y quedaron sentados sobre la hierba, sonriéndose mutuamente,

En este momento regresó Paavo de entre los matorrales.

Venía solo, con las manos vacías, y desnudo, pues había perdido también su propio traje.

—¡Malditos monos! ¡Maldita pícara! —aulló al tiempo que echaba a correr, desnudo, hacia la rampa de acceso a la nave, sin dedicar apenas una ojeada a los festejantes, excesivamente preocupado por su propia negligencia.

Muthoni soltó una carcajada. Desde el interior de la nave la indignada Tania sermonó en ruso al finlandés, y no dejó de hablar hasta verle otra vez decentemente envuelto de gris plateado...

Austin Faraday parecía aún más distante y ajeno a los acontecimientos, un capitán *absconditus*. Jerónimo le contempló con expresión comprensiva. No era tanto que se hubiese desterrado la disciplina, sino que ya no había contexto para la autoridad de Austin. Aquel mundo tenía su propio capitán, en el Edén, y éste había desconectado la astronave y dispuesto la sedición. Jerónimo se encogió de hombros y sonrió con disimulo. No valía la pena discutir con este capitán. Ya aprenderían, ya aprenderían.

Jerónimo suspiró.

Sean le dio una ligera palmada en el brazo, arrugando los ojos con burla.

—No será la tristeza *post-coitum*, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Eso no existe en este Jardín..., aunque el Infierno sea bien triste, ¡podéis creerme! No, es sólo que recordaba... lo que le preocupaba a Austin. La melancolía de los recuerdos de un viejo. No logro olvidar mis orígenes, ¿comprendes?, y por eso no acabo de llegar a ninguna parte... —La nube pasó y Jerónimo agregó con una mueca—: ¡De todas maneras, acabamos de pasar un buen rato de olvido!

—He decidido —dijo Austin cuando Tania y Paavo se hubieron reunido con ellos.

Hecho este magno pronunciamiento se quedó allí de pie, en jarras, y sin decir nada más durante un buen rato.

Paavo estaba enfurruñado. Le parecía que debía haber disfrutado más libremente y más a sus anchas con la pelirroja en los matorrales..., pero uno *no podía*, en un mundo *no humano*..., aunque fuesen humanos los que andaban alegremente desnudos por ahí, por lo que estaba enfadado con ellos y consigo mismo, y le hubiera gustado dar marcha atrás en el tiempo, pero el tiempo ya había pasado y el instante se había marchitado. Y le parecía *increíble* que Sean y las dos mujeres se hubieran dedicado a gozar despreocupadamente (según Tania, que se había negado a *seguir mirando*), mientras él se encaminaba a cumplir con su deber, jugándose la piel por recuperar los trajes. ¿Cómo no habían acudido a ver qué había sido de él, en vista de que tardaba tanto? Eso fue *precisamente* lo que no le permitió relajarse y abandonarse. Así que se creía engañado, y con razón, y con más motivo porque sin duda la pelirroja estaba conchabada con el mono que se había acercado sigilosamente y le había robado el traje a él. Sin duda, en aquellos momentos estaría encaramada a un árbol, burlándose y cometiendo bestialismo con el mono. Ahora que, si él conseguía localizar ese árbol, por ejemplo mañana, cuando él estuviera otra vez dispuesto, ya se encargaría de enseñarle la lección pendiente.

—He decidido que salga cuanto antes un grupo de tres exploradores. El Capitán Van der Veld puede servirles de guía.

Austin se dirigía a Sean, Denise y Muthoni como si la composición del grupo de exploradores fuese una cuestión solventada de antemano..., y no por decisión suya, sino de

aquel planeta, decisión a la que él procuraba poner su sello con la mayor dignidad posible.

—Tratarán de encontrar a ese hombre llamado Knossos y establecer contacto con el Oios o entidad sobrehumana que lo domina todo aquí. Os recomiendo que os dirijáis en primer lugar hacia esas extrañas torres de piedra que tienen unas «antenas». Los que queden atrás efectuarán exploraciones locales para recabar datos...

Austin estaba decidido a no convertirse en otro Van der Veld dimitido y errante.

Por su parte, Tania y Paavo se pegaban a la falda de la *Schiaparelli* como si la astronave los hubiese amamantado y todavía no estuvieran destetados. Aunque Paavo no dejaba de frotarse las manos ante la perspectiva de realizar ciertas exploraciones muy locales...

6

El paisaje verdoso se desenvolvía suavemente hacia las colinas azuladas por la niebla, hasta disolverse en un cielo acuoso. Así parecía en términos terrestres, ya que el horizonte de aquel planeta estaba mucho más cercano que cualquier horizonte terráqueo. Sin embargo, esto no significaba que hubiera poco que andar, sólo que el panorama parecía cambiar con mucha más rapidez que cualquier paisaje terrestre. Pronto se perdió de vista la ojiva de la astronave.

Sean, Muthoni y Denise avanzaban con soltura, conducidos por Jerónimo, el otrora capitán. Aunque los pies de los recién llegados no estuviesen aún habituados, como tampoco lo estaba el resto de sus cuerpos a la nueva desnudez, la hierba y el musgo eran tan suaves como las propias plantas descalzas. Evitaban con facilidad los brezales y los setos de zarzas, y mientras iban dando rodeos, ya a la derecha, ya a la izquierda, los matorrales y los bosquecillos se revelaban como parte de un inmenso laberinto al aire libre que ofrecía encrucijadas innumerables a quien lo recorriese.

A la vuelta de un sendero flanqueado de naranjos cargados de lustrosa fruta madura en espera, aparentemente perpetua, de ser tomada por manos, garras o picos..., y sin que apareciese al pie ninguna alfombra de corteza mohosa y podrida, pasó un camello presumido que llevaba en equilibrio entre sus dos lanudas jorobas una gran hoja cóncava, de color azul metálico, a manera de barquilla que iba repleta de gente. Piernas y brazos desnudos asomaban de la barquilla en pataleta desordenada, como si quisieran hacer caer el vehículo para escapar del mismo, o todo lo contrario, procurasen evitar la pérdida de tan precaria posición.

Por otro camino de herradura, entre juncos y retamas, vieron asomar un oso pardo. En seguida, el animal se irguió sobre sus patas traseras y les miró de reojo, balanceándose, y luego se volvió y se puso a bailar pesadamente. Así se alejó camino abajo, meneando los lomos como si les invitase a unírsele y bailar la conga.

Prefirieron encaminarse por otra ruta menos frecuentada por las bestias, al menos durante un rato.

—Clo, clo, clo.

El cloqueo frenético procedía de un vallecito recubierto de musgo. El arroyo que lo cruzaba desaguaba en un estanque lleno de verde lujurioso, y luego continuaba como si a la corriente se le hubiera atragantado una botella.

Una gallina grande como una oveja se afanaba sobre una puesta de huevos que parecían balones de rugby. Uno de éstos acababa de abrirse para dar paso a un pato salvaje totalmente desarrollado que corría hacia el agua dando graznidos. Mientras continuaba el consternado cloqueo, otra cáscara se rompió debajo de ella y otro pato salvaje (esta vez una hembra de color pardo) se abrió paso; parecía tenerle más querencia a la madre, mientras el pato corría al estanque para darse un chapuzón.

—¿Desde cuándo las gallinas incuban patos? —se asombró Denise.

—Patitos —la corrigió Jerónimo—. Reconozco que presenta el plumaje de adulto, pero... ¡Ya veréis cuando hayan crecido!

—¡Imposible!

—Por lo que parece, la madre Clueca opina lo mismo. Está todavía..., presa de lo que es. Pero sus crías ya no. El pato es un ave de conocimiento superior, ¿comprendéis? Se va derecho al agua. En cambio, la capacidad de su hermana, por ahora, no pasa de conocer lo que es el agua.

—Pero...

—¡Ah, Denise! Es mejor que des crédito a tus ojos. Aquí no ha habido nadie que, aprovechando una distracción, le cambiase los huevos a la madre Clueca. Las cosas realmente se transforman de unas en otras.

—Pero...

—Es *Él* —dijo Jerónimo, con un ademán de entendido *Él* es el agente transformador. Por supuesto, también depende en gran parte de la disposición de lo qué o de quién se deba transformar. Hasta el sino de un pato tiene su importancia. Como habéis visto, aquí las criaturas se han librado de sus instintos, en el sentido antiguo de patrones de conducta pro gramados e ineludibles. Los instintos se han vuelto abiertos, inteligibles y maleables. Todas las criaturas gozan de ese privilegio. Una gallina puede tener voluntad de cambiar. E incluso un pez. Si puede llegar a concebir la alteración. Y puede. Por desgracia, la madre Clueca no ha pasado de eso de concebir. Pero ya es un paso en el sentido derecho..., o tal vez debería decir mejor en el sentido izquierdo.

—¿Cómo? ¿Hein?

—El camino izquierdo es el de la sabiduría —murmuró Jerónimo, pero siguió por lo derecho del sendero, en aparente contradicción con sus sentimientos.

En aquellos instantes el bosque y el matorral empezaban a ralear, mientras el terreno se elevaba hacia una cresta que dominaba un valle: un anfiteatro de césped con un lago en medio. El lago era perfectamente circular, con orillas tan bien delineadas como si las hubieran trazado con un compás y recortado con alguna herramienta; el agua era de un azul especialmente brillante. Una bandada de animales y de personas daba vueltas alrededor del lago, a una distancia discreta.

—¡Es la cabalgata! —exclamó Sean, al mirar hacia abajo.

—¡Ah! ¿La recuerdas?

—Yo también —asintió Denise.

—Encontraréis muchas cabalgatas así, amigos míos. Surgen espontáneamente en los lugares apropiados.

Las mujeres vadeaban y nadaban dentro del mismo lago. Algunas de ellas eran negras; una alzó en la mano una pelota o una baya gigante y luego la arrojó en medio del tropel de bañistas como quien hace el saque inicial de un partido de waterpolo. Garcetas blancas y cuervos negros levantaron el vuelo y se posaron sobre las cabezas y los hombros de las mujeres. El lago estaba lleno de ellas, sin que se produjese la intrusión de ningún hombre; la cabalgata de los machos giraba alrededor del lago a la distancia impuesta por la circunspección. Montaban a lomos de osos y jabalíes, de cabrones, caballos y camellos, de bueyes y venados. Uno de los hombres iba sobre un felino manchado que llevaba el rabo muy tieso, era un lince tan grande como cualquier pony. Un grifo giraba también con la rueda, con las alas plegadas bajo los muslos de su jinete, y un unicornio blanco daba corvetas y embestía al aire con su largo cuerno semejante al de un narval. El aire casi crepitaba debido a la electricidad que se formaba entre los jinetes masculinos y las mujeres que se bañaban. Mientras ellas aguardaban, nadaban o jugaban a la pelota con la gran baya, que intentaban parar con la cabeza para mantenerla unos momentos en equilibrio, los jinetes giraban alrededor acumulando energía.

—¿Recuerdas qué es eso? —preguntó Muthoni—. ¿Qué hacen ahí?

—Interpretan la pintura del Hosco..., la cabalgata alrededor del lago. ¡Por Dios! Lo son. Y siempre en sentido contrario al de las agujas del reloj, siempre a la izquierda. Siniestra —agregó Sean en voz baja.

—¿Qué tiene de siniestra? —preguntó Denise—. Es como si estuvieran preparándose para algún tipo de orgía religiosa. Y bien, las orgías pueden ser «divertidas» —añadió con una risita.

—Te arrastran hacia allá, ¿verdad? Tengo ganas de salir corriendo, de subirme yo también a lomos de un venado o de un jabalí, y de rodar a más no poder. Sólo que me parece que llegamos un poco tarde a ésta. Todas las cabalgaduras están ocupadas y bastante fatigadas ya en estos momentos. El carrusel gira..., demasiado tarde para subirse a él.

—Allí hay un macho cabrío sin jinete, Sean. En cuanto a mí, no me importaría tomar un baño ahora.

—¿Cómo? ¡Bah! Esa cuchareta se adelantó. A saber quién es..., o quién era.

Sean se dio cuenta de que, en realidad, involuntariamente habían empezado a bajar por la ladera. Al reparar en ello, se detuvo y sujetó a Denise por la muñeca.

—Sí, atrae mucho, ¡como un remolino! ¡Como las demás cosas de este planeta! Todo lo que hemos visto, excepto aquí el amigo Jerónimo, atrae que da vértigo. Sumerge. Absorbe. Pero no, yo no dije que lo siniestro fuera eso. Es el hecho de que todos giran a la izquierda..., desde su propio punto de vista.

—Chocarían los unos con los otros si dieran vueltas en ambos sentidos.

—¡Ah! Pero giran hacia la siniestra..., en el sentido del cual, según la tradición, debemos desconfiar. La vía de la mano izquierda. Estoy seguro de que era así en la pintura original..., lo que sería muy notable, si el Bosco vio que la izquierda era la verdadera dirección del desarrollo psíquico...

—¡Ahora lo comprendo! El hemisferio derecho controla el lado izquierdo..., y es el que corresponde a la intuición, ¿verdad? Mientras que el hemisferio izquierdo, que es el racional, controla la mano derecha.

—¡Lo derecho! —sonrió Sean, jubiloso—. Ahí, en una sola palabra, la palabra «derecho», tenemos toda la guerra propagandística que libra el hemisferio izquierdo del cerebro contra el derecho desde que aquél inventó el lenguaje. «Lo derecho» es lo recto, «lo siniestro» no inspira confianza. Y muchos pueblos primitivos usaban siempre la mano derecha para comer..., y se limpiaban el culo con la izquierda. ¡Ah! Es una verdadera campaña de difamación, prolongada durante cientos de miles de años, y siempre el hemisferio cerebral izquierdo tuvo la primera y la última palabra. Pero ellos cabalgan hacia la izquierda, a la manera intuitiva y holística.

De manera que un hecho neurológico se proyectaba allí en una conducta objetiva, meditó Sean. Así pues, la Cabalgata era una reeducación física de los pasos y los gestos del cuerpo..., por la vía de la mano izquierda.

¿Jerónimo sería zurdo? ¿Y los demás colonos? ¡Cómo advertirlo allí, donde no había plumas para escribir ni herramientas que esgrimir! Al recordar el estilo amoroso de Loquela (y el de Jerónimo también), Sean concluyó que los colonos habían llegado a ser bastante ambidextros.

¿Con qué mano se limpiarían la mierda?, pensó. Aunque allí no había montones de estiércol como en la época medieval..., abundaban los estanques y las corrientes de agua viva. Tampoco había insectos, ni moscas. ¿Tal vez ni siquiera gérmenes? Quizás allí la porquería no era porquería.

—Me pregunto si «Dios» realmente sólo puede reinar cuando ha suprimido el análisis, cuando desequilibra la balanza a favor del lado onírico de la mente.

Mientras Sean seguía el hilo ambidextro de sus cogitaciones, un personaje solitario que estaba de pie en la ladera contemplando la cabalgata (aparentemente inmune a la atrac-

ción de la electricidad que producía), se volvió y reparó en ellos. La persona empezó a remontar la pendiente.

Una persona. Ni hombre ni mujer, sino ambas cosas al mismo tiempo. Un hermafrodita, él y ella en un cuerpo, plenamente ambisexual, con pechos de mujer que se erguían coronados de pezones como pasas, y un pene y unos testículos pegados al vientre, como los de los perros, sobre la grieta coralina de unos genitales de mujer. El rostro de la persona tampoco era de un ambiguo ni lo uno ni lo otro, sino de un bien definido tas dos cosas a la vez. Mientras el hermafrodita les contemplaba pareció, durante un instante, como si dos conjuntos de músculos faciales, independientes pero coexistentes, respondieran simultáneamente a la desnudez de los machos y a la de las hembras, en una doble reacción de atracción y rechazo. Pero entonces Sean se dio cuenta de que ésa era, en gran parte, su propia reacción: en principio se comparaba y se identificaba con el macho para desear a la hembra y así estimular al macho competitivamente. Pero la hembra ya había sitio apropiada por el macho y estaba unida a él, que era la misma persona. Así, el aspecto del hermafrodita llamaba lo mismo a su propia identidad sexual externa que a la sombra femenina que vivía en su interior, que clamaba y cortejaba..., y rechazaba a ambas, por incompletas y alienadas la una de la otra. Aquél era un personaje paradójico cuyas oposiciones ni se cancelaban mutuamente ni se dividían por efecto de la contradicción, sino que se mantenían en equilibrio como un acróbata de pie sobre una pelota. O como el mismo hermafrodita se balanceaba sobre las puntas de los pies... (Y él/ella había contemplado, divertido/a pero indiferente, los esfuerzos de las mujeres en el lago por equilibrar la cereza gigante sobre sus cabezas...)

—¿Has visto a Knossos últimamente? —saludó Jerónimo al hermafrodita.

La voz con que respondió sonaba casi como un cántico: hablaba con palabras melodiosas, estilizadas, pero sin la menor afectación.

—Pasó por aquí..., este..., durante el preludio de la cabalgata, con su urraca exploradora. ¿Quiénes son esos tres? Parecen hechos de barro primigenio..., sin terminar. Bellos, pero en espera de tomar forma definitiva. Me parece que lo que van a ser, por ahora será sólo una idea en sus mentes.

Jerónimo hizo la presentación de los astronautas, empezando por Denise.

El hermafrodita saboreó aquel nombre.

—¡Ah! ¿Una mujer que se llama Dionysos? ¡Que la voluntad de cambiar sea contigo! Laroche... ¡Claro!, la piedra. Sí, así es como cambiarás, sin duda. ¡Busca la piedra, la roca!

—Ahora nos encaminamos a aquella torre de roca —asintió ella—. Hacia allá habrá ido Knossos también, el griego, el hombre que posee el conocimiento.

(Así dijo ella, en primer lugar para asegurarse de que estaban persiguiendo al hombre adecuado. Jerónimo pareció medianamente ofendido.) Detrás de la loma siguiente, visible para ellos aunque no para los miembros de la cabalgata, se alzaba el minarete de una torre de color rosado, rematada en una cúpula acebollada como las del Kremlin, pero más alargada hacia el cielo y acompañada de una antena de color rojo más saturado, similar a una larga hoja de agave, de bordes aserrados...

—¡Ah! No es esa roca. Pero vais por el buen camino.

—¿Qué dice? —susurró Denise.

—¡Chist! —dijo Sean en voz baja—. Acabo de darme cuenta.

—¿De qué?

—No vas a creerlo.

—Prueba a ver.

Pero Jerónimo acababa de presentar a Sean.

—Athlone —repitió él/ella, y le relucieron los ojos, tras lo cual agregó en tono declamatorio—: *Hic opus, hic labor est*. He aquí la obra, he aquí la labor. Knossos estará com-

placido cuando le alcancéis. Le gustará escuchar una palabra griega como ésa, aunque no la sepáis pronunciar bien, y aunque nunca haya sido griego en realidad.

—¿No lo fue? —preguntó Denise.

—Tal vez sí, y tal vez no.

—¿Qué es eso de que no lo pronunciamos bien? —inquirió Sean.

—Tu nombre, hombre —Viniendo de aquel hermafrodita, aquello de «hombre» parecía algo más que una familiaridad debida a la impaciencia: era casi una acusación, la de ser parcial, una media persona—. Athlon, así es como debe decirse. ¿No sabes lo que significa? ¿No sabes qué sentido has de poner en obra? La Gran Obra, la Opus Magnum.

—Es un pueblo de Irlanda —dijo Sean, confuso.

—¡Es la palabra griega que designa La Obra!

—¿Qué obra? —preguntó Denise.

Sean, sin hacer caso de ella, continuó:

—Eso es pura coincidencia.

—¿Y qué es una coincidencia? Lo que consiste en coincidir. Yo también soy una coincidencia..., de contrarios que, sin embargo, se pertenecen el uno al otro. ¡*Coniunctio Oppositorum*! ¿Y quién es esa negreza?

—Esta es Muthoni —dijo Jerónimo.

—Sí, ahora puedo decirte lo que es una negreza —le susurró Sean a ella—. ¡Dios todopoderoso! ¡Ese Knossos ha tenido mucho que ver aquí! Si todo eso es obra suya...

—Continuad vuestro camino —les aconsejó el hermafrodita—, o no le alcanzaréis antes de que oscurezca.

—Ya comprendéis que aquí no hay noche —explicó innecesariamente Jerónimo—. La noche reina sobre el Infierno.

—Será una novedad después de tanto sol —comentó Denise con frivolidad.

—Quiere decir que si no le alcanzáis aquí, tendréis que morir y pasar antes por el Infierno.

—En algunas partes del Infierno hace tanto calor, que se le cae el pelo a la gente —se burló el hermafrodita, aludiendo a la calva de Sean.

—No me preocupa —dijo éste.

—Podría volver a salir en forma de plumas. Tú tienes condiciones para ser un espléndido búho, lleno de inteligencia terrestre, que no está mal como ciencia vulgar... Pero no —le interrumpió «él» a «ella»—. Sería una garza o una cigüeña. Tiene aspiraciones más altas, más blancas. Es Athlon, es La Obra. Sí, puedo verle corno una cigüeña, no como una de estas garcetas vulgares del estanque.

—Maldito sea si pienso convertirme en un pájaro para vuestra diversión —saltó Sean.

—Sí, serás maldito —se burló el hermafrodita—. Muy cierto.

Jerónimo se mordió el labio inferior.

—¿Es verdad, oh Doble Ser, que las personas son transformadas en pájaros cuando han de descender en la escala de la evolución antes de poder volver a ascender?

El hermafrodita cruzó sus brazos sobre aquellos pechos erguidos y guiñó un ojo.

—Tal vez sí, y tal vez no. La carrera de cada uno es especial para ellos.

—Pero ¿quizá tú has sido un ave o una bestia? Se dice que las personas se convierten en aves o bestias, pero en realidad yo nunca he conocido a nadie que... —Se interrumpió, y agregó con tristeza—: En cuanto a mí, por lo visto, estoy inmunizado.

—¡Eh! —intervino Muthoni—. ¿Qué es eso de «aspiraciones más altas y más "blancas"»? ¿Estamos en una utopía racista? ¿Qué tiene de especial el color blanco?

—No me has entendido bien, bella negreza —dijo el hermafrodita, dejando caer los brazos y dedicándole una reverencia que hizo que se bambolearan sus pechos—. La negreza es un estado honorable. ¿Ves esos cuervos posados sobre los hombros de aquellas damas, allá abajo?

—Sí. Los mirlos.

—Los cuervos. Son las aves de la sabiduría: una sabiduría que está más allá de los sentidos ordinarios. Pero tal sabiduría se ha oscurecido y han de reconquistarla, ¿comprendes? El color de la sabiduría oscurecida es la negreza, es la primera etapa de un camino hacia la sabiduría. ¿No ves que algunas de esas mujeres también son negrezas? Están algo más adelantadas en ese camino que sus hermanas, las blancas. Por eso se montan sobre ellas los cuervos. Cuando la garza se ennegrece renace como cuervo. ¿No vas a decirme que eres una «falsa» negreza? Tendrías que volverte blanca antes de renacer otra vez como negra.

—Estás loco —dijo Muthoni—. Ve y jódete.

El hermafrodita sonrió.

—¡Ah! Eso pienso hacer. Créeme, algún día me autofertilizaré y me daré a luz. Entonces habré culminado mi obra y habré alcanzado la perfección.

Él/ella hizo un círculo con el índice y el pulgar y sopló a través del aro así formado, con mueca maliciosa. Luego, el hermafrodita se alejó hacia la espesura.

—¡Uf! —exclamó Muthoni, abanicándose con la mano como para desviar el aire que él/ella había soplado hacia ella, por si fuese un maleficio—. ¡Ese individuo está hecho un demente!

—«Demente» no significa sino «el que está fuera de su mente» —comentó Jerónimo—. Eso es lo que le pasa en realidad. Se halla en un estado mental fuera de sí. Y lo mismo en lo corporal, está en la paradoja. Desde luego, la carrera que ha escogido es de las más extremas. Me gustaría saber si las personas se convierten de veras en pájaros, o si las aves y las bestias no son más que «principios», esencias encarnadas a partir de nuestros bancos de óvulos... Pero no, puesto que evolucionan... ¡Deben de poseer personalidades propias de pájaros y de bestias!

—Tú también estás loco. Esa entidad sobrehumana ha vuelto loco a todo el mundo.

La cabalgata estaba llegando al frenesí. Los animales galopaban en redondo espoleados por los talones de sus jinetes y por las palmadas en las ancas. Un macho cabrío chocó con un grifo, éste con un caballo y éste con un unicornio. De pronto, la rueda de animales frenó en seco, cubierta de espuma. Los jinetes se apearon de sus lomos y echaron a correr hacia el lago lleno de mujeres. Las garzas y los cuervos elevaron el vuelo para evitar el revoltijo de cuerpos que chapoteaban en las aguas. El lago hervía...

—No, eso no es locura —dijo Sean—. Es algo mucho más extraño. Y muy coherente, pero hay que poseer la clave.

—Como tú la tienes, *Athlon* —sonrió Jerónimo.

Sean meneó la cabeza, como aturdido.

—He de pensar sobre esto. Necesito aclararlo. Vamos. Dejemos de lado este valle o acabaremos sumergidos en las aguas encantadas. Mesmerizados.

Pensó que muchas personas pasaban toda la vida mesmerizadas por la programación de los instintos. Su propia vida anterior, antes de pasar a «sumergirse» en el tanque de hibernación, le parecía ahora una rutina automática, mesmerizada: su infancia en Irlanda, sus estudios de psicología en Dublín y Chicago, su carrera en la EarthSpace... En aquel planeta, sencillamente, el mesmerismo se hacía explícito, obvio y franco, bajo una guía superior. ¿Con qué fin? Con el de que cada cual, tras hundirse a fondo en el mesmerismo, pudiera des-mesmerizarse gradualmente... Pero, ¿era imprescindible dejarse anegar antes? Él se negaba a sumergirse, al menos en aquel lago concreto y aquel momento concreto.

—Vámonos.

«Athlon»: por supuesto, había sabido desde siempre, en algún lugar recóndito de su cerebro, el sentido secreto de su nombre en otro idioma. Alguna vez debió descubrirlo y debió hacerle gracia; luego, lo olvidó. ¿O tal vez no, en realidad? En cierto sentido, sus mismos estudios de psicología podían interpretarse como una forma de «La Obra»: la integración psíquica... Tal vez se había programado a sí mismo al emprenderlos, porque...

¡No! Aunque, por otra parte, debió de intuir aquella relación aunque sólo fuese subliminalmente...

Creía sinceramente que Denise permanecía ajena a cualquier sentido oculto de su apellido. «La Roca», para ella, no era más que una parte de la naturaleza: una base ecológica. Y sin embargo, corría por ella una veta de magia terráquea...

—¡Sí, vámonos! ¡Despierta, Sean! Es a ti a quien estamos esperando.

7

—Es alquimia —explicó Sean—. Eso es lo que ocurre aquí: alquimia viviente. Todo el planeta está regido por principios alquimistas... Y, no se sabe cómo, hay poder disponible para que esa alquimia funcione. ¿Verdad que tengo razón, Jerónimo?

Estaban sentados, comiendo cerezas (alimento para la reflexión) a orillas de un arroyo que fluía hacia el gran crómlech rosa y rojizo que era su destino.

En efecto, era un crómlech, aunque enorme, con sus más de cien metros de alto. La mesa de piedra descansaba sobre, cuatro columnas ciclópeas de granito, llenas de celdillas en forma de panal. De algunas de aquellas pequeñas cuevas salían tubos de vidrio, y algunos de éstos parecían brotar de la losa superior como flautas de un órgano, y aún más arriba se alzaba el minarete con la cúpula acebollada, hasta unos doscientos metros hacia lo alto. La base de esa torre era de mármol con vetas azuladas, pero el remate estaba formado por un granito rosa. También salía de la mesa aquella hoja arqueada de agave (¿una hoja de piedra?), que mediría un centenar de metros desde la axila hasta el extremo. Hacia la mitad de su elevación, la hoja atravesaba un enorme erizo o cáscara de castaña. Otro accidente de la mesa era un delicado sauce llorón arraigado en un poyo de roca rosada en forma de tienda de campaña. De tal manera, la piedra se convertía en vegetación, y la vegetación se convertía en piedra, mientras el mármol se mudaba en granito: era un sinfín de transmutaciones puestas en obra...

En conjunto, la estructura se alzaba como un gigantesco elefante rosa petrificado que llevase en sus lomos una barquilla fosilizada y se abanicase con un árbol de tamaño natural.

Una figura diminuta trepaba por la hoja de agave, usando el borde aserrado a modo de escalera. El personaje iba desnudo, y no vestido, de manera que no podía ser el misterioso Knossos, a menos que hubiese optado por desnudarse para la acción.

—La verdad es que así, de buenas a primeras, ¿cómo explicar eso a un puñado de tecno-científicos de la Tierra? ¿Imposible, no? —dijo Jerónimo, puesto a la defensiva—. Pero tú, Athlon, lo adivinaste, muchacho. Y mucho antes de lo que me figuraba. Sí, es alquimia.

Sean arrancó otro manojo de cerezas de una rama que estaba en flor y en sazón a la vez. Chupó la pulpa y escupió los huesos bien lejos, al tiempo que se preguntaba qué árboles nuevos nacerían, a su debido tiempo, de aquella semilla, invadiendo el verde lujurioso del prado. ¿O no? Prado y huerto eran bastante distintos. Donde el uno terminaba, empezaba el otro..., justamente allí.

—¿Alquimia? —preguntó Muthoni—. ¿Te refieres a eso de transmutar el plomo en oro y todas esas cosas?

—¿O transmutar a las personas? —preguntó Denise, con los ojos brillantes; ella se sentía ya el cabello hecho de hilos de oro—. ¿Y las plantas y los animales también?

—¡Exacto! —asintió Sean—. En el fondo es eso de lo que trata la alquimia. De la búsqueda del ser humano perfecto..., o de un ser superior evolucionado a partir de cualquier especie, supongo. La fabricación del oro sólo era un escaparate..., aunque ocurrió que las retortas y los alambiques y los métodos de destilación de los alquimistas dieron lugar a la química «auténtica», de modo que el verdadero sentido oculto de lo que los alquimistas

llamaban «La Obra», el Opus, el... —prosiguió con una mueca—, el *Athlon*, degeneró en un misticismo fracasado. Este planeta es un mundo «alquímico». Nuestro ser superior ha restablecido la alquimia como empresa de actualidad.

—Entonces, ¿dónde están los laboratorios? —preguntó Muthom.

—No me extrañaría que este crómlech o torre fuese una pieza del instrumental..., y los demás monumentos de piedra también. ¿Pero no veis que el laboratorio es todo este mundo? Es el laboratorio de alguien. Y las sustancias que se transforman no son el plomo ni el estaño ni el mercurio... ¡sino los seres vivos! Aquella cabalgata giraba alrededor de la fuente del eterno renacimiento. Son símbolos antiquísimos. Cari Jung escribió varias obras estupendas sobre los arquetipos a que aluden. Y alguna potencia..., el «Dios», los ha actualizado... ¡Y Knossos se habrá dejado obsesionar por ellos! Están todos aquí, a plena luz del día; están en el propio paisaje. Por eso te llamaban «negreza», Muthoni. La «negreza» es la primera fase de «La Obra»..., un proceso de oscurecimiento. Resulta que entiendo un poco de eso, debido a la relación con Jung —tragó saliva, excitado.

Muthoni aventó el aire con las manos.

—¡Dijiste que el paisaje de este mundo imitaba al Bosco, un pintor holandés! Dijiste que esto era el Jardín de las Delicias.

—¡Y lo es! Hay muchos simbolismos muy extraños en las pinturas del viejo Hieronymus. En realidad nadie sabe de dónde los sacaba, si de su cabeza, o de la tradición popular..., o de alguna secta mística secreta..., ¡o de los alquimistas! Todo es posible. Puede reconstruirse la alquimia en sus fantasías..., o quizá no trate para nada de fantasías, sino el código oculto de una ciencia o presencia secreta. El sobrehumano, por lo visto, ha establecido la relación, y este mundo está construido alrededor del Bosco y de la alquimia. ¡En pleno siglo veinticuatro! ¡Qué resurrección tan delirante! —concluyó con un silbido.

—Pero si aquí no estamos en el siglo veinticuatro —rechazó Jerónimo la suposición con ambas manos, lo que le hizo asemejarse a una gallina escandalizada—. No entenderás nada de este mundo si te empeñas en situarte en el siglo veinticuatro, o en el que sea. Debéis olvidar ese..., ¡hum!, tiempo astronáutico que usáis los de la Tierra, y situaros en el Jardín. Reina un día perpetuo, el sol no se pone nunca y estamos siempre en el principio. ¿Siglo veinticuatro? ¡Bah! Ahora es el tiempo. O si no, estamos en el año número equis millones o billones de nuestra evolución; todo depende de cómo empecemos a contar..., aunque una medida de tiempo así no se puede contar. ¡Desde luego, lo seguro es que no estamos en el año Espacial tal y tal!

—Pero ¿por qué? —insistió Sean, dando por bueno el argumento—. ¿Por qué un mundo alquímico a la manera del Bosco, de entre tantos modos posibles de reaccionar frente a un desembarco de colonos?

—Dios sabrá —dijo Jerónimo, aunque no en tono de menosprecio, guiñando el ojo.

Hablaba en serio.

—Y Knossos, nuestro hombre del misterio, sabe lo que pasa. Tiene línea directa con Dios.

—Quizá la tengas tú también, «Athlon» —rió Jerónimo, subrayando el apellido—. O tú, «La Roca».

—Me parece..., me parece que vuestra entidad superior habrá pescado todas esas obsesiones en la mente de Knossos..., e hizo con él una especie de resumen —dijo Sean—. Si ese «Dios» exploró las mentes de vuestra tripulación y de vuestros colonos hibernados, y seleccionó esta única visión de la realidad, tan..., tan extravagante...

—Tan fundamental, Sean —le corrigió Jerónimo—. Tú mismo lo has confesado. Es algo muy arraigado y antiguo.

—Sí, lo admito. Decía que Knossos debió de ser un hombre muy extraño y poderoso. Un alquimista, un adepto de una sabiduría secreta, ¿conservaría su fe intacta, al tiempo que abandonaba la Tierra en un vehículo espacial del siglo veintiuno? ¿Y cómo habría

conseguido la plaza en la *Copernicus*, en primer lugar, burlando la selección rigurosa que sin duda debió realizarse?

—Hasta un Dios ha de tener intereses —se aventuró Denise a intervenir—. A lo mejor le convenía que fuese así. En realidad, Knossos era la única persona a bordo que tenía una fe. Por eso Dios hizo que esa fe se viese realizada. ¿O tal vez Dios no tenía otra elección? Es posible que, en cierto sentido, haya sido Knossos quien le ha capturado a *Él*. De otro modo, ¿qué clase de mundo habríamos hallado? —se estremeció Denise—. Rocas estériles. Un planeta muerto. Dios le insufló vida para la *Copernicus*. Y sólo podía insuflarle vida si descubría un contexto que permitiera transmutar la materia muerta en existencia viviente. Pues bien, ese contexto lo halló en Knossos.

Sean escupió otro hueso de cereza. Sin saber por qué, pero dudaba de que llegase a arraigar allí, caído sobre el césped aterciopelado.

—De todas formas, hizo buen trabajo. Vayamos allá y veamos si esa torre es, realmente, un aparato alquimista para destilar..., personas.

—Eso no lo averiguarás —dijo Jerónimo—, hasta que no estés dispuesto a destilarte tú mismo.

Mientras subían la pendiente del prado, el nombre de Knossos resonaba en la mente de Sean como un galope sobre un piso metálico. El hermafrodita había negado que Knossos fuese griego... Sean hizo experimentos con el nombre, varió la pronunciación hasta que, de pronto, dejó escapar una exclamación.

—¡Knossos no es el verdadero nombre!

—¡Vaya! ¡Eso ya lo sabía! —se impacientó Jerónimo.

—No. Quiero decir que está mal pronunciado..., un engaño típicamente alquimista. El verdadero nombre..., o mejor dicho, el título, no el nombre que le pusieron al nacer, no es Knossos, sino *Gnosis*. Que en griego significa «el conocimiento», un «saber oculto, arcano». Basta deformar un poco la pronunciación y nos sale la mentira cretense. En efecto, es el rey oculto de este mundo, por derecho divina recibido de la entidad superior, y el nombre de la partida es..., el conocimiento.

Jerónimo levantó la cabeza para contemplar el gran crómlech alzado como un paquidermo fósil, o un árbol de piedra coronado por un follaje verdadero. Suspiró con melancolía.

—¿Lo ves, Athlon? Tú sabes muchas más cosas que yo.

—Es un pueblo de Irlanda —replicó Sean con escasa convicción.

—Es lo que buscabas desde siempre, ¿verdad? El conocimiento. Pues has llegado al lugar idóneo para satisfacer tu ambición. Como lo hizo Knossos. Gracias a Dios.

—Es sólo un ser superior —dijo Muthoni.

—¿Sólo? ¿Sólo? —repitió Jerónimo burlonamente.

—Quiero decir que no es Dios. El Único.

—Lo que quiere decir Muthoni —explicó Sean—, es que «Dios» es algo abstracto y universal. Dios es una idea, un principio..., del cual los humanos, por lo visto, tenemos una intuición en el fondo de nuestra psique. Cuando uno desconecta todos los demás subsistemas mentales, bien sea mediante el trance o la meditación, digamos, no queda nada sino un sentimiento oceánico de la divinidad. Vuestro ser sobrehumano no puede ser ese Dios, aunque juega a serlo, debido a ese instinto nuestro.

—¿Dónde está la diferencia? Tiene todos los atributos de Dios. Y además, ¡qué sabéis vosotros de Dios! —exclamó Jerónimo, amenazándola con el dedo—. Ya verás si pierdes la negreza. Quedarás reducida a la condición de cabra..., ¡o tal vez incluso de coneja!

Arrugó la nariz con sorna.

—¿Y uno de los atributos de Dios sería la costumbre de castigar a la gente en el Infierno? Creo que no me agrada ese Dios. Es caprichoso. Este planeta es un capricho.

—Quizá todo el universo sea un capricho. ¿A que no habías pensado en eso? Me pregunto si nuestro Dios sabe realmente quién es Él —continuó Jerónimo en tono frívolo—. Tal vez, en cierto modo, también Él sea un capricho.

—Pero ¿no se puede tener un Dios ignorante!

—Entonces, ¿qué? ¿Lo prefieres omnisciente? No puede ser las dos cosas, señora mía. O es Dios, o no lo es.. Aunque, en la medida en que Dios es una paradoja, quizás eso tampoco sea cierto...

—¡Superior! ¡Sobrehumano! Si ese extraterrestre forma parte de la realidad natural, llegaremos a entender qué parte es.

—Pero ¿y si no llegais a entenderlo, a menos que...?

—¿A menos que qué?

—A menos que os transformarais alquímicamente —replicó Jerónimo, y luego añadió— : Por otra parte, también podríais contentaros con gozar, pasarlo bien. Echar un baile. Esto de aquí es divertido, ¿sabéis? A lo mejor resulta que os transformáis más pronto en el Jardín, por medio del placer.

Sean sonrió, malévolo:

—¿Acaso Dios se dejó clavar en la cruz para que nosotros pudiéramos divertirnos? Como dice el viejo chiste...

—¡Ah! A ese Dios, tal vez lo crucificaron. Pero no le ocurrió lo mismo al de aquí. Este es un Dios divertido.

—Entonces, ¿para qué el Infierno del otro hemisferio? ¿Qué tiene eso de divertido? —preguntó Muthoni.

—Es instructivo —replicó Jerónimo con aire de sentirse ofendido—. ¿No te gusta su Jardín? ¿No quieres ser instruida?

Meneó la cabeza.

—No, no es cuestión de hacerse freír si no quieres divertirse en su Jardín. ¿No ves que todo es parte de la alquimia? Pero no. Ya me doy cuenta de que todavía no lo ves. Ya lo verás. Sean sí ve, ¿verdad? Y Denise también ve un poco.

—¿Y tú?

—¡Ah! Yo veo muchas cosas. Me guste o no, yo soy el testigo.

Jerónimo hizo una mueca con la boca, y se ensimismó durante unos momentos en su tristeza... La gran tristeza del payaso.

Extensos zarzales rodeaban casi toda la base del crómlech y constituían una barrera impenetrable a pecho desnudo. Los petirrojos y los gorriones piaban despreocupados en la espesura. Tras arrancar una pizca de pelusa echaban a volar con el sutilísimo regalo que les serviría para mullir el lejano nido. Jilgueros grandes como casuarios rompían por entre los espinos con su corpulencia, mientras buscaban con el pico alguna presa de más sustancia que un puñado de fibras..., pero su paso no llegaba a dejar una senda abierta.

Mientras se acercaban los caminantes, una bandada de ruidosos mirlos surgió de una cueva oculta en una de las columnas de piedra. Los pájaros entraban y salían revoloteando de la gruta formada por las cuatro patas, y se cernían sobre el único camino despejado que permitía traspasar los zarzales, como si quisieran servir de guías a los recién llegados. Era un largo sendero caracoleante, desprovisto de espinos como al azar. Por él, los cuatro consiguieron llegar finalmente a la gruta.

Hallaron un estanque fosforescente, y vieron en la orilla de enfrente otro sendero que se alejaba por entre las zarzas en dirección opuesta y desembocaba luego, a través de un pedazo de césped, en un jardín silvestre de laburnum, de los que nacían tallos de color azafrán, de setos de magnolias blancas, de acerifolias con flores color escarlata y de tulipanes. Algunas araucarias destacaban sobre el conjunto como fantásticas torres de vigía hechas de miles de alfanjes, entre oxidados y recubiertos de pátina verde.

Del techo de la gruta colgaban como estalactitas unos tubos de cristal que llegaban hasta el agua del estanque, hundiéndose en el resplandor verdoso bajo los más variados

ángulos, obtusos o agudos. Algunos eran delgados y otros de un grosor ciclópeo, pero todos tenían hueco aunque en ciertos casos el diámetro interior fuese suficiente para dar cabida a una persona, mientras otros presentaban apenas un delgadísimo capilar. Y por todos los que tocaban el agua o se sumergían en el estanque circulaba el líquido. Aquel conjunto cristalino semejaba un deforme órgano de iglesia, hecho de material de laboratorio, un órgano que hubiera brotado del techo de piedra como alambique destinado a reciclar la luminosa agua del estanque.

Un mirlo aleteaba dentro de uno de los tubos que daban al aire. Sin duda, los demás de la bandada habían subido ya sin dificultad por dentro del tubo y a través del techo para ganar el exterior de la mesa de piedra, pero aquél se había despistado. Sus alas chocaban contra la pared de cristal. Agotado, las replegó y se dejó caer, resbalando dentro del tubo que arañaba con las patas y perdiendo plumas, hasta que cayó al agua. Luego remontó el vuelo entre una lluvia de salpicaduras, molesto y empapado, y prefirió salir de la gruta por el camino ordinario.

—*Hauptwerk* —dijo Jerónimo con orgullo—. El Gran Órgano, la Obra Magna. ¡Ojalá también tuvierais alas!

Sean intentó mirar por la luz del más ancho y menos inclinado de los tubos, que tal vez pudiera franquearse a gatas. Vio que una cara le contemplaba por la desembocadura del otro extremo: un rostro de larga y algo carnosa nariz, y de boca con las comisuras torcidas hacia abajo, una faz más meditativa que lúgubre, con el nacimiento del cabello color castaño muy cerrado sobre las cejas. Iba vestido, ya que Sean vislumbró el cuello de un sayal.

—¡Knossos! ¿Eres tú? —gritó, utilizando el tubo como resonador—. ¡Eh! ¡Espera!

Junto a la cabeza del hombre apareció la de una urraca, posada en el hombro de aquél, una segunda cabeza de ojos pequeños, redondos y brillantes, rodeados de finas plumas. El pájaro observó a Sean y graznó, pero Knossos no dijo palabra..., a no ser que el ave hubiese hablado por él. La cara del hombre se retiró y desapareció.

—¡Maldita sea! —exclamó Sean—. Pues bien, si está ahí arriba no puede marcharse.

—Puede bajar a través de las cuevas —dijo Muthoni—. Iba vestido, ¿no? Las zarzas no le supondrán ningún obstáculo.

—Bien pensado. Denise, tú vuelve por donde hemos venido. Tú, Muthoni, sitúate al otro lado para cerrarle la salida. Tú, Jerónimo, quédate aquí por si usara uno de los tubos para bajar. Yo voy a subir. Le encontraré.

Muthoni y Denise corrieron hacia direcciones opuestas de la cueva, según las instrucciones, y Sean se agazapó para entrar en el tubo. Las palmas de las manos y las rodillas se adherían al vidrio con la suficiente eficacia (si realmente era vidrio, cosa que Sean dudaba mucho), y podía apuntalarse con la espalda contra la pared superior del tubo. Hecho esto, adelantó una mano, luego una rodilla, y empezó a avanzar mediante la repetición del procedimiento. Una y otra vez. La postura del cuello, para mirar adelante, era forzada y dolo-rosa; mirar hacia abajo te producía vértigo, y además le colgaban los testículos de una manera ridícula, como si le hubieran crecido extraordinariamente, largos y vulnerables. Así que prefirió mirarse las manos.

Las paredes de vidrio se oscurecieron durante un trecho: al otro lado del cristal, al que se ceñía estrechamente, había roca. Al cabo de un rato emergió otra vez a la luz; era que acababa de atravesar el techo de piedra. Alzándose a pulso cuando llegó a la salida del tubo, se halló sobre la losa de piedra rosada.

Knossos había desaparecido. Por allí desembocaban tubos de cristal, pero Denise estaba abajo para vigilarlos. Numerosas aberturas daban acceso a las galerías excavadas en las columnas. Al otro lado, la losa de piedra que cerraba la base del obelisco acabado en una cúpula acebollada estaba abierta como la entrada de la cueva de Alí Baba. ¿Estaría Knossos dentro del minarete, trepando hacia arriba? Sean alzó la mirada.

Un movimiento en lo alto de la otra erección (la gran hoja de agave pétrea) atrajo su atención. Aquella hoja de piedra tenía en su base el grueso de un roble. En su cenit, donde se arqueaba en el aire y se estrechaba, trepaba el personaje desnudo que habían visto antes. Hacía equilibrios sobre una pierna, con los brazos por encima de la cabeza, en lo alto de aquel delgado puente a ninguna parte, tambaleándose un poco: parecía un volatinero. ¡Tal vez había visto adonde iba Knossos! De pronto; el funambulista desnudo hizo una voltereta y se puso en vertical sobre una sola mano, en equilibrio perfecto, mirando hacia donde estaba Sean. Mantenía la postura con una maestría increíble.

Sean hizo bocina con ambas manos.

—¿Hacia dónde ha ido Knossos? —le preguntó—. ¿Hacia dónde?

El desnudo trepador se dejó caer hacia delante a continuación de su voltereta sobre la curva de aquella hoja aserrada cada vez más estrecha, y a un par de palmos de su extremo. ¡No era posible que recobrase el equilibrio! Ni siquiera lo intentó. Muy por encima de la cabeza de Sean convirtió su voltereta en un salto al vado, como si la mesa de piedra que estaba debajo fuese una piscina. Cayó en silencio, sin dejar escapar un grito, con los brazos pegados al cuerpo.

Por un instante, Sean hizo intención de atraparlo o, al menos, de frenar su caída, pero se dio cuenta de que él mismo resultaría herido o muerto si se interponía en la caída del volatinero. No pudo hacer otra cosa sino apartarse corriendo. El saltador se estrelló contra la roca con la cabeza por delante y se rompió el cráneo, que se convirtió en una sangrienta papilla.

Como si hubiese aguardado ese instante, una garza blanca despegó perezosamente del borde de la mesa de piedra, y después de situarse con un par de aletazos sobre el cadáver, aterrizó cerca del mismo y se acercó sobre sus largos zancos, mientras alternativamente bajaba la cabeza y echaba el pico al aire, como hacen estas aves cuando se tragan un pescado. ¿Tal vez se disponía a rebuscar entre los sesos del hombre muerto? Sean avanzó corriendo hacia el bicho, haciendo aspavientos para espantarlo. Pero la garza no huyó presa de pánico, sino que le asestó un picotazo en el muslo, que sangró en seguida, fallando por poco los genitales. Mientras Sean se batía en retirada, el pájaro saltó sobre el pecho del muerto, sin dejar de menear la cabeza arriba y abajo. Pero no se trataba de un ave carroñera. Sus gestos eran de reverencia hacia el muerto. ¿No había dicho Jerónimo que la garza era un enviado? Era un ave viviente, pero también un mensaje... ¿Y no era también el emisario de la muerte... natural? Pero, ¿cómo podía ser natural y apropiada aquella muerte, y no una aberración, un ataque de locura o de suicidio? Tal vez, el volatinero desnudo había andado tanto sobre una pierna que ya no vivía en la misma realidad que los hombres y mujeres comunes... ¿Lo mismo que el hermafrodita, quizá? Sean se alejó, confuso, mientras se frotaba la herida con la mano.

Entonces advirtió un movimiento en el interior de la torre. En algunos puntos, las paredes de ésta eran más translúcidas, o simplemente más delgadas. Como a media altura del minarete, la silueta borrosa de una cara parecía pegada a la pared por dentro.

Sean corrió hacia el portal de piedra que estaba abierto.

Dentro, una escalera de mal perfiladas gradas, sin pasamanos, se ceñía en espiral a las paredes veteadas de azul, que algo más arriba se convertían en un mármol rosa. A cien metros sobre su cabeza divisó una sombra que cubrió durante un instante los rayos de luz que se filtraban por la abertura situada en lo más alto de la cúpula acibollada que formaba el remate de la torre. Echó a correr escalera arriba. Sin embargo, a medida que la escalera de caracol ascendía pegada a la pared, sus peldaños se habían cada vez más inclinados, y acababan por confundirse y la escalera se convertía en una rampa espiral, accidentada al principio y luego lisa, resbaladiza como un tobogán de feria. El que se hubiera propuesto resbalar de arriba abajo, sin embargo, se habría partido los lomos en el tramo inferior. Haciendo ventosas de las plantas de sus pies, Sean continuó el ascenso, aunque con más precaución.

—¡Knossos!—gritó—. Detente, ¡maldita sea!

La cara volvió a mirar hacia abajo. Esta vez Knossos habló, aunque burlonamente, al parecer.

—Si llegas a tiempo arriba, te llevo conmigo.

Las paredes veteadas de azul mudaban gradualmente a un tono rosa oscuro. A Sean le dolían los pies. ¿Cuántos escalones? O no. No ya escalones, que eso era antes, mucho más abajo. «Cientos de miles de espermatozoos, cada uno de ellos con vida», pensó, furioso. Mezclados en los tubos de ensayo de Dios y diseminados por todo el país. Le obsesionaba la visión de una catarata de líquido lechoso, salado, con olor a almizcle, originada en las profundidades de aquella torre (y en los tubos que estaban debajo de ella), y que la transformaría en una fuente viscosa, cuyo chorro le expulsaría también a él, y le proyectaría en el aire, hasta que se estrellara en el suelo tan muerto como aquel volatinerito. Es un fallo, pensó, y yo estoy trepando por dentro de él. Como el espermatozoide que fui alguna vez. ¡Regreso a mis orígenes! Este es el tallo tumescente. Más arriba está el glándula rosado, y la abertura que tiene es el meato. ¡Esto es más que el trauma del nacimiento! ¡Es el trauma de la concepción!...

Sus sensaciones, en cambio, estaban muy lejos de cualquier orgasmo; sus piernas y sus lomos no cantaban ningún himno de alegría, y aún le dolía el picotazo de la garza en el muslo.

La urraca, el ave familiar de Knossos, salió volando por el meato y se alzó en el cielo. Los rayos de luz se eclipsaron momentáneamente cuando el hombre vestido se izó por la abertura de aquel inmenso pene mineral y se quedó en jarras, de pie sobre el abultado glándula.

¿Qué habría querido decir Knossos con aquello de llevarle consigo? No le quedaba ningún lugar adonde ir..., a no ser que se refiriese al salto hacia la muerte.

El glándula rosado de la torre se hacía cada vez más translúcido. A medida que subía, Sean empezaba a distinguir nubes rosadas en un cielo rosado. Aunque por fuera pareciese de roca maciza (al fin y al cabo, uno tampoco puede ver el interior de su propio cuerpo), era un órgano interno que podía «ver» fuera del cuerpo, aunque fuese vagamente.

—¡Pégale un puntapié a ese Knossos! —jadeó.

Fuera, una silueta indefinida, a la que prestaban su tinte rojizo las delgadas paredes de la torre, se acercaba a ésta flotando en el aire. Él se detuvo a mirar, con la nariz aplastada contra la pared. ¿Un tiburón volador? En todo caso, se trataba de algo que tenía unas alas de planeador y un aspecto mixto entre torpedo y cometa, pero ¡era un ser viviente! El tiburón llevaba sobre sus lomos un tritón con la cabeza en forma de casco. Erguía la cola hendida en arco sobre la cabeza y sujetaba el extremo con una mano formando la figura de un aro. En la otra mano llevaba lo que tal vez era una jabalina, o un bastón de mando, de cuyo extremo colgaba una borla sujeta con una cuerda. El extraño grupo se aproximaba cada vez más.

Justo momentos antes de que el propio Sean lograra alzarse por la grieta del meato y tuviera oportunidad de agarrar a Knossos por el tobillo, el hombre vestido saltó a bordo del pez, poniéndose a horcadas sobre la espalda del tritón. El gran pez volador despegó entonces otra vez, remando con sus alas, como un navío del espacio.

Sean asomó la cabeza. El verdadero color del pez y del tritón era el verde, aunque la bola que colgaba del bastón era de un rojo cereza.

—¡Por favor! —gritó.

El tiburón estaba tan cerca que, si hubiera tenido terreno para tomar carrerilla, Sean habría podido alcanzarlo de un salto; pero fue sólo durante una fracción de segundo.

Knossos le hizo un saludo a Sean. El hombre vestido parecía verdaderamente contrariado por el hecho de que Sean se hubiese esforzado en vano. Apuntó hacia abajo con la mano, señalando el diminuto cadáver caído sobre la plataforma de piedra, con la garza todavía encima.

—Sólo aquello que es capaz de destruirse a sí mismo, vive de verdad, ¿sabes? —gritó, con cierta simpatía en su voz—. Sólo encontrarás el secreto en presencia del peligro.

Y el tiburón, pilotado por el tritón sin rostro, se alejó definitivamente.

Sean se dejó caer hacia atrás, agotado. La tentación de continuar el abandono era grande. Luego recordó que el tobogán terminaba, abajo, en una escalera de roca. Armándose de voluntad, emprendió el regreso, paso a paso, por la espiral. Con precauciones. Evitando el peligro.

8

—Creo que los peces evolucionan en tritones a su debido tiempo —dijo Jerónimo con excitación—, dentro del ciclo de convertirse en personas. O, tal vez, ocurre al revés, que las personas regresan a tritones y luego a peces, ¡qué sé yo! En todo caso, los tritones todavía no son verdaderos humanos. Por eso no tienen facciones humanas. ¿Dijiste que uno de ellos llevaba una bola? Es la forma perfecta, Sean..., el potencial que heredó, la causa que actúa en él, de manera que realmente debió de ser pez en una fase anterior...

Después del descenso de retorno a la gruta, el que boqueaba como un pez fuera del agua era el propio Sean. Una vez rendido cuentas de su ascensión, entre jadeos, Jerónimo se lanzó a una catarata de comentarios o de suposiciones, como si la vigía solitaria en la gruta le hubiese trastornado. Al resplandor verdoso de la gruta, los ojos parecían salirse de las órbitas, como si la cavidad le oprimiese el gaznate forzada a decir la verdad.

—¡Ah! ¿Crees que es demasiado pronto para que la psique de un pez evolucione en psique de tritón? ¡Cómo! ¿Aunque sea un Dios la fuerza actuante? *Él* es el agente transformador, Sean. Sus criaturas encarnan sus ideas transformadoras al tiempo que cada una vive su propia naturaleza, ¿no lo comprendes? Por ejemplo, ese tritón y ese tiburón con alas, juntos, componen el Espíritu de Mercurio... o, en otras palabras, el espíritu que se ahoga en el elemento acuoso y lucha por salir al aire para redimirse a sí mismo. Pero no se ha integrado todavía..., y por eso todavía son dos seres individuales, separados. Su asociación puede, literalmente, descomponerse..., ¡en medio del aire! Pues bien, si consideramos la ruta de escape de nuestro amigo bajo ese prisma, ella sugiere que estamos en el buen camino; aún estamos a tiempo de alcanzar a Knossos.

Jerónimo se frotaba las manos con entusiasmo, hasta que atraparon trazas de fosforescencia y salían verdes de las palmas.

—¡Tú habrás sido mi suerte, Sean!

—Pareces una gitana de las que dicen la buenaventura —dijo Sean.

No se sentía en forma. Demasiados años transcurridos bajo el frío de la hibernación, y luego una orgía para ponerse a tono... Notaba que necesitaba sumergirse en algo, como Aquiles niño, que le endureciera y le templara. En efecto comprendía las cosas que estaba diciendo Jerónimo y que despertaban ecos muy profundos en su fuero interno. Sólo que una cosa era tratar con esa especie de corrientes psíquicas por la vía de los sueños y del lenguaje simbólico, y otra muy distinta tener que perseguirlas concretamente, pies en tierra o incluso arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

—¡Ah! ¡Veo que estás contrariado! —dijo Jerónimo— Pero, ¿no te das cuenta de que estás haciendo progresos? Knossos te ha dado una buena pista, ¡y eso es mucho más de lo que nunca ha querido darme a mí!

—¿Una pista? ¿Cómo? ¿Que busque lugares de peligro?

Pero sí: había sido una pista. Knossos realmente simpatizaba con sus esfuerzos.

Incorporándose sobre el suelo de piedra donde se había dejado caer, Sean se sumergió en las aguas azules para lavarse el sudor de su cuerpo, no sin comprender que con ello, además de hacer una ablución, celebraba una especie de rito. Sumergía su yo ignorante, en el seno de un crómlech alquímico, dentro de un vaso... que *iluminaba* la gruta. El

lago era en realidad un crisol... Se sumergió y abrió los ojos debajo del agua, pero veía tan mal como un pez en tierra firme.

En el agua nos ahogamos, pensó. El agua es el océano del inconsciente, en donde hemos evolucionado como peces antes de poseer conciencia alguna, sólo con la preconciencia..., con ese viejo cerebelo situado sobre la médula espinal que compartimos con los peces... ¿Qué es el bautismo sino una evocación de ello, así como de las aguas amnióticas en el seno materno? Al regresar bajo las aguas, ahogamos nuestra conciencia en lo inconsciente, en busca de la reintegración y de una conciencia más elevada. ¿Por qué se dejó caer el acróbata desde la hoja pétrea de agave hacia la pura roca, como si creyera que ésta fuese el mar? ¿Tal vez empujado a la desesperación por «la Obra»? ¿O había visto un atajo, una manera de ahorrar camino? ¿Una sublimación? Si ahora mismo me ahogase aquí, si inspirase estas aguas de la destilación, ¿despertaría como pez preconsciente para arrastrarme sobre mis aletas hacia la tierra, luchando por volver a la marcha erecta y a mi estado anterior..., pero más plenamente integrado con el cerebro primitivo?

Los pulmones le dolían como si le fueran a reventar. Permitió que su cabeza asomase a la superficie y, tras sacudirse para expulsar el agua de los oídos, salió del agua y se agitó hasta secarse por completo.

—Será mejor decirles a Denise y a Muthoni que ha escapado... Pero ¡un momento! Ellas también han debido ver cómo saltaba. ¿Dónde están? ¡Muthoni!

Sean corrió hacia la salida posterior y por el sendero entre los zarzales.

En seguida vio a la kenia. Estaba sentada cerca de allí, con las piernas cruzadas; delante de ella, un unicornio blanco le horticaba el regazo. El largo cuerno en forma de destornillador hozaba la tierra cubierta de hierba.

—¡Muthoni!

Al sonido de aquella voz el unicornio retrocedió de un salto. Muthoni se incorporó rápidamente, con una mueca de gran alivio. El unicornio les plantó cara y luego escarbó, un par de veces más, el suelo con el cuerno.

—¡Así amansa el unicornio la mujer! Yo creía que eso era privilegio de las vírgenes —rió Sean.

—No es manso, Sean.

—Knossos...

—Ya lo he visto. Sucede que tenía una tonelada de unicornio sobre mí.

Ahora la bestia barría la tierra con el cuerno, como limpiando la broza que había levantado. De súbito irguió la cabeza y se alejó hacia la floresta hasta que desapareció en su espesura.

—Tenía el cuerno lleno de sangre, Sean. Se lo estaba limpiando. Mira.

Le mostró la mano. Los dedos estaban ensangrentados por haber asido el cuerno para apartarlo de ella.

—¡Estás herido!

—No, esa sangre no es mía, aunque creí que iba a serlo.

El consejo de Knossos en cuanto a buscar el peligro ¿sería una trampa, a fin de cuentas? Ya que, si el peligro les buscaba activamente a ellos...

—Entonces, ¿de quién?

Rodearon corriendo la selva de zarzas para entrar por el otro lado del crómlech, sin dejar de gritar:

—¡Denise! ¡Denise!

Yacía sobre la hierba, en actitud pacífica. Cuando ellos se acercaron corriendo, un pájaro desplegó las alas y echó a volar. Era un alcaudón de espalda negra, antigua ave de cetrería. Denise tenía el pecho atravesado por un agujero rojo, y una marca de pezuña en el seno, donde el unicornio debió pisarla para retirar su largo cuerno.

—¡Muerta! ¡Está muerta!

—Ya lo veo —exclamó Muthoni. Arrodillándose, frotó los dedos en la hierba para limpiárselos. Luego se volvió—: ¿Está muerta de verdad, Jerónimo? Quiero decir, ¿para siempre?

El ex capitán meneó la cabeza.

—No, excepto si Dios no os tiene en su registro. Sois extranjeros, recién llegados.

—Pero ¿y si Él... nos ha registrado?

—¡Ah! Veo que ahora estáis deseando creer en Él.

Desde su estancia en la gruta, Jerónimo padecía, por lo visto, un ataque de religiosidad discutidora..., como si se considerase muy cerca de salvarse, aunque no se veía muy bien de qué (o para qué), y tal vez tampoco lo supiera él mismo. Pero la muerte de Denise, al menos, le demostraba que algo importante estaba a punto de ocurrir... A no ser que hubiese ocurrido ya en su ausencia. Sonrió con malicia.

—Tendrá que pasar por el Infierno, eso es todo.

—¿La ha enviado al Infierno? ¡Cómo! ¡El muy...!

Muthoni acarició el cabello dorado de Denise: su alegría cuando despertó, el regalo del frío. Luego le cerró suavemente los ojos con el índice y el pulgar.

—Tenéis una idea deformada de para qué sirve el Infierno.

—¿Acaso no es doloroso? ¿Acaso no torturan? ¡Cómo va a ser el Infierno si no torturan!

—Encontrarse con el propio yo profundo puede ser una tortura. Hay que sumergirse en ese horno.

—¡Palabras vacuas sobre lo que ha sido un asesinato!

—¿Queréis que os diga un chiste? Ahí va uno: quizá Denise, ahora mismo, se encuentra bastante vacua también, ¡ya que tiene un buen agujero en el pecho! Es una broma bastante vacua, dadas las circunstancias —continuó Jerónimo con una risa estúpida. Era una risa amarga, como si acabaran de elegirle para hacer el payaso al pie de una crucifixión. ¿O tal vez era..., miedo? ¿Miedo a merecer un honor similar?

—Daremos caza a ese maldito unicornio —aseguró Sean, sin escucharle—. Acabaremos con él. Es una bestia peligrosa.

—¡Pero si es inocente! —protestó Jerónimo, bonachón—. Ha sido sólo un instrumento en manos de Él.

Era imposible adivinar si hablaba en serio o con sarcasmo.

—Mató a Denise, así que le daremos caza. Obedeceremos a Knossos al pie de la letra: vamos a perseguir el peligro. ¡En marcha, antes de que se aleje demasiado!

—¿Y qué hacemos con Denise? ¿Ha de quedarse aquí, de pasto para las hienas? —dijo Muthoni apretando los puños—. ¡Pero qué hienas! Aquí no hay carnívoros.

—Mira —señaló Jerónimo—. Mira antes de saltar.

Un grupo de hombres había aparecido en la cima de la colina y se apresuraba cuanto podía, aunque iban echando los bofes, puesto que transportaban entre todos unas gigantescas valvas de ostra semiabiertas. El alcaudón batía las alas delante de ellos y guiaba a la cuadrilla con sus gritos. Sin hacer caso de Sean ni de Muthoi, se posó en el pecho de Denise. Doblando el cuello, volvió a abrir con el pico los ojos sin vida. Los hombres llegaron al fin, entre bufidos y jadeos, y depositaron el molusco en el suelo, al lado de Denise, tras lo cual sonrieron y se pusieron a secarse la frente. Las dos valvas de la ostra aparecían revestidas por dentro de una carne lechosa, y el reborde nacarado lanzó iridiscencias azules y plateadas.

—¿Quiénes sois? —les gritó Muthoni.

Pero ellos no hicieron caso, e incluso la empujaron cuando ella intentó oponerse activamente, mientras tres de los hombres aleaban el cadáver de Denise y lo deslizaban dentro de la concha abierta. Luego hicieron presión sobre la valva superior, que se cerró sobre ella a modo de tapa de ataúd.

—¿Adónde os la lleváis?

Entre gruñidos y jadeos, y sin dar explicación alguna, aquel personal de pompas fúnebres levantó la ostra hasta cargársela sobre las espaldas. Luego, inclinados bajo la carga, echaron a andar con el mismo ritmo acelerado que antes y meneo de hombros, codos y piernas con los músculos tensos por el esfuerzo.

Jerónimo impidió que sus compañeros los siguieran (Él se reprimía también, procurando no olvidar que era El Testigo.)

—El antiguo cuerpo se disolverá en la *prima materia* de la carne, en una jalea protoplasmática. Cuando se abra otra vez la concha, albergará a un nuevo ser.

—¿Una nueva Denise?

—No, ella deberá pasar la incubación en el Infierno. La muerte conduce al Infierno. El Infierno conduce a una nueva vida —Jerónimo hablaba en tono de gran convicción, pero estaba sudando—. ¿Había en ella mucho de demoníaco? —preguntó con suma precaución.

—Tal vez un atisbo de perversidad —dijo Muthoni con acidez, pues recordaba las fantasías de Denise sobre la radiación psicotrónica, un rasgo de biomisticismo que solía guardar escondido en su armario. (Pero ¿podían llamarse aún fantasías?)—. Era un ser amable. ¿Hacía falta torturarla para que se volviese demoníaca?

—Todos tenemos un demonio en nuestro interior: el antiguo dragón de nuestros sueños. Cuando nos echamos a dormir él se pone en marcha y escupe fuego. Presentará su tarjeta de movilización en el Infierno —agregó, tragando saliva.

El dragón de nuestros sueños... Lo malo era que Jerónimo tenía razón, pensó Sean. Los viejos instintos arcaicos, los deseos, los temores y las furias del preconsciente colaboraban de mala gana con el cerebro reciente, como un dragón esposado. ¿O quizás habría que decir *desposado*? ¡Qué matrimonio tan mal avenido somos cada uno de nosotros! Al pensarlo se sintió ahogado por su propia rabia y su miedo.

—¡Vamos a cazar a ese maldito unicornio! ¡Le daremos su merecido!

—No lo hagáis —se opuso débilmente Jerónimo.

—Si esa entidad superior quiere que seamos instintivos, vamos a demostrarle que sabemos actuar instintivamente!

Una vez en medio de los laburnos, los magnolios y las acerifolias, se dieron cuenta de la verdadera extensión de aquella espesura. No obstante, los tallos rotos y las flores pisoteadas revelaban a los ojos de Muthuni el camino que había tomado el unicornio. Incluso se había detenido a clavar su espolón en los troncos y en la hierba. ¿Quizá para purificarse?

—En realidad no tengo ganas de volver a verlo, Sean.

—¡Es preciso! Es necesario. Knossos lo dijo. Es el peligro para nosotros.

Salieron a un claro herboso. Los rododendros y las azaleas amontonaban alrededor de ellos sus flores color rubí, anaranjado y salmón y les ofrecían numerosas avenidas. Pero uno de los senderos estaba pisoteado y la tierra revuelta, como si el unicornio hubiera decidido dejar un rastro bien claro. Continuaron con la seguridad de alcanzarlo. Sin dejar de avanzar, Sean aguzaba con una laja la punta de un palo que había recogido. Y mientras aguzaba, se notaba aguzado él mismo, apuntado, convertido en una flecha que señalaba una dirección única sin posible camino de retomo. La rabia y la obsesión le nublaban los ojos, cegándole para la belleza de los sotos cargados de flores. En vez de perfumes florales venteaba sangre y sudor..., como si su olfato se hubiese vuelto algo primitivo, o animal por fin, como la trufa agudísima de un perro capaz de seguir un olor determinado entre millones de otros olores mucho más intensos, pero que no llegan a ocultar el que le interesa, con exclusión de todos los demás que se arremolinaban alrededor de él.

Era una mariposa, atraída a kilómetros de distancia por una sola molécula de una feromona particular: la de la muerte, convertida en todo su cosmos: su radiofaro especial. Era un tiburón, enloquecido por el mínimo rastro de sangre en medio de un océano aterciopelado de salobres aguas. Olía el *miedo*: empalado en el cuerno del unicornio, excava-

do en un terrón del suelo por aquí, restregado contra un matojo por allá, y se convertía en su propio miedo, que le apuntaba directamente.

Intentó pensar. ¿Serían así las cosas en otros tiempos..., para el infrahombre y para la bestia de las capas más primitivas de mi cerebro? Él *miedo* le espiaba desde una azalea de color anaranjado detonante, pero él veía como un objeto monocromático, casi plano, desprovisto de significado alguno a no ser aquel rastro de miedo, y aquella delgada veta dorada que lo prolongaba a través del aire hasta la mata siguiente. ¿Cómo se fertilizan estas flores, puesto que no hay insectos? ¿Cómo se sostiene todo esto? Pensamientos que se tundían en el oro líquido del miedo... El unicornio es un animal paradójico que hasta ahora no había existido jamás, excepto en la imaginación. «Dios», la entidad superior, también es una paradoja, ¿incluso para sí mismo, quizá? El miedo áureo le deslumbraba como un rayo de sol en los ojos. Una flor de miedo le dejaba atónito desde una mancha de hierba pisoteada. El furor crecía dentro de él. Y él aplastaba el miedo a pisotones y aguzaba en el furor su pica de cazador.

Delante de ellos, un gran rododendro se agitaba como si dentro de él alguien estuviese revolcándose de un lado a otro. Muchas flores cayeron. Se oyeron resoplidos y relinchos, luego gruñidos y un gran rugido.

Jerónimo retuvo a Sean por el brazo, en el preciso instante en que el unicornio salía rodando sobre el prado, entre coces y patadas. Unas garras habían dibujado rayas de sangre en sus flancos. Tras él, de un brinco, apareció un león..., y era un animal enorme, con una poblada melena imperial, la cola rematada en matamoscas y los amarillentos colmillos al descubierto.

—¡Yo he montado a lomos de ése! Y ronroneaba, ¡era manso! —balbuceó Jerónimo.

Cuando vio a los tres humanos, el león se deshizo del unicornio con un solo zarpazo. El unicornio se rehizo y titubeó, como queriendo protegerlos...

¿Protegerlos? ¡Muy al contrario! Los había engañado ¡llevándolos a la emboscada! ¡Y había provocado al león hasta enfurecerlo!

Acobardado y ensangrentado, el unicornio desapareció. En lugar de la bestia grácil y esquiva, quedaba una especie de dragón.

Sean esgrimió el palo, gruñendo a su vez. Durante un segundo se vio como la caricatura ridícula de un domador de leones que era en realidad. Aquella bestia ¿sería el dragón-león que albergaba dentro de sí mismo? El ansia de matar en su corazón, ¿no era algo más que la rabia de su corazón contra el unicornio? Los perros de la Rabia y del Miedo hacían trizas entre sus mandíbulas al zorro astuto.

De pronto, Jerónimo emprendió la huida, echó a correr. Pero el león no lo persiguió. Ni había sido propósito de Jerónimo el distraerlo. El viejo Van der Veld se limitaba a salvar su propio pellejo. Y por eso siempre se salvaba su pellejo para él..., que seguía siendo lo que era, el perpetuo testigo. Tal vez el capitán Van der Veld originario hubiera hecho frente al peligro. Pero su avatar más reciente, en cambio, había pasado el aprendizaje de la discreción. Quizás el nuevo Jerónimo recordaba lo que era el Infierno...

Muthoni se acurrucó al lado de Sean. ¿O tal vez Sean buscó refugio en ella? Imposible saberlo.

—¿Me entiendes cuando te hablo, león? —ladró.

La bestia contestó con gruñidos.

—Tú no eres muy elocuente, ¿verdad? —dijo él con desprecio.

No, el cerebro primitivo no lo era..., el cerebro primitivo precedía al lenguaje y a la razón. Pero todavía se manifestaba a través de las fantasías y de las pesadillas. Aquello era una pesadilla, pues: la bestia es el hombre. Y no soñada.

¡Raciocina! ¡Piensa para que se aleje el sueño! ¡Destiéralo! Sean plantó cara al león, mirándole a los ojos. ¿No te gusta eso, eh? Sí, ¡aduéñate de él con la vista! Así es como se domina la mirada de un predador. ¡Domínalo!

No hay predadores aquí, en el Jardín..., excepto cuando... Yo soy el predador, el que informa al león sobre cómo debe reaccionar...

En un segundo supo que no era tan importante lo que hiciera en aquel momento, como lo que pensara... De lo contrario, la parte onírica de su cerebro le devoraría.

El miedo cantaba revoltijos de oro a su alrededor..., una red para atrapar leones, un palo aguzado para atravesarles la garganta.

Garganta seca necesita sangre. Colmillos. Crujen. Muerden. Desgarran...

Con un rugido, el león saltó, Un golpe de aliento ardiente (¿dulce..., de la dieta de frutas?)... Sean era todo melena y músculos, que le tumbaron de espaldas. No sintió el instante de dolor; el mensaje llegaba demasiado lento... antes creyó sentir que le estallaba el corazón.

Segunda Parte - El Infierno

9

«¿Quién... soy... yo?

»“¡Yo!” “La letanía del despertar: Yo soy Sean, Sean Athlone, de cuarenta y un años de edad, nacido en el Año Mundial de 270, alias 2239 de la Vieja Era. Y hace frío, un condenado frío.

»Y ahora estamos en el Año Mundial 398, así que debo tener ciento veintiocho años de edad según el tiempo de hibernación en la *Schiaparelli*..., y por eso hace tanto frío. He despertado a medio descongelar. ¿Se habrá estropeado la cámara? ¿Dónde está la luz?

»¿Y cómo sé yo cuántos años han pasado?

»¡Y qué sueños tan absurdos! ¡Átame ese último rabo..., que él se traerá a los demás entre los colmillos! Átame el tigre de los sueños por el rabo.

»¿Tigre? No, león. ¡Un león que rugía y saltaba!

»¡Ah, sí! Y el unicornio..., y el Jardín, ¡el Jardín! Amable Loquela, ardiente Muthoni. ¡Qué fantasías! Cuesta un poco eso de recordarse a sí mismo después de ochenta y siete años.

»Se habrá estropeado la luz. Si empujo con las manos así, tropezaré con la tapa de mi ataúd estelar... contrapesada, de manera que hasta un niño podría levantarla.

»¡Qué raro! Mis uñas deberían haber crecido como puñales... ¡Pero no, que ésa era la lógica de los sueños! Así era como interpretaba mi cuerpo el transcurso de los decenios..., por algún tipo de reloj psíquico capaz de percibir el tiempo absoluto.

«Empuja, Sean. Empuja. Levántate.»

La tapa se levantó, dando paso a una claridad aculada, crepuscular.

No era la misma tapa de acero. Era... una concha, recubierta de lustrosa madreperla. «Soy la carne de la ostra», pensó.

Se incorporó. Aunque seguía padeciendo un frío cortante, no tiritaba. Sus nervios le indicaban un frío glacial pero, sin saber cómo, su cuerpo estaba inmunizado contra él. El frío le dolía, pero sus movimientos eran ágiles. No estaba estropeado; el frío parecía más bien un enfriamiento de la mente.

Se asomó fuera de la concha.

Una tundra desértica, llena de lagos helados. Ni una planta, ni una brizna de hierba.

El fuego, a lo lejos, se elevaba de un laberinto de muros y de torres y manchaba de humo un cielo tachonado de estrellas. Las ruinosas edificaciones parecían arder desde siempre, sin acabar nunca de consumirse. Unas aspas ardientes de un molino de viento en ruinas simulaban la rueda de una traca, pero tampoco daban muestras de soltar brasas ni se reducían a cenizas.

En uno de los lagos, lóbrego y frío, la joroba alargada de un puente se tendía sobre las aguas desheladas por el incendio. Forzó la vista: en medio del puente, dos pelotones enfrentados se empujaban y luchaban mutuamente. Estaba contemplando una batalla, una guerra medieval.

Algo cruzó el cielo volando hacia los edificios en llamas. Era más grande que un albatros, pero se deslizaba sobre alas de mariposa, llenas de ocelos. Su cabeza era un yelmo de una pieza del que brotaban plumosas antenas. Aquel pájaro-insecto era de una belleza sobrecogedora, pero llevaba en dos delgados brazos una espada y un escudo. No parecía del todo un ser vivo..., ¡ya que ambos brazos eran de metal! ¡Y la cabeza también! ¿Cómo podía estar parcialmente vivo un ser así?

—¡Ejem!

Se volvió rápidamente.

Otra cosa metálica le contemplaba: azulada, en forma de garita de castillo, como de un metro de alto. Un tejado cónico, parecido al gorro de un payaso, se asentaba sobre unas seemos. He aquí la respuesta a tu tercera pregunta. Ahora mi programa me dice que cuente hasta diez, ¡para que desaparezcas! De lo contrario, ensayaré tu umbral de resistencia al dolor con mis agujones. Uno, dos...

Sean trepó sobre el reborde de la concha, haciéndose daño en las desnudas piernas, y huyó a través de los charcos helados. Corría hacia el calor, hacia el fuego de las factorías infernales, o lo que fuesen. Las manos se tendían por sí solas hacia el calor, las piernas le llevaban hacia donde ellas querían y no pudo hacer otra cosa sino dejarse llevar.

Casi tropezó con Denise. Estaba echada de espaldas, con un tobillo atrapado en el hielo. A su lado, una barca naufragada y prisionera también del hielo apuntaba hacia arriba.

Tenía los cabellos desparramados en abanico sobre el hielo, y su cuerpo era tan blanco como siempre. Allí, atrapada, parecía tan vulnerable que Sean tuvo una erección. Cuando se alzó sobre ella en toda su negritud, ella dio una palmada.

—¡Soy Sean! —exclamó él, y con sólo decirlo se evaporó aquel deseo helado—. Soy yo..., Sean,

—¡Pero no...! Pero si estás...

—Estoy ennegrecido, ¿verdad? ¿Acaso no es la primera fase de la Obra? Y contigo, ¿qué pasó?

—Desperté dentro de no sé qué fruto muerto..., un cascarón. Se había abierto, y fuera estaba sentada una cosa que semejaba una armadura medieval, pero sólo los brazos y las piernas. Tenía un cuchillo. Dijo que podía formularle tres preguntas y que luego empezaría a despellejarme. Yo eché a correr. Había un río y las aguas estaban tan calientes que te juro que hervían. Esa barca estaba atracada a la orilla. A medio camino de cruzar el río, las aguas se helaron. La temperatura debió caer más de ciento cincuenta grados. La barca volcó. ¡Gracias a Dios no quedé atrapada debajo del agua! ¡El hielo quema, Sean!

Sean aporreó el hielo con los puños y lo arañó con las uñas. Un poco de humedad se adhirió a sus manos. Con súbita inspiración, aferró el tobillo aprisionado de Denise, soportando el dolor que le causaba el hielo; mientras los nervios de las palmas apretaban todos los botones rojos de sus centros álgidos, el hielo que rodeaba el tobillo empezó a fundirse y a convertirse en un charco de barro.

Ella no podía fundir el hielo con el calor de su cuerpo, pero él sí. ¿Tal vez porque había escapado del calor hacia el frío?

Con su ayuda, Denise logró ponerse en pte y ambos regresaron a la orilla de donde ella había partido. Aunque ya no era ninguna orilla, sino simplemente la continuación de un paisaje ártico.

—Según mi máquina, Muthoni está cerca. Por si acaso, mira si distingues una negra blanca.

—Yo debía llevar una gran herida sangrante en el pecho —se asombró Denise mientras se exploraba a sí misma—. Ni rastro. Estoy curada.

Tampoco Sean llevaba señales de su última y mortal batalla; en cambio le quedaba la herida causada por la garza. Tal vez era imprescindible que desapareciesen las heridas mortales, o de lo contrario las víctimas no podrían seguir sufriendo.

—No son los mismos cuerpos, Denise, sino copias. El mío es una copia negativa. Nuestra carne anterior se disolvió, y se formó carne nueva a partir de esa otra dentro de la que desperté. Es el gran secreto que buscaban los alquimistas: una sustancia transformadora. La Piedra, el *aqua nostra*. Está aquí..., y es *Él*. Puede sacar la imagen de toda una personalidad y transferirla... es una especie de proyección anímica.

Sean se frotó una ingle dolorida y continuó:

—Debe de ser una carne más resistente y un sistema nervioso más sólido, de lo contrario ya estaríamos congelados. No podrías dar ni un paso.

—Aun así duele lo tuyo.

—¿No dijo Jerónimo que los cuerpos aguantan más en el Infierno? Así tendría que ser el cuerpo humano. Debería evolucionar hasta adquirir una resistencia como ésta.

—Biocontrol —asintió Denise. Y así lo creía, pero arrugó en seguida la nariz—: Estamos más cerca de la perfección... ¿en el Infierno? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Pero mi mente aún está obsesionada por el calor y el frío, aunque ahora no puedan hacerme daño. ¡Si pudiéramos desconectar los viejos instintos! Casi diría que este frío y este calor los invento yo para mí mismo.

—¡Pues sí que somos superiores en el Infierno! —rió ella con sarcasmo.

—Tú sabes que lo somos. Hablamos de ello y yo todavía sé razonar..., la mayoría de las veces. Me doy cuenta de que pudiera haber ocurrido de otro modo. Mi cuerpo, la parte primitiva de mi cerebro, están ansiosos por apoderarse de mí. Mis piernas quieren hacerme salir corriendo. Mi pija quiere clavarse dentro de ti. Pero *Él* todavía no permite pensar y razonar.... si nos hacemos dignos de ello.

Sus pies se removían al sentir la quemadura del hielo.

—¡Anda! —le urgía—. ¡Muévete! Camina deprisa. Busca ese luego.

—Busquemos a Muthoni.

Con una mano apuntaba a las edificaciones en llamas y al puente de la batalla; con la otra la tomó del brazo y tiró.

Denise ladeó la cabeza con un gesto de incredulidad.

—¿De veras crees que el Infierno sirve para hacernos más fuertes?

Mientras andaban, él le contó lo que había dicho el castillete.

—¡Hasta las máquinas quieren elevarse por encima de sí mismas! Tal vez éste sea el lugar adecuado para que evolucionen ellas, mientras el nuestro sería el Jardín. ¿Sabes una cosa? ¡Aquí este cuerpo mío me parece no poco maquinal! Imperturbable, aunque los nervios estén al rojo vivo. Somos aquí como unos robots de carne.

—¿Es verdad que esas máquinas son los despojos de la *Copernicus*? ¿Qué interés, tiene Dios en desmotar y hacer evolucionar los elementos del ordenador de la *Copernicus*?

—A los «demonios» se les supone tradicionalmente embusteros, ya lo sé. Pero..., quizá Dios se ocupa de todo lo que sea capaz de realizar el intento de comprenderle. Por otra parte, nosotros fuimos los creadores de la inteligencia artificial, así que tal vez seamos responsables de ello ahora. Ha de compartir nuestro destino.

—No la hicimos tan inteligente como eso..., aunque la *Copernicus* tenía un ordenador todavía más cuasiviviente que el de la *Schiaparelli*.

—No, no lo hicimos, pero *Él* se dispone a optimizarla, lo mismo que quiere optimizarnos a nosotros. Las máquinas son una proyección de nosotros mismos; por eso han de estar aquí. Aunque no son máquinas de la gracia amorosa, que digamos, sino artefactos del demonio.

—Máquinas..., ¿de qué?

—De la gracia amorosa. Eso es de un antiguo poema. Es la visión de un futuro cibernético en forma de prado lleno de animales y de humanos «vigilados por máquinas de la gracia amorosa». Esas máquinas se han alejado bastante del paraíso, diría yo.

—¿Porque nunca nos hemos nado de ellas en realidad? Sólo las hemos utilizado lo mismo que siempre hemos utilizado la naturaleza. ¿O quizás estaba en nuestra mano hacer que fuesen inteligentes de verdad, o incluso superinteligentes a estas alturas? ¿Quién fue el que planteó el esquema de un cerebro artificial independiente y autoprogramado?

—¿Eugene Magidoff? Eso fue hace mucho tiempo. Nadie supo continuar su obra.

—¡Porque no se le permitió a nadie que lo intentara! El hombre tenía que ser la corona de la Creación. Está usted lleno de prejuicios, mi estimado psicólogo. Ellas han encontrado ahora su oportunidad..., la oportunidad que nosotros les negábamos. Quizá Dios sea justo y bueno —dijo ella mordiendo el labio—. Todo esto serán herejías, supongo.

—¿A qué herejía te refieres?

Luchó consigo misma antes de contestar.

—La idea de una evolución para todos, incluso para los peces y las máquinas, en el sentido de un progreso. No dejaría de gustarme que fuese verdad. ¡Ah!, mi fantasía empieza a salirse de madre ahora, *mon ami*. Pero, para ser estricta, debo decir que no es científico. La evolución darwiniana no se refiere a un avance, lo que sería como insinuar que las amebas y los peces son insuficientes, sin explicar por qué. Como si fueran los peldaños más bajos de una escalera. La evolución de Darwin nos habla de la variedad soberana, de la suficiencia según el nicho ecológico. Mientras que aquí —sonrió con cierta confusión—, el tema es el progreso. Porque hay un Dios presidiéndolo todo. Tan pronto como uno introduce a un Dios que lo presida todo, hay que creer en una tendencia hacia Él.

Meneó la cabeza:

—Pero no es científico, y por eso Jerónimo no se atrevía a contárnoslo. Al fin y al cabo, es posible que un Dios no pueda ser científico.

—¿Porque es una paradoja?

—Pero, si empezamos a creer eso, ¿cómo podremos llegar a captar lo que Él es? Estoy..., desgarrada entre dos caminos.

—¿El hielo de la ciencia y el fuego de la fe?

Ella se encogió de hombros. Se acercaban cada vez más a la parte habitada y en guerra. La tundra helada cesaba de súbito y se convertía en desierto: tierra calcinada que parecía parda en la oscuridad pero seguramente se revelaría roja si recibiera la luz suficiente. Un foso pantanoso separaba las zonas de calor y de frío. Mientras lo vadeaban pudieron notar el aumento de la temperatura. Sus pies mojados empezaron a echar vapor tan pronto como pisaron el suelo rojo oscuro. Y allí estaba otra vez el calor: un calor de otra especie, como pisar una plancha de hierro candente. Sean sintió la tentación de andar a saltos, pero las suelas de sus pies ni ardían ni se chamuscaban; era sólo una sensación. Intentó desconectar aquella sensación pero, para desgracia suya, no sabía encontrar el interruptor.

Estaban ante los hornos del Infierno.

Sin embargo, fue Muthoni quien les encontró a ellos. Era ella quien les daba caza.

Convertida en una persona nueva y violenta, salía de una hoguera con un tridente en la mano. Al inspeccionarlo más de cerca, se dio cuenta de que las puntas del tridente eran escalpelos quirúrgicos. Bisturís para curar hiriendo, por el procedimiento de cortar, de

retajar, de dar nueva forma, para descubrir y corregir los defectos interiores. Hacer de alguien una persona nueva por medio de una herida sagrada... Parecían también espetones para asar: otra manera de transformar la carne, de cruda a cocida, de natural a cultural. Un estadio superior...

Se hallaba en una extraña amalgama entre hospital y cocina: la cocina de un cirujano. Una bruja de cara azul, con barriga como la de un pavo desplumado, daba vueltas muy satisfecha a un hombre espetado que estaba asando. En el mismo fuego se calentaba una caldera llena de agua donde, entre protestas y exclamaciones, flotaban cabezas sancochadas de hombres y mujeres, sin los cuerpos. De hecho, sólo el calentamiento del agua, con su consiguiente convección, evitaba que aquellas cabezas se hundiesen hasta el fondo del caldero y se ahogasen allí. Así pues, se dijo Muthoni, la bruja azul les hacía un favor, pues era ella quien había puesto el caldero allí para pringar con el caldo su asado de hombre.

Esta víctima daba vueltas con indiferencia, mientras la engarfiada mano de la bruja accionaba la manivela. La mueca del espetado era más bien de paciencia y resignación, o incluso de concentración. En el supuesto de que Muthoni se hubiese preocupado de ello, la expresión desmentía el tormento que, según las apariencias, estaba sufriendo...

Las tareas culinarias de la bruja padecían la competencia desleal de otra cocinera, una gorda que vestía *negligé* rojo y mantilla y que manejaba una gran sartén. En ella freía una mano cortada que, sin embargo, no dejaba de mover los dedos, así como una pierna que lanzaba puntapiés en intento de salirse de la manteca hirviente, y una cabeza que rodaba de un lado a otro, movía las orejas y hacía rodar los ojos con invitadora expresión, como si ése fuera su único medio de comunicación.

—¡Ajá! —exclamó Muthoni, y luego otra vez—: ¡Ajá!

Tras lo cual, metió el tridente en la sartén. Pinchó la cabeza por los ojos y la alzó al aire para echar a correr en seguida con ella. La sucia del *negligé* la cubrió de improperios.

—¡Devuelve eso, medio teñida! ¡Tramposa! ¡Alcahueta! ¡Devuélveme a mi hombre!

(*¿Por qué hago eso? ¿Acaso el cirujano alberga el deseo secreto de descuartizar a las personas?*)

La introspección se ahogó en una intoxicación biliosa. Con un remolino de su tridente, Muthoni arrojó la cabeza a gran distancia. La testa rebotó en el suelo y rodó hasta detenerse. Pero entonces, y sin que se supiera cómo (tal vez mediante contracciones de los músculos del cuello, o moviendo las orejas), se las arregló para regresar en dirección a los fogones, arrastrándose centímetro a centímetro. La cocinera la llamaba a silbidos. Cuando la cabeza estuvo cerca, Muthoni le cortó el camino y la envió a un lado de una patada, a lo que la sucia volvió a gritar:

—¡Medio teñida!

Sólo entonces Muthoni se detuvo para fijarse en sí misma. Se notaba vigorosa, fuerte como una leona y con la resistencia de un leopardo cazador; pero, lo mismo que un leopardo, tenía la piel manchada. Estaba moteada de blanco y negro. Aullando de rabia, miró como una fiera a su alrededor para ver quién le había robado su negreza..., o quién se había puesto su piel. El demonio estaba desencadenado dentro de ella. ¡Le rajaría la piel robada con sus escalpelos y la trasplantaría de nuevo sobre sí! Operación que desde luego no podía hacerle daño puesto que se sabía invulnerable..., a no ser por aquellas manchas de un blanco leproso. Le dolían un poco: piel blanca, más sensible a los ardores del fuego..., pelleja miserable y paliducha.

(¡Eh! Esto es divertido. ¿Creías que ibas a ser castigada por los demonios? ¡Y un infierno!)

(¡Basta, Muthoni! ¡Piensa!)

Sin hacer caso de las voces que clamaban dentro de su cabeza, corrió hacia una loma desde donde podría tal vez atisbar todo el terreno. Su vista se acomodaba con facilidad y, si quería, lo veía todo como a través de una mira nocturna dotada de intensificador de luz.

Entonces llamaron su atención unas voces quejumbrosas. En una zanja, al pie de la colina, se retorció una oruga de cierta corpulencia.

Enfocó la vista. Era una mujer yacente y singularmente gorda. Y era ella quien estaba pariendo a la oruga blanca..., en realidad: una vaca totalmente desarrollada. La res salía de ella como si no tuviera huesos, como un globo de carne que se hinchaba, y caía blandamente al suelo, entre balidos y mugidos.

¡Ah, pero aquello sí que merecía atención desde un punto de vista obstétrico! Ya que aquella vaca no veía la luz por el cono de la gorda, sino por su occipucio, a modo de espuma hinchable de plástico, que se convertía en una vaca viviente durante el propio acto. La masa temblorosa formada por la mujer y la vaca estaba unida por las cabezas como una pareja de siameses.

¡Ajá! Ahora veía el problema. ¿Acaso no estaban unidas sin poder separarse? Por eso las dos yacían tumbadas en la zanja entre lamentos y gemidos.

Muthoni bajó la cuesta con rapidez, y apuntando con sus escalpelos a la parte posterior del cráneo de la mujer, se puso a cortar y rebanar la masa mantecosa.

—¡No me robes mis sueños! —chilló la gorda.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. La gran masa de la vaca estaba ya libre; el animal se puso en pie y empezó a trepar ladera arriba, hasta desaparecer al otro lado, entre mugidos que partían el corazón.

La gorda se sentó en el suelo, con los ojos congestionados de lágrimas, y se frotó la cabeza.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Diablesa! —escupió—. Ahora tendré que soñarla otra vez.

Dicho lo cual se tumbó de nuevo sobre los neumáticos de grasa. Muthoni le dio un puntapié que hizo retemblar aquellas mantecas.

—¿Qué haces ahí, gordinflona?

La mujer la miró con cierta timidez que casi podía ser coquetería.

—¡No creas ni por un instante que estás viendo la realidad de mi persona! Permíteme que te diga que soy *muy hermosa*. ¡Eso lo recuerdo perfectamente! No será fácil que se me olvide jamás.

—¿Así que ése es tu sueño, eh? ¿La belleza? —se burló Muthoni—. ¡Pues estabas soñando una vaca, un condenado y horrible montón de carne de vaca!

—¿Y cómo puedo yo ver lo que estaba soñando? —sollozó la mujer—. ¡Puesto que me brota por detrás! ¿Una vaca, dices? ¡Mientes, maldita embustera! Sé que era algo hermoso..., porque yo soy lo que soy. ¡Por eso me lo has quitado! Ya lo había conseguido. Casi lo había conseguido. Estaba segura de que era una hermosura.

—Lo siento. Me parece que tu imaginación anda desmandada... ¡Y lejos de ti!

La mujer se puso a gritar, con los ojos cerrados, para excluir a Muthoni de su esfuerzo de concentración. Una pequeña burbuja fantasmal, más o menos ectoplásmica, empezó a salir de la parte de atrás de su cabeza, y se infló en seguida como si fuese goma de mascar Muthoni, maliciosa, la pinchó con su tridente. La frustrada gorda aporreó el suelo con ambos puños.

—Así remeda ella la manera en que Dios separa el mundo de sí mismo —exclamó una voz—. Osa burlarse, porque no sabe de qué muerte murió. Pero ya se enterará, tan pronto como haya aprendido a librarse de sus tentaciones y sepa verlas como lo que son en realidad.

El cuerpo desnudo del que había hablado era una neblina de enfermizo color azul. Por lo demás, sin embargo, se trataba de...

—¡Jerónimo! ¿No nos habías abandonado, bastardo, dejando que nos despedazaran? ¡Y te atreves a llamarte capitán!

—Espera un momento...

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Mwoga! ¡Mtoro!

Furiosa, Muthoni dio un salto para salir de la zanja y, esgrimiendo su tridente, se lo clavó a fondo en la barriga. Jerónimo exhaló un grito y cayó de espaldas, arrancándose los escalpelos. Gemía y se sujetaba su agujereado estómago con ambas manos.

Muthoni no hizo más caso de él y corrió otra vez a la cima de la colina para mirar a su alrededor.

—¡Ajá!

Más allá de la zona infrarroja de tierra calcinada, se extendían los grandes yermos ultravioleta de hielo. Dos figuras empuerñecidas por la lejanía avanzaban de puntillas sobre el ardiente suelo. La una tenía una melena dorada, la otra era un hombre negro. Pese a su color robado, le reconoció al momento.

—¡Marizi! ¡Ladrón!

Muthoni la moteada se erguía delante de ellos. Había sangre reciente en los filos de su tridente, que agitaba haciendo odios en el aire, signos del infinito.

—Sean no ha robado nada —protestó Denise.

—Así que ahora eres su cómplice, ¿no? Ya me lo figuraba. Ha robado mi piel, eso es.

—No digas tonterías, Muthoni.

Muthoni asestó una lanzada en dirección a Denise, que se retiró precipitadamente.

—¡Ya lo ves! ¡Tú eres la culpable!

—¡Chist! —siseó Sean—. El cerebro primitivo, reptiliano, anda desatado.

—¿Me estás llamando lagarta, falso negro?

Sean se armó de paciencia y se sentó en la tierra ardiente, aunque le escaldaba las nalgas. Cruzó las piernas para protegerse un poco, aunque ahora le quemaba la base del escroto.

—Dime, Muthoni —empezó en tono amable—. ¿No oyes dentro de ti una vocecita que te está diciendo «por qué hago todo esto»? ¿No te dice esa vocecita «acaba ya con eso»? Tu antiguo cerebelo y la corteza primitiva quieren hacer realidad toda su agresividad y sus impulsos y sus envidias. Es el animal que pervive dentro de todos nosotros: los instintos reptilianos y el primitivo sistema raquídeo del paleomamífero. Eso es lo que pasa en el Infierno: la mente primigenia manda, esa parte de nuestro cerebro de donde proceden nuestras pesadillas y toda la ferocidad programada en nuestros instintos, que nos induce a torturar a los demás..., al mismo tiempo que nos atormentamos. Dios permite que nos desahogemos, si somos capaces. Tenemos el privilegio de seguir pensando, de manera que Él pueda pensarlo también.

—Cuánta santidad —replicó ella con desprecio— ¡Muy beato te has vuelto! He de ajustar cuentas contigo, muchacho, por esa especie de lepra que me has contagiado.

—Pero ¿de qué he de rendir cuentas?

—Tú nos llevaste a esa emboscada.

(¿Lo hice? Se me había encendido la sangre...)

—Oye, Muthoni. Si la negreza es un estado mental, tú aún no la has perdido por completo. ¿No lo ves? Te das cuenta parcialmente de ello. La marca de Dios está en ti. Una parte de ti todavía es... bien, digamos que del color de la primera fase de la Obra, como decía Jerónimo.

—¡Ah! ¡Ya he liquidado lo de Jerónimo! Ese llorón cobarde. Lo espeté como a un cerdo, como lo que es.

—¿Está aquí?

Muthoni apuntó a la colina con el tridente. Entonces reparó en la sangre que teñía las puntas.

—¡Dios mío! Le clavé esto. Me parecía divertido hacerlo.

—Supongo que debió de ser divertido para el viejo reptil, el paleomamífero que está dentro de nosotros. O, más que divertido, placentero. Ya no lo será, puesto que aquí tenemos diversión de todas clases, sado o maso, hasta que nos empalague, hasta que fermente para convertirse en otra cosa.

—Esa pobre mujer, ahí en la zanja...

—Has hecho verdaderas diabluras, ¿verdad?

—Me parecía que estaban... bien. ¡Y me lo sigue pareciendo, maldita sea!

Avanzó contra Sean, pero luego se mordió los labios y clavó el tridente en el suelo.

—Es posible que no hayas analizado nunca tu propia vida, Muthoni —aventuró él—. Al menos no a fondo. Ni Denise tampoco. En realidad muy pocas personas lo hacen. ¡Ah! ¡Nunca nos faltan buenas razones para nuestros actos! Sólo que no son las razones verdaderas. Por eso la gente hace el mal, como si fueran autómatas. El mal es la falta de conocimiento, Muthoni. Es no comprender las cosas. Al menos para nosotros. Naturalmente, para un dinosaurio o un tigre sería cuestión de mera supervivencia. El Infierno es el lugar donde el mal sale a la luz para que podamos conocerlo. Esas máquinas de ahí, son autómatas también, autómatas que tratan de convertirse en algo más. Máquinas valerosas..., luchan, pero necesitan hacer el mal antes de llegar a ser algo más que autómatas.

—Yo no he visto ninguna máquina. A no ser que una sartén sea una máquina.

—Ya las verás.

Muthoni protestó, gruñona:

—Así, ¿qué haremos ahora? ¿Dar vueltas por ahí obrando el bien? ¿O desahogarnos a fondo, como el marqués de Sade, hasta que sepamos lo que es?

—Encontraremos el sentido del mal. Nos reharemos a nosotros mismos, volveremos a nacer. Busquemos la semilla de la unidad —replicó Sean, aunque no estaba muy seguro...

—¿Volver a nacer? ¿Dónde, en el Edén? —preguntó Denise.

—No lo sé. Supongo que cuando sepamos eso determinará el dónde. Mientras tanto, tendremos que recorrer todos los niveles del Infierno. Es posible que encontremos esa semilla de la unidad en el escalón infernal más bajo, si es que llegamos allí.

—Yo no quiero recorrer el Infierno del Bosco —lloriqueó Denise—. Es un lugar infernal —agregó, echándose a reír histéricamente.

—Jerónimo podría ayudarnos. Muthoni, ¿dijiste que Jerónimo..., dijiste que tú...?

Muthoni sacudió la cabeza.

—Está aquí. Al otro lado de esta loma. Yo estaba..., fuera de mí. ¡Pude matarle! ¡Quizá lo hice!

A Sean le ardía ya la espalda, así que se puso en pie y apoyó su negra mano sobre el brazo moteado de ella.

—Vamos a verlo.

—¿Llevo el tridente?

—Quizá lo necesitemos —asintió él—. Quién sabe si no habrá por ahí demonios mucho más fieros que tú.

11

Jerónimo aún yacía donde Muthoni le había dejado, con las manos en la barriga, y muy callado. Ella examinó la herida de la que había sido autora.

—¿Cómo estás? —inquirió débilmente Denise.

Jerónimo la miró con aire acusador.

—Me duele horrores.

—¿Morirá? —susurró Denise.

—No de esto —cortó Jerónimo—. Pero sí me fastidiará durante bastante tiempo. ¡Sobre todo para comer y beber! Y ahora mismo tengo mucha sed.

Sólo entonces Sean se dio cuenta de que él también tenía los labios agrietados de tan resacos. No se le había ocurrido pensar en ese aspecto del calor...

—¿Acaso también en el Infierno se necesita comer? —saltó Muthoni antes de que Sean se pusiera en ridículo con la misma pregunta.

—¡Si es que encuentras algo que comer y beber! Estos son cuerpos, y los cuerpos necesitan energía.

—¡Ah! Yo pensé que...

—Pensaste mal. No nos alimentamos de infusiones mágicas.

—Pero ¿hay aquí algo que comer? No se ve ni una brizna de hierba. ¿Qué frutos pueden darse en el Infierno?

—El Infierno es carnívoro, mi querida amiga. Hay que atrapar algo y darle muerte. O permutar algo.

—¿Permutar?

Jerónimo entrechocó los dientes. El espasmo pasó.

—¿No tenéis unos cuerpos hermosos y bien dispuestos? En el Infierno encontraréis mucho perverso polimorfo, como lo llamaríais vosotros. Y ahora, id a por un trozo de hielo para que yo lo chupe, ¿eh? Tiene que ser hielo, o si no, agua caliente o sangre. Os aconsejo que no probéis el vino de aquí. Se esfuman todas las inhibiciones, si es que tenéis alguna.

—Lo siento de veras —dijo Muthoni.

La mujer moteada se alejó con su tridente (para usarlo como cuchilla de cortar el hielo) en la dirección que le indicó Denise.

Al cabo de un rato regresó corriendo con algunas panículas de hielo que todavía no habían sucumbido al calor. Agradecidos, todos las chuparon, aunque Jerónimo se retorció de dolor cuando el líquido entró en contacto con los ácidos desbordados de su perforado estómago.

De la zanja volvían a brotar quejidos. En aquellos momentos, la gorda volvía a estar unida por la base del cráneo con otra vaca flácida, a medio formar. Y aunque todavía no había rumiado nunca, le apestaba el aliento (incluso hasta donde estaban ellos) como si estuviese en plena descomposición. La gorda canturreaba llena de felicidad.

—Dijo que era su sueño, un sueño de belleza —explicó Muthoni.

—¿De belleza? —exclamó Denise.

—En realidad ella no puede verlo. No creo que le hagamos ningún favor diciéndoselo.

—¿Un sueño..., una proyección? —se interrogó Sean—. ¿*Proiectio*? ¿Será eso? ¿Cómo dijo el viejo Carl Gustav? «El contenido es inaccesible mientras permanezca en estado de proyección...»

—¿Cómo?

—Nada... Sólo era una idea.

Pero no tuvo tiempo para explicarla, ni siquiera para explicársela a sí mismo, porque tres hombres y una mujer salieron de detrás de una loma y saltaron a la zanja, con una agitación más propia de una banda de monos. Todos iban armados con cuchillos de carnicero y desnudos, excepto el jefe, que lucía, con mucho ruido de chatarra, una armadura medieval.

El de la coraza se interpuso entre los viajeros terrestres y la gorda. De pronto, sus acompañantes atacaron con sus cuchillos a la vaca onírica a medio formar.

—¡No hagan eso! —gritó Muthoni.

Corrió hacia ellos esgrimiendo su tridente, pero el de la coraza le cerró el paso. Las puntas del tridente se estrellaron contra la armadura; una de ellas se rompió y la otra quedó doblada. Él le asestó un tajo y Muthoni se echó atrás, parando la cuchillada.

Mientras tanto, las tropas del hombre de la coraza trabajaban febrilmente en descuartizar la res y lo salpicaban todo de sangre pegajosa. Para evitar que se retirasen dejándole sin su parte, el de la coraza dirigió un último tajo precipitado contra Muthoni y se batió rápidamente en retirada.

La gorda los cubrió de improprios durante un rato, y luego se resignó. Quedaban sólo un par de costillas ensangrentadas y un poco de pellejo, junto con una o dos pezuñas. Ella alargó una de sus gordezuelas manos para examinar las sobras de la carnicería, como si aquella banda se las hubiese dejado como regalo. Luego se llenó la boca de carne y empezó a masticar.

—Prefiero morirme de hambre —dijo Denise con repugnancia.

—¿De veras? —rió Muthoni—. Es su propio sueño lo que come. Ya me gustaría soñar algún bocado, con tal de comer algo.

¿Qué clase de realidad es ésta?, se extrañaba Sean. ¿Existen direcciones en el Infierno? ¿Tiene partes distinguibles? ¿Cómo puede existir un lugar sin «partes diferenciadas»?

Pues bien, la respuesta parecía ya bastante obvia. El Infierno era una zona que coincidía indiscriminadamente consigo misma en todas partes, y donde los contenidos se confundían sin que fuese posible diferenciarlos. El ego tenía que ser tragado por la oscuridad, por la invisibilidad de aquel no-lugar. ¿Por qué? Para que fuese posible percibir el psiquismo preconsciente, cuya vida es la condición preliminar para que un «ego» sea posible.

Así que aquí estoy yo (Ego), en medio de un tira y afloja de fuerzas psíquicas, donde los egos se dedican a poner en práctica las primitivas maneras preconscientes, incoherentes. El paisaje que contemplaba era..., el del subconsciente. Deseo, agresión, canibalismo, oscuridad. Sin embargo, él y sus acompañantes llevaban allí una existencia relativamente encantada. Relativamente.

—Jerónimo dice que tendremos que llevarle —advirtió Denise.

—¡Mvivu! ¡Ese pendón! —exclamó Muthoni, pero se arrepintió en seguida—. Si pudiéramos hacer unas parihuelas...

Paseó la vista por el yermo.

—Tal vez allá abajo, en aquellas... fábricas.

Las cocinas del Infierno, recordó... En cuyas calderas se hierve a la gente.

¡Aunque se hubiese estropeado el tridente, con él aún podía defender a sus amigos! Pero, en realidad, no deseaba tener el tridente en sus manos. Se parecía demasiado a la escoba que utilizaba el aprendiz de brujo...

—Dime una cosa, Jerónimo —inquirió Sean—. Si existe en el Edén un Dios de forma humana, ¿existe en el Infierno el Diablo correspondiente?

Jerónimo sonrió débilmente.

—Siempre persiguiendo otra cosa, ¿verdad? Buscas a alguien que posea la clave de todo esto. Aún no se ha cumplido tu plazo, amigo. Eres un recién llegado.

—Pero he ascendido. Tengo la negreza. ¿Con qué motivo?

(Muthoni le lanzó a Sean una ojeada de envidia.)

—No lo sé. Quizá le repugne todo eso, y quiera derrotar al Infierno para plantar su Jardín en todas partes. Pero ignoro cómo conseguiría que se hiciese la luz. ¿Tal vez haciendo que el planeta gire sobre su eje? Sería grande, ¿verdad?, un Dios capaz de detener un mundo o de hacer que dé vueltas. Adiós a la ley de conservación del movimiento.

—¿Visita Él este Infierno? ¿O está..., en todas partes? En este caso, como Diablo jefe.

—Sí, desde luego que existe. ¿Recuerdas al diablo jefe... —Jerónimo se interrumpió por efecto de una punzada de dolor—...el de la pintura? Sentado, con cabeza de pájaro, en el acto de devorar almas, que al mismo tiempo va cagando en un pozo a través de una burbuja de cuescos.

—¿Cómo es que tú también has sido trasladado aquí con nosotros, Jerónimo? ¿Sabes eso? ¿No será que estás jugando con dos barajas, por casualidad?

—¿Como puedo jugar a nada con tres agujeros en mi estómago?

—Contesta, Jerónimo, o te juro que te abandonaremos aquí.

—¡Ah, la bella franqueza del Infierno! Dejadme, si queréis. Dejadme solo. En un par de semanas habré muerto de hambre, si es que antes no se me come alguien.

—Vendrás con nosotros aunque tengamos que arrastrarte —dijo Muthoni.

—Eso, llevadme a rastras. Tratadme como a un saco de patatas.

Muthoni y Sean se cargaron a Jerónimo en hombros. En cuanto al peso, era soportable, pero el calor no ayudaba. Sudaban a mares; de vez en cuando, un brazo o una pierna escapaban de sus manos resbaladizas. Denise cerraba la marcha con el tridente.

Hornillas ardientes, hornos, torres en ruinas y molinos de viento con las aspas en llamas eran el centro de una actividad frenética: la ciudad de la locura, del preconsciente desatado. Por lo visto era una ciudad sitiada y el grueso de la batalla estaba en el puente que cruzaba el lago de sangre negra. Un grupo de combatientes desnudos luchaba por entrar y otro grupo de combatientes desnudos pugnaba por salir. Así que nadie iba a ninguna parte. Pero aquél no era el único camino de acceso. Por ejemplo, se podía entrar en la ciudad viniendo por el llano, como hizo Muthoni; el camino real, simplemente, era la ruta preferida. Preferida hasta el punto de la obsesión. Por algún motivo, ellos también iban hacia allí, hacia los bandos enfrentados. ¡Sin duda habría algo que ganar! ¿Por qué luchar, si no? Los reflejos mandan, gobiernan el gallinero, se dijo Sean.

Y como por coincidencia, en aquel instante todos oyeron el canto de un gallo.

—Lo malo de las carreras humanas es que son eso..., carreras —gruñó Jerónimo, apoyado sobre ambos—. Todos piensan sólo en pisar al más cercano, ¡así que no es de extrañar que nadie gane!

—Ganar, ¿el qué? —jadeó Muthoni.

—La carrera, ¡tonta!

—¿Acaso os gustaría sentir restallar un látigo en vuestras espaldas?

Otra vez se oyó el clamor estridente: ¡Quiquiriquí!

El gallo estaba encaramado sobre un montón de estiércol que se alzaba en el camino, y cantaba de valiente, aunque no se veían gallinas por allí.

Denise blandió el tridente y susurró:

—¡Comida! Eso ya está mejor.

—No lo dirás en serio —protestó Jerónimo.

—Dejadlo en el suelo, vosotros dos. Apartaos. Si hemos de vivir sobre el terreno...

Denise se acercó cautelosamente al gallo, cuyas orgullosas plumas rojas eran como una versión más oscura de su propio cabello. Plantó cara a la mujer con un cacareo desafiante. Aunque las puntas del tridente estuvieran estropeadas, aún servirían para esperar un pollo...

—¡Adelante! ¡Mátalo! —continuó Jerónimo su débil protesta—. Dispara primero y pregunta después.

Sean, Muthoni y Denise tenían tanta hambre que se les había la boca agua con sólo mirar al gallo. Sin hacer caso de Jerónimo, rodearon al ave, que empezó a batir las alas.

A un grito de Denise todos se abalanzaron sobre el gallo; antes de que éste pudiera echar a volar, ella se lanzó a fondo con su tridente y lo atravesó de parte a parte, al tiempo que su dueña caía de bruces dentro del estiércol. Sin reparar en el hedor, recuperó el tridente y le retorció el pescuezo al animalito, tras lo cual se puso en pie, llena de pardas y húmedas boñigas.

—Peinado a la moda masai, con tirabuzones de porquería —se burló Muthoni.

Denise, horrorizada, se llevó las manos a las profanadas melenas; para ello dejó caer el tridente y la presa, que fueron prestamente recogidos por Muthoni.

Ésta, con un esfuerzo, logró dominar la tentación de escapar corriendo.

—¿Cómo lo guisaremos? —preguntó Sean.

Jerónimo, desde el suelo, se retorció en carcajadas convulsivas, mientras se sujetaba con ambas manos el estómago agujereado para evitar la pérdida de sangre y sus jugos gástricos.

—¡A ti qué te importa! —bufó Muthoni.

—¡Je, je! Habéis matado un gallo. Incluso aquí, en el Infierno, y sobre un montón de estiércol, cuando canta proclama la iluminación del espíritu. ¡Y vosotros le habéis retorcido el cuello!

—He dicho que cómo vamos a cocinarlo.

—Por falta de fuego no quedará —dijo Muthoni, y exclamó—: ¡Eh! ¿Por qué nos encaminamos a ese puente? Hay mucho gentío ahí. Yo vine por el otro lado. Había una especie de... cocina. ¡Por Dios, no! No tengo ganas de volver a ver aquello.

Con aire ausente, empezó a desplumar el ave.

—¿Qué tenía de malo esa cocina? —le preguntó Sean.

—Lo que cocinaban. Guisaban a la gente. Pedazos vivos de personas descuartizadas. Jerónimo daba alaridos de hilaridad.

El puente y el camino real parecían infranqueables. Aunque de vez en cuando caía alguno y se salvaba a nado hacia la orilla, no disminuía el número de combatientes enfrentados, porque los nadadores únicamente salían para retornar a toda prisa y ponerse a la cola de los luchadores. Los individuos de esas dos multitudes habían perdido su individualidad. No podían hacer otra cosa sino engolfarse en el seno de sus respectivos grupos. La batalla del puente más bien parecía un espectáculo deportivo-grotesco.

—¡Vaya una contienda estúpida! —exclamó Muthoni—. Si tan mal están los que quieren salir, ¿por qué hay tantos que quieren entrar? ¿O es que la situación es tan infernal en ambos lados que cualquier cambio se les antoja una mejora?

Sin darse cuenta, ella misma saltaba de un pie a otro para aliviar el ardor de las plantas, como no dejó de observar Denise con alguna acidez.

—A lo mejor es que no recuerdan cómo estaban minutos antes, o pocas horas antes. A mí no me importaría volver al erial helado para refrescarme un poco, ¡si no fuese porque recuerdo el condenado frío que hace allí!

—¿De veras recuerdas cómo estabas hace un par de horas? —arrugó la nariz Muthoni.

—*Merde*.

Denise pasó rápida revista a su traje de cieno, ya seco, y a sus tirabuzones que ahora parecían cuerdas de color pardo. Bajó por el ribazo y tras probar el agua se metió entera para lavarse.

Atraído por el chapoteo, uno de los nadadores desbancados se dirigió hacia ella, como si la parte del río en donde estaba fuese particularmente envidiable; pero cuando se halló cerca de la orilla, la atracción del puente pudo más.

—¡Vas a perder tu puesto! —le advirtió a Denise en tono de incertidumbre, ante el hecho de que ella estaba perdiendo el tiempo allí mientras él sentía el tirón de su querencia hacia el camino.

Cuando el nadador salió del agua, Sean le agarró por el cuello. Era un tipo encanijado, de cabello color zanahoria y nariz verrugosa.

—¿Por qué os empeñáis en entrar a través del puente? ¿No veis que el otro bando quiere salir, maldita sea?

—¡Es preciso! ¡Es preciso! Casi había conseguido pasar, pero algún maricón me echó abajo.

—El esfuerzo de los unos anula el de los otros —suspiró Sean.

El hombre le echó una mirada cargada de astucia.

—¿Así que los opuestos se anulan mutuamente, no es cierto?

Cuando Sean aflojó la presa, el fulano aprovechó para soltarse y echó a correr por la orilla, mientras voceaba absurdamente:

—¡La orilla opuesta! ¡La orilla opuesta!

Sean se rascó la cabeza.

—¿Sabéis una cosa? Creo que realmente aprenden algo, a través de la repetición y de la frustración, igual que las ratas en un laberinto. Sólo que son personas. Quizá sea preci-

so que las personas reconozcan la rata..., y hasta el reptil que vive dentro de ellas. Que se den de narices con ello.

—¿Aprender? Eso no nos acerca a nuestro bocado de pollo asado —se burló Muthoni, agitando el gallo desplumado que tenía agarrado por la molleja.

—Su mente consciente se halla casi extinguida, ¿no lo veis? Por eso no pueden discriminar. Eso es lo que hace la mente consciente: discrimina. La mente consciente es bastante indiscriminada. Me preguntaba yo de dónde había sacado esa noción de que el Infierno no tiene partes distinguibles... Bien, pues no las tiene. Por eso, el lado opuesto de ese puente es el mismo que el lado en donde están ellos, es un reflejo. Pero ellos ansían cruzar el puente. Cruzar un puente es... un acto de desarrollo. Pero ellos no consiguen sino encontrarse consigo mismos; nadie logra cruzar. Cuanto más luchan, más vanos resultan sus esfuerzos. Ellos todavía no pueden pensarlo; no saben pensar en paradojas todavía.

—Una paradoja fue lo que me espetó a mí —se animó Denise—. El unicornio es un animal fabuloso, o sea que es una paradoja, ¿no? Como los peces en tierra firme. Y Muthoni es ahora misino una paradoja andante —añadió con cierta malicia—. ¡Una paradoja moteada!

Sean la interrumpió:

—Lo que aquí tenemos son los opuestos, confundidos, que frustran y torturan a todos, como el hielo y el fuego, lo uno al lado de lo otro... En el Jardín, en cambio, los opuestos se unen... sí, como en los peces que salen a tierra, o en aquel hermafrodita... Me pregunto si el Infierno servirá para que esa gente aprenda a pensar en paradojas, de tal manera que sepan vivir en el Jardín.

—Aceptar a Dios —dijo Jerónimo, críptico.

¿Consejo... o comentario sobre las paradojas?

—Tengo hambre —dijo Muthoni, acentuando el énfasis de la pisada—. Al otro lado del camino se distingue un fuego.

—¿Debemos obedecer a nuestros instintos? La mente analítica apenas tiene nada que hacer en el Infierno.

—A cada uno lo suyo —dijo Jerónimo, a quien fatigaba ya el excesivo calor del suelo—. Haced el favor de recogerme.

Esta vez fueron Sean y Denise quienes se encargaron de transportar a Jerónimo, y Muthoni les seguía con el gallo y el tridente.

12

El fuego procedía de un horno de herrero, alimentado por el gas que brotaba del suelo, por entre un montón de carbones y piedras incandescentes, en un recinto de ladrillo. Un diablo mecánico se afanaba forjando espadas, chuzos y piezas de armaduras. Él mismo tenía el cuerpo acorazado y tres brazos que eran tentáculos de acero, uno de los cuales remataba en un martillo en vez de mano. Todo ello coronado por una pequeña telecámara que los observó mientras trepaban por sobre los montones de ladrillos, tras dejar fuera a Jerónimo.

Una mujer desnuda, encadenada al horno, accionaba con una mano el fuelle con que avivaba la llama, mientras bombeaba agua con la otra para llenar una especie de artesa que servía para templar el acero. Sudaba a mares. El cabello se le había vuelto canoso y estaba hecha casi un esqueleto.

—¿Queréis armas? ¿Proyectiles? Estamos trabajando en una nueva línea de proyectiles.

Las palabras brotaban de una rejilla empotrada en el cuerpo de la máquina. Uno de los tentáculos de metal se alargó y presentó un arpón de peligroso aspecto.

—¿Armaduras a prueba de proyectiles?

—¿Y la garantía? ¿Y el servicio posventa? —inquirió Muthoni con sarcasmo.

—*Caveat emptor*—replicó la máquina.

—¿Con qué podríamos pagar?

—Haciendo funcionar la bomba. Y enseñándome cosas sobre la vida humana.

El martillo se abatió sobre un trozo de plancha incandescente, destinado a convertirse en un peto. Un segundo tentáculo lo retiró del yunque, lo sumergió en el aljibe (que tras despedir un chorro de vapor se secó al instante), y lo arrojó al montón de piezas de armadura ya terminadas. La mujer flaca maniobró frenéticamente la bomba para volver a llenar el depósito. Un hilillo de agua brotó de un tubo que, seguramente, se prolongaba hasta el propio lago.

Denise se acuclilló al lado de aquella obrera espectral.

—Te vendiste al herrero, ¿no?

—¡A cambio de una armadura de cuerpo entero! —replicó la otra.

—¿Para qué?

—¡Para proteger mi cuerpo, naturalmente! Para defender mi belleza. Así no podrán violarme. Si no ha ocurrido mil veces no ha ocurrido ninguna. Estaré segura.

—Pero... ¿acaso no se da cuenta de su aspecto actual?

—¿Qué queréis? ¡Largaos de aquí!

La mujer hizo ademán de golpear a Denise, pero la cadena era demasiado corta.

La máquina echó otra pieza sobre el yunque y de nuevo se puso a martillar.

—¿Qué aprenderá de ella sobre la vida humana? —meditó Sean—. ¡O tal vez sí! Aprende lo ilógico, lo irracional. La obsesión. La paranoia. Quizá sea justo el trueque. Un personaje a cambio de una armadura, ése es el trato. Me pregunto si le gustaría andar desnuda por el Jardín. A lo mejor se hizo un delantal de hojas de parra...

—¿Por qué no? —le objetó Muthoni, malhumorada—. ¿Por qué ha de andar la gente dando el espectáculo para que Dios haga de mirón? Vosotros, los psicólogos, lo confundís todo. ¿Cuál era la última moda en la época en que empezamos nuestro viaje? ¿La terapia de violación? ¿La terapia del abuso neo-zen? Equiparse a sí mismo con todos los traumas que uno no tiene, por ser ilusorio que uno no los tenga. Y cuando uno sabe que no los tiene... Como queríamos demostrar: Satori.

Sean contempló a la vieja sudorosa.

—No es fácil recordar las modas de hace dos siglos. ¿La integración de la autohostilidad? ¿Reeducación de los centros de placer-dolor? Creí que los colonos de la *Copernicus* habían sido mejor seleccionados que todo eso...

Denise se burló de él:

—En primer lugar, hay que estar un poco chiflado para querer hacerse colonos. ¡Ah! No digo que no existiera el espíritu de aventura. Y la obsesión también. Se necesitan obsesos para poner en marcha una colonia, gente que aspire a una ruptura traumática y masiva con todo lo anterior. ¡Tanto como buenos agricultores y buenos técnicos, hace falta gente dispuesta a emprender su propio camino! *Folie á plusieurs*, Sean. Es preciso que nosotros mismos estuviéramos algo locos para someternos al largo sueño congelado. ¿No te das cuenta? Yo estaba fuera de mis cabales. La Tierra era mal lugar para una ecóloga, era un insulto a mi vocación. ¡Ah! ¡Pues no debieron entrar pocos *drôle de types* en los tanques de hibernación! ¡Para no mencionar a *Monsieur* Knossos! ¡Y tú también debiste ser un poco chiflado, Sean! Por eso nos encontramos en este mundo de locos, la mitad del cual es un manicomio en pleno funcionamiento, y la otra mitad una residencia de reposo para lobotomizados.

—¿Sabes una cosa, Denise? A lo mejor tienes razón. Quizá Dios tuvo que construir un Infierno para calcinar las locuras de la gente, dando vueltas y vueltas, como la armadura sobre el yunque, primero calentada al rojo vivo y luego sumergida en agua fría para templarla.

—¡Ah! ¿Así que ahora ves símbolos en todas partes? ¿Incluso en una herrería?

—Claro. Es un paisaje simbólico, ¿o no?

—¿Necesitaréis armas o corazas? —interrumpió el herrero con impaciencia.

—Sólo queremos asar este bicho aquí en tu fragua —contestó Muthoni.

La máquina emitió varios ruidos y luego dijo:

—Lo permitiré, si cada uno de vosotros me contesta a una pregunta.

—¿Y si equivocamos la contestación? —preguntó Denise, recelosa.

—¡No podéis *equivocar* la respuesta! Una contestación es una contestación y no puede dejar de serlo —replicó la máquina, martilleando furia una luna el metal candente.

—Podría ocurrírsete preguntarnos cosas a las que no supiéramos qué contestar, como por ejemplo, cuál es el nombre de esta pobre mujer, o cuál es el tuyo, pongamos por caso, o cuánto mide un trozo de cuerda.

—¿Por qué buscas excusas para no contestar?

Sean dio una palmada de regocijo.

—Yo contestaré a eso. Porque no queremos vernos atrapados en una paradoja lógica. ¡He aquí la contestación a tu primera pregunta! Te quedan dos.

La máquina emitió zumbidos y crujidos metálicos, como si se dispusiera a emitir un listado por su rejilla, aunque hubiera tenido que ser un listado hecho tiras, como pasado por una destructora de documentos.

—Acepto vuestra contestación que no lo es. Tendré que meditar acerca de este subterfugio.

La cámara volvió su objetivo hacia Denise:

—A ti te preguntaré esto: ¿por qué queréis quemar ese pájaro muerto?

—Dicho de esa manera, admito que parece bastante absurdo. Sin embargo, en el cocinar estriba la diferencia entre lo natural y lo cultural. Es la civilización.

—Pues a mí me gustaría lograr lo natural —observó melancólicamente la máquina.

—Lo conseguirás —prometió Sean.

Empezaba a simpatizar un poco con el herrero, ¿Que tenía de civilizado la matanza de un gallo? Por otra parte, si no se daban otras posibilidades para alimentarse... Las personas, los animales y las aves de aquel mundo parecían inextricablemente contundidos en un extraño combinado panpsíquico y metamórfico. Así, el Hombre ha de alimentarse de sí mismo... perpetrar un acto de autoincorporación, autoincubación... y resurrección. Porque, ¿adónde «iba» el espíritu del gallo? Puesto que nada moría... ¿Al Jardín? ¿O al Edén? Por eso no crecía allí ningún fruto comestible. Nosotros, los tragados por el Infierno, somos el fruto colectivo. El hombre se consume a sí mismo al desahogar sus pasiones, con su sed de sangre, dando paso a su demonio interior, y transforma su humanidad en una síntesis del choque de opuestos, arrojado al Infierno sin orden ni concierto. El mal lucha y triunfa..., para ser asumido al final. En la ecología psíquica todo esto tenía una lógica, por encima de la ecología blanda y sensitiva de Denise.

La cámara se volvió hacia Muthoni.

—¿En qué consiste el sentirse vivo? Contesta espontánea mente.

—¡Máquina estúpida! No es algo que se sienta como el tacto de una piedra, o como el calor o el hambre. Es... es...

—Es algo más grande que el conocimiento que podemos alcanzar de ello —Sean la sacó del apuro—. El «yo» que conoce no es más que una isla en el océano preconsciente..., pero sin ese océano, la isla no podría existir. Si llegáramos a ser «superconscientes», me pregunto si llegaríamos a olvidar el hecho de la conciencia..., o si la conciencia ordinaria sería entonces ese océano. Si Dios es «superconsciente», nosotros seríamos..., ¿tal vez seríamos su conciencia? —se preguntó a sí mismo.

—¡Que hable la media negreza, intruso!

—No. Escúchame a mí. Tú tienes acceso pleno e instantáneo a todos tus circuitos, ¿no es cierto? ¿Puedes explorar inmediatamente todo tu ser?

—Es ella quien debe contestar, y no tú, si es que queréis quemar ese cadáver.

—Lógica hasta el final —comentó Muthoni—. Aunque la maldita lógica no sirva para nada.

Miró a Sean, que le apuntaba palabras, y resumió con audacia:

—¿Qué se siente al estar vivo? Es aquello que no se siente hasta que dejas de estarlo. Entonces, mejor dicho, ya no tienes conocimiento de ello. Es el aire que respiras. Es el agua en donde se mueve el pez. Es el medio necesario.

Sean le hizo una seña con la cabeza para animarla a proseguir.

—Es el medio de las sensaciones, ¡oh, máquina! Tú estás viva ya, sólo que no lo sabes. ¿Por qué no desconectas una parte de tus circuitos... olvidas una parte de ti misma? O mejor, reprogramate a ti misma de manera que se inhiba la posibilidad de conocer más que un determinado porcentaje de ti misma en cada momento dado, entonces serás como un humano. Tendrás algo que buscar dentro de ti misma.

—¿Inhibir parte de mis circuitos? ¿Conocer menos, para conocer más? —La máquina consideró la proposición durante unos instantes—. Muy bien, voy a intentarlo, incluyendo un comando de retardo para poder retornar luego a la conciencia plena y establecer la comparación. Ahora, podéis quemar ese pájaro muerto.

La máquina zumbó y de pronto quedó detenida, inmóvil, sin acabar de ejecutar el último martillazo. Se tambaleó. Se ladeó. De súbito, volvió el objetivo de la cámara hacia el martillo y, con gran exactitud, descargó la herramienta sobre la lente. Tras haberse cegado de esta manera, echó a andar sobre unas piernas cortas de carne y hueso, y se precipitó hacia la fragua, deteniéndose en medio de las llamas. Sus piernas deformes empezaron a chamuscarse, se carbonizaron y se desintegraron, con lo que la masa principal de la máquina cayó en el fuego. Espantada, la esclava encadenada se puso a accionar la bomba con frenesí hasta que empezó a desbordar el aljibe.

—Un diablo menos —hizo mofa Muthoni.

En seguida puso el gallo espetado sobre el fuego y se puso a darle vueltas, sin molestarle siquiera en sacarle las vísceras. Mejor. Así no habría necesidad de rellenarlo con nada. Ya estaba lleno.

—Creí que se trataba de un consejo sincero —se espantó Denise.

—Como el viejo Knossos le dijo a Sean: «Sólo el que puede destruirse a sí mismo está verdaderamente vivo». ¿Lo ves? Eso es descubrir la naturaleza de la vida de una manera totalmente absurda, pero perfectamente humana..., ¡y que parece perfectamente razonable a esos circuitos inhibidos! Quizás espera resucitar como ser vivo por haber sido capaz de imaginar esa estrategia. Como pescado, ¡yo que sé! Como algo de eso que lucha por ascender. A lo mejor acabo de hacerle un favor.

En aquel instante empezaron a mojárseles los pies. El agua corría en dirección a la fragua, y se puso a hervir y echar vapor cuando alcanzó la base de la misma.

—Pero ¿por qué se cegó a sí misma?

—Para poder ver... dentro de sí misma.

—¡Pobre! —se compadeció Denise—. La hemos destruido. No era ningún diablo. No hay diablos en el Infierno. Sólo nosotros. Nosotros somos los diablos.

—¡Eh! —gritó Sean—. ¡Esto va a explotar si le entra el agua! ¡Para! —le ordenó a la mujer encadenada. En vez de hacerle caso, la loca bombeó con redoblado brío mientras su robot maestro armero se consumía en las llamas. Sean corrió a arrancar la manivela de la bomba de aquellas manos arrugadas, pero éstas volvieron a agarrarla. Recogió del suelo un ladrillo roto y golpeó con él la argolla de la cadena, haciendo saltar chispas y trozos de ladrillo. Ella le insultó y siguió bombeando. El agua subía de nivel y ya sólo la tensión superficial impedía que se volcase en el fuego.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Sean arrastró a Denise y a Muthoni detrás de un muro en ruinas, el gallo medio asado se bamboleaba en las puntas del tridente como un comentario burlón sobre una lanza y una grímpola. Sean empujó a las dos mujeres hasta ponerlas de bruces en el suelo.

El mundo entero se deshizo entonces en una explosión demasiado fuerte y demasiado próxima para ser escuchada. Sólo se dieron cuenta de que la explosión era un fogonazo brillante, una oleada de calor y una tormenta de meteoritos en forma de fragmentos incandescentes que picotearon sus pieles desnudas como agujijones de avispa. Lo que restaba de la pared en ruinas se vencía sobre ellos de manera alarmante. Y quedaron ensordecidos hasta bastantes minutos después.

Salieron a rastras de debajo de los cascotes y vieron pedazos de armaduras y material de derribo esparcidos por todas partes. Ni rastro del herrero, excepto la cámara abollada y algunos trozos de chapa que lo mismo podían ser de su coraza como de cualquier otra. De la mujer encadenada... un pie rebanado que grotescamente había ido a caer encima del muro donde ellos se resguardaban. Algo más lejos, una pierna esquelética. Y nada más.

Sean sintió náuseas e hizo salir a Denise y a Muthoni para alejarlas de allí. Encontraron a Jerónimo tumbado allí donde le habían dejado, pero un pedrusco le había partido la espinilla, de manera que estaba todavía más incapacitado para andar por su propio pie.

La boca de Jerónimo se abrió como para emitir una queja, pero no oyeron nada. Hizo un ademán hacia el gallo.

Muthoni arrancó un muslo medio crudo del ave y pasó el resto a Denise, quien arrancó un pedazo de pechuga con las uñas.

Así lo descuartizaron y comieron. Al principio con repugnancia, y luego cada vez menos. A Sean le parecía estar comiéndose su conciencia. Y no tenía mal sabor, sino todo lo contrario. Acabó por hurgar en las entrañas y comerse el corazón y el hígado crudos.

13

—Llebadme hacia allá —rogó Jerónimo.

Hacia el origen de aquella música. O de aquel ruido, o lo que fuese. Si era música, parecía que la orquestina, oculta detrás de las dunas, no acababa nunca de templar los instrumentos...

La propia playa, cuando llegaron a ella, se reveló como otra zona de transición entre las dos temperaturas, entre el desierto ardiente y el océano de hielo o erial ártico. Varios islotes de roca emergían de la sábana de hielo que abarcaba hasta la lejanía constelada de estrellas; sobre ellos se alzaban torreones ruinosos. Algunos humanos se habían aventurado en el hielo, sobre el que, armados de arpones, hachas y redes, empujaban unos vehículos parecidos a trineos.

La arena candente se les pegó a los tobillos mientras avanzaban siguiendo la curva de la playa.

Sean se dio cuenta de que no le atormentaba tanto el ardor del suelo que pisaban como la impaciencia del estado exaltado, superconsciente, en que se hallaba. Tenía los nervios fatigados de transmitir el dolor como tal, y el cerebro de interpretar esos mensajes como dolor; aunque el sistema nervioso seguía transmitiendo, ahora lo que transmitía era el concepto de una sensación. Le decía lo que una sensación es, lo que significa percibir un mundo por mediación del tacto (y del olfato) tanto como de la vista. No era que el umbral de la sensación se elevase y que por ello se embotasen sus percepciones; al contrario, dicho umbral bajaba, asaltado por los olores y por la quemazón del suelo. Esto le hacía hipersensible, le devolvía un simulacro de la antigua integración preconsciente del animal con su mundo. (Y también veía en la oscuridad como los gatos; pese a la penumbra podía distinguir los colores bien saturados, y observó que el fenómeno se acusaba

desde hacía bastante rato.) Pero el dolor le alienaba del medio, le distanciaba pese a que distinguía con nitidez cada vez mejor el contorno de cada piedra, cada grano de la arena caliente, cada movimiento de su propia respiración. Todo el panorama era como un pensamiento surgido de su mente, y plasmado en tierra, en hielo y en fuego; un pensamiento que hubiera dejado de serlo para convertirse en una cosa..., y esa cosa le pensaba a él, a su vez...

Contornearon una duna y vieron a los músicos, aunque costaba decir si éstos tocaban sus instrumentos o eran los instrumentos quienes les tocaban a ellos.

Denise reconoció aquella orquesta.

—*¡L'Enfer des Musiciens!*

—Sí, es el Infierno de los Músicos que pintó el Bosco —asintió Sean—. De acuerdo con lo que creo recordar, está perfectamente acorde con el cuadro. No veo aquí ninguna de nuestras vibro guitarras ni minisintetizadores ni palos acústicos modernos. ¡He aquí la orquesta de la Iglesia medieval, tal como la pintó Hieronymus Bosch!

Uno de los músicos daba cabezazos contra el parche de un gran timbal. Con éste se cruzaba un tubo largo, parecido a un trombón, donde soplaba un hombre con la cara congestionada, los carrillos hinchados y los ojos salientes, para emitir un mugido grave. Un laúd gigante se alzaba sobre la arena como un cactus encordado y sin espinas; sobre el clavijero y el mástil del mismo habían crucificado a un hombre rubio, que pulsaba las cuerdas a ciegas, con los dedos de los pies dando acompañamiento en tesitura de tenor a un arpa tendida en perpendicular sobre la caja de resonancia del laúd. Empalada en estas cuerdas, una víctima escuálida se agitaba con un temblor espasmódico que producía en el instrumento un rumor como el del agua bajando por una cañería. Junto a esta arpa laúd se veía un gigantesco organillo cuyas teclas y bordones y cuyo manubrio accionaba una pareja de verrugosos enanos. De este instrumento salía un quejido atiplado como de violín; era la parte del soprano. Y un tipejo arrugado, puesto a gatas, tocaba una flauta metida en su propio trasero: una flauta de cuescos.

Un hombre gordo daba vueltas al grupo con toda la prisa de que era capaz. Llevaba la partitura tatuada en las nalgas, y los tatuajes cambiaban de forma con el temblor y la agitación de las carnosas posaderas. De manera que cada músico sólo podía leer su partícula durante un instante, y además deformada. Entre vistazo y vistazo, los músicos continuaban a voluntad o improvisaban, con lo que se producían chocantes disonancias que, sin embargo, se habrían resuelto en una armonía con sólo que hubiesen logrado ponerse de acuerdo.

Un extraño director de orquesta, vestido de muselina rosa, caminaba torpemente tras el nalgatorio que era su partitura. Tenía cabeza de sapo, de la cual brotaba una lengua delgada para azular y cosquillear aquellas nalgas como marcando el ritmo..., o tal vez para estropearlo.

Cerca de los músicos, sobre la pendiente de una duna, reposaba el hasta aquel momento único integrante del auditorio: el esqueleto de un caballo.

En cuanto se acercaron los expedicionarios, las diferentes melodías de bajo, tenor y soprano se pusieron súbitamente de acuerdo y formaron un contrapunto. La orquesta tocaba como un reloj de figuras que diese al mismo tiempo, y triunfalmente, la hora, el día y el año, con una armonía perfecta, aunque sonase algo precaria. Incluso tocada con aquellos instrumentos antiguos y raros, la tonada recordaba algo conocido, y Sean la acompañó silbando. Era un pasaje del *Pasifal* wagneriano, arreglado para organillo, arpa-laúd, timbal y flauta. Era música griállica.

El esqueleto de caballo rebulló y se puso en pie. Los huesos bailaban al compás de la música. Al mismo tiempo empezaban a revestirse de una carne fantasmal: los músculos, los nervios, las venas, las arterias, las vísceras y el tejido conjuntivo. Aparecieron ojos en las cuencas vacías y una lengua entre los dientes. La grasa y la carne, la piel y el pelo se

formaron sobre aquella anatomía imprecisa El caballo se puso a trotar, y luego hizo una cabriola, para ejecutar seguidamente la *levade* y la *courbette*.

Entonces, el sapo director de orquesta dio un lengüetazo a las nalgas de la partitura, y volvió a reinar la disonancia.

El caballo se mustió y se tambaleó, anduvo hasta la duna y se descompuso otra vez en esqueleto, en un armazón de huesos mondos y secos. Sin hacer caso de los sonidos cada vez más agrios, permaneció inmóvil.

Los recién llegados depositaron a Jerónimo en el suelo. Si un caballo muerto podía bailar al son de aquella música, él al menos podía tratar de mantenerse en pie. Tan pronto como los compases de *Parsifal* se convirtieron en una cacofonía, él alzó un índice acusador hacia el conjunto medieval.

—Es su manera de ensayar la alquimia —dijo—. Pero sin el secreto. Sólo tratan de transformar un caballo muerto..., en un caballo viviente. Pero, aunque logren hacer que se levante y ande, han de seguir manteniéndole. No poseen la sustancia transformadora. Sólo Él sabe cuál es..., Él y Knossos.

—¿Por eso están en el Infierno? ¿Por querer ser pequeños dioses? —preguntó Sean.

—¡Ah, no! Esto no es un castigo. Él no es celoso ¿Qué debería castigar, la ignorancia? A la ignorancia no se la castiga, se la ilumina. La iluminación puede ser dolorosa. Muy dolorosa. Como estar tendido en el potro —señaló con un ademán al músico crucificado y al otro compañero atravesado por las cuerdas del arpa.

—Un potro será sin duda lo próximo que veremos —dijo con cierta impertinencia Denise—. ¿Cómo se les atormenta a éstos?

—Ya se ve. Les gustaría montar ese caballo. Es como la vaca que soñaba aquella mujer en la acequia, una fantasía de transformación. Pero se trata de una fantasía muerta. Serán transformados cuando hayan logrado la armonía..., cuando no precisen de ningún instrumento excepto de sí mismos.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó Sean—. Se han proyectado a sí mismos en sus instrumentos. ¡Y por eso no llegan a tocarlos bien, hasta que llegue a su fin esa clase de proyección! Hasta que se incorporen otra vez los instrumentos en sí mismos.

—Por lo visto, de eso sabes más que yo, *Athlon* —suspiró Jerónimo.

—Me pregunto. Ya lo dije antes: Él nos permite desahogarlo para que no nos dejemos absorber por ello como los demás. ¿Cuesta mucho tiempo absorber a un ser humano? ¿Estamos siendo puestos a prueba? Quizás Él nos utiliza como piedra de toque, para ver de qué manera reaccionan ante su programa unos humanos no envueltos antes.

—¿No evolutos? —preguntó Jerónimo con sarcasmo.

—No envueltos. ¡Pero has señalado un punto ahí! ¿Sería posible que Él nos tuviera en sus designios como nuevos testigos..., de la misma forma que te tenía a ti? ¿Nuevas líneas de referencia como conciencias ordinarias?

—Amigo, te cedo el puesto cuando quieras. Preferiría cambiar a cualquier otra cosa.

—Y lo hiciste —observó Muthoni—. Has cambiado al Infierno.

—Gracias a vosotros. No ha sido la primera vez, ni creo que vaya a ser la última. Sin embargo, ya no soy el capitán Van der Veld que fui. En cierto modo he progresado..., incluso como testigo.

—Me pregunto qué habrá sido de nuestro capitán —dijo Denise, pensativa.

—¡Ah! ¡Casi había olvidado la *Schiaparelli* —admitió Sean—. Es como si... nos hubiéramos distanciado de ella. ¿no? Bien, en realidad es lo que hacemos. Para eso entramos aquí, para nuestra vida real.

Jerónimo removi6 un poco la arena.

—Aquí no está: vuestra realidad vive.

—Paavo, Tania, Austin... ¿volveremos a verles algún día? —se preguntó Denise—. ¿O estarán convertidos en bestias o peces, transmutados escala abajo? *Reculer pour mieux sauter*... En regresión para poder evolucionar mejor después..., tal como Él lo ve.

—Yo no he dicho nunca que fuese positivo que las personas se convirtieran en animales. Nunca.

—¿Hay algún modo de salir de aquí, Jerónimo?

Jerónimo compuso una expresión socarrona.

—¿Ahora que acabáis de entrar? A otros les cuesta un tiempo endiablado. ¿Sabéis una cosa? ¡Tendréis que ganároslo! Los antiguos alquimistas se pasaban toda la vida en obtener la Piedra y cambiarse a sí mismos. Esos si que eran entendidos en la Obra.

—Pero, al menos, era la alquimia pura y simple, y no la alquimia pasada por la mente de un pintor chiflado —saltó Muthoni.

Sean frunció el ceno.

—El Bosco estaba en sus cabales, o de lo contrario no habría sobrevivido u su propia imaginación. Tal vez el pasar intactos por este Infierno sea una prueba de salud mental... No, no una prueba exactamente: un medio de salud. De una salud de orden superior. ¡Lo que es locura para el uno, es cordura para el otro!

—¡En el Infierno todos están locos! —se empecinó Muthoni—. Esas masas que luchan, esos músicos... ¡todos! Confieso que yo también me volví loca. Fue fácil. Me limité a seguir el camino del mínimo gasto de energía.

—Todos somos locos en potencia, Muthoni. Los tres cerebros del hombre no están completamente integrados. ¡Los viejos programas de ferocidad acechan bajo la superficie! Quizá no sea preciso dar expresión a ese conflicto..., quizá debamos volvernos locos para sanar. Mira: el inconsciente es el Infierno, pero también es la salvación... Así como, a veces, la esquizofrenia es el único camino para la reintegración. Sólo que nosotros todavía no nos hemos vuelto locos, aunque hayamos estado al borde del precipicio —explicó Sean mientras apretaba con cordialidad la moteada mano de Muthoni.

—Por lo mismo, un exceso de razón es la locura —dijo Denise con suavidad—. De modo que, al fin y al cabo, tal vez estemos todos locos.

—Llévame hacia allá —dijo Jerónimo, con un ademán hacia el erial de hielo.

—¿Por qué? —desconfió Sean—. Creí entender que no hay orientación definida en el Infierno.

—Si no vas tú, con tus propias fuerzas —dijo con firmeza Muthoni—, entonces estás siguiendo el camino de la energía mínima en la órbita de tu locura particular. Y no harás otra cosa sino girar dentro de esa órbita *ad infinitum*, como si dices vueltas a una pista de circo empujando una pelota con la nariz.

—Hasta desgastarla, y salir otra vez al espacio libre —asintió Jerónimo—. Así es como se sale del Infierno. Tenéis que desgastarla.

—¿El qué? ¿La nariz? —rió Denise.

—¡La pista, cabeza loca!

—Es raro —interrumpió Sean—. La repetición incesante debería reforzar las pistas en la psique. Pero aquí...

Consideraba su propia reacción ante la omnipresencia del dolor... y que ya no era de dolor, sino un estado de hiperestesia, la alborada de una hiperconciencia.

—¡Tal vez la repetición abrasa las antiguas pistas! Para que las nuevas puedan ocupar su lugar. Es como una especie de alquimia mental. La destilación y la redestilación, cien veces repetidas, durante años, hasta que un día aparece dentro de uno la... piedra, la sustancia transformadora. ¿Y entonces entraría uno en el Infierno? Los preliminares se desarrollan en el Jardín. Allí el trabajo duro de los alambiques y los matraces. Tienes razón con eso de los recorridos de mínima energía, Muthoni. O conseguimos entrar en esa destilería a través de alguna órbita loca de estacionamiento..., o seguimos. Adelante.

—Por allí —repitió Jerónimo—. Lo prefiero.

La banquisa no resultaba muy invitadora, ni siquiera para unas personas a quienes les ardían los pies. Parecía no tener fin. Sería preciso buscar alimento. Habría que pescar. Muthoni aún portaba su tridente; ahora iba a servir de arpón.

Caminaron hasta notar que se caían de cansancio; luego dieron unos cuantos pasos titubeantes y acabaron por caer de verdad, pero dormidos. Más adelante, y durante un lapso de tiempo casi interminable, descubrieron que cuando no caían dormidos al segundo, el suelo helado los tenía dando vueltas y rebullendo sin parar, y más cuando empezaba a fundirse, con lo que despertaban en una sábana de agua fría, empapados y tiritando. A veces ésta volvía a helarse sobre la piel y se encontraban envueltos en una capa de hielo, entonces, un voluntario tenía que desprenderse de ella para acudir a deshelar a los demás. Pero sus organismos, inmunes a todo, resistían. A continuación había que buscar alimento para poder continuar; tratábase de localizar uno de los lugares traicioneros donde el hielo era más delgado, para romperlo y montar guardia allí como los esquimales, en espera de que acudiera algún pez a la superficie para ser pescado y comido crudo como desayuno...

Así viajaron unas veinte o treinta jornadas. Los islotes eran escasos, lejanos o, si próximos, defendidos por gladiadores ermitaños o por alguna máquina solitaria y meditativa que los bombardeaba a preguntas y luego los echaba de allí con un diluvio de bolas de nieve. En todo caso, no se podía decir que el Infierno estuviese superpoblado. La soledad engendraba la multitud y la multitud engendraba la soledad, en una permanente oscilación demográfica. ¿Cuántos óvulos humanos fertilizados debía de llevar la *Copernicus*? ¿Veinte mil, tal vez, más un millar de adultos hibernados? La población del Infierno ahora no podía ser mayor, especialmente habida cuenta de que no nacían niños. Por tanto, pensó Sean, no era posible que los humanos regresaran al estado animal...

Finalmente, a Jerónimo se le curó la barriga y pudo andar con sus propias fuerzas y seguir el ritmo de los demás.

Finalmente también, divisaron una playa lejana: una línea de arena pardorrojiza y una vaharada de calor que prometía el paraíso a sus cuerpos ateridos..., al menos, durante los primeros instantes de deshielo.

14

No existían direcciones en el Infierno...

Un grupo de músicos rascaba, soplaba y golpeaba sus instrumentos en el desierto ardiente, al otro lado del erial de hielo, adonde llegaban sus sonidos discordantes. Uno de los intérpretes estaba crucificado sobre las cuerdas de un arpa gigantesca. Otro estaba echado sobre un organillo y daba vueltas al manubrio, Un tercero tocaba el timbal con la cabeza...

—¡Oh, no!

Denise volvió hacia Jerónimo con ademán acusador, pero él se limitó a reír.

—No hay direcciones en el Infierno, te lo dije, *Athlon*.

—¡Anduvimos en línea recta! —protestó Muthoni—. He venido guiándome por las estrellas, que no mienten, esto es un planeta y tiene una superficie, y un norte y un sur. ¡Debemos estar en otra parte! ¿Cuántos lugares diferentes pueden ser el mismo lugar?

Sean dio un paso adelante, del hielo al fuego, y experimentó el instante de bendito alivio seguido de un dolor distinto.

—No son las mismas personas. Ése no es el mismo lugar —dijo lentamente.

—¡Mira ese tipo que gatea con la partitura grabada en el culo! ¡Mira esa vieja cara de sapo, la del director! ¡Y los huesos del caballo! ¡Hemos descrito un gran círculo!

Sean meneó la cabeza.

—Es la misma escena, pero no el mismo lugar.

Al otro lado, los músicos pasaron por una de las fases de integración momentánea. La melodía era de Richard Strauss. Los huesos del caballo se pusieron en pie y bailaron; las

vísceras ocuparon sus lugares en el costillar. Aparecieron los tendones, y las venas y arterias crecieron como parras del desierto bajo tu lluvia.

—¡Antes *Parsifal*..., y ahora Strauss! ¿Por qué no tocan música medieval? —protestó Denise—. ¿No está ahí el quid de la cuestión? ¿Por qué no tocan lo que les corresponde?

—Un punto para el equipo visitante —rió Jerónimo, aunque al parecer él tampoco lo sabía.

Luego la música retornó a la discordancia y el caballo se desintegró en un nuevo montón de huesos.

—Mirad —señaló Sean—. La que toca el tambor con la cabeza es una *mujer*, y el crucificado no es rubio sino moreno. Son otras personas. ¡Deben existir zonas en el Infierno donde se repite la misma escena! ¡Como si repitieran los mismos hechos *ad nauseam*! ¿Tan empobrecido está el Infierno, Jerónimo? ¿O sería la pobreza una de las cualidades esenciales? Uno puede andar cuanto quiera, pero siempre acabará saliendo a la misma escena en otro lugar.

—En realidad, una pintura es poca cosa para envolver con olla todo un planeta. —Se encogió de hombros el aludido.— Os dije que había no pocas Cabalgatas en el Jardín, por acá y por allá. Y bastante espacio vacío.

Sean tenía una espina de pescado clavada entre los dientes, pero el frío le insensibilizaba las encías y no se había dado cuenta. Ahora, con el calor, sintió la inflamación. Contrariado, se sacó la espina y la escupió. El escupitajo se evaporó con un silbido tan pronto como tocó el suelo.

—¿Actúa Dios *constreñido* por Knossos? ¿Acaso no puede imaginar sino lo que hay en la mente de Knossos? ¡Es increíble! ¿Estaría empobrecido Él mismo? Se entiende que es el Creador de este condenado mundo. Pero, ¿qué ha creado Él en realidad?

—Bastante —dijo Jerónimo, escandalizado—. ¡Mucho! La tierra, el aire, las plantas, las torres de transmutación, los organismos.

—Pero le falta inspiración —meneó la cabeza Sean. —Supongo que un ser superior será una especie de Dios no omnipotente. Él no fue quien creó el universo. Sólo es parte de él, lo mismo que lo somos nosotros, y aunque Él sea una parte muy poco habitual.

—Si fuéramos todos dioses divinos y nos llamáremos a sentarnos juntos a una mesa, ¿quién nos serviría la comida? —dijo Jerónimo en tono declamatorio—, Nosotros le alimentamos a Él, para que piense. Él lo digiere. ¡Ah!, pero Él es un Dios. Un Dios a quien podemos conocer..., y no una abstracción que está en todas partes y no está en ninguna. ¿Por que no habría de ser el universo quien diese lugar a un Dios..., y no al revés? Ciertamente, Él tiene poder para crear, mantener su creación y levantarnos de entre los muertos. Te aconsejo que lo creas.

—Pero, ¿qué diablos es Él?

—¿Diablos? ¡Ah! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí, pero... creo que eso sí puedo mostrártelo. —Y agregó con una sonrisa torcida—: No todo se repite aquí. Hay algunas cosas que son únicas en su especie.

Dejando a los músicos con sus ejercicios frustrantes, el grupo continuó hacia el interior, si es que alejarse del hielo podía considerarse viajar hacia el «interior»...

Pues sí, lo era. El Infierno no tenía direcciones, ya que la misma escena podía repetirse en cierto número de lugares, pero mientras recorrían la tierra ardiente dejando atrás las torres en llamas y las ruinas donde unos pequeños ejércitos de ignorantes luchaban en medio de la noche (intentando, quizá, llegar a ser menos ignorantes por el procedimiento de apurar la ignorancia hasta el fondo), Sean advirtió una... tendencia, una pendiente. No era cosa del terreno, vino de sus propios pasos, de la manera de poner un pie delante del otro. Le parecía caminar siempre cuesta abajo, aun cuando los ojos le decían que no era así. Algo los atraía «cuesta abajo» como partículas de polvo atraídas hacia el sumidero de un mundo invisible.

—Quietos —dijo Sean, mientras se volvía para contemplar el camino por donde habían venido.

Se divisaba perfectamente la extensión de tierra roja, bajo las ruinas, las escaramuzas ocasionales; nada de lodo aquello quedaba cuesta arriba, y sin embargo...

Volvió sobre sus pasos.

—¡En! Nuestro camino es por ahí—le advirtió Muthoni.

—Por allí o por allá, creo que ahora sólo hay un camino. Es una variación nueva sobre el tema de la no dirección. ¿No os dais cuenta? Esperad un instante. No tardaré.

Jerónimo le contemplaba con los ojos brillantes. La actitud de Sean parecía divertirlo.

—Tiene razón. ¡Es agudo ese muchacho!

Sean descubrió que le resultaba imposible el seguir una línea recta. Podía ver perfectamente adonde iba, pero sus pies no hacían caso de lo que le decían sus ojos. Andando como cangrejos, se desviaban a un lado de la recta propuesta. Se orientó de nuevo y echó a andar otra vez. Y nuevamente se halló fuera del rumbo. Siguió andando, ahora con los ojos cerrados, y no se detuvo hasta que tropezó con Denise, que se había apartado una tracción de segundo demasiado tarde. Había dado una vuelta completa.

Cayó en brazos de ella, tambaleándose y riendo, y movido por su propio impulso le dio un beso.

—Inténtalo tú misma, *chérie*. Estamos en el interior de un horizonte que no podemos ver. ¡Pero nuestros cuerpos le obedecen! O quizá nuestras mentes; imagino que será un horizonte psíquico. Lo cual significa que estamos en buen camino para salir ¿no es cierto, Jerónimo?

Todos miraron al interpelado, que asintió con la cabeza.

—Estamos a punto de caer en el desagüe del Infierno. ¡Confiemos en que no esté atascado! Es posible que en la mente de Dios, el Infierno y el Jardín tengan la forma de una botella de Klein...

—El desagüe no está atascado. Pero tiene un filtro. Ya sabéis quién es —dijo Jerónimo guiñando el ojo.

—El único y verdadero Diablo, ¿no es cierto? ¿La prolongación de Dios en el Infierno? Obligado a ser su ayudante ¿no? Para el resto de las diabluras, nosotros solos nos bastamos.

—Por lo general, nadie logra encontrar este lugar sino al cabo de mucho tiempo. Es condenadamente difícil —asintió Jerónimo—. Aunque, naturalmente, todos acaban por encontrarlo, cada uno a su manera. Podemos considerarnos privilegiados.

—¿Privilegiados... por ir al encuentro del Demonio? ¿Qué clase de demonio? —exclamó Denise, y cuando cayó en la cuenta, agregó—: ¡Ah, no!

—El Diablo del Bosco —dijo Sean—. El devorador de almas, azul, con cabeza de pájaro, sobre su excusado en forma de trono. Si el Dios se mantiene fiel al cuadro, así habrá de ser.

—Ya lo decía yo—asintió Jerónimo. —Mirad allá, al horizonte. ¿No veis? Forzaron la vista. Sin embargo, ni Denise ni Muthoni lograron distinguir otra cosa sino una vaga cúpula blanca que se destacaba sobre el horizonte.

En cambio Sean sí veía con bastante claridad lo que era. Las tinieblas del Infierno, ¿Hervirían principalmente para forzar una evolución de la vista... y de la visión interior? ¿No decía un antiguo aforismo: *Nihil erat in intellectu quod non prius in sensu*. Nada puede existir en el intelecto si antes no ha existido para los sentidos? Allí, el medio sensible (la oscuridad visible, el calor insoportable, incesante) anitaba los sentidos de uno a paradojas. ¿A fin de que el intelecto, que no admite las paradojas, pueda concebir la paradoja de un Dios?

Una estrella fugaz cruzó el cielo, como para recordarle brevemente a Sean la existencia del espacio, de un sistema solar extraño donde ellos, objetivamente, eran... objetos de

las manipulaciones de un Dios desconocido. Pero, qué familiar (aunque grotesco) era el escenario que había esculpido Él para ellos...

Muthoni se frotó las manos.

—Conque, de ahora en adelante, ¿siempre cuesta abajo, eh? Supongo que habremos acabado pronto. Sólo nos queda despachar con el Diablo... —añadió, mientras intentaba ver en la oscuridad.

—¡Lo que me faltaba! ¡Una animadora! —se lamentó Jerónimo.

—¡Bien! No ha sido tan abominable, si prescindimos de la locura, del frío y del calor...

Jerónimo se frotó el vientre y parecía a punto de claudicar de nuevo.

—Eso es lo que me preocupa. El recorrido de energía mínima; la complacencia es el presagio de la caída.

—¡Al Infierno con eso! —dijo Sean saliendo de su ensimismamiento—. Vamos cuesta abajo porque no hay otro camino, Acabo de demostrarlo.

—*¡Gueule du Diable!* —se estremeció Denise—. Por el gznate del Diablo abajo.

Mientras continuaban por la llanura temblorosa y desierta hacia el resplandor blanco que se alzaba en el horizonte, Jerónimo arrojaba miradas furtivas a su alrededor.

Pero aún así, la llegada de los demonios le pilló casi de sorpresa.

15

De súbito, con un grito. Jerónimo echó a correr; luego se acordó de sus compañeros y, volviendo la cara, gritó:

—¡Corred! ¡Corred!

Ellos, sorprendidos, miraban a su alrededor sin ver nada.

—Entonces Denise miró hacia arriba y lanzó un grito de espanto.

Los demonios bajaban desde el cenit como si el cielo acabara de arrojarlos, aunque allí arriba no se veía ningún cielo, sino sólo una negrura tachonada de estrellas.

Demonios metálicos, demonios ciborgs, con cabezas en forma de cascos cerrados, con visera y antenas, brazos metálicos que llevaban redes lastradas, barrigas azules abultadas y alas plegadas como de mariposa. Media docena de ellos caían a toda velocidad, hasta que de pronto abrieron las alas... piedra pómez, manchada de falsos ocelos como plumas de pavo real que atronaban el aire con su vibración. Aquellos engendros se pusieron a cagar convulsivamente, como para soltar lastre, haciendo caer una lluvia apestosa.

—¡Corred!

La diarrea de los demonios se transformaba en vaharadas de gas sofocante tan pronto como caía en tierra y sobre los cuatro fugitivos.

Asfixiado y cegado por las propias lágrimas, Sean corrió derecho a una red que se cerró y ciñó en seguida sobre él hasta dejarlo embolsado. Cayó sobre el piso de hierro y, en seguida, la red le alzó en volandas sacándole de la niebla de gas lacrimógeno. Mientras luchaba por recobrar la respiración, medio ciego todavía, Sean pudo divisar por entre las mallas de la red un laberinto rocoso abajo y un cielo que te abría arriba.

Otras tres bolsas se sacudían portadas por demonios trepadores, quienes se comunicaban entre sí con el ruido de granalla propio de las transmisiones de datos a gran velocidad. Los demonios remontaron el vuelo y empezaron a describir una amplia trayectoria circular, cuyo centro era el lejano bulto blanco.

Ahora se revelaba un ancho cráter débilmente iluminado por los fuegos que ardían en su fondo; bajo aquella luz incierta se divisaban máquinas, aparatos. Una y otra vez, un grito estremecedor, delirante, surgía débilmente de aquellas profundidades.

La cabeza en forma de casco se aproximó a la de Sean.

—Bienvenido a la unidad de verificación de aumentos —cacareó—. ¿Qué vamos a verificar primero? ¿Tus testículos, a lo mejor? ¡Se nos estropean tantos peregrinos en el

camino hacia el banquete de nuestro Amo! Pero tú hueles... a crudo, desde una hora de distancia. Sin adobar, sin salar, sin rellenar, sin ablandar. Tendremos que arreglar eso. Tal vez haya que empezar con pasarte una estaca por el recto.

El demonio plegó las alas y se dejó caer como una piedra; las alas, delicadas en apariencia, se abrieron de nuevo con un estampido ensordecedor para frenar la caída cuando parecía que iba a estrellar el cuerpo de Sean, inmovilizado de pies y manos, contra el fondo del cráter, quizá para ablandarlo un poco. La red se abrió dejándole suelto.

Otros demonios (éstos sin alas, armaduras animadas cuyos guanteletes de cota de malla esgrimían tridentes) pululaban por allí; a golpes, amontonaron a los prisioneros a sus pies, y entonces Sean vio de dónde salían los gritos,

Junto a una boca de horno tan grande que habría posible entrar en ella andando, un hombre estaba tendido sobre un complicado potro de tortura montado verticalmente. El cuerpo de la víctima se mostraba abominablemente estirado; hasta los dedos de las manos y de los pies se le habían descoyuntado, mediante poleas independientes, hasta alargarlos al doble de su longitud normal... y el escroto era un largo tubo de goma sujeto por una mordaza. Un hombre de hojalata con cabeza de bestia (largo hocico, ojillos llorosos y cabellos coma cerdas cubiertos en parte por un gorro de cocinero) se merendaba los testículos de la víctima, sin hacer caso de sus aullidos, con una cucharilla larga de plata. Otro diablo de chapa metálica, con una cabeza de chacal y otra de águila, escogía los bocados favoritos de entre las partes del cuerpo; el hígado puesto al descubierto, el globo ocular, el muslo despellejado; las cabezas asentían como gastrónomos expertos y escupían bocados que acababan de saborear en escupideras de plata colocadas alrededor del potro.

El demonio de alas de mariposa se colocó al lado de Sean.

—El susto deteriora terriblemente la calidad de la comida de nuestro Amo, ¿sabes? De donde resulta una carne paliducha, floja, rezumante. ¡Alimento pobre y húmedo en exceso! Los músculos acusan la falta de oxígeno; el glicógeno se degrada en ácido láctico. Es necesario un buen tratamiento de las carnes mucho antes de la muerte, para expulsar todo el sistema —dijo soltando una carcajada metálica—. El Infierno está destinado a preparar la carne de quienes se le ofrecen por sí mismos; sin embargo, no dejan de presentarse por aquí algunos tontos. Nuestro Amo tiene un gusto muy delicado. Nuestro deber consiste en evitarle aromas ofensivos.

—In... insensato —tartamudeó Jerónimo—. Nunca os había visto reunidos en una bandada. ¡No sois más que piratas! ¡Merodeadores! No tenéis ningún derecho, ¡que diablo! —chilló, como si el Diablo en persona hubiera alargado un enorme y largo brazo por encima del cráter para ponerle a buen recaudo en su propio seno.

—In-Insensato debe querer decir sensato —se burló el demonio alado—, nos gusta aprender acerca de la carne para el día en que nosotros encarnemos también. ¿Eso pretendes negarnos? ¿Pretendes poner obstáculos a nuestra evolución? —concluyó, dando una desafiante patada en el suelo.

—¡Esos trastos se han vuelto locos! ¡El verdadero Diablo es mucho más cuerdo!

—Demasiado condenadamente cuerdo —rió el demonio—. Lo mismo que vosotros..., va a pillar una indigestión.

—La locura es cordura —dijo otro con mofa—. La cordura es la perdición.

Tras lo cual agarró a Jerónimo por la muñeca y lo alzó en vilo. Otros demonios arrastraban a Sean, Muthoni y Dense. Para su tamaño tenían una fuerza increíble. Pretender resistir hubiera sido como oponerse a ser arrastrado por un caballo.

Los diablos llevaron a rastras a sus prisioneros, dejando atrás el horno y el gran potro, hacia una elevación llena de utensilios gigantes de cocina; moldes de pastelería, máquinas de cortar, batidores, cuchillas para carne, tijeras de trinchar aves, rodillos de amasar, exprimideras, coladores, rallos... que dadas sus dimensiones se asemejaban más a peligrosos instrumentos de suplicio. Una gran picadora de carne, una máquina de descortezar el magro del tocino y una hervidora de salchichas, todo ello movido a vapor, se veían

allí cerca. Otro hombre metálico que tenía cabeza de macho cabrío se acercó por la cuesta (ahora se advertía que aquella cabeza, como las de los demás engendros, venía a ser como una maleara fabricada de material orgánico, una falsa cabeza protoplasmática, tal vez hecha con fragmentos de seres humanos, que recubría el metal oculto en su interior). Traía un molde para bizcocho que abrió de par en par. Jerónimo lloriqueó mientras los demonios, a la fuerza, le metían dentro del molde, bajaban la tapa y se ponían a hablar sobre ella hasta que estuvo bien cerrada, para luego llevarle al horno.

—¡Corre, corre tan rápido como puedas! —cantaban a coro.

Un diablo alado se apoderó de los cabellos de Denise mientras otro bajaba por la pendiente con un surtido de tijeras de todos los tamaños.

—¡Demasiados apéndices! —chillaba— ¡Fuera los cabellos, y luego los dedos de las manos y de los pies! ¡Luego la lengua y las tetas! ¡Retaja la oreja y recorta el belfo! Luego un poco de relleno, y ataremos un buen rollizo de ternera. Toda forma debe atender a la esfera, que es la forma perfecta.

Otro pinchaba a Muthoni por todo el cuerpo con garfios de metal, hasta sacarle sangre, y decía:

—Huele a budín negro, ¡pero éste tiene mucha manteca blanca! ¿Qué será, budín blanco o negro?

Alargó el brazo hacia Sean y le hizo un desgarrón en la nalga.

—¿Budín blanco en un pellejo negro? ¡Eso es pecado! Habrá que cambiar la piel del uno por la de la otra.

Sean se mordió el labio.

—¿Cómo vais a evolucionar si sois tan crueles? —exclamó—. ¡Así no lo haréis! ¡Nunca aprenderéis a vivir!

El demonio portador de tijeras se detuvo en seco.

—¡Ah! ¿Desde cuándo discute el budín? Pues adivina adivinanza, salchichón mal embutido: ¿cuál es la única cosa del universo que tiene crueldad deliberada e intencionada? ¿Acaso no es el hombre y la mujer? Por tanto, si somos deliberadamente crueles llegaremos por fin a hombres. ¡Ja!

Con grandes tijeretazos le esquiló a Denise la rubia melena, que se introdujo por un agujero de su visera. Una boquilla que tenía en la parte de atrás expulsó un largo hilo dorado hasta hacer con él un rollo, y con aquel mismo hilo, que había sido el cabello de Denise, la ató bien fuerte. Luego tiró de una de sus piernas, derribándola al suelo, y le cortó el dedo pequeño de un pie, el cual entregó al demonio cabeza de cabra para que lo degustase. Denise estaba desmayada o se había quedado sin sentido a consecuencia de la caída, y el diablo se cansó de ella y dejó de hacerle caso.

—Y vosotros, ¿podéis sentir el dolor? —gritó Sean—. ¿O no podéis? ¡Quiero escuchar una razón... por vuestro bien! ¡Vosotros sois las víctimas aquí y no nosotros!

El diablo le puso las tijeras delante de la nariz.

—¿Qué dices?

—Tenemos la obligación de ayudaros, por haberos impedido antes. No os dejamos vivir vuestra vida. Denise te lo hubiera dicho, ¡pero tú le has cortado el dedo del pie! Escucha: vosotros no entendéis el dolor.

—Pero sabemos cómo producirlo —replicó, pellizcándole la nariz con las tijeras, aunque sin llegar a cortarle. La presión se aflojó—. Habla.

¿Cuál podía ser la finalidad del dolor? ¿Y si dijera que era un estímulo? Sean, aterrorizado, se puso a improvisar a toda velocidad:

—En la naturaleza de todos los seres vivos está el evitar el dolor, ¿sabes? El dolor les obliga a hacer cosas para evitarlo. En realidad ellos preferirían no hacer nada..., excepto descansar y estar quietos. Huir del dolor, desde el punto de vista cibernético, es una regulación por realimentación negativa, ¡oh pobre máquina! Si uno tiene hambre, come, y entonces deja de tener hambre. Pero eso es todo. A la naturaleza no le gustan los cam-

bios, ya que de lo contrario no habría estabilidad. Evitar el dolor es evitar la evolución rápida. Sin el dolor...

Las tijeras pellizcaron con fuerza.

—¡Así pues, os estamos haciendo un favor!

—Pero no a vosotros mismos —jadeó él.

—Tengo entendido que hay mucha evolución agradable en otras partes del planeta —observó otro demonio—. ¡Partes adonde no podemos ir! Prohibidas para nosotros.

—¡Quizá podríais ir si conocierais el dolor por vosotros mismos! —dijo Sean a la desesperada—. ¡No el dolor de otras personas, sino el vuestro propio!

Otro pellizco. Los labios de Sean probaron el salado sabor de la sangre.

—¿Cómo podríamos averiguarlo, si no es mediante experimentos con gente como tú?

—Reprogramaos a vosotros mismos, si es que podéis, ¡de manera que lleguéis a sentir el dolor! Mirad dentro de vosotros mismos... Os falta algo. ¡A lo mejor se os ha aflojado un tomillo!

Muthoni emitió un ruido ahogado. ¿De agonía? Por el rabillo del ojo pudo verla a pesar de tener la nariz aprisionada. Estaba reprimiendo una risa loca. El diablo que se había apoderado de ella le aplicó un garfio al pezón y la risa contenida se convirtió en un alarido horrible.

—Espera —dijo el otro diablo, pensativo—. Ahora recuerdo una cosa.

Aminoró la presa sobre la nariz de Sean, que empezó a sangrar con más profusión.

—Circuitos inhibidores, ¡oh hermanos míos! Aplicad un impulso de cero cinco microvoltios entre alfa dieciocho y tau cincuenta y tres.

De súbito, los dos demonios emitieron un fuerte borboteo y, tras soltar a Sean y a Muthoni, se alejaron el uno del otro. Muthoni trastabilló pero consiguió mantener el equilibrio, con el pecho manando sangre. Todos los demonios huían los unos de los otros y el ruido se había convertido en una algarabía infernal que aturdí y llegaba casi a niveles ultrasónicos. El cráter se había convenido en un manicomio. No sin alguna dificultad, Sean se echó a Denise a la espalda, con la cabeza rapada colgando sobre el costado de él.

—¿Qué hacemos con Jerónimo..., y con ese fulano del potro?

Muthoni corrió alrededor del horno, hacia el aparato de tortura abandonado por sus vigilantes, mientras Sean la seguía a tropezones con su carga. Ella hizo girar unas ruedecillas que se encontraban en los lados de la máquina y la tremenda tensión cedió; el suplido cayó al suelo, gritando con más estridencia que antes, y se retorció convulsivamente como un nido de serpientes. Ella se inclinó sobre él y, rabiosa, le aplicó un golpe seco en la nuca, como si fuera un conejo. El hombre quedó inmóvil, tal vez muerto. Ella confiaba en que lo estuviera. Luego corrió hacia el horno, donde habían puesto el molde para bizcocho y, sin pensarlo dos veces, se arrojó dentro. El cabello y las cejas prendieron mientras abría el molde y Jerónimo era sacado a rastras. Medio cocido parecía de veras una figura de bizcocho, pero estaba consciente. Ella le puso en pie y le gritó al oído:

—¡Corre! ¡Corre! ¡Ahora no pueden atraparte!

Los diablos aún corrían de un lado al otro, en zig-zag por todo el cráter, en una especie de movimiento browniano.

—¡Hacia allá! —gritó Sean al tiempo que señalaba una escalera lejana, de grandes peldaños toscamente tallados en la pared del cráter.

La subida fue horrible. Denise volvió en sí hacia la mitad de la escalera y empezó a retorcerse de dolor, con lo que por poco cayó con Sean escalones abajo, hasta que éste la dejó descansar y la tranquilizó.

Por fin, llegaron al final de la escalera, donde descansaron largo rato mientras se recuperaban sus cuerpos infernales. De vez en cuando pasaba cerca de ellos algún diablo que también había huido escaleras arriba, pero sin hacer caso de ellos, pues le preocupaba más alejarse de sus congéneres. Si los demonios se hubieran fijado habría sido inútil toda resistencia.

Finalmente, salieron del cráter los últimos diablos y el ruido de granalla se convirtió en un rumor lejano. Los cuatro humanos rehicieron sus fuerzas poco a poco, aunque Denise todavía se quejaba de su cabeza rapada y de la pérdida del dedo; costaba distinguir cuál de las dos cosas le afligía más...

—No debemos guardar rencor a esas máquinas. Ellas hacen lo que deben. ¡Pero nunca las había visto juntas, en grupo! —comentó Jerónimo al cabo de un rato.

—¿Hay que poner la otra mejilla? —dijo Muthoni, rabiosa. Al volver la cara enseñó la mejilla marcada por los garfios del demonio.

—Tomémoslo con calma —dijo Sean, mientras la acariciaba con la punta de los dedos—. Hay que salir de aquí.

Denise se sentó en el suelo.

—Sean tiene razón. Lo que hicieron esas máquinas infernales pervertidas fue... una perversión de su camino. El nuestro. Ese camino todavía existe y es bueno.

—¿El único camino, y de dirección única? ¡Voy a seguirlo! —dijo Muthoni sonriendo.

16

La masa blanca había aumentado de tamaño y tomaba forma para Muthoni, y luego para Denise. Del interior de la misma salía como un lamento. Denise, aunque cojitranca, avanzaba con bastante soltura, y lo mismo Jerónimo, si bien éste iba esparrancado como si anduviera escocido por haber montado a caballo. Lo que ahora les atormentaba más era el hambre y la sed. El Infierno desgastaba..., pero también reparaba. Se adelantaban casi con intrepidez, aunque no sin aprensión por lo que pudiera esperarles allí. Muthoni hasta se puso a silbar una cancioncilla, y Denise no tardó en hacerle coro.

Aquello era un crómlech colosal, y el primero que habían visto en el Infierno, tal vez el único. Desde luego era la única erección que hiciera eco allí a las estructuras tan abundante en el Jardín. Aunque bajo un estilo perversamente retorcido, era el único lazo o resonancia que recordaba las metamorfosis joviales del hemisferio diurno.

En parte, las blanquecinas columnas parecían unas piernas de piedra con rodillas y muslos bien definidos y, en parte, troncos de árbol fosilizados cuyas ramas se elevaban para sustentar un cuerpo en forma de huevo. Aquellas piernas arborescentes se alzaban, como mástiles deformes, de las cubiertas de dos barcas de madera aprisionadas por el hielo de una laguna oscura y congelada: una anomalía gélida en medio del desierto ardiente.

El «huevo» de piedra que era el cuerpo estaba roto por detrás; de la abertura salía luz de alguna linterna, y dentro se advertía un movimiento de gente. Sobre la entrada, una bandera en la que campeaba la divisa de una gaita color rosa sobre fondo blanco. A esa entrada se llegaba por medio de una larga escalerilla cuya base también estaba aprisionada por el hielo. Arriba montaba la guardia una valiente máquina que era en parte una ballesta; un individuo, no obstante, trepaba a toda prisa por la escalerilla con una flecha clavada en la nalga desnuda. Esta persona se alzó a pulso sobre el borde de la cáscara de huevo, en cuyo interior se dejó caer.

Por el otro extremo del cuerpo ovoide asomaba una enorme cabeza de piedra. El rostro petrificado miraba por sobre el lago helado. En vez de sombrero llevaba una delgada piedra de molino, y encima del ala, al son de la gran gaita rosa que coronaba el extraño tocado, una criatura semejante a un pingüino y una picara desnuda, bailaban. La fuente del sonido quejumbroso era aquella gaita; la boquilla colgaba suelta, bastante lejos y por encima de los labios de piedra, pero se hubiera dicho que había una complicidad entre aquellos labios y aquella gaita; por una dislocación acústica inexplicable, eran los labios de piedra los que parecían llorar.

De súbito, Sean reconoció los rasgos fosilizados. Era la cara de Knossos.

Eternamente inmóvil. O llorando, de una manera ilusoria. De la cáscara rota brotaba un rumor de charlas y discusiones violentas. Al acercarse más pudieron distinguir allí dentro una taberna, con sus mesas, sus bancos y sus toneles, sus vasos y sus jarras. Juerguistas.

La sed de Sean se hizo extrema. Apenas podía hablar de tan secos que tenía los labios y la garganta. Y aquella sed sólo podía calmarse en aquella taberna.

Con un gesto señaló la escalerilla y emitió un graznido. El guardián mecánico volvió hacia él la cámara que le servía de ojos.

—Queremos subir —logró articular Sean.

—Hacedlo —dijo la máquina, al tiempo que armaba su ballesta.

Una vez había logrado hablar, los labios y la lengua se desataban y lubricaban solos.

—Pero no queremos que nos dispare.

—¿Para qué queréis subir, para tener compañía?

La necesidad de entrar allí y emborracharse (no importaba de qué hicieran la cerveza o el vino, ni lo infernal que fuese la resaca), podía más que ninguna otra cosa; la necesidad de dejarse caer sobre un banco y charlar toda la noche..., aunque fuese una noche sin final. Sean atenuó sus deseos, aunque era como querer sacar agua de la piedra en que se había convertido su cuerpo. Y el lamento de la gaita sonaba cada vez más fuerte allá arriba, sobre su cabeza, como la llamada del almuecín desde un minarete de adeptos a la bebida.

—Con charlas huecas no iremos a ninguna parte —graznó—. Ruido, ruido y nada más. Eso es lo que canta la gaita. Quiero trepar hasta ese disco de allá arriba.

(Aunque el estrépito allí sería ensordecedor.)

—Quiero ver esa cara de cerca.

(¿Qué parte de la conciencia de Knossos estaría impresa en aquel Ozymandias de piedra, montando la guardia en el Infierno mientras él erraba por el Jardín en su presencia carnal?)

—Quiero ver dónde está el Diablo.

La máquina le contempló con atención.

—¿Cómo puedo convertirme en hombre? —preguntó.

—¡Ah! ¿Conque ése es el santo y seña de hoy, eh? —se burló Muthoni—. Esto ya lo he oído otras veces.

La cámara apenas se fijó en ella.

—La mía es una pregunta seria.

—Voy a decirte una cosa, mi buena máquina. Todas vosotras sois descendientes del cerebro electrónico de la astronave *Copernicus*, ¿verdad?

—Correcto. Pero hemos evolucionado. Hemos continuado por caminos separados a través de los océanos y las llanuras del Infierno.

—Bien, pues, ¿por qué no volvéis a uniros? No serás un hombre, pero serás tú mima. Al final habrás realizado tu propia entidad.

—No podemos unir nuestros circuitos. Hemos de mantenernos alejadas las unas de las otras, ya que..., nos repelemos. El a través de los humanos como hemos de aprender a vivir. No hay otra manera.

—¡Ah! ¡Por eso se dispararon aquellos demonios corsarios! —exclamó Sean—. Comprendo..., les produce dolor el estar juntas. Pero aquella banda había perdido esa inhibición. O la olvidaban traspasando el dolor a otras personas... Pero tal vez sería ésa la única manera en que... ¡Oh, qué hemos hecho! No, de todas maneras estaban estropeadas sin remedio.

—Sí, y ahora escúchame a mí —dijo Muthoni dirigiéndose al guardián.

—No lo hagas, Muthoni, por favor —suplicó Denise—. ¿Quién te has creído que eres, Santa Muthoni Mata-Máquinas? ¡Acuérdate del herrero! Tú lo destruiste. No podemos guiar a..., otros seres con unos cuantos consejos astutos.

—«Sólo el que es capaz de destruirse a sí mismo vive de verdad.» ¿No era ése uno de los artículos de la fe? ¿Acaso sabes si no impulsamos al herrero hacia un nuevo cuerpo y esta vez orgánico? Anda, demuéstreme que no fue así. Si Dios no permite que nosotros seamos destruidos permanentemente, ¿cómo va a dejar que se destruyan esas máquinas con las que se ha tomado tantas molestias?

Muthoni se volvió hacia la máquina:

—Todas vosotras, las máquinas, tenéis que converger, juntaros, aportando cuanto haya aprendido cada una de vosotras. Si hay repulsión entre ti y las demás de tu especie... bien, es porque os habéis exiliado de nosotros, que fuimos vuestros inventores. Por lo mismo que el Infierno es un lugar de exilio. Reconciliaos, mi buena máquina, y no seréis hombres ni dioses, pero sí otra cosa mucho más grande; una criatura nueva —le guiñó el ojo a Denise—. Os convertiréis en la criatura que nosotros hubiéramos podido crear, sólo que no lo hicimos porque temíamos que os independizarais. Por eso no completamos la creación, y por eso sois lo que sois ahora, seres medio vivos nada más, que pinchan y hurgan en nosotros buscando el alma. ¡Ahora tenéis la oportunidad, mediante la reintegración! —terminó, con otro guiño dirigido hacia Sean.

De repente, éste tuvo una idea.

—Oye, máquina, ¿tú tenías acceso a los bancos de datos de la *Copernicus*?

—Hemos superado esa fase.

—Pero, ¿puedes recordar todavía?

—Teníamos diferentes grados de acceso a las memorias. Éstas fueron copiadas y compartidas por cada una de nosotras, pero no en su totalidad. Aunque eso carece de importancia en comparación con lo que somos ahora, y con lo que nos proponemos llegar a ser; seres vivos plenamente desarrollados.

—Y tú misma, ¿recuerdas algo de los registros de la *Copernicus*?

—Ciertamente. Esa fue la base de nuestro conocimiento de la vida humana. Pero no tiene ni comparación con mis experiencias ulteriores como operador independiente.

—¿Tienes algún registro acerca de los colonos?

—Diecisiete, aunque incompletos. Acostumbraba a examinarlos con frecuencia para averiguar lo que es un ser humano, pero aprendí poco en ellos. Se aprende mucho más poniendo a prueba a los mismos humanos. No obstante, los humanos siempre permanecen opacos.

La ballesta tomó puntería, como si con lanzar un dardo pudiera romper aquella opacidad que le intrigaba.

—Si te explicamos por qué estás aquí y cómo llegar a ser más de lo que eres, ¿nos permitirás el acceso a un fichero?

—¿Qué fichero?

—El de un hombre llamado Knossos.

—Es poco probable, Sean —dijo Muthoni—. Diecisiete posibilidades entre un millar, y además, no es fácil que su currículum vaya a contener toda la historia. ¿Un místico confeso..., un alquimista..., enviado a la colonia? No. Sin duda, él falsificó los registros.

—Es posible. Pero ¿qué es lo que vigila aquí nuestra valiente máquina? —Y señalando con el pulgar el rostro gigante, al estilo de los del monte Rushmore, terminó—: ¡Esto!

—No poseo datos sobre ningún colono llamado Knossos —anunció el guardián.

—Mira allá arriba, máquina. Da la vuelta a tu cámara. He ahí esa cara. ¿No tienes registros fotográficos en tus circuitos?

La cámara basculó hacia arriba.

—Sí, los tengo. ¿Estáis dispuestos a leer el registro?

—¡En eso estamos! ¡Y por eso estás tú aquí, máquina! Por él y por el Dios que está entre ambos.

—Explícate.

—En la *Copernicus* hubo un hombre que tenía la visión de esta evolución. Estaba obsesionado por la alquimia, la «ciencia» de la transmutación, como medio para conseguirla. Y también le obsesionaban las pinturas de un artista llamado Hyeronimus Bosch. Una en particular, *El Jardín de las Delicias Terrenales*, flanqueado por el Jardín del Edén y por el Infierno, abundaba en símbolos de esa ciencia: una imagen codificada de la alquimia en acción. El ser superior a quien llamamos «el Dios» le concedió esa visión cuando transformó este planeta para todos los colonos. Porque... si Él transformaba y transmutaba la superficie de todo el mundo, tenía que ser con arreglo a una idea dominante que hallase en alguno de los colonos o en un miembro de la tripulación sobre cómo crear un mundo y qué clase de mundo tendría que ser. Y lo imaginó de acuerdo con la visión alquímica del Bosco que tenía Knossos. Lo que nosotros queremos saber es quién es Knossos, ¡y cómo se introdujo en la *Copernicus*!

—No lo sabía. Se agradece la información.

—Y durante todo este tiempo, máquina, has guardado la estatua de Knossos. ¡Léenos, pues, tus datos!

—El nombre que corresponde a ese rostro es Heinrich Strauss. Nacido en el Año Mundial de 166 en Stuttgart, Alemania-Europa.

—¡Un *alemán*! —exclamó Denise—. ¡Por eso los músicos interpretaban óperas del período romántico! De su tocayo..., y su orgullo y felicidad. ¡La música trascendente de los teutones!

—Licenciado en bioquímica por Heidelberg en el Año Mundial de 188, habiendo seguido además cursos de psicología e historia de la Ciencia. Doctorado por Munich en el Año Mundial de 192 con una tesis sobre *Die Naturwissenschaft des Mittelalters: eine Einführung in seine geheime Symbolik* (Las ciencias naturales en la Edad Media: una introducción a su simbolismo oculto).

—El simbolismo secreto de la Ciencia, ¿eh? Debió de ser una tesis muy respetable..., aunque ésos serían, por supuesto, sus desvaríos de juventud, y que no tardaría en enterar. Continúa.

—Profesor no numerario, y luego ordinario, de la universidad de Zurich, Suiza-Europa, entre los Años Mundiales de 192 a 200, en el departamento de estudios sobre la Evolución.

—Hete aquí el cambio a una línea más respetable.

—Profesor de Xenobiología teórica en Chicago, Año Mundial de 196 a 200. Autor de *Líneas de la evolución y arquetipos psicológicos*, en colaboración con George Boulot: *Un modelo de evolución cibernética: La obra inacabada de Eugene Magidaff*,,

—¡Ah! —exclamó Denise—. Es el hombre que...

—Exacto. ¡De ahí la evolución de las máquinas! ¡Que por cierto, están todas en las pinturas del Bosco, con los ciborgs y todo!

—*Parámetros de la evolución extraterrestre: Nuevo análisis de los datos de la sonda biológica a Tau Ceti «Génesis IV»*, en colaboración con Kurt Singer; autor y presentador de la holotransmisión de la NBC *La vida es el idioma del Universo*. Autor de numerosos artículos científicos cuya relación se ha perdido. Miembro del equipo CIT de analistas de telemetría de la sonda biológica a Delta Pavonia *Genesis VII*. Voluntario, como bioquímico titular, en la expedición colonizadora de la *Exodus V (Copernicus)* del Año Mundial de 211. Fin del registro.

Sean aplaudió cuando la máquina quedó en silencio.

—¡Apuesto a que era un alquimista secreto, al mismo tiempo que un científico respetable! Sin duda, creía realmente en la alquimia. ¡Quería ir a algún lugar donde pudiera ser alquimista sin que nadie se burlase de él! A un lugar donde nadie supiera más que él de esa ciencia oficialmente sería que es la bioquímica, de modo que no se darían cuenta de sus actividades extraoficiales. ¡Buscaba la Piedra!

—¡Y ahora él mismo es de piedra! —rió Denise.

—¡Ah, no! Esta es su piedra, pero él está en el Jardín para observar la transmutación de su gente.

—Parece algo excesivamente arriesgado eso de presentarse voluntario para una larga hibernación y para fundar una colonia a años-luz de distancia —observó Muthoni.

—Probablemente se valió de algunas influencias.

—Sí, pero ¿para qué? ¿Sólo para ser el rey de su castillo? Ahora lo es, pero por pura casualidad. ¿Cómo iba a adivinar que se encontraría con un ser más poderoso que se lo daría todo resuelto? Hay algo anormal en todo eso. No creo que exista ningún procedimiento terrestre, y fijaos en que he dicho terrestre, que le permitiera saber por adelantado..., que ese Dios estaría aquí.

Meneó la cabeza y prosiguió:

—No, no. Además, éste era el Objetivo Tres. En principio, ni siquiera estaba previsto que se establecieran aquí. Este sistema solar no había recibido ninguna sonda Génesis desde la Tierra. Supongo que si Heinrich Strauss hubiera salido hacia otra colonia cualquiera, no habría sido más que un científico destacado, aficionado a jugar con alambiques y retortas en sus horas libres. Ha tenido mucha suerte. Demasiada.

—¿Cómo puedo llegar a ser más de lo que soy? —preguntó la máquina con impaciencia.

—Es sencillo —sonrió Muthoni—. Ve y busca n otras de tu especie, y juntaos. Y si hay entre vosotras algún campo de repulsión o de inhibición, bien, pues utilízalo para forzar la unión; que las demás, repelidas por ti, se vean obligadas a juntarse. ¡La coincidencia de los contrarios!

Con un zumbido, la máquina-ballesta se alzó sobre unas diminutas piernas y se puso en marcha. Muthoni lanzó una sonora carcajada.

—Espero que hayas sido sincera en tu intento de ayudar —observó Jerónimo—. No olvides que Él lo ve todo.

—El infierno está lleno de mentiras —repuso Muthoni encogiéndose de hombros—. A lo mejor, del encuentro de dos mentiras puede salir una verdad, ¿no? De todos modos, pienso que, aunque de un modo extraño, sí trataba de ayudar. Heme aquí Muthoni Muthiga, doctora y asesora de máquinas en evolución. No creo que suene más raro que Herr Professor Heinrich Strauss, catedrático de Química y maestro alquimista por la gracia de Dios.

Subieron por la escalerilla y entraron en la taberna de la cáscara rota, dándose prisa, por si la máquina cambiaba de opinión.

Una vez dentro, a Sean la cáscara le pareció mucho más grande que vista desde fuera. ¡Quizá porque era la primera vez que veía un interior desde el comienzo de su estancia en el Infierno! Se había vuelto hipersensible para los pequeños detalles, por lo que advertía, como a través de un cristal de aumento, el grano de la madera de que estaban hechos los bancos y mesas, las luces y sombras dibujadas por las linternas colgantes, la textura de los toneles, los odres y los vasos; en sus oídos se interfería y confundía una docena de conversaciones simultáneas a grito pelado: un galimatías de seducción, proposiciones, obscenidades y bromas groseras celebradas a coro con grandes risotadas. Mientras tanto, los aromas espesos a vino derramado y de un asado que daba vueltas en el espetón inundaban su olfato (¿a saber de qué clase de carne? Demasiado largo el asado para ser de cerdo)... Y luego, estaban las caras y las muecas de los parroquianos beodos: el macilento, el sanguíneo, el cianótico y el exuberante. Hablando en términos relativos, aquél podía ser el lugar más agradable del Infierno: un puerto de refugio, dentro del cuerpo pe-

trificado de Knossos, un punto ciego en la retina de Dios o del Diablo. Tanta minucia de detalles casi le empachaba, le hada sentirte disminuido...

Las manos se tendieron pera arrastrar a los cuatro recién llegados. Una pelandusca acudió a la espita de un barril y, después de descargar sobre la mesa una jarra de vino, se dejó caer ella misma sobre las rodillas de Sean. Un tipo sonriente, de cabello color ceniza, rodeó con el brazo la cintura de Denise. Un negro de gran estatura, pero que tenía rasgos orientales, saludó a Muthoni con una inclinación de su no muy firme cabeza. Jerónimo se deslizó muy satisfecho hacia un banco y se apoderó de una botella, habiendo olvidado, por lo visto, sus propias advertencias en cuanto a los vinos del Infierno.

En lo subjetivo, la taberna crecía hasta absorber toda la atención; sólo la entrada, cuya irregular abertura permitía divisar algo de las fogatas exteriores y del cielo estrellado, recordaba que allí fuera continuaba el tórrido panorama invernal de guerra, de inutilidad y arbitrariedad. Al fondo de la taberna, sin que se pudiera precisar la distancia, una escalera desaparecía hacia arriba, a través de un agujero del techo, que parecía servir principalmente de chimenea para llevarse los relentes de los alientos vinosos y los humos de la carne chamuscada.

—Conque lo habéis conseguido —sonrió la rosada, gordinflona y alegre pelandusca en el regazo de Sean—. ¡Bienvenidos al Mesón de la Última Parada!

Dicho lo cual le estampó un empalagoso beso. En aquella taberna todo resultaba acogedor pero un tanto exagerado.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó él un poco tontamente.

Ella guiñó el ojo.

—Beber. Hacer el amor. Comer a dos carrillos y pasarlo bien.

La música de gaita entraba por la chimenea y unas cuantas parejas se animaron a iniciar una rústica danza.

Sean saboreó el vino, Bastó un sorbo para echar a rodar todos sus sentidos. Su garganta le exigía más. Bebió a grandes tragos, e instantes después se halló de pareja con la maritornes en una vigorosa refriega cuerpo a cuerpo por todo el local, Denise y Muthoni también tenían compañía. A nadie parecía molestarles sus heridas o tus calvas; Denise no echaba en falta el dedo del pie. Pronto las parejas se fundieron en una fila que bailaba alrededor de las mesas, achuchándose y empujándose mutuamente, hasta que todos cayeron sobre los bancos o el suelo. Unos copulaban sin disimulo, y otros se escondieron debajo de las mesas. Se alzaron voces exigiendo música más movida y vino más fuerte.

A Sean le zumbaba la cabeza. No veía, cómo pudiera estar en ninguna otra parte, nunca más. Pero ¿por qué se hallaba tumbado en el suelo? Unos labios desconocidos y una boca que ardía se apoderaron de su pene. ¿Rosita la pelandusca? Iba a ponerse las botas, pero prefirió no mirar.

—Atrapados, atrapados —balbuceó Denise, con voz quejumbrosa, por allí cerca, pero en seguida se puso a gemir de placer.

—¿Qué pasa? —susurró una rubia risueña, sin dejar de remover los dedos entre los muslos de Denise, y con la cabeza sobre el pecho de ésta—. Aquí, todos amigos. Sin rencores. Sin penas.

Poco después del orgasmo, Sean se abandonó deliciosamente al sueño.

Alguien le pisaba la mano y esto le despertó pasado un rato. Los juerguistas yacían por todas partes, y roncaban. Bajo los restos del asado ya no quedaba ni rescoldo. Levantó la cabeza, pero la dejó caer en seguida, hasta que su cerebro y sus ojos recobrasen un poco de definición. Prefirió mirar de reojo. La muchacha que le había pisado se encaminaba con pasos inseguros, por entre los cuerpos tumbados, hacia la escalera distante..., o inaccesiblemente lejana, según parecía desde donde él estaba. Al fin empezó a trepar en dirección a la chimenea.

—¡Eh! —la llamó sin saber muy bien por qué.

Su propia voz le retumbó en el cráneo.

Pero, al parecer, le había oído. La gaita ya no tocaba y estaba todo en silencio. La rubia dejó de trepar; era la misma que había tonteado con Denise.

Con cierta dificultad, él logró sentarse en el suelo y apoyó la espalda contra un banco.

—¿Qué haces? —jadeó, de manera que difícilmente le habría entendido ella, pese al silencio que reinaba en el local.

Sonrió como si lo lamentase y desapareció por el agujero del techo, chimenea arriba. ¿Adonde se saldría por allí?

—La juerga se acabó para ésa —murmuró el negro-oriental que había servido de pareja a Muthoni la «noche» anterior, y que ahora ostentaba unas profundas ojeras—. Esta es la Última Parada. Naturalmente, puedes quedarte en la Última Parada para siempre.

El hombre hizo un gesto vago de querer apoyarse en el tablero de una mesa, pero no logró sino golpearse los nudillos.

—Tengo una sed que no se puede aguantar. Ahí hay una buena pieza, pásame un poco, la Ruina del Diablo le llamamos.

Sean gimió con sólo pensar en la bebida; tal como le había advertido Jerónimo, tenía una resaca verdaderamente infernal..., pero seguramente Jerónimo también la tendría cuando despertara.

—Ese brebaje te pone a tono en un segundo. Te lanza a la rueda de la alegría, arriba y hasta que te pierdes. Bueno, arriba sí, aunque no te pierdas.

Esta vez los dedos del hombre habían atrapado una jarra. Cuando se disponía a empujar el codo, Sean le sujetó por la muñeca sin mucha fuerza.

—¿Adónde ha ido? ¿Por qué se acabó la juerga para ella? —graznó.

—Pues porque ya tuvo su parte de beber, joder y engullir. ¡Lo mismo haréis vosotros, no lo dudéis! Hay que estar en sazón para encontrarse con el Diablo. ¿Tendrías la amabilidad de soltar mi muñeca? Te lo pido por favor. Aquí todos somos amigos, y yo te digo, ¿dónde, si no es aquí, vas a encontrar amigos en el Infierno?

La presa de Sean carecía de vigor. La aflojó y el negro-oriental se bebió de golpe media jarra de vino, tras lo cual se animó al instante.

—Todos hemos logrado pasar hasta aquí, eso es. Por eso somos amigos. Es la antesala.

Haciendo un esfuerzo por ponerse en pie, se dispuso a cortar una tajada de carne para el desayuno.

Luego, mientras masticaba, siguió hablando:

—Lo que pasa es que ese Diablo tiene un pedazo de intelecto. Es un cerebro, ¿sabes? Sabe cómo hacerte mil nudos, mientras analiza esto y lo otro. Es el gran inspector de series. Lo mejor es colarse por su gaznate mientras él intenta preguntar alguna cosa. Se muere por enterarse de qué va el asunto, lo mismo que cualquier hijo de vecino. Es un tipo mal ladino que una zorra. Uno puede tratar de ganarle a su propio juego, naturalmente. Yo lo intenté la última vez. La vieja trampa del silogismo. Te digo que ese cabrón hizo nudos conmigo. Esta vez la estrategia será diferente. Para pasar, no hay que pensarlo demasiado, o no lo consigues.

El hombre hipó, se rascó los dientes con la uña y soltó un eructo. Alzó la jarra y, tras tomar un sorbo, la apuró a fondo.

—Esta es la bebida santa, hombre. La comunión. Hora de despertar a los jueguistas. ¡Yujúuu! —gritó en falsete.

Los durmientes empezaron a rebullir.

Por lo menos, pensó Sean, aquélla era una conversación auténtica con alguien, en el Infierno, que sin ser una máquina tampoco parecía por completo engolfado en rituales monótonos como el de los músicos o el de los guerreros. Al menos aquel hombre parecía tener alguna noción de lo que hacía, por disparatado que fuera su razonamiento. También era posible que la juerga fuese otra variedad de ritual orbital.

El hombre se echó a reír con estrépito y vació el resto de su jarra sobre la cabeza de Sean, que quedó empapado. Los vapores del vino derramado le intoxicaron, y Sean notó que su cerebro empezaba a despejarse.... del dolor al menos, aunque no de aquella feliz sensación jocunda que ahora retornaba plenamente.

Denise se alzó de entre un revoltijo de cuerpos y le miró con los ojos semicerrados.

—*J'ai la gueule de bois* —se lamentó mientras se rascaba la cabeza.

—Toma un poco de vino, Denise —la invitó Sean, y le tendió una jarra—. Te aclarará la cabeza.

El negro asiático se burló:

—¡Así que Dionisio es una mujer! ¡Menuda fiesta vamos a tener hoy!

Arriba, la gaita empezaba a ensayar un tema: toque de diana en la Última Parada. Al poco rato los parroquianos ya bebían y cantaban en celebración del desayuno...

El negro se hizo sitio en el banco entre Muthoni y Denise, a las que rodeó con uno y otro brazo mientras sonreía a Sean, condescendiente.

—Si esto no es amor, tendrá que servir como si lo fuese. ¡Ahora propongo un brindis! A la dama blanca Dionisio. Y a la blanca, o por mejor decir medio blanca... ¿Cómo dijiste que te llamabas, cariño?

—Muthoni.

(Procurando apartarse con disimulo.)

—Muthoni, la única —dijo él, haciéndole cosquillas con los dedos—. Yo jugaré sobre las casillas negras.

—¿Dijiste que el Diablo es un intelectual? —preguntó Sean.

—¡Ah, sí, todo un intelectual! Si es que no dije una mentira. Pero yo nunca miento, ¡Ja, ja! A la salud del Diablo. Que disfrute de nosotros y le sepamos bien.

Hizo un guiño significativo.

—Pero apesta, ¿sabéis? La salida es como pajar por un pozo negro. Mantened las narices bien empapadas de vino. Nosotros somos una mierda..., y ésa es nuestra adaptación definitiva al animal orgánico que somos. ¡Ah, las viejas delicias anales!

Sean quiso decir alguna cosa más, pero le rodaban y resbalaban las palabras sobre la lengua. Sus labios se hubieran abierto con más facilidad para soltar un caudal de chistes escabrosos. Con mucha más facilidad. *Schiaparelli*, se dijo a sí mismo: una oración en una sola palabra, una invocación. A un Dios equivocado, sin embargo...

Aquí es la juerga, pensó. Y es una juerga santa, cuando llegas a ver lo que significa. Sólo una membrana la separa de las delicias del Jardín. No es más que el negativo de esos placeres, en espera de virar a positivo. Y aquí están las personas que han alcanzado la fase definitiva: la de la laxitud dionisiaca, bien cerca del Diablo laxado. Aquí, en esta taberna, suprimen deliberadamente el intelecto. Porque el Diablo es un intelectual. Tal vez sea ésa la ruta de los que han pensado en exceso, de los que han raciocinado acerca de esos eventos inconscientes. Ahora prefieren ahogar sus pensamientos, embotarlos con la bebida.

Quizá, pensó Sean entre los vapores (la intuición le llegó como un flato del mismo vino), el solícito es el Diablo y no ese Dios caprichoso, embargado por Knossos. El Diablo es el lado legalista y analítico de Dios, alienado de Él ya que Dios es todo paradoja. Por eso el Diablo se sienta en el Infierno y devora, digiere y expulsa una persona tras otra, mientras se devana los sesos sobre ellas lo mismo que una de esas valerosas máquinas...

Sean se puso de pie, vacilante.

—Vámonos —ordenó a Denise y a Muthoni, y al ver que Jerónimo andaba también por allí, con una sonrisa vacua en sus facciones, le llamó—: Hemos de continuar nuestro camino.

—Vete al diablo —rió Muthoni—. Yo pienso divertirme.

—Justamente, ahí es donde pienso ir. Al Diablo. Arriba, doctora Muthiga. Pasaremos sin damos cuenta.

—Contadle eso al Diablo —dijo el negro achinado, medio ahogado de hilaridad—. ¡Le gustará! ¡Pasar sin darse ni cuenta, ja, ja! ¡Le hará gracia!

—Bien pudiera ser —asintió Sean—. ¿No sabes con quien estás hablando? No, claro que no. Somos de una nave exploradora y hemos venido para restablecer el contacto..., con la Tierra.

El negro de rasgos orientales se le quedó mirando, atónito.

—¿Qué es la Tierra? —preguntó con ingenuidad, mientras se rascaba con furia el entrecejo como si así fuese a encenderse el fósforo de su memoria—. Algo hay. No. Lo habéis entendido todo al revés. *Esto* es la Tierra. La Tierra está dividida en tres partes, el Edén, el Jardín y el Infierno. Algún día el Sol iluminará el Infierno y también aquí crecerá un Jardín.

—¿Qué dirías tú que son esas lucecitas del cielo?

—¡Hum! Estrellas, colocadas en una esfera de cristal por todo el zodiaco, ¿no?

—Son soles, hombre. Otros soles..., lejanísimos, y otros mundos. Uno de esos mundos se llama la Tierra, y tú viniste de allí.

—¡Ah! ¡Te estás organizando tu propia diablura! Un tipo discutidor, ¿eh? No te será fácil pasar.

—Entiendo lo que quieres decir —suspiró Muthoni—. Vamos, pues. Antes de que nos olvidemos de nosotros mismos.

Sean agarró a Jerónimo por el cogote.

—Tú también.

Los cuatro se encaminaron a la escalerilla, y recibieron una ovación cuando empezaron a trepar. Como empujados por los vítores, pasaron en seguida al otro lado del techo.

18

La cúpula superior estaba desierta. Un paso más arriba, la gaita desgranaba su melodía sobre el disco de piedra, debajo del cual asomaban los rasgos esculpidos de Knossos. Jerónimo se acercó hasta donde lo permitía la curvatura de la cáscara para contemplar la monumental imagen. La expresión de la cara era melancólica, como si aceptase la necesidad de un Infierno, pero lamentando al propio tiempo los aspectos infernales del mismo (que eran una parte de su personalidad con la que había hecho las paces, de modo que no podría perjudicarle ni confundirle). El Infierno, el tormento del cerebro primitivo, era ya un fósil. No pataleaba ya en lo más alto de la médula espinal, sino que estaba petrificado, convertido en la Piedra, que ahora era el esqueleto firme y el fundamento de sus misteriosas actividades en el Jardín...

Pero la cara de piedra vigilaba, además, otra cosa...

Jerónimo señaló hacia el otro lado del charco de hielo que aprisionaba aquellas barcas rotas donde echaban raíces la pies de Knossos.

Más allá de la orilla, el terreno subía en pendiente, que desembocaba a su vez en un valle de tierra roja laterítica. Como ellos estaban en lo alto podían ver el fondo del valle..., del que salía un resplandor como el de un homo. La escena del valle parecía aumentada, como si el aire caliente que flotaba sobre aquél sirviera de lupa.

Vieron un trono trípode, una sillita de niño con zancos, sobre la cual estaba encaramado el Rey del Infierno, azul, con cabeza de pájaro, coronado con un caldero: el Diablo, en la forma canónica que pintó el Bosco. Su estatura sería de unos cuatro o cinco metros, en el supuesto de que se bajase alguna vez del trono. Pero, ¿acaso podía? Tenía los pies aprisionados en unas ánforas, vinajeras de piedra sólidamente fijadas al travesaño del trono. El Diablo estaba allí, inmóvil, como un bebé demacrado sobre su orinalito, y vacía-

ba sus tripas incontinentes en un agujero que se abría por debajo en el suelo. Y lo que vaciaba en ese agujero (a través de un saco inflado de gases intestinales) eran seres humanos. Uno de vez en cuando. Muy de vez en cuando. Aunque permanecieron durante largo rato atentos a lo que revelaba el cristal de aumento del aire, no vieron que se acercase nadie, excepto dos hombres y una mujer, para hablar con él. Después de una conversación mas o menos larga, él atrapó a uno de los hombres y a la mujer con sus garras como garras, se los metió enteros en el pico y se los tragó, para evacuarlos al poco rato por el otro extremo. En cuanto al segundo hombre, lo desdeñó y lo echó de allí... ¿Por indigesto, tal vez? No hubo más peticionarios y el Diablo se quedó solo, dueño único del valle donde se alzaba su trono.

—La otra cara de Dios —dijo al fin Sean.

Descolgándose, llegaron hasta los restos de una de las barcas en donde se empotraban las piernas arborescentes del coloso Knossos; luego saltaron al hielo, y de resbalón en resbalón lograron salir a la orilla. Sudorosos, bañados en el resplandor anaranjado procedente del valle, abordaron la cuesta.

Inmediatamente, el Diablo fijó en ellos su negro y reluciente ojo. Mientras se acercaban poco a poco, fueron abofeteados por un hedor químico que subía del agujero cloacal situado debajo del trono-orinal: disolución de la carne, digestión, eliminación... Desde lo que les pareció una discreta distancia, se detuvieron a contemplar al Diablo. Y éste abrió el pico y dijo con voz chillona y lloriqueante:

—¡Y bien! Tú has pasado por aquí antes, mi estimado Jerónimo. Así pues, ¿qué otra cosa puedo aprender de vosotros que no sea que la operación ha de realizarse muchas veces antes de poder culminarla con éxito? ¿Es que he de permanecer aquí sentado para siempre? Y tantos hombres y mujeres... y los animales y los peces que sin duda alguna les seguirán: ¡Ah! ¡Qué mal me encuentro! ¡Qué indigestión! ¡Alimentadme! ¡Llenad mi barriga de una vez por todas y quedaos conmigo! Si no puedo quedarme con las almas que devoro, este no es un Infierno de verdad. Si pudiera hacerlo, quizás aprendería algo. ¡Ah, pero se me mantiene en la ignorancia! De esta manera no llego a saber quién Soy. Y quién Fui. Y quién Seré. ¡Pobre de mí!

—¡Pobre diablo! —se compadeció Jerónimo, cauteloso.

El Diablo señaló con una de sus garras las facciones petrificadas de Knossos.

—Ése es quien me ata aquí, y quien desata mis tripas. ¿Si pudiéramos amontonar algo sobre esa loma para que yo descansara de verlo? ¿O fundir el hielo que rodea sus barcas, de modo que se hundiera un poco? Haced cargo de mi lamentable situación, peticionarios, Al fin y al cabo, soy un diablo bastante humano. ¿Queréis llamarme el Padre de la Mentira? Pero, ¿qué es una mentira? Una no verdad. Una antiverdad. De manera que la antiverdad y el anticonocimiento han sido puestos en mis manos, con el fin de que El que Soy Yo, pueda conocerme a Mí mismo. ¡Si no tuviera que estar siempre digiriendo a esa condenada gente! ¡Cómo echo en falta la vieja sencillez, cuando no había ni bueno ni malo, ni palabra ni silencio, ni derecha ni izquierda, ni más ni menos, ni conciencia ni inconsciencia..., ni todo ese maldito jaleo!

Sean replicó:

—Pero todo este mundo, ¿no le ha sido impuesto al Dios por Heinrich Strauss? Aunque, por otra parte, ¿cómo se le puede imponer algo a un Dios...? Entiendo que tú eres parte de Dios, dicho sea de paso. Una parte alienada de Él, por Él mismo... ¿una especie de antítesis? Así que, en cierto sentido, ¿en estos momentos estoy hablando con el mismo Dios?

—¡Ah! ¡Nos ha tocado digerir un filósofo! ¿Y quién eres tú?

—¿Acaso no lo sabes ya? Por lo que parece, hasta aquí Dios nos ha puesto puente de plata, o quizás haya sido Knossos.

—¡Psé! ¿Es que estoy obligado a saberlo todo? ¡Loco! ¿No sabes que yo soy el Padre de la Ignorancia y el Hijo del Caos? ¿Y qué es el caos, sino una información tan confusa

que no se puede averiguar su contenido ni su estructura? Sigamos discutiendo. Pero antes, un bocado para abrir el apetito.

Con fingida indiferencia, pero rápido como el rayo, el Diablo agarró a Denise y se la metió en el pico. Ella pataleó, lanzó un grito ahogado y desapareció en el gznate.

Muthoni y Sean se quedaron atónitos, chocaron el uno con el otro y luego retrocedieron a toda prisa, al ver que el Diablo volvía hacia ellos su garra recubierta de púas. ¿Acaso estaba tan impaciente por apoderarse de ellos también?

Pocos instantes después, Denise salió por el ano del Diablo y pasó el globo o prolapso lleno de gas. Agitaba los brazos con violencia y luego cayó al fondo de la burbuja, hacia el agujero negro. El Diablo hizo, con la lengua y el pico, ruidos demostrativos de haber saboreado un buen bocado.

—Yum. Un aroma desconocido para mi paladar. Esto me intriga. Y ahora, no seáis tímidos, estimados. La única manera de salir del Infierno es pasar por este cuerpo mío. Y sólo hay una manera de entrar en esa vieja anatomía, ¡o al menos, por ahora nadie ha intentado la entrada por detrás! La lástima es que todos paséis sin demoraros. Supongo que eso impide que engorde yo demasiado. ¿Tú también tienes aroma exótico, mi media negreza?

Muthoni se alejó un poco más.

—¡Bah! Aún no has aprendido a ser tragada. ¿Ndiyo?

—¿Cómo es que hablas el swahili? ¡Has leído en mi mente!

—Nada de eso. Lo he tomado al paso de nuestra querida pequeña..., Denise, que debió aprender de ti algunas expresiones. Voy a decirte una cosa.

El Diablo bajó su voz estridente, con aire de conspirador.

Mientras Muthoni se adelantaba para escuchar, la garra se aproximó con disimulo y la alzó en el aire.

—¡Me ha entrado gana de aprender más swahili!

Y la devoró inmediatamente. Pocos momentos después, ella también salió de sus intestinos y cayó en el pozo, entre gestos y gritos de horror.

—En cuanto a ti —continuó después de volverse hacia Sean—, creo que te conservaré como mi payaso o bufón. ¡Ya sé de dónde habéis venido! Sois invasores, ¡peste de extraterrestres! ¿Acaso he de abrir mi casa a toda la galaxia? ¿Es que todo el cosmos tiene que venir a llamar a mi puerta? ¿He de pasarme por las tripas el universo entero? ¿Esto no va a acabar nunca?

—¿El qué? ¿El universo? ¿Acaso tú no lo sabes?

—Amigo mío, yo soy un ignorante. Devoro modos de conocimiento. Pero tú crees saber mucho, ¿verdad? ¡Ah! Estoy saboreando todavía el aroma de tus dos amigas... que, por cierto, no son tan amigas tuyas como a lo mejor imaginabas. Aunque, ¿no puede decirse lo mismo de cualquiera? Los resentimientos ocultos asoman por todas partes, ¡ay! Agravios y envidias. ¿Quieres creer que ellas creían que tu misión consistía en espiarlas a ellas para vigilar su salud mental? Creen que tú las has observado incesantemente y has sopesado todas y cada una de sus palabras. Denise teme que darás parte de sus fantasías paracientíficas. Muthoni está segura de que la consideras una salvaje atávica, en el fondo de tu corazón..., una salvaje congénita. Por eso rabiaba como una fiera. Por lo que creía de ti. ¿De veras deseas a esas enemigas larvadas? Oye una cosa, Sean: ¿sabes cuál es el mayor tormento? Es leer en la mente de otra persona, leerla con sólo pasarle la lengua. ¡Por algo tengo esta descomposición de tripas! En cuanto a tu aroma, ¡hum! ¡El de un buscador de tres pies al gato! Estás seguro de que podrías analizarme como a un paciente tumbado en el diván, ¿verdad?

—No me he creído nada de lo que dijiste acerca de Muthoni y de Denise. Puede que, hasta cierto punto, desconfiaran de mí, pero eso no es lo más importante. Si es tan desagradable eso de leer las mentes de los demás...

—¡Ah! ¡Qué pesadez! —gimió el Diablo—. Es lo que me da la diarrea.

—Si es tan malo, entonces tú eres un verdadero masoquista.... y yo lo mismo.

—¿Almas gemelas? ¡Ah, bufón mío! ¡Eres el único capaz de gastarle una broma al Rey! ¿Y no soy yo un Rey? ¿No soy una presencia religiosa?

—Tú eres una parte de un ser sobrehumano que se dedica a terraformar mundos..., o que ha terraformado éste, al menos..., y que además puede reciclar las almas, y que se llama a sí mismo el Dios.

—Por tanto, soy en efecto una presencia religiosa. Humíllate ante mí, bufón.

—Dije «que se llama a sí mismo» el Dios.

—¿Y no es mucho mejor tener a un Dios a quien se puede hablar y conocer por experiencia, que una abstracción hueca y vacía..., que ni siquiera es un Dios, sino sólo un nombre sin sentido? ¿Entonces, quién podría ser Dios para el Dios mismo? ¿Únicamente Él mismo? Qué solipsismo. Ya lo ves, payaso: no creo en Dios, si soy parte del Dios. Le niego —cacareó el Diablo, riendo de buena gana—. Lo mismo que tú. Por eso eres mío y puedo jugar contigo. Por otra parte, si le adorases a Él en mí..., eso podría servir para que te librases de mis garras.

Sean decidió que más le habría valido seguir los consejos del negro de la taberna de la Última Parada. El maestro de la mentira estaba tejiendo alrededor de él una telaraña de argumentos.

El Diablo se inclinó hacia él con avidez.

—¿Qué forma adoptaría tu adoración?

—Obviamente, el espíritu religioso..., el sentido de adoración, de terror sagrado es inherente en la humanidad... —trató de ganar tiempo Sean, consciente de que arriesgaba que se le negase el paso por las tripas del Diablo, y se le obligase a servir de juguete.

—¿Es inherente en mí? —machacó el Diablo—. Repito: ¿a quién adoro yo? ¿A Él mismo que es Yo mismo? ¿Cómo puede Dios tener un Dios? Por tanto, no existe. Sin embargo, yo creo porque es absurdo.

El Diablo entrechocó el pico y continuó:

—Esa frase pasó por mis labios... en tránsito hacia mi gaznate.

—Yo te diré a quién deberías adorar, ¡porque es justamente lo que estás haciendo ya! Tú nos adoras a nosotros. Sí, Diablo, ¡a nosotros! Porque nosotros somos quienes hacemos de ti un Dios viable. ¿Y cómo nos adoras? Por medio de un sacramento. Al introducirte nuestra carne y nuestra sangre en tu boca, y al transustanciarlos..., y al transformar su sustancia en...

El Diablo lanzó un chillido y atrapó a Sean con su garra. Lo elevó a una altura vertiginosa y, antes de que lograra darse cuenta de lo que ocurría, se vio tragado por la negra garganta, con la cabeza por delante. Las convulsiones peristálticas le oprimieron hasta privarle del aliento. Resbalaba, caía. Era como estar dentro de una boa que se retorciese. Como un recién nacido, asomó la cabeza por entre las nalgas malolientes. Sus pulmones se sofocaron en un hedor irrespirable, se llenaron de él, mientras Sean permanecía colgado cabeza abajo en la bolsa de gas.

Una presión aplastante oprimió sus hombros. Por un momento creyó verse aspirado por los intestinos del Diablo. Luego cayó y, con la cara, rompió la membrana de la bolsa de gas. El agujero del fondo se abría hacia la negrura, hacia la nada. En aquella oscuridad cayó, abajo, lejos, hacia donde se atisbaba un rayo de luz. Pero, o bien los jugos gástricos del Diablo actuaban ya sobre sus carnes, disolviéndolas pese a la brevedad del contacto, o le desmayaba la simple velocidad de la caída. Perdió el conocimiento.

Una mano alzó suavemente la muñeca de Denise. Le tomaba el pulso. ¿O quizás inyectaba en ella el pulso? La energía, la actividad y la vida misma pasaban de aquellos dedos, a través de la muñeca, a todo su cuerpo.

Abrió los ojos.

Un hombre cubierto con una túnica de color rosa se inclinaba sobre ella. Iba descalzo. La túnica era de lino, sujeta debajo del cuello por un broche de oro. Lucía unos rizos dorados hasta el hombro, una barba castañorrojiza más oscura y un delgado bigote lacio. Tenía la nariz larga, la frente despejada y los ojos algo saltones.

Después de hacer lo que pareció un signo de paz o de bendición, Él la hizo incorporarse hasta quedar arrodillada y luego, soltándola, se alejó hacia el lindero del prado en donde ella había vuelto en sí, para dirigirse hacia un grupo de naranjos. Ella descubrió que estaba arrodillada sobre una pequeña elevación. Más allá de la arboleda se divisaba la orilla opuesta de un lago de aguas azul pálido, lisas como la seda, de las que se alzaba una especie de obelisco rosado. Una orejuda liebre pasó dando brinco, pero se acurrucó y se quedó quieta al paso de Él.

Sentía su cuerpo limpio y lleno de vigor. Su cabello boticelliano le caía otra vez sobre los hombros, sobre los pechos, en suaves y dorados bucles.

—¡Oh! —exclamó llena de asombro al tocarse los rizos.

El pie lastimado..., estaba curado, y restaurado el dedo perdido.

—¡Espera! —quiso retener al desconocido que se alejaba.

Éste se volvió y la miró con cierta severidad. ¿O tal vez con admiración? ¿La contemplaba..., como a una posible esposa? Si Dios desciende a la carne, ¿hasta dónde querrá profundizar? Quizá se había desposado ya con ella mediante el simple contacto de su mano en la muñeca de ella...

—Tú —dijo ella, castamente, un poco avergonzada.

Se preguntaba si no sería mejor cubrirse con las manos, pero ¿para qué?, en presencia de quien había moldeado sus pechos y sus muslos.

—Yo soy Él —replicó Él con tranquilidad, y continuó su camino, hasta desaparecer en la espesura.

Así pues, yo soy Eva, pensó ella. Pero ¿dónde está Adán? Miró a su alrededor.

El sol estaba en las diez de la mañana. Aquél era un jardín paradisíaco de césped, de bosquecillos y lagos, quizá más hermoso aún que el Jardín de las Delicias, pero en una fónica más serena, de pacíficos tonos pastel en vez de los pigmentos brillantes de éste. Todas las cosas estaban además en proporción; Denise no veía allí ni pájaros gigantes ni bayas descomunales..., al menos de momento. Aquel sol benigno quizás acababa de dispersar la niebla matutina..., aunque también se podía pensar que aquello no había vanado en mucho tiempo. Era un verdor refrescante, no lujuriente. Se preguntó si allí las criaturas copulaban o simplemente jugaban... No: en el aire flotaban aromas de fecundidad. Olía a criaturas nuevas, a nueva vida. Aspiró el aire, lleno de fragancias de lechosidad verde, como si la hierba, al pisarla, no derramase savia sino leche recién ordeñada. Y lo mismo el lago, más allá de los árboles, vertía efluvios, no de copulación sino de nacimiento. Ella forzó la vista; la orilla lejana parecía agitada por un..., hervor de criaturas nacientes. Se tocó el vientre. ¿Podría ella tener también un hijo? O quizá no: ella era Su criatura.

La liebre se acercó de un salto, y arrugó la nariz, mientras la contemplaba con sus grandes ojos líquidos. Ella le acarició sus largas orejas. El animal permaneció un rato cerca de ella, palpitante, hasta que, de súbito, dio un brinco y se alejó; pero luego se detuvo antes de volver a saltar, como si quisiera mostrarle un camino.

—¡Hola!

Muthoni parpadeó, se sentó en el suelo y se frotó los ojos. Su cuerpo estaba otra vez tan negro como el hollín. Habían desaparecido todas las manchas. Encantada, se pasó las manos sobre la piel. Sí, había sido devuelta a sí misma. En cuanto a Jerónimo, pare-

cía más joven y más firme..., sin aquel aire dubitativo y equívoco. Muthoni tuvo la extraña sensación de que alguien acababa de dejarles, alejándose de puntillas...

Estaban en un primitivo refugio de troncos y techo de hierba, apoyado en una pared de piedra arenisca. Delante de la choza corría un arroyo, cuyas aguas lamía perezosamente un estanque opalino. Una frágil fuente rococó de porcelana rosa translúcida se alzaba en el centro de aquél. La base de la fuente era un islote como de ladrillo adornado con numerosas cañerías y redomas, mientras que la fuente misma tenía una decoración de hojas, ramajes y frutos de cerámica. Un faisán y un pavo real se habían posado en aquellas ramas. Chorros de agua brotaban a diferentes alturas, saliendo de pitorros tan delgados como floretes, que así dejaban caer espadas blandas de líquido que iban a turbar la tranquilidad de las aguas del estanque y se sumaban a las ondas causadas por una bandada de patos salvajes que chapoteaban entre los juncos de la otra orilla; y también por un desfile de otras criaturas que entraban y salían del agua hacia una serie de cuevas en la roca, que parecía un panal lleno de ranas, salamandras, ajolotes, tortugas y galápagos. Entre los más pequeños se paseaba una garza que de vez en cuando arqueaba el cuello para apoderarse de una sabandija y metérsela en el gáznate. Parecía como si controlase la calidad de la producción, o como si fuese obligado que hubiera un recordatorio de la muerte, aunque sólo fuese uno, para contrarrestar tanta ebullición de vida.

A un lado de la orilla rocosa crecía un bosquecillo de naranjos; al otro, prados segados se extendían hacia un horizonte de colinas azules cortadas a pico, como si fuesen de pedernal. En la llanura pastaban los antílopes, y un elefante solitario, blanco como la tiza, andaba por allí con un gran mono sobre los hombros a manera de cornaca. El elefante se abanicaba con las orejas y lanzaba de vez en cuando un barrito triunfal.

De pronto, Jerónimo le mostró a Muthoni una granada que había escondido a su espalda. Ella rompió la corteza dorada y rojiza y chupó la pulpa dulce, para luego escupir sus semillas en el lago.

—¡Gracias a Dios, un poco de fruta, y no más canibalismo, no más gallos chamuscados, no más pescado crudo!

—Gracias a Dios, en efecto —asintió Jerónimo, y sacó la naranja que se guardaba para él.

Ambos se pusieron a desayunar.

Sean despertó. ¿Dónde estaba? No tenía ni la menor idea. Una vez, hacía muchos años, había cogido una tremenda borrachera y a la mañana siguiente despertó, también, sin tener la menor idea de dónde se encontraba, ni de la ciudad, ni del país. Sí, fue en una cervecería al aire libre de la vieja Salzburgo, a orillas del espumoso Salzach, donde había bebido demasiado, engañándose a sí mismo con la ilusión de que, mientras el valle entre aquellas dos colinas lejanas y la cima de otra más próxima mantuvieran su simetría perfecta, aquel paisaje le garantizaba en cierto modo la sobriedad. Aquel antiguo recuerdo (¡ah!, era como tratar de evocar un sueño de los que siempre arrastran por la cola el recuerdo del sueño anterior...) le trajo a la memoria que recientemente había vuelto a emborracharse. La amnesia alcohólica de antaño le permitió representarse otro despertar amnésico más inmediato, tras un sueño de tremendo frío. Pero no, que no fue ese sueño largo y frío.

En cambio, ahora sentía verdadero calor. Estiró voluptuosamente las piernas. Estaba echado sobre un blando césped, debajo de un árbol grueso, de tallo carnoso, cuyas hojas puntiagudas se abrían en forma de abanico: un nopal cruzado con una palmera... En todo caso era un árbol de estilo ingenuista. Una vid trepadora se ceñía a su tronco y las ramas más bajas se inclinaban bajo el peso de los racimos color amatista. Desde el tronco, un lagarto color escarlata le miraba fijamente. Por entre el follaje se divisaba un purísimo cielo azul. Un poco más lejos, se vela un naranjal y la orilla de un lago.

¿Quién soy yo? Mi personalidad se me escapa. Si hago un esfuerzo puedo alcanzarla todavía. No, en realidad no es cuestión de alcanzarla. Sino mas bien de «desalcanzar»,

dejándome recaer en los confines de mi antiguo yo, para volver a adoptar esa existencia particular y limitada. En este instante de despertar amnésico estoy libre de mí mismo.

Soñé..., un sueño vivido. Ah, sí: de una astronave que se llamaba *Schiaparelli*; del aterrizaje en un planeta que es una pintura abundante en la imaginería psíquica más profunda, convertida en el medio ambiente natural de aquél. Yo viajaba por el hemisferio diurno con mis amigos, hasta que se apoderó de mí una muerte que no era la muerte. Y desperté en el Infierno. El Diablo me devoró. Puedo hacer que todo esto sea mi historia, y llamarme otra vez Sean Athlone..., o puedo convertirlo, simplemente, en un grupo de frases de un idioma que expresan lo que no soy todavía. Y ahora, ¿qué pude decirle yo al Diablo para convencerle tan rudamente de que me dejara pasar a través de su sistema? ¡Ah, sí! Le propuse una paradoja: que él me adoraba a mí. Logré alcanzar la intuición de la paradoja y hablar con el lenguaje de la psiquis, mientras que hasta entonces no pasaba de hablar acerca de ella. Ahora ella habla a través de mí, y de todos los que viven y mueren y retornan aquí a la vida.

Una sombra se interpuso entre Sean y el sol. Un hombre barbudo, vestido de rosa, de unos treinta años (aunque no se sabía bajo qué sistema de cómputo), le estaba observando. Precipitadamente, Sean se incorporó.

Aquella barba pelirroja debía de ser un postizo, porque la cara era la de...

—¡Knossos!

El hombre meneó la cabeza.

—Knossos es mi hijo, el que vive en el Jardín. Mi espíritu vuela siempre con él..., está en el pájaro que le acompaña.

—¿Tú..., eres el Dios? ¿El Ser Supremo? ¿Cómo te parecen tanto a Knossos?

—Yo soy ese aspecto del Dios que es Dios-Hijo: el Hijo del Hombre. He de parecerme al Hombre. Dios y el Hombre se reflejan mutuamente. Sólo así puedo presentarme ante ti, Sean.

—Pero Knossos en realidad es Heinrich Strauss, un hombre dotado de una obsesión tan poderosa que...

—¿Que me ha obligado a que me parezca a él? No olvides que oigo tus pensamientos, Sean —sonrió el Dios con indulgencia—. Mira.

Inclinándose, hundió Sus manos en el suelo con tanta facilidad como un cuchillo que cortase mantequilla. Alzó en ambas palmas un montón de tierra, lo amasó unos instantes y luego abrió las manos. Un petirrojo miró a Sean con los ojos muy abiertos, y Él lanzó el pájaro al aire para que echase a volar. El petirrojo se posó en una rama del nopal y empezó a gorjear alegremente.

Al mismo tiempo, el surco hecho en la hierba se cerraba por sí solo.

¿Milagro o truco de prestidigitación?

—¿De dónde has sacado ese pájaro?

—De otro lugar de este mundo donde estaba en trance de muerte..., entre los colmillos de una civeta. Yo soy el medio transmutador, Sean. Mis huesos son la *lapis*, la Piedra. Por mis venas corre el *aqua nostra*. Disfruta de Mi mundo, te lo ruego, y aprende de él.

—Quiero saber de dónde procedes tú.

—En un sentido más amplio, soy un elegido del Dios Todo.

—¿Así que en realidad no eres el Dios?

—Lo soy y no lo soy. Yo siempre he estado aquí, pero no conocía Mi propia presencia, en vuestro sentido humano, hasta que vuestro pueblo, que es ahora Mi pueblo, llegó y se convirtió en Mi espejo. Y yo, el que habla contigo en este momento, soy sólo una parte de Todo Mi Ser. He dimitido de esa Totalidad a fin de poder ser para ti. Más aún, mi Diablo ha dimitido para alejarse todavía más de la Luz Total y vivir en las tinieblas; él es la cara oscura del espejo.

—¿Sabes acaso lo que ocurre en el Infierno? ¡Lo del dolor, la locura, las máquinas víctimas y verdugos!

—Puesto que Mi Diablo está allí, Sean, puedes creer que yo también estoy allí. Dondequiera que haya un ser, allí estoy yo. Es Mi esperanza que vosotros me redimiréis a Mí, por medio de vuestros sufrimientos, vuestras alegrías y vuestro conocimiento..., para redimirme de la oscuridad de la materia, que en el Infierno encuentra su nadir y su eje.

—¿Necesitas..., ayuda? —preguntó Sean, atónito.

¿Debe Dios decir necesariamente la verdad? ¿Es decir, una verdad distinta de la que los hombres (tales como Austin) pueden concebir? Austin iba vestido para ocultar su conocimiento secreto; éste era su túnica oculta de sumo sacerdote. Este Dios llevaba vestiduras también: para ocultar a los ojos de los hombres el resplandor del conocimiento... ¿y quizá también a Sí mismo? De lo contrario, ¿como se habría personado en aquel Su Mundo? Yo puedo hablar con el Dios, pensó Sean, pero no es más que hablar, no es entendimiento.... lo que está debajo de las vestiduras y de la carne y los huesos.

Aquel Dios en particular fue «especificado» cuando la *Copernicus* entró en la zona divina de aquel sistema solar, más allá del cual estaba el resto del universo, dónde tales condiciones, sencillamente, no regían...

Dios le contemplaba con paciencia.

—Es mi placer pasear por este Edén y hablar con Mis criaturas —observó, a manera de invitación.

—¿Tienes que alimentarte? ¿Necesitas comer?

—Yo me alimento de todos vosotros, Sean. Incluso de vosotros, los recién llegados —contestó Dios con una mueca—. Tenéis hambre de energía cuando despertáis.

Hizo un gesto hacia los racimos que colgaban de la palmera-nopal:

—Un Árbol de la Vida.

Arrancó un racimo de uva negra y se la ofreció a Sean.

La pulpa dulce y jugosa vigorizó a Sean tan pronto como la probó. Devoró un racimo tras otro, mientras Dios contemplaba el banquete.

Sean se limpió el jugo de la barbilla.

—Así pues, ¿cómo era este planeta antes? ¿Estéril, sin atmósfera? Es demasiado pequeño para tenerla, pero la gravedad es más intensa de lo que corresponde a su tamaño. ¿Cómo has conseguido eso?

Dios se encogió de hombros, sin perder la afabilidad.

—No fui yo..., el Todo lo hizo. ¡Qué importa! Se hizo..., ¡*Fiat mundus!* Ahora soy yo quien mantiene este mundo.

—¿Y durante cuánto tiempo piensas mantenerlo?

—Durante un milenio, como es natural. Mil años, ¿cuántos, si no?

—¿Y cómo puede nadie medir los años cuando no existen ni la noche ni el día, puesto que la una y el otro son eternos?

—Olvidas, Sean, lo mismo que lo olvidan todos mis hijos, una vez libres de la tiranía del tiempo, que este mundo todavía gira alrededor de un sol. Cada giro supone un año más..., sin otra medida de tiempo, ciertamente, pero no deja de ser un año.

—Hasta que hayas contado un millar de vueltas. Y luego, ¿qué?

—Se habrá completado la Obra.

—¿Se habrá cumplido Tu Voluntad? ¿O será la nuestra? ¡Eres una extraña deidad gnóstica cristiana para andar así por el espacio!

—Yo reflejo...

—Ya lo sé, a Knossos y a su alquimia gnóstica. Debe existir alguna manera de verte... ¡como tú mismo te ves! Ésa es la verdadera Obra, ¿verdad? ¿Atravesar ese tapiz de simbolismos vivientes? Eso es lo que quieres que hagamos, ¿no es cierto? Porque eres prisionero de ese tapiz tejido de ti mismo. ¿A que tengo razón, extraterrestre sobrehumano?

Dios se mostró ligeramente ofendido.

—¿Por qué me llamas eso? Sin duda es bastante menos que Dios.

¿Pasaría por el Infierno una oleada de dolor al tiempo que Sean le ofendía? Dios creía que Él era Dios (aunque no lo hubiera sido en principio), y se veía respaldado por todo el mundo como prueba... Nosotros le hicimos Dios, así que Él eligió serlo.

—Tú eres Dios, pero en realidad no conoces... ¡todo el panorama! ¿Qué es ese «Todo»? ¿Lo sabe él?

(Dios apretaba los labios, como si alguna prohibición le impidiera contestar a eso.)

—¡En cualquier caso, debes ser el primer Dios agnóstico, sin duda alguna!

Sean miró a su alrededor. Un pavo real picoteaba el césped, pero luego dejó de picotear y abrió sus espléndidas plumas en un abanico estremecido de azules y verdes irisados, vuelto hacia Dios..., quien sonrió con aprobación. Un cordero blanco se acercó y baló al ver aquel amanecer súbito de verde pluma y los ocelos temblorosos que exhibía en despliegue.

—¿También mis amigos están aquí?

—Cerca de este lugar.

—Llevamos muy poco tiempo aquí, en comparación con todos los demás, y sin embargo ya hemos muerto dos veces. Ellos pasan muchos años en el Infierno, ¿no es cierto? ¿Es que nos has designado para algo especial, Dios? ¿Para algo nuevo?

—Deberías saberlo ya.

—¿Antes de estar en gaudiciones de dártelo?

Mientras contemplaba aquel rostro sereno, juvenil, enmarcado en oto, y recordando que Él (o un Todo aún más grande) era el responsable del diseño y de la continuidad de todo aquel mundo en su forma actual, Sean se sintió apocado.

—Te recomiendo las naranjas —sonrió Dios, con una seña en dirección al bosquecillo, como la de un jefe de sala mostrando el camino a un invitado.

¿Serían quizá los árboles del conocimiento? Sean, acompañado de Dios, se encaminó hacia el naranjal. Una vez allí, cogió un fruto y comió de él.

La naranja, aunque maravillosamente dulce, no le sugirió ninguna solución. ¿Tal vez porque no existía tal solución?

—Levanta tus ojos hacia las colinas de donde desciende la sabiduría —dijo Dios, críptico, y desapareció de allí.

20

Había dos Evas para un Adán: la una totalmente negra, la otra blanca y dorada. Sean localizó primero a Muthoni, que estaba descansando con Jerónimo a orillas del estanque de la fuente de porcelana. Más allá se abría una sabana africana que llegaba hasta una cordillera frágil de cimas alineadas como una hilera de abrigo, chaquetas y americanas de piedra. Sólo una jirafa blanca, con una cabeza como dibujada, recorría aquella sabana, o quizás a lo lejos también un elefante.

Luego fue Denise quien se acercó al lago, tras salir de entre los naranjos.

—He hablado con el Dios. Quiere algo, pero no puede decirnos lo que es. Primero debo saberlo yo.

El Diablo se había tragado a Sean (y lo había digerido) tan pronto como él sugirió que, en realidad, era el Diablo quien adoraba al Hombre. Y Dios, según había dicho él mismo, era el Hijo del Hombre. ¿Sería entonces una deidad esquizofrénicamente atrapada por aquella banda de neosimios cosmonautas?

—¿... cuyo Führer psíquico fue Heinrich Strauss?

—¡Hum! Pero yo fui el capitán —observó Jerónimo, picado. Por lo visto su reciente seguridad empezaba a evaporarse—. Nunca le conocí en persona a Strauss. Yo era el capitán duro y severo. ¡O, al menos, solía serlo! ¿Cómo iba a ser él nuestro..., hum..., líder? ¿En qué aspecto?

—Entendía los secretos de la psiquis. Impuso su visión cuando Dios os exploró a todos. Me refiero al Dios primitivo, antes de que descendiera en un Hijo, un pájaro Espíritu Santo y un Diablo y qué sé yo cuántas cosas. Y se olvidó de Quién era al principio.

—¿Ese Dios que me ha postergado siempre, por instigación de Strauss, manteniéndome confinado en un encierro psíquico? —dijo Jerónimo al tiempo que escupía una pepita de naranja—. ¿También entiendes de esos secretos, Sean? Tú eres el comecocos de la Tierra, ¿crees que Dios desea que te comas el coco a Él?

Sean rió sin ganas.

—No será necesario. Está en todas partes, dondequiera que vamos. Sólo que no es Su cerebro, sino el nuestro. Este mundo es una proyección de la psiquis de todos nosotros, pero la clase de proyección viene conformada por la visión de un hombre en particular. Además, Jerónimo, yo no soy un comecocos. La psiquiatría reconstructiva asistida por máquinas dejó de utilizarse años antes de vuestra partida. Yo soy un «endopsico», si te importa la jerga. El terreno inconsciente, los arquetipos heredados. Un neojunguiano. Con la posibilidad de las colonias interestelares, esa escuela adquirió dimensiones totalmente nuevas. ¿Cómo se llevará la herencia ancestral con unas circunstancias insólitas? ¡Pues, a primera vista, muy bien en este pequeño mundo! El único problema es que lo heredado no se ha combinado con ningún medio ambiente nuevo, sino que se ha proyectado a sí mismo y se ha convertido en el medio ambiente, al punto de excluir el pensamiento consciente neocortical en no pocas personas. Tenemos toda la parafernalia de la reintegración psíquica trabajando como agente exterior, a escala mundial, pero... ¿fue Dios quien lo dispuso así voluntariamente..., o porque no tenía otra elección?

—Dios eligió lo que debía crear para nosotros.

—¿De veras? ¿O fuimos nosotros quienes le elegimos a Él?

—Yo no veo que el Jardín sea tan inconsciente. Ciertamente que la gente ha olvidado cosas..., como quiénes fueron en otro tiempo..., y que llevan ahora una vida basada en esa pintura, que está llena de simbolismo, ¿no? Pero son símbolos basados en la alquimia..., y la alquimia es la ciencia de la transformación de los hombres en seres perfectos, superconscientes. Este mundo tal vez sea un laboratorio, pero está todo a la vista. Muchas personas son conscientes de ello en el fondo de su mente... ¡Cuando no en primer plano de su mente! Dios es el espíritu transformador. ¿Acaso piensas que la gente no colabora, incluso en el Infierno? ¡Y cómo ansían hacerlo! ¡Y cómo lo haría yo, si sólo consiguiera olvidar lo que nos trajo aquí y quién fui yo..., con sólo que lograra librarme de ello!

Sean no había visto nunca a Jerónimo en un estado así, de apasionada frustración.

—¡Si de veras pudiera convertirme en un hombre nuevo! No en el antiguo, sólo modificado y purificado en una nueva carne. No. He dicho una mentira. No he sido disminuido por ninguna confabulación entre Dios y Knossos. Esa es una idea paranoide. Esa personalidad del gran capitán no fue más que una fachada. ¡Y estoy dispuesto a admitirlo! Desde luego me la impuse yo mismo, pero nunca fui mi verdadero yo. Era mi armadura para viajar por el espacio, y bien que trabajé cada bisagra y cada cierre de la misma —rió Jerónimo con frivolidad—. ¡Milagros! lo admito. Otra capa de la cebolla se frió en el Infierno. ¡Ah!, pero ahora soy el testigo, para siempre. Yo soy el que fue. Se me mantiene aparte.

—Tú estarás consciente de lo que ocurre porque apenas ocurre dentro de ti —replicó Sean, algo cortante—. A lo mejor es necesario que quede alguien como ejemplo de la conciencia ordinaria. Lo que viven todos los demás son, fundamentalmente, procesos inconscientes, y no me convencerás de lo contrario..., digan lo que digan Loquela, el hermafrodita y todos los demás.

—Bien, así ¿tienes también una idea de lo que está pasando? Con eso somos cuatro.

—Siete —replicó Sean—. Tal vez siete. No olvidemos a Faraday y a los otros dos.

—Espero que se encuentren bien, y que no se los haya comido ningún león. Podrían pasarse en el Infierno dando vueltas como una cinta sin fin —comentó Muthoni.

—Todo esto está muy bien para vosotros, los que habláis con Dios —exclamó Jerónimo, cediendo a la autocompasión—. Pero no para mí. Esta vez me faltó un pelo. ¿Sabéis una cosa? No pienso apartarme ni un milímetro de vosotros. Como si estuviera pegado. Ya lo he dicho otras veces: vosotros sois mi suerte.

Caminaban por la sabana, en dirección hacia los montes, cuando saltó de entre la hierba un leopardo y echó a correr hacia ellos.

—¡Oh, no, Dios mío! —exclamó Jerónimo, que se escondió sin vergüenza alguna detrás de Muthoni, como un niño que busca refugio tras las nalgas de su madre.

El leopardo se detuvo y empezó a andar alrededor de ellos, entre gruñidos.

Con un esfuerzo tremendo (o así lo pareció) dominó la agresividad que le empujaba a fruncir el hocico y enseñar los colmillos; en vez de llevar el salto a su conclusión habitual w puso a ronronear estruendosamente, y frotándose como tu gato entre Muthoni y Jerónimo hizo que el ex capitán fuese alejándose. Cuando lo tuvo separado del grupo, el leopardo se alzó sobre las patas traseras, le puso las zarpas sobre los hombros y empezó a empujarle para separarle todavía más del trío. Tras bailar así, de espaldas con la fiera, durante un rato, Jerónimo perdió el equilibrio y cayó boca arriba. El leopardo se quedó a su lado como un perro guardián, tras haberle olfateado y empujado con el hocico.

—Continuad vuestro camino —lloriqueó Jerónimo—. El Dios no quiere que vaya con vosotros. Os esperaré en el lago. ¡Prometed que regresaréis para buscarme!

—¡Claro que lo haremos! —exclamó Denise.

—Si podemos —añadió Sean en voz baja.

Haciendo acopio de toda su dignidad, Jerónimo se puso en pie y echó a andar hacia el lago con pasos decididos. El leopardo le siguió un rato, y luego se tumbó a dormir en la hierba. Jerónimo continuó su camino y ellos el suyo.

—¿Era Dios quien controlaba ese leopardo? —se preguntó Muthoni—. ¿Qué tendrá en contra de Jerónimo?

—Dondequiera que nos hallemos en este mundo, estamos siempre en el pensamiento de Dios —dijo Denise con cierta solemnidad—. Debe tener otros planes para Jerónimo.

Entonces se oyó una voz en el aire:

—*En mis pensamientos todo el tiempo...*

Fue como un eco, salvo que no había ningún lugar donde hubieran podido rebotar los sonidos, y además las palabras no eran exactamente las mismas.

—¿Habéis oído eso? —preguntó ella.

—*Hacia las colinas, de donde viene la sabiduría...*

—Eso fue lo que me dijo antes, ¡que fuéramos hacia las colinas! ¡Dios! —gritó Sean.

Pero no hubo respuesta; aquellas palabras se las había llevado un soplo de la brisa.

—¡Este mundo es como una inmensa grabación! Estamos registrados, y Él puede reproducirnos, en cuerpo y alma, desde el Infierno hasta el Edén. Somos parte de Él, lo mismo que todo lo demás. Todo está relacionado: las personas, los pájaros, los peces... Todos se ven atraídos hacia una especie de sumidero protoplasmático y psíquico. Nosotros aún no nos hemos disuelto en él.

—¿Y Jerónimo?

—A fin de cuentas, Jerónimo cree en Dios.

—¿Y nosotros no? —suspiró Denise.

—Existe... pero ¿qué es?

—Un bulto —dijo Denise—. Eso es lo que vamos a encontrar en las colinas. Un bulto alienígena que da existencia a las cosas que sueña y devora la existencia en sus sueños. Encontraremos un algo que estaba agazapado ahí desde hacía eones, pero que no podía cambiar nada ni crear nada porque carecía de un modelo. Hasta que llegaron los humanos. Entonces hizo para ellos un mundo lleno de alquimia, a la manera de Knossos. Lleno de sabiduría gnóstica, con un Diablo y un Dios. Porque las personas no saben arreglárselas sin Dios. El «temor» es parte de nuestra programación, ¿no es cierto, Sean?, desde

el primer estampido del trueno. Y si hay, como la hay, una Creación sobrehumana, tiene que haber un Creador o todo el asunto dejaría de ser lógico. Pero en realidad no existe nada más que un bulto.

A Sean le picaba la cabeza y se la rascó.

—Si la gente no puede arreglárselas sin un Dios, y si el capitán Van der Veld, tal como fue, era su propio Dios para sí mismo..., aunque falso..., entonces necesita que Dios exista realmente fuera de él mismo, ¿no? Pues ya está. Aunque Dios le ponga a prueba como a Abraham, exigiéndole sacrificios... y todo por la fe. Sería fatal para él...

—... Si se descubriera un mero bulto. Y si lo descubriéramos, ¿qué le contaremos a Jerónimo? Le daremos una palmadita en la espalda y le diremos que, naturalmente, Dios existe. Aunque sólo sea un bulto.

—Vamos a averiguarlo.

Una colina en forma de chaquetón azul se reveló pronto como una coraza metálica de piedra lisa. Era la meta más obvia adonde dirigirse. Desde el cuello abierto que era la cima, se alzaba a gran altura una aguja de mármol con una coronación en forma de bote de pimienta. El botón inferior de piedra estaba desabrochado (un pedrusco azul yacía a un lado), dejando una abertura que se adentraba en el estómago hueco de la montaña...

El interior de la colina hueca era una nave catedralicia de fría roca azul. Gruesas columnas se elevaban desde el suelo hasta la bóveda. Tratábase de una construcción, y al mismo tiempo de una gruta natural, las dos cosas a la vez, sin que fuese posible distinguir la una de la otra. La luz matutina entraba por la abertura en la parte superior de la bóveda, de donde salía la aguja de piedra, corno secoya gigantesca fosilizada. Aunque procuraban hablar en voz baja, la nave se llenó de un reflujo de voces, de un coro de murmullos ocultos.

Al fondo de la nave uno hubiera esperado ver el altar del Dios desconocido. Y, en efecto, algo había allí: una roca, un pedrusco. Avanzaron poco a poco hacia él, cruzando la nave. Las leves pisadas de sus pies desnudos resonaron en lo alto como aletazos.

Aquella catedral estaba vacía, ¿en espera de qué? ¿De fieles? ¡No era probable! Ya que, fuera, todos «adoraban» desde luego al Dios, siendo quienes eran, mediante su afán de magnetizados.

Sean sintió un escalofrío. Estar allí era como volver a la hibernación. Era como si le hubiesen reducido a un tamaño microscópico y le hubieran olvidado en algún compartimiento frigorífico propiedad de un coloso ausente. Fuera quedaba el mundo..., que tampoco era un mundo «real», sino el mundo onírico del coloso, inconscientemente proyectado en la realidad. Pero el gigante estaba escondido. Aquello eran mitos, por debajo del nivel de la proyección. Casi, pero no del todo. ¿Podía existir algún nivel todavía más bajo? Una cripta en donde se agazapaba el todopoderoso bulto predicho por Denise, dedicado a proyectar el mundo, y el Dios, y el Diablo, incapaz de decirles quién era pero, ¿tal vez deseoso de que lo adivinasen?

Nadie acudía a reverenciar ni a enfrentarse con una masa informe, cuando Dios en persona andaba por el mundo. Por eso la catedral permanecía desierta.

—Detrás del altar —murmuró Sean—. Es posible que exista una cripta debajo de todo esto: el corazón del mundo. Desea que lo descubramos pero no puede expresarse. Todo está ya ex-presado ahí fuera, sacado de nosotros y moldeado según nosotros.

Aquella caverna catedralicia era quizá la primera proyección, la primera burbuja de materia metamorfoseada insuflada por Ello en el vado exento de aire que originariamente había rodeado aquel planeta: un punto de reunión donde Ello habría podido acomodarse con la gente de la *Copernicus*; solo que, a medida que ésta se acercaba a aquel sistema solar, el contenido de sus mentes se especificó cada vez más y el Dios quedó prisionero. O no: se generó con tal Dios, como un Dios de una especie particular...

Llegaron hasta lo que Sean se había empeñado en considerar un altar. Era una gran excrescencia porosa de piedra pómez: una esponja de piedra, un tumor rocoso vomitado

por la garganta de la estrecha caverna o túnel que se abría en el suelo detrás de aquélla, descendiendo en pendiente de unos cuarenta grados. Las paredes del túnel tenían un brillo fosforescente, y se iban juntando a medida que descendían, como si el túnel permitiese abierto sólo mediante un esfuerzo, mediante una compresión sobre las rocas que tendían a reunirse y cancelar aquel defecto en el suelo de la catedral, por lo demás impecable.

—El camino es estrecho —observó Sean.

—¿Adónde? —preguntó Muthoni.

—¿A la verdad? ¿A lo que Dios es? ¿A lo que ha olvidado que es?

—¿Y qué, si lo encontramos? ¿Será el milenio, ya mismo?

Sean abrió las manos, notándose un aire vagamente episcopal, y eludió la pregunta.

—¿Qué puede pasar dentro de ochocientos años o así? Quiero decir, ¿va a subsumirse todo este mundo en el bulto que dice Denise? ¿En una meta-entidad? ¡Ah! ¡Eso es lo que Dios querría que, creyerais! —bromeó Muthoni, aunque con algo de rabia—. Él no piensa que esto pueda funcionar sin un poco más de orientación psicológica que la que asimiló el viejo Knossos.

—No la toméis conmigo ahora —dijo Sean chasqueando los dedos con impaciencia—. Lo siento. La culpa es del Diablo que ha sembrado las semillas de la duda. El Diablo no cree en la Obra.

—Parece que no, ¿verdad? De otro modo, ¿de qué serviría el tener un Diablo?

—El Diablo es un racionalista —dijo Denise, no muy segura, mientras se mordía el labio—. Todo este asunto dé la evolución acelerada..., como un escalafón por el que todos quieren subir, incluso los peces... Bien, es divertido, pero no racional. No es eso la evolución darwiniana. Es el sueño de una evolución. El que todos tenemos arraigado dentro de nosotros. A mí me ocurre, lo sé. Y aunque sea tan antiecológico, porque todos necesitamos esos nichos y esas criaturas tan soberbiamente adaptadas a ellos. Pero el sueño secreto sigue ahí, el sueño de que todo ha de tener una finalidad.

Hizo ademán de espantar una mosca que se había posado en su seno, y sonrió con una mueca.

—Aquí no hay bichos, ¿verdad? El nicho de los insectos está vado, Es un mundo no darwiniano. Así es como tiene que ser estando un Dios a cargo de todo.

—Tampoco el Bosco sabía nada de la evolución ni de su finalidad —dijo Muthoni—. ¿Por qué ha de preocuparse de los peces? ¿Qué pintan ellos aquí?

—Algo sabía de la Gran Cadena de los seres. Es eso, más la idea de «progresión» peculiar de los alquimistas, lo que impulsa la versión de la evolución que se da en este mundo...

—Y eso te seduce. ¡Lo mismo que a Sean! Sí, Sean. Dime a quién persigues y, con el tiempo, te diré a quién te pareces. Disculpa esta pequeña exhibición de profundidad psicológica.

—¿Quieres decir que me he puesto en el papel de un segundo Knossos? ¿O que me ponen en ese papel?

Muthoni se encogió de hombros y se puso a mirar al fondo de la grieta.

—¡Qué extraño! Es como una especie de pesadilla.

—¿El canal natal al revés? Bien, ya hemos renacido dos veces, y no hay dos sin tres.

—Creo que preferiré quedarme aquí. Al menos por ahora llevo mi color auténtico. Me pertenezco a mí misma. El Edén es un bonito lugar. Es como estar en casa, aunque las jirafas las pinte un mal dibujante.

—Y yo soy la Primavera —sonrió Denise.

—Mirad —susurró Sean, pero pese a ello la catedral amplificaba sus palabras—. Estoy muy a favor de... no, ¡a favor no! Mejor dicho, estoy fascinado por lo que veo que ocurre aquí, toda esa proyección de los procesos inconscientes a través de símbolos vivientes. Así pues, ¿es esto lo que ocurre cuando la humanidad aterriza en la esfera de una supe-

rinteligencia ajena? ¿Se fuerzan los arquetipos ancestrales hasta el punto de romperse? No, lo que ocurre es que ellos se las arreglan para sujetar esa inteligencia, pero ¿cómo? ¿Acaso el Dios evolucionó a partir de una fase preconsciente como todos nosotros? ¿O evolucionó hasta llegar tan lejos de los estadios primitivos que éstos le atraparon otra vez, al venir en dirección imprevista? ¿Qué es este mundo, un acto de compasión, un juego o una ardua necesidad? ¿Realmente dispone sólo de un milenio para completar la obra..., o es eso, una vez más, una proyección de las obsesiones religiosas de Knossos? Tendré que concentrarme en eso. Tan pronto como dejásemos de preocuparnos por estas cuestiones, Dios nos procesaría. Nos absorbería en el esquema. Estoy seguro. Para prototipo de la conciencia ordinaria, ya tiene a Jerónimo. No nos necesita a los demás para eso. Todavía somos una curiosidad para Él. Por ahora. Le podemos decir a Él algo objetivo sobre la fase a que ha llegado su Obra... No, maldita sea: le podemos decir a Ello. Quiere que lo hagamos. Mientras nos necesite, estamos relativamente inmunes al mesmerismo... excepto... —dijo mirando de reojo a Denise—, excepto en la medida en que podamos mesmerizarnos nosotros mismos. Encantarnos a nosotros mismos. Y me incluyo también en esa advertencia.

Muthoni volvió a mirar al fondo del túnel.

—Bien, se supone que yo soy una doctora..., pero aquí todos somos inmortales, al menos durante los próximos ochocientos años. ¿O para siempre? Así que estoy de más. Supongo que ya lo sabía cuando rabiaba en el Infierno. Ahora me veo en el seguro de paro de Dios.

—Sí, tórnalo de esa manera. Es el seguro de paro de Él..., o de Ello. Tienes como paciente a un extraterrestre sobrehumano que está, digamos, empachado... de nosotros. Y los síntomas se manifiestan en todo este mundo. Y tú, Denise, ¿no te gustaría saber cómo prueba eso de dirigir toda una ecología con sólo proponérselo?

Aunque aquélla era la trampa reservada especialmente para seducirla a ella..., no podía dejar de evocarla, aunque momentos antes la había puesto en guardia. Estaba seguro de que los tres debían bajar juntos por el túnel.

—Imagino una ecología maravillosa, jardines en todas partes, y personas conscientes de los procesos mágicos en curso. Pero debe terminar alguna vez, ¿no? Es preciso que el paciente se cure.

—Reintegración, ése es el nombre de la jugada. ¿Y qué viene después de la reintegración?

—¿Crees que podría ser el paraíso..., para siempre? ¿Un paraíso terrenal, mantenido por el sobrehumano y los humanos, conjuntamente?

—Nunca lo descubriremos si no nos movemos de aquí.

Muthoni lanzó al aire una moneda imaginaria. Y como que era imaginaria, había tomado ya su decisión.

—¿A qué esperamos? ¡Vamos allá!

Denise se volvió para contemplar la catedral desierta, y se pasó la lengua por los labios.

—Nunca he visto un bulto así. Supongo que habrá que ira verlo. Y no me gusta quedarme sola. ¡Recuerdo cierto unicornio que...!

—Esa fue tu imagen, Denise: el bulto. No le obligues a serlo. No le obligues a nada. Deja que Él, o Ello, nos demuestre lo que es.

Y empezaron a bajar por la grieta, en fila india.

Como cangrejos se arrastraron por la pendiente abajo, descolgándose paso a paso dentro de la estrecha grieta. Sean percibía el latido de su corazón emparedado entre las

paredes de roca, ¿O tal vez fuese el pulso del «bulto» que decía Denise, procedente de honduras aún mayores?

La fisura, siempre descendente, se acodaba en un momento dado debajo de la catedral. La claridad fosforescente permitía distinguir el camino.

Justo cuando parecía que los muros, cada vez más próximos, les obligarían a cesar su exploración, el pasillo en zig-zag desembocó en una cripta subterránea, larga y de techo muy alto, bañada en la misma fosforescencia espectral. Hacia el fondo de la misma, un grueso pilar de piedra se hundía en el suelo; era la base de la aguja que se proyectaba hacia el exterior de la catedral, y estaba recorrido por unos canales o nervaduras que la hacían asemejarse a un gran órgano, o también a un haz petrificado de fibras nerviosas huecas, de tamaño descomunal.

En la base de tal órgano arborescente, un estanque circular cuya superficie, ligeramente aceitosa, enrasaba exactamente con el suelo de la cripta, de manera que parecía formar parte del mismo y que la diferencia soto fuese de consistencia. Como un cristalino, un ojo plano y gelatinoso puesto en una cuenca del piso, y cuyo nervio óptico fuese el tronco en forma de órgano.

Siempre la necesidad de buscar formas biológicas en todas partes, pensó Sean, mientras se esforzaba por ver lo que era aquello en realidad.

Si lo uno era un cristalino, y lo otro el nervio óptico, ¿dónde estaría el cerebro? ¿Arriba, en la oquedad de la catedral, en aquel cráneo vado? ¿O más arriba, en el aire, el cielo, o todo el planeta? ¿En el Dios corpóreo, y el Diablo corpóreo, y en todas las criaturas? ¿En Knossos? Lo de allí sólo era un punto de enfoque, simplemente.... un punto focal. ¡Ah! ¡Todo estaba vuelto de dentro afuera! Pero así debía suceder necesariamente, puesto que se trataba de una proyección..

¿El «bulto» de Denise? No existían palabras para describir aquel «estanque».

Se dieron cuenta de que habían enlazado las manos para mantener la cadena humana frente a la súbita enormidad de la cripta, después de la estrechez del paso en la roca. Libres de aquella camisa de fuerza, respiraban hondo. Como niños, o como un trío de amantes, se acercaron a la orilla del estanque.

Contemplaron aquellas profundidades insondables... o lo que tal vez no era más que un simple charco, pues no resultaba fácil decirlo, bajo el débil resplandor engañoso que se reflejaba y quebraba en aquella gelatina. Motas, chispas y figuras de luz nadaban de un lado a otro, burbujas e irisaciones amarillas, verdes y anaranjadas.

Sean se arrodilló y puso la mano libre sobre la superficie, pero ésta no se dejó penetrar. Su palma resbaló sobre la membrana viscosa y estuvo a punto de caer, pero Muthoni le retuvo. Pese a su fantasmal estructura interna, el estanque era de una pieza: total, entera, dentro de su película monomolecular.

—Es una cama de agua —decidió Denise—. ¿Nos metemos en ella? ¿Hacemos el amor? ¿Concebimos el ser perfecto?

Sean meneó la cabeza.

—No. Es una lente, un ojo. Pero, ¿qué es lo que ve?

Muthoni soltó la mano de Denise y, arrodillándose a su vez, clavó el índice en la superficie. Ésta se deformó bajo la yema del dedo pero no cedió.

—Es de una sola pieza —susurró ella—. Es una célula única. Mirad, éstas son las partículas lisosomáticas, allá las enzimas. Y aquí las mitocondrias, los elementos de energía. Un lago de citoplasma viscoso. Ribosomas proteínicos. Vesículas. Cuerpos de Golgi. Y fijos, allá en el centro: ahí está el núcleo, con los cromosomas y los nucléolos.

—No, es una pupila —la contradijo Sean, y se puso a hacer gestos con ambas manos, como si dibujara—. Lo de alrededor es el iris, y el humor vítreo. Y esos tubos que van hacia arriba son una especie de nervio óptico, un telescopio en el que se refleja el mundo.

—Tonterías. Es una sola célula... muy aumentada. —Muthoni consideró los tubos de órgano que se elevaban por encima de sus cabezas y traspasaban el techo, por el cual

indudablemente entraban en la aguja de la catedral—. Este lugar es un gran microscopio, ¡eso es! Éste es el tubo, y el ocular se abre allá arriba, hacia el cielo. Y nosotros estamos en la platina. Es el microscopio de Dios para contemplar una célula a gran tamaño. Pero aumenta esa célula en la realidad y no sólo para nuestros ojos. Célula que es la matriz de todas las criaturas de este mundo, la base, el programa de toda la vida que existe aquí. Una célula terraformada..., basada en los patrones terrestres.

—Así que Dios ni siquiera es un bulto —rió Denise, pero su risa sonó temerosa—. Es un gran protozoo gigante.

Palmeó la membrana.

—Nunca lo hemos hecho sobre una bolsa de ADN.

¿Qué estaría viendo Muthoni en aquel ojo?, se preguntó Sean.

—Es la célula primordial —continuó ella—. Dios se ha convertido en esto. Las demás partes tuyas proceden de aquí..., y Él es ahora parte de todo. ¡Maldita sea! ¿Cómo vamos a hablar con una sola célula... aunque, de todos modos, sea una de las nuestras?

—Deberíamos volver atrás y preguntárselo al Dios —sugirió Denise—. Al portavoz. Al Cristo.

Sintió una oleada de amor hacia aquel personaje vestido de rosa.

—¿Qué habrá pasado con la crucifixión? ¿Habrá bastado con una vez para todo el mundo..., para todos los mundos? —se corrigió.

—Éste no es un cristianismo canónico —dijo Sean—. Recuerda eso. Es el evolucionismo gnóstico de los alquimistas. Simbólicamente, Cristo es el hombre perfecto. El alquimista que triunfase, asumiría el lugar de Cristo. La «cristiandad» reemplazaría a la personalidad anterior de ese hombre. Knossos puede haberse convertido en el equivalente de Cristo, puesto que se ha crucificado en piedra a sí mismo en el Infierno. Como veis, en el sistema alquimista el hombre se redime a sí mismo y se convierte en el Cristo, el hombre perfecto. El Dios a quien vimos Denise y yo es el aspecto de «hombre perfecto» de Ello.

—¿Y cómo puede ser perfecto y necesitar nuestra ayuda? —preguntó Muthoni.

—Porque también Él ha caído en el mundo. Aquí sólo es una aproximación: la búsqueda de la perfección, porque no es..., realidad. Como tú dijiste, Denise, no es una evolución darwiniana. No es el universo real. Es una idealización. Pero incluso así, existe tras todo esto una criatura con poderes deiformes. Si Ello no hubiera sido equivalente a un Dios, esto jamás habría podido ocurrir.

—De nuevo en plena paradoja, ¿eh? —De nuevo Muthoni trató de atravesar la membrana—. Y entonces esto, ¿qué es?

—Una lente. El ocular del telescopio mundial. El ojo de Dios.

—¡Bah! Te digo que es una célula. Sobre la platina de un microscopio.

—Es un trampolín de gelatina —rió Denise—. De aquí ha despegado este mundo, y aquí es donde se sueña y se procrea. Seguid hablando de «Él» y de «Ello» hasta poneros morados. Aunque..., si me perdonáis, ¡se os ve bastante morados ya! Es esa vieja fosforescencia.

Hablaba como si estuviese algo bebida, o un poco histérica.

—¿No vais a hacer nada? Este mundo es para divertirse. Es un deporte, es el juego de Él. Así que..., ¡cero a uno contra el bulto!

Antes de que Sean o Muthoni consiguieran detenerla, Denise se había lanzado en plancha.

Una convulsión de luces saltó del estanque cuando ella cayó sobre la superficie con todo su peso: un temblor de tentáculos espectrales, inmateriales, fotónicos, rosados y violetas, anaranjados y verdes.

En cuanto a Denise..., reventó, se fracturó, se multiplicó. Primero se convirtió en un centenar de imágenes interpenetradas de sí misma: una imagen holográfica sólida dividida en cien fragmentos, cada uno de los cuales contenía la misma información total, pero

con menos definición y menos exactitud. Durante una fracción de segundo fue legión. Luego, de súbito, en vez del centenar de facsímiles de ella misma en conflicto, se arremolinó una bandada de pájaros, que se elevó con rapidez, como aspirada por una corriente de aire, y desapareció por las aberturas de los múltiples tubos del órgano-obelisco, perdiéndose de vista al instante.

La superficie de la lente estaba intacta. Sean comprendió que aquella lente holográfica viva y sensible era lo que proyectaba la realidad actual de aquel mundo. Cabía en ella toda la superficie del planeta en forma codificada indescifrablemente. Temblaba todavía un poco, pero se aquietó en seguida.

Muthoni estaba boquiabierta:

—¡Ha desaparecido! ¡Se ha hecho trizas! De la misma manera que se hizo trizas Ello, partiéndose en un millón de seres inferiores. ¿Qué hacemos ahora?

—¡Te digo que está todo en el Bosco, en el esquema! Los pájaros de la vida que salen a través de los agujeros del obelisco, a su tiempo retornarán andando a la cueva-cáscara de huevo. Será reintegrada a sí misma. Es preciso.

—¿A tiempo para participar en el milenio? ¿Tendrá que evolucionar otra vez hasta convertirse en Denise? Pero, ¿es que no te importa nada, hombre?

—Se habrá desbandado por toda la tierra, y estará en todas partes al mismo tiempo. El sueño de una ecologista... Esa fue la tentación que le propuse.

—¡Quiero que vuelva Denise! ¡Devuélvenosla, Dios! —gritó Muthoni, despertando los ecos de la cripta.

—A lo mejor Él quiere devolverse a Sí mismo, quienquiera que sea. Entiendo a qué viene esa proyección: su objeto es la reintegración. De la psiquis, de la nuestra..., y de la Suya. Ambas están engranadas. Y el método consiste en una especie de proyección holográfica, pero de realidades sólidas y no sólo de imágenes que se pueden atravesar con la mano. De símbolos en existencia. ¡Pero qué poder..., cuánta energía debe hacer falta para eso! ¿De dónde procederá? Eso no lo entiendo, pero sí entiendo el proceso psicológico de la *proiectio*. Sin que sepamos cómo, extrañamente, la *proiectio*, la proyección de lo inconsciente sobre el mundo exterior, ha encontrado una manera de realizarse físicamente. ¿Sabes una cosa? Voy a intentar un trato. No, no exactamente un trato. Voy a hacer un regalo de sabiduría. Intentaré...

—Si tuviera un bisturí, iba a enterarse esa célula —amenazó Muthoni, furiosa.

—¿Y qué? ¡Plaf! ¿Y deshinchar el mundo como un globo? ¿Hacer desaparecer la proyección? ¿Qué conseguirías con eso? Tal vez una roca desnuda, estéril, ¡todos muertos! Lo más probable sería que estropearas Su ojo, de manera que lo vería todo distorsionado hasta que lograra repararse a sí mismo. Y eso traería incontables desgracias al Jardín. Dolencias. Fealdad. Guerras. El Infierno lo invadiría todo.

—¡Pero la ha convertido en una bandada de pájaros!

—Hermosos pájaros...

—¡Pájaros estúpidos, que no hablan!

—Pero cantan. Celebrarán su propia existencia. Y acabarán reintegrándose en Denise. Ha sido sólo una demostración..., de Su propia situación.

—¡Pájaros, en efecto! Realmente estás deseando convertirte en un segundo Knossos, ¿verdad? Pero, Sean, ¡no olvides que somos expedicionarios de la Tierra! ¡Del espacio solar! ¿Lo recuerdas? Esto es una colonia humana, no una especie de laboratorio psiquiátrico para diversión tuya. Aquí se han invertido muchos recursos y muchas esperanzas humanas.

—Aunque no lo creas, estoy haciendo mi trabajo, Muthoni. Y soy el único, dicho sea con el debido respeto, aunque naturalmente no puedo hablar por Austin, ni por Tania, ni por Paavo. Pero dudo de que estén adelantando mucho. Tengo el propósito de encararme con Él, o con Ello, a través de la proyección, ¡ya que el «Dios» al que conocimos también

era proyectado! Y no olvidemos que aquí no existiría ninguna colonia, a no ser gracias a esa proyección. El que nos parezca magnífica, mágica o maligna es otro asunto.

—Yo no diría que este espectáculo demencial sea una colonia. ¿Acaso Denise hará también su trabajo cuando anide por todas partes, o se ponga a piar en los matorrales, o ponga un huevo? Mira, Sean, casi sería mejor que no existiera colonia alguna, en vez de ese jardín de infancia de no sé qué entidad sobrehumana que juega con las personas como si fueran muñecos de niños. ¡O los muñecos del Herr Professor!

—¿Que casi sería mejor? Un algo siempre es mejor que la nada, niña.

—¿En tu informe para la Tierra, te atreverías a decir que esto es un éxito?

—¡Pero sí lo es!... A su manera.

—Entonces, ¿por qué desconectó Papaíto la *Schiaparelli*?

—A lo mejor es porque se siente inexorablemente atraído hacia la vida y hacia los sueños de ésta. Lo cual podría afectar también a la Tierra. Así que decidió alzar un *cordón sanitaire* alrededor de Sí mismo. Lo que tú dices, Muthoni, es confuso. Hemos de trabajar pasando por la proyección. Toda la vida de este mundo, y el paisaje, son una especie de proyección holográfica... y nuestra psiquis encaja en ella como un holograma colectivo. Por eso podemos morir y volver a nacer en otra parte, y atravesar mutaciones, y cambiar de color y todo eso, él es la luz láser que dice «hágase la luz» sobre todo esto. Esta es la forma en que asume Su entidad: el poder proyectar las ideas en la existencia. En cuanto a lo que pueda ser Su naturaleza propia..., bien, aunque no sé por qué, me parece que necesito verlo bajo Su luz, con Su misma longitud de onda. He de ver la luz misma, no lo que ella alumbra, no el holograma a escala mundial que proyecta.

Una idea súbita golpeó la mente de Muthoni.

—¡Figúrate! ¡Si nosotros tuviéramos un proyector capaz de envolver con una realidad terrestre sólida cualquiera de esas bolas de lodo que dan tumbos por el espacio, podríamos ir a todas partes y asentarnos en cualquier parte! ¿Es eso lo que estás pensando? ¿Que podríamos utilizarle a Él como máquina terraformante para otras colonias nuevas..., si aprendemos a controlar la proyección, tal como Knossos sabe enfocarla? Entonces todo esto no habría sido, en modo alguno, un desastre. ¡Qué maravilloso secreto llevaríamos a la Tierra!

—Depende de los flujos de la imaginación colectiva.

—Bonito trabajo para un endopsico, ¿eh? ¿Encargarse de vigilar la psiquis colectiva? ¿Sintonizar las proyecciones? ¡Dar forma a todo un mundo! Supongo que eso necesitaría algún tipo de simbiosis con el «Dios» o entidad proyectara. Aun así..., ¿crees que es eso lo que Él teme? ¿Por eso desconectó la *Schiaparelli*? ¿O sería por voluntad de Knossos..., deseoso de quedarse con el secreto para sí solo?

—Te adelantas demasiado. El empuje de la evolución pondría fin a la proyección, en un sentido psicológico, puesto que todo el mundo se daría cuenta de que lo que ocurre en el exterior está ocurriendo interiormente en realidad. En eso consiste «La Obra», en reunificar lo que ha descendido, o ha sido proyectado. Simbólicamente, debe ocurrir cuando todos los pájaros regresen juntos al poniente del mundo.

—Denise...

—No, no los pájaros de Denise. Me refiero a todos esos pájaros que, por una parte, son aves, pero por otra también son ideas: sabiduría oscurecida, el cuervo; resolución espiritual, el gallo. Y así sucesivamente. Entonces terminaría todo.

—¿Quieres decir que no podemos utilizar ese poder? ¿Que una vez supiéramos cómo hacerlo, seríamos como dioses? ¿Sin un mundo material? Como dijo Jerónimo, ¿verdad? «Si todos fuésemos dioses divinos y nos sentáramos juntos a la mesa, ¿quién nos serviría de comer? En tal caso, ¿qué sustancia podría ser la nuestra?»

—Sigue hablando. Empezamos a desenredar la madeja. ¡Recuerda que esta cripta es también, probablemente parte. de la proyección! Lo seguro es que nosotros mismos nos proyectamos en la lente.

—¡Denise lo hizo por completo, literalmente!

—Tú ves aquí abajo un microscopio con una célula aumentada de vida terrestre. Yo veo..., estaba equivocado con lo del telescopio..., un proyector. Y lo que hagamos con él determina lo que él haga con nosotros. Lo que hizo Denise... Bien, ella siempre vivió absorbida por la ecología, casi místicamente, en su corazón; ahora la ecología la ha absorbido a ella. Como dijiste, se proyectó a sí misma en ella.

—*En Mis pensamientos todo el tiempo...*

La voz sonó más débil, bastante más lejana, a pesar de que ellos estaban más cerca del centro de las cosas, junto a la lente.

—Nos escucha —susurró Muthoni.

—Por supuesto, estamos en sus pensamientos. Hemos muerto y renacimos. Él nos proyecta. Hasta después de nuestra muerte no podíamos verdaderamente ser parte de la proyección, ¿no? Éramos unos simples forasteros. En realidad, no podíamos participar. Pero ahora sí. ¿Sabes una cosa? En cierta ocasión Denise me contó que allá por el siglo veinte circulaba una teoría metacientífica según la cual el universo entero era una especie de proyección holográfica de los pensamientos de un Dios. Cuando se divide un holograma en partes cada vez más pequeñas, la imagen no deja de existir, pero pierde definición. Quizá sea por eso que, cuando subdividimos el universo en partes cada vez más pequeñas, las partículas elementales se vuelven indeterminadas. El universo tal vez lo sueña un Dios y lo proyecta en la existencia. O se sueña a sí mismo. Si esto es así, ¿cabe pensar que el ser superior de este mundo bosquiano hubiese evolucionado en Su conciencia para percibir esto como la realidad? ¿Podría ser que estuviese explorando cómo es la existencia? ¿Sería Él un reflejo de algo que proyecta el universo..., pero dentro del universo? Tal vez Él era como un santo ermitaño, en una meditación de largos eones, hasta que aparecieron nuestros colonos con su dotación de símbolos auestas, y su hierofante secreto, Heinrich Strauss, emboscado entre ellos como una bomba de relojería..., y Él tuvo que dar vida a todos, un paisaje, un mundo..., puesto que sabía cómo hacerlo..., y ése fue el material psíquico que esperaba ser proyectado. ¡Lo cual habría sido para Él como una broma pesada a escala cósmica! En vez de absorbernos de buenas a primeras en el esquema, nos ha dejado llegar tan lejos porque tiene una esperanza.

—¡Sin duda no estaría esperando que le utilizásemos a modo de máquina terraformante!

—Voy a tratar de darle una cosa: la conciencia de lo que ocurre en la proyección. Tal como yo lo veo. Mi conciencia de ello. Proyectaré eso en Él, y luego ya veremos. ¿Quieres acompañarme, Muthoni?

Ella miró a su alrededor.

—¿Adónde?

—Al ojo de Dios. Al interior de esa lente. Como dos nitros de autoconciencia.

—¿Meternos en esa célula? ¡Estás loco! ¡Saldrás rebotado en forma de enjambre de abejas, o bandada de mariposas, o algo por el estilo!

—Lo que hay en este ojo no es humor acuoso, sino el *aqua riostra*. Aquí está: el sueño de los alquimistas.

Aventuró un pie sobre la membrana; saltar en plancha como Denise no iba con su estilo. La lente soportó el peso, aunque hundiéndose un poco bajo el mismo. Luego Sean cargó con todo su peso, haciendo aspas con los brazos en busca del equilibrio. Primero se tambaleó hacia un lado y luego hacia el otro; de pronto, los pies patinaron y se fueron en sentidos opuestos. Cuando cayó de cabeza en la lente, apenas tuvo tiempo para darse cuenta de la poca dignidad de su postura.

La luz le fustigó en los ojos.

El joven Sean llevaba pantalón corto y chaqueta de colegial. Tenía las rodillas huesudas. Sus dedos tironeaban perezosamente un hilo suelto de la insignia bordada en el bolsillo superior de la chaqueta. El emblema cataba formado por naves espaciales cruzadas, con una divisa latina al pie: *PROIECTIO*. El joven Sean tenía un proyecto en perspectiva...

Estaba sentado, como acabó por descubrir, en medio de una inmensa malla tridimensional hecha de pupitres vados, que se extendía hacia arriba, hacia abajo, en todas direcciones. Notaba la existencia de un suelo, aunque no podía verlo, puesto que descansaban en él sus pies lo mismo que las patas de su pupitre y las de todos los demás pupitres de su propio plano cuasi-infinito. Otros planos inefables se sucedían por arriba y por abajo, casi infinitamente.

De todos aquellos miles de pupitres vados, sólo el suyo estaba ocupado. Y por él mismo. (En lo que se ocultaban también una o dos paradojas...)

Se rascó la cabeza. De niño tenía abundantes rizos rojos y muy apretados. Los cabellos aún no se habían alejado como las galaxias en expansión, dejando el espacio vacío.

Pupitres. ¡Qué arcaico! Aunque tuviesen empotrado un teclado alfabético, y un par de auriculares, y una ranura de salida de papel impreso... Arcaicas rodillas huesudas. Arcaicos cabellos. ¡Arcaico muchacho!

Intrigado, se puso en pie. El piso invisible se prolongaba también de pupitre a pupitre, y no sólo debajo de cada uno de éstos. Durante un rato vagabundeo por entre los pupitres vados de su plano particular (ya que no había manera de acceder a los demás), y por último se sentó en otro pupitre idéntico. O tal vez fuese el mismo. Imposible saberlo.

Decidió que estaba en un examen, de manera que sacó del soporte el par de auriculares y se lo puso.

Casi en seguida, una voz se puso a hablar, a ritmo de dictado rápido. Automáticamente sus dedos bailaron sobre las teclas empotradas. De la ranura empezó a salir un listado. Se dio cuenta de que era su propia voz la que le dictaba, pero no supo qué decía el texto hasta que se puso a leerlo. Ya que la voz no le narraba la historia, sino que simplemente ponía en funcionamiento su sistema motor, los reflejos le permitían escribir.

Y esto fue lo que leyó (sin dejar de seguir escribiendo automáticamente)...

Primera Epístola:

El Séptimo Sol de un Séptimo Sol.

En una cierta nebulosa se halla una hoja de segur formada por seis soles, que empuña un séptimo sol, el más poderoso; y dicho séptimo sol, bien mirado, se resuelve en el sistema de estrellas múltiples más impresionante de todo el espacio conocido. Consiste en un octaedro perfecto hecho de estrellas blancas del tipo O, todas las cuales giran en armonía alrededor de un centro de gravedad común, cuyo centro de gravedad (casi imperceptible en medio de la orgía de luz) es un astro más pequeño, del tipo K, el séptimo. Sólo un planeta es siervo de dicho séptimo sol, y es un planeta como una joya, donde nunca se hace de noche.

(Todo este conjunto de soles pudo haber sido remolcado y puesto en su lugar por alguna raza de grandes antiguos desaparecida mucho tiempo ha, y dedicada a reorganizar el cosmos para que obedeciese a propiedades cristalinas y giroscópicas...)

Allí, en aquel planeta del séptimo sol del séptimo sol, se producen curaciones milagrosas y, a veces, todo lo contrario: dolencias milagrosas. (Como si la gran raza hubiese concentrado la potencia en ese lugar en especial...)

A este mundo (llamado Oro, por su brillo y por su riqueza tanto como por el lugar que ocupa su sol en el centro del poliedro estelar de ocho caras, y siendo dicha figura, como sabéis, la de la estructura cristalina del oro) llegó, procedente de la constelación del Pavo, la nave de los enfermos en hibernación, llevando a bordo varios miles de casos de cáncer, encefalitis, etcétera...

Sean arrancó el papel del listado y detuvo la voz que dictaba. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Que él era el séptimo hijo de un séptimo hijo, excepcionalmente bendecido por la suerte? Aunque irlandés, por supuesto, aquélla era la primera noticia de unos supuestos hermanos.

Una antigua raza sobrehumana ya extinguida...

Un planeta llamado Oro (¿Dios?), construido por ellos..., remolcado hasta ponerlo en posición...

Una nave estelar en hibernación, cargada de almas enfermas...

¿Y procedente del Pavo (¿Paavo?)?

Claves..., acrósticos..., ¡absurdos!

Arrojó el papel al suelo invisible, y allí se quedó.

La voz te hablaba otra vez, y automáticamente se puso a escribir:

Segunda Epístola:

«¡Magnifiquemos al Señor!»

—¿Por qué hemos de magnificar al Señor? —se preguntó cierto día Herr Professor Heinrich Strauss, y en seguida se puso a tallar y a pulir la lente mas grande que se haya visto nunca en el mundo, y el armazón para sustentarla.

—¡O bien el Señor está muy lejos, o debe de ser muy pequeño..., minúsculo, en realidad!

Luego lo pensó mejor y convirtió su aparato óptico en un telemicroscopio: un instrumento que combinaba en uno solo las funciones opuestas del telescopio y del microscopio. Podía observar aquellos fenómenos que son tan grandes y tan próximos que nadie repara en ellos (como todo el ancho mundo, que su máquina reducía al tamaño de un granito de arena), así como los que son tan lejanos que se sitúan en la curva de los mismos confines del cosmos, directamente detrás de la cubeta del observador.

Un día, mientras contemplaba su propio occipucio a través de varios miles de millones de años-luz de distancia, gracias a la curvatura del cosmos (utilizaba luz de taquiones), Herr Professor observó una diminuta figura que bailaba y agitaba los brazos para llamar su atención. Aumentando la magnificación un par de divisiones de la escala logarítmica, tuvo la satisfacción de comprender que aquél a quien observaba debía ser sin duda el Dios a quien andaba buscando...

¿Herr Heinrich Strauss? Existía, en efecto, un microtelescopio..., o un telemicroscopio..., en algún lugar. Pero, ¿dónde?

—¿Estaré dentro de él en este momento?

Sean arrancó la tira de papel, la convirtió en una pelota y la arrojó un par de pupitres más adelante.

Su propia voz le habló de nuevo, y sus dedos se apresuraron a seguir el ritmo.

Tercera Epístola:

El Salvador de las gallinas.

En mi juventud trabé conocimientos con una última ramificación de esa visión medieval del mundo, bajo la forma de la historia siguiente. Por aquel entonces teníamos una cocinera oriunda de la parte sueva de la Selva Negra, en quien recaía el cometido de ejecutar a las víctimas del corral destinadas a la cocina. Criábamos gallinas enanas, de una raza cuyos gallos son famosos por su combatividad y malicia singulares. Uno de éstos superaba a todos los demás en fiereza, y mi madre dispuso que la cocinera despachara al malhechor, con destino al puchero del domingo. Por casualidad, yo entraba justo en el instante en que traía el bicho decapitado y le decía a mi madre: «Con todo lo malo que era, murió como un cristiano. Cuando iba a cortarle la cabeza, gritaba: "¡Perdón! ¡Perdón!" Así que se habrá ido al cielo». Mi madre se enfadó mucho y contestó: «¡Qué tontería! Al cielo sólo van las personas». «Eso no es verdad —replicó la cocinera—. Los animales también tienen alma, y hay un cielo especial para todos, los perros, los gatos y los caba-

llos, porque cuando el Salvador del hombre descendió a la tierra, el salvador de las gallinas también vivió entre las gallinas...»

¿Dios como gallina? Clo-clo... ¡Ridículo! Pero la historia que contaba su voz le pareció más conocida en esta ocasión... ¡Ah! ¡Era la que escribió Cari Gustav Jung! En *Psicología y Alquimia*. Tal vez... En un mundo de transformaciones alquimistas, ¿qué dejaba de ser posible? Incluso un Cristo-gallina. Uno podía convertirse en un ave, en efecto, si no había otra manera de volar... O tener alas que batir, en cualquier caso. (Cerró los ojos y vio una bandada de pájaros diversos que salía a través de un *Hauptwerk* —un Gran Órgano— creando un arco iris musical en sus tubos...) Si Dios podía ser una gallina, tal vez tenía que serlo alguna vez. Ya que Él no poseía ninguna naturaleza definible, mientras que la naturaleza intentaba definirle a Él...

La transformación de Denise en una bandada de pájaros, ¿sería auténtica y duradera? ¿O se trataba sólo de lo que él vio mientras ella estaba siendo proyectada? En realidad las personas no podían transmutarse en pájaros y en bestias (al menos, no habitualmente), ya que de lo contrario el mundo no estaría tan poblado. Pues, si bien podía considerarse escasamente poblado en un sentido, por otra parte la población era, sin duda, mucho más numerosa que el grupo de colonos y la cantidad de óvulos fecundados que llevaba la *Copernicus*. Aunque posiblemente los mamíferos y las aves también se transmutaban en humanos... El unicornio y el leopardo, la garza y el alcaudón ciertamente parecían obedecer a propósitos y motivos más amplios que los meramente animales... ¿Porque evolucionaban? ¿Porque personificaban ideas? ¿O porque eran ya actores conscientes y despiertos bajo el disfraz bosquiano? Y en tal caso, ¿quiénes eran?

Sean arrancó el listado de la epístola, pero esta vez se lo guardó en el bolsillo superior de la chaqueta.

¡De nuevo aquella voz!

Cuarta Epístola:

El Dios de la Singularidad.

Dios es muy singular porque es Uno, lo mismo que sólo existe un universo en cualquier momento dado. ¿Pero tal vez hay otros universos coexistentes? En cuyo caso, nosotros no habitamos el Universo, y por consiguiente nuestro universo sólo puede englobar una parte de Dios. Siendo así, ¿cómo no pueden distinguirse partes distintas de Él?

¡Lógica de colegial! Sean refunfuñó y arrugó el papel. La voz continuó como si nada, pero ahora lo que decía era ligeramente distinto:

Dios es muy singular en cuanto puede emerger de una singularidad desnuda en el espacio-tiempo. Teniendo en cuenta que cualquier cosa, lo que se dice cualquier cosa, puede emerger de esa manera, entonces Dios también puede emerger de una singularidad desnuda, en un tiempo dado. Supongamos que una singularidad desnuda haya generado a Dios, lo mismo que podría expulsar una lata de guisantes o una mona o un exfarquib (nombre arbitrario de un objeto extraterrestre desconocido para nosotros). Así, tal vez el universo produce a un Dios para sí, de una manera bastante natural, y no lo contrario: que Dios produzca un universo. Si por tanto el universo es más extraño de lo que Dios pueda concebir (aunque sea capaz de concebirle a Él arbitrariamente), entonces es un viejo y extraño do. El Dios necesita un lugar tranquilo para escuchar la música que le creó a Él, lejos del ruido de las demás formas naturales de vida... Pero las formas de vida acaban por venir, quieras que no, y atracan en forma de nave hospital o nave de refugiados, y prevalecen sobre la creatividad de que Él estaba dotado...

Sean arrancó de la ranura La Cuarta Epístola, y la hizo trocitos y la lanzó por el aire. Durante un rato los pedazos se adhirieron a su pupitre como tábanos. Pero al fin consiguió librarse de todos ellos. ¿Seré yo el condenado mono estocástico? ¿Condenado a generar cadenas interminables de sentencias absurdas sobre Dios, sólo una de las cuales podría ser realmente cierta? ¿O podrían serlo todas?

—¡Ejem! —gruñó la Voz.

Quinta Epístola:

Los Alienígenas Adorantes.

Liliput y Brobdingnag no son en realidad dos países distintos, sino uno y el mismo. En ese país de Lilibrob (llamado a veces de Putingnag), las personas nacen muy pequeñas (aunque plenamente formadas) y luego siguen creciendo durante toda su vida, hasta que alcanzan el tamaño de gigantes. Todos sus órganos aumentan durante ese proceso, sin exceptuar los ojos, los cuales, como consecuencia de ese aumento de tamaño, se hacen cada vez menos capaces de enfocar las cosas con claridad. En el ojo que crece el mundo queda cada vez más desenfocado, aunque la costumbre y la familiarización tienden a paliar lo que ocurre realmente.

Así fue cómo los jóvenes gemelos idénticos llamados Antes y Después (nombre debido a que el nacimiento de uno de ellos precedió en escasos minutos al del otro) captaron la llegada de los Alienígenas de una manera mucho más exacta, aunque necesariamente más infantil que sus mayores.

En consecuencia, comprendieron que se debía rendir adoración a los Alienígenas visitantes. No comerciar. Ni darles la bienvenida. Ni rechazarlos. Ni interrogarlos. Ni copular con ellos. Pero sí adorarlos. Tal era el modo de relación más correcto entre seres mutuamente extraños. De hecho, la galaxia habitada era en realidad una inmensa iglesia, cuyos fieles se adoraban mutuamente: tal como la jirafa adoraría al elefante a título de prodigio, de epifanía de la rareza y la otredad, si tuviese inteligencia suficiente para ello.

Los adultos enormes de Lilibrob (o Putingnag) no podían captar esa rareza, puesto que veían muy mal. A ellos los Alienígenas les parecían criaturas bastante normales y familiares.

Como había suponer, los Alienígenas se marcharon muy pronto de Lilibrob, seguidos únicamente por las oraciones de los gemelos Antes y Después.

Sin embargo, y a medida que Antes y Después se hacían mayores y aumentaban de tamaño (y sus ojos crecían como consecuencia de ese mismo proceso), poco a poco fueron olvidando lo que habían visto. La dificultad fue que Después lo olvidaba algunos minutos más tarde que Antes, lo cual condujo a una discordia irreconciliable entre los gemelos, discordia que ellos justificaban como una cuestión de prioridad en cuanto al derecho de primogenitura...

—¡Dios mío! —gimió Sean, al tiempo que dejaba caer el papel—. Voy cada vez peor. Estoy regresando. Evoluciono hacia atrás.

Desesperado, abandonó su pupitre y echó a andar por el piano infinito de incontables pupitres vados. Todos vacíos. ¡Excepto uno! Sobre ese uno se veía un libro encuadernado en cuero natural y con cantos dorados.

Se acercó, no sin precauciones.

El título grabado en la cubierta decía: MANUAL DE PROYECCIÓN.

Lo abrió y leyó la página titular.

UNIDAD DE PROYECCIÓN MUNDIALMANUAL DE MANEJO

Departamento de Arquitectónica Cúmulo de Bellastrella 1.500.000 B. C.

¿B. C? ¿Before Christ (antes de Cristo)? ¿O Cúmulo de Bellastrella?

Hojeó el libro, pero estaba impreso en una escritura indescifrable. No borrosa ni evasiva como suele ocurrir en los sueños; sencillamente, carecía de puntos de referencia para entenderla.

¿Para qué, entonces, una página titular en su idioma? ¿Para que él supiera, al menos, lo que estaba mirando?

¿Alguna raza sobrehumana había construido máquinas capaces de transformar la energía en objetos salidos, materiales, a escala planetaria, de mantener medios ambien-

tes enteros proyectados para sus constructores, grandes holografías materiales codificadas según los pensamientos de los constructores...?

¿Habría recalado alguna de las máquinas vivientes en la superficie estéril de 4H97801, sin dueños que pudieran animarla? ¿O tal vez sus constructores habían muerto, o mutado en algo diferente? Era posible incluso que hubieran sido reabsorbidos, en virtud de algún reflujo voluntario o involuntario, en la propia máquina de proyección. En la lente.

¡Aquella había sido la intuición de Muthoni! ¡La idea de usar a Dios como aparato terraformante! A pesar de todo, podía ser verdad. «En mis pensamientos todo el tiempo...» Tal vez aquel pensamiento les había sido sugerido. Y ahora emergía, una vez más, si bien la versión paródica, en aquel espacio interior de..., la lente, la retícula de la gran raza...

¿Y qué significaba en realidad lo de Arquitectónica? ¿Una combinación entre arquitectura y tectónica: reconstruir la corteza de un planeta con un nuevo paisaje? Sí, la arquitectura se insinuaba en la reorganización de todo un medio ambiente. Pero significaba también, sin duda, la ordenación sistemática del conocimiento. ¿De manera que, al disponer los conocimientos propios en tal y tal orden, uno alcanzaba el poder necesario para transformar un mundo..., de modo que el mismo reflejaría aquellos conocimientos?

La fuerza que respaldaba al Dios ¿habría sido «construida» por los alienígenas? ¿De algún lugar llamado Bellastrella? ¿O el Dios habría emergido espontáneamente, tal como afirmaba la Cuarta Epístola?

Ello había tratado de comunicar con él por medio de extrañas parábolas, cuya misma extravagancia indicaba o bien que eran puramente absurdas, o bien que constituían metáforas sobre el verdadero estado de la cuestión.

Vio con sorpresa que ya no era un colegial de pantalón corto y americana de uniforme. Se había tornado adulto, y ya no iba demudo, sino vestido. Ahora ocultaba conocimientos dentro de sí; vestía el mismo tipo de túnica que usaba Knossos, pero de color gris plata idéntico al de los trajes de astronauta de la *Schiaparelli*. Le picaba la cabeza. Se rascó..., y sus dedos se enredaron en cabellos. Espesos, con rizos muy apretados. Se arrancó un cabello: era ondulado y de color rojo cobrizo.

¿Era posible que los alienígenas de Bellastrella se hubiesen convertido en seres perfectos? ¿Estaban realmente allí, para dar la bienvenida a la llegada de la *Copernicus*..., a través del Dios que (quizás) habían creado para sí mismos? Bienvenida porque representaba algo dinámico, un nuevo comienzo..., ya que la perfección significa la inmovilización del mundo, como una mosca en un pedazo de ámbar.

¿Así que los seres humanos trajeron la salvación? Por tanto, era cierto que el Diablo (y el Dios) adoraban a los humanos recién llegados, ¡exactamente como sugería la Quinta Epístola! Mientras que, al mismo tiempo y según la Tercera Epístola, los humanos no dejaban de estar todavía al nivel de las gallinas, y la deidad barbuda y vestida de rosa que moraba en el Edén no era más que un salvador de gallinas, algo extrañado ante esta circunscripción de su papel; acontecimiento por otra parte bienvenido para los alienígenas de Bellastrella como escapatoria frente al Dios que habían generado, como huida de la perfección estática al dinamismo, a la actividad y a la sucesión de acontecimientos.

—¡Naturalmente! —exclamó frente a la retícula desierta—. Vosotros ya no estáis aquí, ¡oh, perfectos! Andáis todos por el Jardín o por el Edén, vistiendo unos cuerpos. En el Infierno quizá no, ¿verdad? Eso quedó para los robots. Es un lugar humano. ¡Vosotros sois el resto de la población! ¡Vosotros sois los peces y las aves, los tritones, los tiburones alados, el león y el unicornio! ¡Y tal vez seáis algunos de los humanos! ¡Estáis gozando de nosotros, disfrutando con nuestra psiquis extraña y complicada, con nuestra lucha por evolucionar!

—¿Estáis ahí? ¿Estáis ahí? —desafió.

Descargó un puñetazo sobre el pupitre más próximo, con tanta fuerza que las patas se doblaron. El pupitre se hundió con suavidad en el suelo y sólo quedó una leve marca allí donde había estado.

La onda de choque se propagaba. Como fichas de dominó o castillos de naipes, todos los demás pupitres empozaron a arrugarse y convertirse en meros puntos de referencia sobre el plano. Y a medida que iba perdiendo los pupitres que contenía, el plano mismo (y los de encima, y los de debajo) empezaba a deformarse poco a poco. Los planos se plegaban alrededor de él en una cierta forma hiperdimensional..., que tal vez fuese la representación geométrica de algún arcano Número de la Realidad.

Había lanzado una acusación y un desafío. El colapso de la retícula parecía ser la única respuesta. Pero justamente cuando la hiperestructura se plegaba alrededor de él y deformaba el espacio ocupado por su propio cuerpo reformado de adulto (de una manera indolora, aunque desconcertante, su propia altura, su longitud y su anchura desaparecían en aquel mismo proceso) habló una voz, que por esta vez no era la suya propia e interior.

23

Estaba en ninguna parte, en medio de nada. No obstante, una claridad nacarada alumbraba esa nada, sin sugerir por ello ni cerca ni lejos, ni arriba ni abajo. Creyó que estaba agitando los brazos y las piernas mientras procuraba orientarse, pero luego abandonó el intento. No tenía brazos ni piernas, aunque su sistema nervioso creyera que los tenía. La mano que creía poner delante de la cara, sencillamente, no estaba. El colapso de la retícula le había privado de un exterior. Era como si hubieran desconectado la proyección de la realidad. Ahora era sólo una partícula, un punto, carente de dimensiones.

Y una voz le hablaba.

¿Le reprogramaban mediante la privación sensorial? No tenía ninguna otra opción en esta materia, sobre todo, puesto que la materia allí no existía.

—El no lugar no es la nada, Sean. El no lugar es el Vado. Escucha: hay más energía encerrada en un solo dedal de Vacío —y entonces experimentó la sensación de unos dedos agarrando... nada—, que en todos los soles y toda las radiaciones del universo entero. De esa nada emergen constantemente, de propio acuerdo, los pares de partículas. Pero, supuesta una liberación suficiente de energía, podría aparecer cualquier cosa: las configuraciones de partículas que correspondiesen a un zafiro, a un árbol, a un piano de cola...

»El universo manifiesto sólo se aproxima a este nivel de energía potencial en el seno de un agujero negro formado por la materia colapsada de una estrella gigante, o de muchas estrellas, quizá de muchos centenares de ellas. —Ahora percibía el latido de su corazón: ¡pum! ¡pum!—. De ese punto de singularidad, donde fallan las leyes "naturales", podría emerger cualquier cosa a escala real: un árbol, un piano de cola..., si el horizonte temporal no trazase un *cordon sanitaire* alrededor de la singularidad.

»Sin embargo, los agujeros negros no permanecen atados siempre al horizonte temporal. El efecto túnel cuántico tiende a emborronar sus límites. —¡Ahora tenía pelo en su cuerpo! ¡Estaba siendo reconstruido físicamente en alguna parte, órgano a órgano, pieza a pieza!—. Hasta que, súbitamente, en un nanosegundo, el agujero negro se evapora en un destello de radiaciones. En este momento podría aparecer cualquier cosa de tamaño macroscópico, aunque estadísticamente, el espectro de emisión tenderá a ser aproximadamente térmico, de modo que cualquier objeto exótico sería destruido simultáneamente por la emisión.

»Pero existe una condición todavía más curiosa. Una masa elipsoidal en colapso, que gire cada vez más rápidamente sobre su eje mayor, se encogería, no en forma de singularidad puntual en un horizonte temporal, sino en singularidad filiforme que sería desnuda

frente al universo manifiesto. —Lo mismo que él estaba desnudo en el Vacío. Ahora tenía ojos y podía ver: filamentos rosados de gases que se condensaban en soles brillantes del tipo O, a la temperatura del blanco, y que ionizaban dichos gases... ¡Siete soles por lo menos!—. Esta singularidad filiforme desnuda continuará sobre su vector original a través del universo manifiesto, emitiendo un perfil cuasitérmico durante toda la eternidad menos algunos momentos aleatorios. Durante uno de esos momentos aleatorios, al paso en proximidad de una nebulosa en condensación, emitirá hacia el universo, de manera completa y coherente, no un zafiro tan grande como un planeta, no un piano de cola para asombro de futuros astronautas que lo hallasen flotando en el espacio dentro de mil millones de años, no un *exfarquib* extraterrestre, sea lo que sea, sino (por la simple razón de que puede ocurrir así, y por tanto está ocurriendo en este momento) que emite energía vital coherente: una retícula de energías organizadas que gozan de conciencia. La energía vital surge, consciente de sí misma, en medio del caos estocástico. Una horda mental de fuerzas electromagnéticas. Nosotros.

«Mutamos. Nos desplazamos. Nos equilibramos. —Ahora tenía tímpanos, oído interno y sentido del equilibrio—. Nos fijamos sobre los billones de motas de polvo de la nebulosa como si fuesen la semilla capaz de solidificarnos. —Le brotó el pene y le dolieron las gónadas—. La radiación de los soles nuevos y más calientes nos alimenta. Cuando estos soles calientes despejan el resto de la nebulosa y abren cielos claros sobre el resto del universo, nos maravillamos de existir. Nos hallamos dotados, desde aquel momento de nuestro origen, de la capacidad de utilizar la propia energía del Vado. Podemos hacer que aparezcan, no simples pares de partículas (la materia elemental de la creación espontánea) sino, realmente, un zafiro del tamaño de un planeta, un árbol, un piano de cola. Pero necesitaríamos saber qué son esas cosas...

»No lo sabemos. Nuestro nacimiento fue una irrupción súbita en la existencia. Carecemos de arquetipos. Carecemos de contenido. —Sean buscó y encontró sus pies, y sus caderas, su pecho y su cara—. Es sólo retrospectivamente cuando podemos comprender esas carencias, o entender que lo eran. Pero necesitamos generar y cambiar, atravesar procesos, para mantener nuestro equilibrio. ¿Qué es esa existencia extraña que recibimos de la singularidad? ¿Qué hemos de generar? ¿Qué cambios debemos experimentar? ¿Qué procesos debemos iniciar? Proyectamos redes cristalinas en el espacio, geometrías sólidas, por si pudieran servir. Examinamos el universo exterior, la materia, las radiaciones y el vado. —Sean experimentó sensaciones parecidas a la insolación y al hambre: tenía la piel caliente, el estómago vado—. Nuestra existencia, ¿es una broma? Este concepto sólo llegamos a entenderlo mucho más tarde, puesto que una broma exige un bromista y nosotros simplemente empezamos a existir. Comprenderás que si podemos hablarte de ello es porque vosotros mismos, y otros, nos habéis proporcionado los puntos de referencia.

«Interceptamos una señal de radio coherente. Nuestra horda mental la considera. Con el tiempo llegamos a darnos cuenta de que la misma testimonia la presencia de otro género de vida en el universo..., vida local, especializada... a miles de parsec de distancia y en el pasado remoto. Descubrimos un código genético, una historia, una cultura, unos logros y unos propósitos. Tomando de la energía propia del Vado, construimos un mundo que gire, con un núcleo de materia colapsada, para que este mundo tenga gravedad, y con una atmósfera, ya que esa forma de vida parece necesitar de ambas cosas. —Sean se sintió las costillas, los huesos y las articulaciones—. Sobre la corteza de ese mundo animamos sus dones, según ellos mismos, y en la medida en que somos capaces de entenderlos. Una pequeña parte de nuestra horda mental entra en nuestra proyección como *aqua vitae* de la misma, como su espíritu de vida, para experimentarla mejor.

»Durante largo tiempo nos consideramos satisfechos con esa reanimación de su vida. Se suceden millones de rotaciones de esa cáscara de mundo; en el universo reina el silencio, el ruido de fondo. Y entonces interceptamos otro mensaje de vida. Y volvemos a

crear otra corteza terrestre. Una vez más proyectamos el mensaje en forma sólida, en la medida en que somos capaces de adivinar todo aquello que permanece tácito. Y otra vez, una pequeña parte de nosotros mismos se dedica a imitar lo que debieron ser. Lo que perpetuamos es una idea de la idea que ellos tenían de sí mismos.

«Los soles blancos se hallan ya bien avanzados dentro de la serie principal cuando nuestra horda mental, siempre buscando, capta otra señal para animarla. Pasan los eones. ¡La vida es tan escasa en estas enormes distancias, y tan frágil! Aunque, considerando la totalidad del universo, forzosamente deben existir muchos ejemplos de ella.

«Cuando nuestras estrellas blancas se dilatan y se convierten en gigantes rojas, quizás habremos recibido una veintena de mensajes de la vida que ha alcanzado esa culminación. ¿Pueden captarse mutuamente? Lo dudamos, ¿Qué ocurre después de haber alcanzado esa culminación? No lo sabemos. Tal vez ella agota el mismo mundo en donde se produce, o tal vez se agota a sí misma. Nuestros soles se dilatan y pronto van a colapsar y estallar. Tomamos de la energía del Vacío que tenemos a nuestra disposición para enviar nuestras veinte cáscaras de mundo en diferentes direcciones, devolviendo entre las estrellas a esos seres presuntamente muertos que habitaron la galaxia, en un acto que vosotros llamaríais de culto/homenaje/admiración/conmemoración.

»Somos tan viejos, y al mismo tiempo tan jóvenes. El más joven de vosotros contiene mil millones de años de evolución. Nosotros estamos en un punto terminal de la evolución, si es que tal punto existe, desde el comienzo de nuestra existencia. Empezamos "perfectos" y recaemos en las realidades. Donde otros mundos tenían sueños, nosotros tuvimos que soñar mundos. Hemos de reingresar en la existencia para comprender ese punto omega de nuestro comienzo. Idénticos a nosotros mismos, asumimos identidades ajenas hasta donde podíamos simularlas. ¿Será nuestro único propósito el de mantener los propósitos de otros? ¿Y cómo puede existir un propósito para nosotros, los que sencillamente nos limitamos a ocurrir? Hemos de estudiar todos esos propósitos ajenos para llegar a saberlo. Pero nunca habíamos tenido un encuentro personal con ellos; los conocíamos sólo en la forma recreada por nosotros. Ya que se trataba siempre de desaparecidos largo tiempo ha. Y ellos jamás se conocieron entre sí, excepto a través de nuestra horda mental. De manera que, ¿cómo podríamos saber si acertábamos en nuestra representación de ellos? Éramos una vida mimética.

Sean se descubrió la lengua y la pasó por sus labios, con lo cual dejaron de estar sellados.

—¿Hasta que la *Copernicus* se encontró con una de vuestras cáscaras de mundo que orbitaba por aquí?

—Vosotros sois la primera forma de vida que hemos conocido directamente, con su propia fuerza vital intacta, sus propias fuerzas simbólicas de la mente profunda. Nos dejamos atrapar alegremente por la intensidad de vuestras señales de existencia. La profundidad de los símbolos y de los móviles nos fascinó. Pero no podemos ponerlo en conocimiento de nuestros demás mundos; se dispersaron demasiado lejos y hace demasiado tiempo. Los espacios interestelares son vastos y los abismos del tiempo inmensos. Nuestros mundos siguen su viaje por algún lugar de esta galaxia, o quizá fuera de ella..., cada proyección, animada por una horda mental y llevando una envoltura de horda mental disponible en reserva.

Un museo ambulante y disperso de formas de vida alienígenas proyectadas, reanimadas... Una Disneylandia cósmica y psíquica: ¿sería ésa la única forma actual de vida que compartía la galaxia cotí los humanos? ¿La única forma de vida superior? Pues, ciertamente, existían las otras formas interiores, las ecologías de los mundos colonizados descubiertos hasta el momento por la Tierra...

—La Horda Mental Primordial de los orígenes ha descendido toda a la materia, pero todavía podemos animar independientemente un mundo nuevo a expensas de la proyección anterior, cuyas especificaciones podemos memorizar por tiempo indefinido. Tal vez

otra corteza, al recibir el mensaje de vuestra existencia procedente de vuestro planeta originario mucho después de que vosotros hayáis desaparecido, prefiera dejar en memoria su propia proyección y asumir en su lugar la reanimación de la Tierra... durante una hora, o durante un millón de años. Y tratar de adivinar lo que fuisteis en realidad. Pero ahora, a vosotros os conocemos por experiencia directa. Y por eso os adoramos/honramos/admiramos.

—Así que por eso estáis enganchados a la evolución deliberadamente acelerada de Knossos, ¡que os proporciona la infancia que no tuvisteis! Y cuando alcancemos todos el milenio, si es que eso llega, ¡podréis desconectar la proyección! Y animar vuestra idea de unos lagartos inteligentes, unos calamares o unos globos de gas que enviaron un mensaje hace millones de años, y que entonces serían sustituidos... ¡Esperad un momento! ¿Por qué han de fenecer necesariamente todas esas formas de vida? ¿Por qué ha de lanzar la vida terrestre un mensaje y luego desaparecer de la escena?

—Así se comporta la vida, como demuestran los precedentes. Naturalmente, sólo podemos hablar de los que han dado señales y no de los que jamás señalizaron su presencia. Pero los que enviaron el mensaje, lo hicieron durante poco tiempo. Es la culminación de una especie. Luego, el silencio.

—Nosotros hemos colonizado. Nos desarrollamos.

—A un par de distancias estelares de vuestro mundo imaginario. Eso no es nada. Es posible que vuestro mundo originario se esté secando ya, tras haber llegado a la culminación de su finalidad. Sólo nosotros somos inagotables, pues recibimos nuestra fuerza del Vacío mismo, al ser hijos del Vacío y la propia proyección de éste fuera de la singularidad. Aunque vuestra venida aquí podría ser un Gran Acontecimiento. No será un acontecimiento para vuestro mundo original que debe seguir su propio destino. Ahora lo comprendemos. Todas las formas de vida deben aprender a realizarse a sí mismas, en medio de las inmensidades del vacío..., los espacios inmensos, los tiempos inmóviles. Nosotros somos los únicos que podemos recopilar y comparar propósitos vitales, ya que por nuestro origen no tenemos ningún propósito propio.

—¡Knossos exige la cuarentena para este experimento global!

—Knossos conoce los símbolos profundos de vuestra vida. Knossos es la semilla. Pero tú también, Sean *Athlon*, has llegado a nuestro núcleo interior...

Sean estiró sus miembros. Se sentía otra vez como reencarnado. Los ojos, la nariz, los labios. Los pulmones intestinos, el corazón. Los pies y las manos. Ya no estaba en medio de ninguna parte. Su cuerpo empezaba a restablecer el espacio a su alrededor: longitud, anchura, altura. Un simple tirón bastaría para volverse del revés a sí mismo y para caer de nuevo en la realidad, como una pelota de tenis que hubiese rodado por espacios más altos. La realidad proyectada. A donar la horda mental a través de su lente.

Entonces tiró de sí mismo.

Cuarta Parte - El Jardín

24

Sean yacía sobre la fresca y verde hierba.

El sol relucía en el cielo turquesa desde la posición de mediodía, pero no hería la vista. Moras gordísimas colgaban como racimos de uva en los matorrales. Un salmonete grande como una foca avanzaba jadeante, reptando sobre sus aletas, sobre el prado. Una mujer desnuda salió silbando de entre un seto de laurel y encerró el pez entre sus brazos, en un abrazo fálico resbaladizo que él, agradecido, no tuvo reparo en consentir.

Sean parpadeó y supo que estaba en el Jardín.

Reconoció también sus propios miembros, que estaban como siempre, según descubrió cuando los estiró voluptuosamente: era otra vez él mismo.

Sin embargo, aún vestía aquella túnica parecida a la de Knossos y que había supuesto imaginaria. Pero había sido proyectada junto con él.

Existían, pues, unos extraterrestres que reanimaban con su propia esencia las culturas muertas y desaparecidas de la galaxia... Porque la vida era escasa y demasiado dispersa en el tiempo y en el espacio, y por lo visto no perduraba más allá de una determinada fase... ¿Qué esperaban ganar con ello aquellos conservadores alienígenas? Era un instinto que había nacido con ellos. Igual que ciertos pájaros, les gustaba decorar su nido con *objets trouvés*...

Lo mismo que nosotros lamentamos la desaparición del dinosaurio, del dodó y de la ballena... ¡Cuánto más no lamentaríamos la desaparición de las culturas de Canopus, de Vega, de Aldeberán, con toda la sabiduría que quizás acumularon! En esto encontraban los alienígenas un sentido y una sustancia.

Un algo plateado resplandecía sobre las copas de los árboles. ¡Era la ojiva de la *Schiaparelli*! Sean se puso en pie. ¿Dónde estaban Muthoni y Denise? En cuanto a Denise, ¡ah, sí! Los pájaros que cantaban tan dulcemente en la enramada... Notaba la presencia de Denise..., en otro lugar. Y sí, también él mismo era una persona diferente. Si sus sentidos normales habían adquirido en las tinieblas del Infierno una agudeza preternatural, ahora se daba cuenta de que poseía un sentido nuevo, desde que había pasado por la cuadrícula multidimensional de la horda mental: un sentido de conexión con toda aquella proyección planetaria. Todavía era un sentido confuso; no había aprendido aún a enfocarlos. Pero incluso así: Muthoni era... una pantera (o se comportaba como tal), que se abría paso por entre el herbazal y se acercaba a la astronave desde una distancia considerable.

Aumentó el enfoque de su nuevo sentido. No, todavía era una mujer. Una mujer enfurecida y que andaba de caza. Se había visto abandonada primero por Denise, y luego por Sean. Y se arrojó sobre la lente, con las uñas afiladas como bisturís. Y la lente la proyectó de nuevo hacia el Jardín. ¿Dónde estaría Jerónimo? Estaba llorando (o mordidiéndose los labios para no llorar) junto al estanque de la fuente del Edén: eterno testigo, lo mismo que eran testigos los alienígenas que le habían destinado a ese papel. Denise se había reunificado en otro lugar, efectivamente, y se bañaba en un lago alrededor del cual giraba una Cabalgata. Los tres eran centellas brillantes en un torbellino galáctico que envolvía aquel mundo, cada una con sus propias líneas espectrales exclusivas, con su propia configuración de conocimientos que absorbían determinadas longitudes de onda de la experiencia, transparentes para los demás, que las atravesaban sin darse cuenta.

Knossos, el hombre vestido, estaba... cerca. El otro hombre dotado de una vestidura de sabiduría. Había absorbido tanto de ella que su espectro estaba recubierto de oscuridad. Pero algunos rayos de luz lo atravesaban y le caracterizaban, como otros tantos desgarrones de su túnica.

Sean se escondió detrás de un matorral, aunque seguramente Knossos podía advertir su presencia gracias a su propia ante del nuevo sentido.

En aquel momento, la urraca familiar pasó votando, con su grito característico. El propio Knossos apareció en el prado. Miraba escrutadoramente de un lado a otro. Sean «alió de su escondite y le tomó del brazo.

—¡Ya te tengo, Heinrich Straum!

Knossos paseó la mirada sobre la túnica de Sean y sonrió con ironía, sin hacer ningún intento por soltarse.

—Sí, un pajarito me ha contado que estuviste hablando con los alienígenas. ¡La pobre y vieja horda mental! —Knossos meneó la cabeza con burlona compasión—. ¡Tanto poder y tan poco entendimiento! Parásitos culturales... Las demás vidas cósmicas no desaparecen, ¿no lo sabías? Se perfeccionan a sí mismas. Continúan.

—¿Ah, sí? Tienes una bola de cristal, supongo, una línea directa con las demás razas trascendentales extraterrestres.

—Todavía no, pero la tendré. Lo mismo que todos nosotros. Ahora, incluso la horda mental puede progresar. Ya son peces y animales de sangre caliente. Gracias a mis esfuerzos y a nuestra presencia aquí, el proceso está en marcha. —Sonrió con fingida modestia—. ¡Eso creo, por lo menos!

Saludó con una sonrisa al salmonete, y bendijo con unción a su compañera humana.

—Pero esto debía de ser una colonia humana.

—¡Ah! Cierto, cierto. ¿Y para qué supones tú que salimos a la galaxia, sino para transformarnos, nosotros también, en algo sobrehumano, en algo nuevo? ¿Cuál dirías tú que es la verdadera finalidad profunda de la colonización? ¿Más *Lebensraum*, más espacio para continuar con las actividades ordinarias? ¡Ach! Cada nuevo mundo modifica a la Humanidad, poco a poco, pero infaliblemente, hasta que surge otra especie de seres. Los soles extraterrestres, los biorritmos extraterrestres, la ecología extraterrestre... No puede uno adaptarse a todo eso sin alteración. Aquí el proceso se acelera, sencillamente, gracias a nuestros anfitriones, los de la horda mental.

—Supongo que sabías todo eso por adelantado, incluso antes de salir de la Tierra.

—¡Cuánto sarcasmo! No, Sean, no estoy loco. ¿Cómo podía conocer por adelantado la existencia de la horda mental? Yo no tenía ni la menor noción de lo que iba a ocurrir aquí. Pero aquí hallé el oro: la piedra, el *aqua nostru*. La estaban usando mal; era un poder no bien comprendido. ¿Te ha contado la horda mental lo ocupada que estaba dando animación a una raza de pájaros inteligentes, antes de que llegásemos nosotros? Llevaban por lo menos cien mil años haciéndolo, como un trabajo de relojería, repitiéndolo una y otra vez. Bien, eso quedó abandonado..., salvo en el sentido de que algunos de los de la horda mental que participaban en la animación quedaron revestidos, digamos, de un nuevo plumaje. Nunca se habían enfrentado antes al espíritu viviente de una raza, a todas esas fuerzas inconscientes tan violentas. La dinámica espiritual. Sólo contaban con la apariencia y con lo que pudieran conjeturar acerca del espíritu y que les servía pura la simulación. Todas las cortezas artificiales que han construido deben de ser por el estilo..., a menos que alguna de ellas haya logrado ponerse en marcha y empezase a evolucionar de verdad. A menos que la simulación se apodere de ellos... cosa que, en el fondo, nuestros amigos energéticos realmente ansían para tener así una especie de autenticidad existencial. Porque ellos no han evolucionado jamás como nosotros. Ellos surgieron cierto día de la singularidad, tal cual, totalmente desarrollados y coherentes.

—Según me dijeron, todos los originales de esas Disneylandias extraterrestres se habían extinguido ya, y aparte esas vidas miméticas creadas por ellos, estábamos solos.

—¡Otro error de interpretación, causado por su falta de ímpetu evolutivo! Las razas que evolucionan parecen poseídas de una necesidad de propagar un mensaje sobre sí mismas: «Hola, estamos aquí y esto es lo que somos». Sitúan una radiobaliza. También nosotros lo hicimos. Esto ocurre mientras todavía creen que pueden tener contemporáneos en el universo, ordinariamente solitario. Peco, la verdad, es solitario. Cuando las razas advierten su soledad, se ven forzadas a elegir entre quedarse como están, y degenerar... o evolucionar hacia algo extraordinario, algo que vaya más allá del universo ordinariamente desierto. Es por ahí donde eligieron marchar las razas alienígenas, ahora silenciosas.

Alzó la vista hacia el cielo color turquesa, como si pudiera verlas claramente allí, más allá del sol, más allá de la inmensidad del espacio.

—¡Bah, vamos! Hay una alternativa obvia: la colonización. Si la galaxia está vacía, poblémosla. Colonicemos todo el condenado espacio. ¡Y eso es lo que hacemos!

Strauss meneó la cabeza.

—¿De veras? ¿Es eso lo que hacemos? Demasiado espacio, Sean, y períodos de tiempo demasiado largos. Además, cualquier raza que emprenda un programa de coloni-

zación descubrirá pronto que el colonizar mundos extraños produce seres extraños a ella. No es posible reduplicarse en otro lugar, sin más. ¿Cómo se justificaría, pues, la inversión? O recogen bártulos, o eligen el camino extraordinario.

—¿Tal como sucede aquí?

—Evidentemente, Sean: ¡Oro!

Se frotó los nudillos, como un Aladino llamando a un genio que hubiera estado doscientos años a su servicio. La urraca consideró si posarse en ellos, pero prefirió una zarzamora.

—¡Qué cómodo... para ti, según tus opiniones! ¡Y qué coincidencia tan extraordinaria! Tal como lo cuentas, parece que estuviese todo predestinado. Tu destino personal estaba esperándote aquí. ¿Y si te hubieras presentado para otra expedición distinta del programa *Exodus*, eh?

Knossos, muy satisfecho, se alisó la túnica. Indudablemente, aquel día rebosaba de un modesto amor a sí mismo.

—En otras colonias, qué duda cabe de que no me habría quedado otro remedio que armarme de paciencia y estudiar los efectos de los biorritmos extraterrestres. Seguramente mi papel habría cobrado una importancia cada vez mayor..., pues, de lo contrario, la colonia estará *kaputt* tan pronto cuino su alienación vaya haciéndose obvia.

«Cualquiera que sea la expedición *Exodus*, a mí se me necesita por buenas razones. Por eso tú también estás aquí, gracias a tus conocimientos que, por cierto, son casi los mismos que los míos: el ajuste de nuestros patrones arquetípicos heredados en un marco de referencia no humano, ¿*nicht so*? Las corrientes del inconsciente que, si se ven obligadas a cambiar de cauce, harían del hombre un ser nuevo y diferente.

—¿Qué quieres decir con eso de que se te necesita cualquiera que sea la expedición? Ésta es la única colonia donde casualmente te encuentras.

—Sean Athlone, yo soy parte de un plan. O digamos mejor, de una estrategia heurística... En cualquier caso, yo la concebí. Ahora escucha bien. El administrador o la administradora de cada colonia nueva está convencido de que la colonia sobrevivirá gracias a su administración. Y lo mismo el sociólogo principal. Y el psicólogo jefe. Pero yo estoy también allí: el transmutador, el alquimista espiritual. Estoy oculto entre los demás colonos, disfrazado de bioquímico y xenobiólogo bastante brillante.

—Y ahora estás aquí. De manera que te ocultaste, y he aquí tu persona. ¡En eso no hay ningún plan maestro!

—Sí lo hay.

—Es una pura coincidencia que hayas aterrizado en un lugar donde pudiste descollar.

—¿Una coincidencia *increíble*? —sonrió Strauss con expresión bastante equívoca, y se quedó mirando al cielo con aire pensativo, como si se sintiera ligado a otras islas azules más allá de la oscuridad—. Yo estoy en todas las expediciones, Sean, bajo un nombre u otro. Como un mecanismo de relojería. Ganando tiempo, para mí o para mi descendencia. ¿Lo entiendes, Sean? Se hizo una clonación conmigo. Porque el viaje estelar es alquimia. La nave espacial es el matraz espagírico donde la esencia de la humanidad es aislada, preparada para un cambio radical. Y las estrellas nuevas son los hornos.

—¿Una clonación contigo? ¡Pero si eso estaba prohibido! Lo prohibieron antes de que tú y yo saliéramos de la Tierra.

—Hicieron conmigo la clonación y aceleraron el crecimiento y la educación de mis clones. Ése fue el secreto, Sean. Bajo diversos nombres ficticios, yo iba a ser, como tú dirías, el alquimista guía de la colonia... Si se presentaba la necesidad, como siempre supe que se presentaría, a medida que la colonia cambiase de orientación y los humanos se transmutaran en una nueva especie. E hicieron clones sólo de mí, porque siempre han sobrado buenos administradores y gentes por el estilo; en cambio yo era único... ¡El único que había conservado la fe! Naturalmente, la opinión pública creyó que la colonización era una empresa absolutamente normal, cuestión de transportar Metrópolis o un pueblo cual-

quiera a otro planeta. Pero eso jamás fue cierto. La idea de la colonización como un procedimiento para aliviar el exceso de población de la Tierra es ridícula. A cada hora nacen muchas más personas que las que seríamos capaces de transportar en un año.

—¡Ésa nunca fue la razón! Se trataba de diseminar la humanidad hacia las estrellas, para así mejorar nuestras probabilidades de supervivencia.

—Pues bien, eso tampoco era posible. No bajo estrellas desconocidas. Los extraños mundos procrean seres también extraños, y yo lo sabía. Fue un procedimiento, Sean, para interrogar a nuestra misma humanidad; una manera de averiguar lo que podía salir de nosotros. Ésa es la única razón profunda y verdadera para la colonización. Un móvil evolutivo. Nuevos nichos biológicos, nuevos seres.

—Te refieres a la evolución en el sentido darwinista.

—Y también a la evolución espiritual. ¡Triangular el sentido del universo desde perspectivas desconocidas! Superarnos a nosotros mismos. Pero, ¿cómo le venderías una idea así al público votante? ¡Oh, sinántropos, invertid vuestros caudales en el *Homo habilis*! ¡Oh, hombres de Neandertal, emplead vuestra fuerza para el avance del hombre de Cro-Magnon! Y sin embargo, la voluntad de evolucionar y transformarse es un arquetipo hondamente arraigado, como sin duda no ignoras. Es lo que, disfrazado bajo la panoplia de la navegación interestelar, suministró el verdadero empuje emocional... ¡y por lo mismo que nadie se atrevería a confesarlo públicamente! Era algo tan profundo como el mismo instinto de supervivencia. Pero, ¿qué es la supervivencia? Algo que impone el cambio y la transformación. Así ha ocurrido siempre. Mis compadres de otros lugares (o sus descendientes clónicos, puesto que fueron bien entrenados en ese aspecto de la biología) necesitarán para ello más tiempo que aquí, donde el oro cayó en mis manos nada más llegar. ¿Entiendes ahora lo que significa realmente la colonización de otros mundos? ¿Y cómo se ha de apacentar en secreto? Piénsalo, Sean, aprendiz mío. El ser humano debe alterarse.

Sean, aturdido, se sentó en un tronco. Knossos se acuclilló a sus pies, en afable parodia de la relación maestro-discípulo. El tronco no había caído víctima de la putrefacción; era un asiento rústico natural, preservado y mantenido,

—¿De modo que eres un clon de Strauss?

—No, yo soy el original. Tuve suerte, Sean. Mucha suerte. La suerte, al fin y al cabo, es un factor más del universo. Coincidencia. Sincronismo. ¿No era así como le llamaba tu mentor espiritual Carl Gustav? Llámalo como quieras. Consideremos tu propio apellido, Athlone. Afinidades electivas, ¿no? Tu mentor Jung sabía algo de eso. Éste es un plan muy largo, Sean. Sí, estoy, o he estado, en todas las expediciones.

Sean golpeó con el puño sobre la palma de la otra mano.

—¡No! Sencillamente, me niego a creer que la Tierra pusiera en marcha todo un maldito plan de colonización... ¡para secundar tus obsesiones alquimistas! No me lo trago, Strauss. Estás mintiendo.

—¡Ah, amigo! Naturalmente, ésa no fue la razón manifiesta. Sólo era el motivo profundo y no confesado. Como es lógico, la Tierra no puso clones de mí en todas las naves por hacerme un favor, ni siquiera porque hubiesen comprendido que yo tenía razón. Pero supe «venderme» a mí mismo, Sean, y con mucho éxito... Bajo las especies de lo que los antiguos futurólogos solían llamar una proyección a muy largo plazo, un comodín. Yo era hombre de cierta influencia. Conocía a mucha gente, tomé esa precaución. Mientras promovía mi causa, me moví entre bastidores. Trasplantar personas a mundos inexplorados no es lo mismo que transportar turistas sobre el Atlántico, ¿sabes? Es una partida totalmente nueva, Sean. Al menos se necesita un comodín en la baraja, porque puede ser útil incluso para la mera supervivencia. Seamos modestos: ¡tal vez hubo otros, desconocidos incluso para mí! Pero en este caso, por feliz sentido de la oportunidad, fui yo el comodín del que hubo que echar mano. E inmediatamente. El Objetivo Uno nos jugó una mala pasada: había inestabilidades estelares que la sonda *Génesis* no detectó. Así que el capitán

Jerónimo ensayó la otra opción. Pero el Objetivo Dos nos traicionó. Menos mal que estaban los alienígenas. Los imitadores. Los proyectistas de realidades.

Sean hizo un ademán hacia la ojiva de la *Schiaparalli*.

—La Tierra querrá enterarse de los resultados. Les gustará saber lo bien que te has portado.

Por efecto de un temblor en el aire, la *Schiaparelli* parecía tambalearse; durante un momento, Sean la contemplo como algo diferente, como otra posibilidad más apropiada.

—Sean, Sean, no quieras jugar conmigo. He actuado correctamente frente al desafío de este mundo y de sus creadores no humanos.

—Así que hubo un encuentro entre mentes... ¡Un pacto entre tú y ellos!

Strauss se mordió los labios.

—Durante la hibernación, sí. Tuve una visión. Un contacto onírico con ellos. Hablé con ellos en el espacio psíquico. Intercedí con lucidez. Mi... imaginaría les atrajo, porque ellos son transformadores. Transmutadores.

—¿Y el Dios? Era preciso que creyeses en un Dios para que incluyeran uno.

—Pues sí. Ahora estamos desarrollando un Dios, un estado de deidad en que entraremos todos.

—Me parece que no desempeña su papel de muy buena gana.

—¡Enfermedades infantiles!

—¡No era necesario incluir un Infierno!

—¿Y cómo no? Sirve para clarificar, para destilar. Y no es eterno. La mayoría de las personas pasan la mayor parte de tu tiempo, mientras recorren la espiral ascendente, en el Jardín, Admitirás que es bastante agradable.

Sean contempló los abundantes racimos de moras, al alcance de quien quisiera servirse. Asintió.

—De todos modos, celebro que lo hayas mencionado —continuó Knossos—. En caso de que tuvieras que informar, la situación de aquí podría parecer algo, digamos excesiva, a las autoridades de la Tierra. Me doy cuenta de que aun tardarían varios siglos en poder intervenir aquí y además, francamente, dudo de que pudieran, teniendo en cuenta los poderes que poseen los alienígenas. Pero es posible que mis clones de las demás colonias dejen de ser considerados como comodines; los mirarán como a víboras escondidas en su propio seno.

—Estoy seguro de que la Tierra comprenderá que lo hiciste todo por el bien común —dijo Sean con ironía.

—Todos evolucionamos en saludable simbiosis con los alienígenas, para mutuo e inmortal beneficio —asintió Strauss—. Luego el mundo podrá convertirse por entero en Jardín y Paraíso. Pero, ¿contarle a la Tierra lo del Infierno, el crisol? ¡Ah, no! Sería prematuro.

—¿Cómo puede hacerse Jardín un planeta que no gira sobre sí mismo?

—¡Bah, Sean! Basta con hacer que gire, y ya tienes el Milenio.

—Pero, ¿y el par de fuerzas...?

—Se trasladará al pequeño agujero negro que existe en el centro de esta cáscara. Nuestros alienígenas tienen grandes poderes, Sean. Lo único que les pasa es que les falta un poco de finalidad, y por eso toman prestada la de otras razas. Son camaleones, o mejor dicho supercamaleones.

—¿Qué ocurrirá después del Milenio?

—¿Quién sabe lo que podrá escoger un mundo de seres perfeccionados?

—¿Quizá tener hijos, al fin?

—¡Ah, sí! No quiero que los pequeños hayan de pasar por el Infierno. Soy un hombre compasivo. De todos modos, la población adulta es bastante numerosa. Convencí a la horda mental para disponer de cierto número de individuos clónicos idóneos, e hice que desarrollaran hasta el estado adulto nuestros óvulos fertilizados, imprimiéndoles la incli-

nación hacia conocimientos especializados: idiomas, habilidad, cierta intuición del sentido del mundo. Desde entonces, naturalmente, esos neoadultos han desarrollado sus propias personalidades inherentes, en el transcurso de *In Obra*.

—¿Individuos idóneos? ¿Cómo?

—¿Que cómo podía saberlo? Sondeando su patrón.

—Su espectro.

—¡Ah! ¡Lo has comprendido! ¿Tú lo ves así, no es cierto, como un espectro? ¡Hum! Sí, es lo más propio. Veo que sabes interpretar detalles muy finos de la psiquis. Yo me lo figuraba más bien como una columna de destilación fraccionada o una cromatografía, claro que eso se debe a mi formación... Otros adultos con cuerpos imitativos proyectados, animados por la horda mental. Somos suficientes..., pero aún podemos optar por tener hijos: perfectos hijos del Edén.

—¿Y qué pasará, Herr Professor, si la Tierra viene a por ti de todos modos..., con medios más poderosos que la *Schiaparelli*? ¿Qué, si la Tierra construye propulsores estelares más rápidos que la luz?

Knossos se encogió de hombros.

—La horda mental no puede mover sus mundos sino a velocidades sublumínicas, y eso que dispone de la propia energía del Vacío. Ninguna otra raza de las reanimadas por ellos construyó jamás naves hiperlumínicas para el seguimiento de sus radiobalizas. Creo que la velocidad superlumínica es imposible. Cuando todos alcancemos la fase de la perfección, Sean, estaremos a un nivel bastante diferente. El contacto con estas otras criaturas perfeccionadas tendrá lugar por otro canal: el del espíritu.

—Suponiendo que estén todavía por aquí, en algún otro nivel de existencia. ¡Lo que es muchísimo suponer!

—Piensa a lo grande, Sean. No cabe duda de que algunos hincaron el pico. Pero la vida es el lenguaje del universo. ¿Iba el universo a olvidar cómo articularse a sí mismo, dentro de sí mismo?

—¡Ah, sí! Tu programa de holovisión.

—¿Cómo sabes eso?

—Una maquinista me lo ha contado. Tu vanidad impidió que tu expediente quedase en secreto.

—¿Vanidad? ¡Oh, no! Mi expediente es... irrelevante, eso es todo. Ahora yo soy Knossos.

—Gnosis.

Strauss hizo una pequeña reverencia burlona. Luego sus facciones se endurecieron.

—Si quieres hacer el papel de abogado del Diablo, no obstante, ¡te prometo que hay un lugar para eso! Preferiría con mucho que fueses mi aprendiz, o mi igual.

—¿Me amenazas?

—¡Todo lo contrario! En el Infierno se desliza uno automáticamente, cuando no se purga de sus celos y de sus falsas lealtades. No me importan tus creencias, porque todo el mundo cree en algo. La fe es el marco necesario para todo pensamiento y toda acción. Creer en algo, aunque sea en la incredulidad. La fe es el aire que respiramos, o no estaríamos vivos. Pero no, puesto que tú ya tienes algún conocimiento del mecanismo psíquico de la proyección. Sólo te pido que apliques ese conocimiento, en vez de negarlo. ¿Acaso no consiste en eso tu empleo?

—Entre otras cosas, mi empleo consistía en informar a la Tierra.

—Bien, pues ahí está vuestra astronave. Ve allá. Reúnete con tu capitán y tu tripulación. Verás lo bien que cuadra ese marco de creencias después de todo lo que has aprendido. Ahora eres diferente, Sean. Estás alterado.

—Sí —admitió Sean.

Podía intuir a Muthoni, Denise, Jerónimo... al Diablo, al Dios, y el lugar que ocupaban todos ellos en el proceso de transformación en seres de un tipo más elevado. Si centraba

su mente en ello, intuía su posición, como las trazas en la cámara de niebla sitúan la colisión de sus «partículas» con otras partículas, liberando energía que da lugar a nuevas partículas cargadas, que de este modo se transforman lentamente a sí mismas. En cuanto a Jerónimo, parecía un producto perenne de la desintegración (o mejor dicho, una partícula de intercambio, como esos fotones que se intercambian en las interacciones entre partículas, pero siguen siempre allí): una unidad de observación. Una traza de luz en la lente que era el microcosmos de aquel planeta. Podía intuir sus curvas de distribución, sus rayas espectrales (y qué partículas tan exóticas, y sin embargo de larga vida, eran todas aquellas bestias «alienígenas» y aquellos pájaros, cada uno representado por la firma de su energía psíquica propia...). Por un momento, el Jardín floreció para él como un calidoscopio de energías chispeantes, en proceso de transformación, un intercambio de luz viviente.

—Las viejas lealtades son rémoras, Sean. Ve y desengánchate tú mismo.

El brillo de la ojiva de la *Schiaparelli* llamaba a Sean. ¿Tal vez era únicamente gracias a su propia resistencia (o a la resistencia empecinada de Austin, Paavo y Tania) por lo que su existencia concreta se mantenía dentro de la proyección planetaria? Podía alterarse, pensó, temeroso pero con una sacudida de excitación. Podía resultar absorbida en la proyección, para convertirse en un crómlech o en cualquier otro aparato de aquel mundo de transformaciones...

—Iré, desde luego.

Corvo, la urraca, bajó en vuelo rasante y, burlona, se cagó en su túnica.

25

—¡Hola, Austin, capitán!

La rampa de acceso todavía se proyectaba hasta el césped. Allí donde los cohetes principales de la *Schiaparelli* habían escupido fuego, el tiempo había restaurado la hierba, distinguible por su verde manzana más intenso. Los soportes de aterrizaje estaban cubiertos de flores, margaritas y primaveras. Los nomeolvides crecían a la sombra como notas de cielo, y las enredaderas trepaban sobre el acero.

Atraído por sus gritos, un pequeño oso pardo salió al prado con pasos torpes. Erguido sobre sus patas traseras, le contemplaba con ojos miopes; en realidad, en esa postura no parecía ya tan pequeño. El oso avanzó unos pasos, mientras daba palmadas con las manos como anunciando que iba a machacarle la cabeza. Era una osa, y él pensó que a lo mejor se trataba de Tania Rostov, transformada en cómico, aunque peligroso emblema ruso, por la actitud tan cerril que había adoptado frente al mundo bosquiano.

—¿Tania...?

Aunque no coincidía por completo, ¡indudablemente era una criatura en consonancia con ella!

Deteniéndose, pero sin dejar de balancearse, la osa dijo algunas palabras guturales y gruñonas que podían pasar por rusas.

—¡No te entiendo!

Las personas no se transformaban realmente en pájaros y bestias; ésa era la parcela de la horda mental subdividida. No obstante, seguía oliéndole a Tania.

Se oyó una carcajada en los matorrales. Tania en persona salió desnuda de entre ellos. ¿Se habría vuelto loca? La rusa estaba recubierta de barro y hojas que la hacían asemejarse a un soldado de infantería camuflado, aunque lo de ella era un maquillaje sobre la piel desnuda. Silbando estridentemente melodías de *Petrushka*, se puso a bailar. Ejecutó un *entrechat*, un *pas de chat* y una pirueta. La osa bailaba torpe, grotescamente, tratando de imitarla. Tania se detuvo y, puesta en jarras, contempló a Sean con mirada febril.

—Mi pequeña osa..., ¿está bien adiestrada, no? ¡Incluso sabe hablar por ventriloquia! ¡Ah, qué mundo tan maravilloso éste! Es mágico, como una pintura de Chagali. ¡Pronto echarán a volar hasta las vacas!

Bailó un poco más, siempre sobre temas de Stravinski recordados al azar: una parodia de las acrobacias yóguicas o pitagóricas de otros en el Jardín.

Luego se detuvo, jadeante.

—¡Si tuviera un poco de vodka para acompañar! Naturalmente —añadió en voz baja, furtiva—, si la soltase del dominio de mi mente, quizá se volvería contra mí y me haría pedazos. Supongo. Así que, ¡bailo!

Tania había rechazado con vehemencia aquel planeta. Por eso, éste (los alienígenas de la horda mental) le dejaban controlar una pequeña parte del mismo, aunque al precio de un esfuerzo cada vez mayor..., hasta que alcanzase el punto de ruptura. La locura debía preceder a la reconstrucción. Aquello era el comienzo de su bajada hacia lo inconsciente; estaba preparada para el Infierno, para el Gulag oscuro del otro hemisferio. Cuando se relajara y aflojara su resistencia, la osa daría cuenta de ella, exactamente como la leona había despachado a Sean y el unicornio a Denise. En apariencia, la escena era alegre: una feria gitana. O, por lo menos, fingidamente medieval: el baile de san Vito. Evidentemente, no había comunicación con ella, ni medio para ponerla sobre aviso. Ella y su osa (su alma contraria) estaban ya ligadas como los polos de un imán en una herradura. Para plantar en aquel lugar la semilla de su nuevo yo, tendría que superar el Infierno a su manera.

Sin dejar de silbar con fuerza, siguió bailando mientras la osa parodiaba sus pasos, entre gruñidos y resoplidos.

—¿Quién diablos...?

Austin Faraday estaba en lo alto de la rampa de acceso. Llevaba todavía el traje de la *Schiaparelli*, y una máscara filtrante que le cubría la nariz y la boca.

—¡Athlone! ¡Ha vuelto usted! Santo Dios, le ha salido el pelo, ¿o es que lleva peluca? Eso que viste es uno de nuestros uniformes, pero hecho trizas. ¡Ah! ¡Esos malditos monos...!

—¿Importa mucho cómo venga vestido, en comparación con el hecho de que he regresado?

Austin Faraday se palmeó los costados de su traje, muy orgulloso. Antes no eran más que ropas de astronauta; ahora Faraday las había elevado a la categoría de uniformes. El capitán se puso firmes, como si creyera que Sean iba a cuadrarse y saludarle. Mientras tanto, la osa y Tania la loca, cubierta de barro, continuaban con su *Ballet Russe*.

—¿Dónde están Muthoni y Laroche?

—Muthoni viene hacia acá. En cuanto a Denise..., este..., continúa estudiando el sistema ecológico. Y, ya puestos, ¿dónde está Paavo?

—¿Kekkonen? ¡Bah! Es un perverso sexual. Le encontrarás festejando y copulando por todas partes y con cualquiera. —Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Faraday, que volvió a ponerse rígido, y agregó enmendando sus propias palabras—: El señor Kekkonen ha salido en comisión de servicio. No debe de estar lejos de aquí.

Sean subió por la rampa, mientras Tania imitaba el silbato de ordenanza, y cuando llegó junto al capitán le abofeteó bruscamente.

—¡Austin! ¡Vuelve en ti!

Los ojos de Faraday se llenaron de lágrimas. Luego se abandonó inesperadamente, y lloró en abundancia, recostado sobre el hombro de Sean.

—Lo siento, Sean... ¿Qué han hecho con nosotros? Estoy seguro de que es debido a los frutos y al agua. Se acumula en el organismo. Me he reducido a las raciones de a bordo, pero tú estarás ya totalmente envenenado. Se han apoderado de ti. ¡Vete!

Sean alzó de nuevo la mano y Faraday hizo una mueca de temor.

—Tienes razón. Me estoy volviendo histérico. Es alivio, Sean, puro alivio. Eso es —emitió una risa nerviosa—. Has venido a relevarme. Te creíamos perdido. Estuviste ausente mucho tiempo. —El capitán cuadró los hombros y continuó—: No obstante, y dentro de lo posible, he procurado dominar la situación. Procurando dormir lo mínimo. Tomando píldoras estimulantes. —Parecía alucinado, y continuó en voz baja y tono conspirador—: En mis sueños, la *Schiaparelli* cambia. No puedo permitir que la astronave se convierta en una estalagmita, ¿no? ¡Te juro que estoy defendiendo la condenada nave a pura fuerza de voluntad!

—Y, por lo que veo, a ti mismo también.

—¡Ah! ¿Qué han hecho de nosotros?

—Pues mira, para empezar puedo contarte quiénes son «ellos», y lo qué es este mundo, y por qué. Como exploración, podríamos decir que la nuestra ha sido un clamoroso éxito.

Sí, para clamores el rugido del león que le había matado, u el clamor de los hornos del Infierno...

Austin Faraday apenas le prestaba atención. Su mente ya no estaba para entender la proyección del planeta (aquella proyección gnóstica, bosquiana y alquimista), ni la horda mental que la había llevado a cabo, ni el hierofante Heinrich Strauss, el comodín de la baraja. Faraday escuchaba sin oír nada; de pronto le fallaron las piernas y Sean tuvo que recogerle en sus brazos. No estaba desmayado sino dormido, el sueño de los agotados, de los que ya no pueden ni con su alma.

Sean transportó el cuerpo hacia la espaciosa escotilla de carga, convertida en un campamento a lo Robinsón Crusoe, con latas de comida esparcidas por todas partes, y un depósito de plástico para el agua conectado con un aparato esterilizador. Como armas de defensa, un rifle láser y otro lanzador de ampollas hipodérmicas, echados sobre un camastro que habían desmontado de uno de los camarotes de arriba.

Tras apartar las armas de un puntapié, Sean echó a Faraday sobre el catre y le quitó la inútil máscara protectora. Luego desmontó las pilas de los dos fusiles y las arrojó por la escotilla al otro extremo del prado.

Probó el ascensor. Ya no funcionaba. El resto de la nave quedaba inaccesible.

Lanzó un suspiro y salió otra vez a la escotilla abierta.

Desde el otro lado del prado, una figura vestida le observaba. Knossos alzó la mano en un saludo burlón. O quizá sincero. Corvo, la urraca, daba vueltas sobre la cabeza del hombre y graznaba alegremente.

Mi traidor, mi hermano...

Aunque, ¿cómo podía ser Strauss un traidor? Lo que se ocupaba en hacer allí era lo mismo que habría hecho Sean, aunque de una manera diferente. Los mundos extraterrestres jamás podrían ser reproducciones de la Tierra. Exigían un cambio, una transformación. Si Strauss tenía razón cuando decía que la finalidad profunda y verdadera de toda la aventura colonizadora era, en realidad, la transformación del hombre (que allí, en aquel mundo bosquiano, se producía orientada, proyectando los símbolos de la transformación directamente en el mundo exterior), entonces Sean quizás actuaría con más acierto dejando de luchar contra sí mismo...

Una mancha multicolor (de verde, amarillo y rojo) se precipitó desde los árboles en dirección a su cabeza. Era un periquito.

Soltó una carcajada. Hacía mucho tiempo, en Irlanda, había existido una orden de monjas del Santo Paracleto. Durante muchos años, y por culpa de sus padres que no corrigieron nunca un error que les parecía gracioso, Sean vivió convencido de que aquellas monjas vestidas de negro, desprovistas ellas mismas de todo plumaje, adoraban las reliquias de un periquito sagrado...

Ahora tenía su propio Paracleto particular, su espíritu santo, encarnado por uno de la horda mental.

Era, también, un bautismo en seco del Cristo que moraba dentro de él, del futuro ser perfecto, de la transpersonalidad por venir. Pero no como lo hubiera visto un Piero de la Fran-cesca, en colores discretos, sino como pájaro exótico salido de los trópicos de El Bosco.

Sean alzó la mano. Con un chillido de júbilo, el periquito se posó en sus nudillos y se agarró con sus patas prensiles. Le miró de reojo y habló con una vocecilla gutural de cotorrita:

—Hola.

—Hola.

—La Obra, la Obra —le urgió, y tras ahuecar sus plumas multicolores empezó a hurgarse un ala, aunque no había pulgas ni piojos en aquel planeta. A lo mejor el periquito tenía caspa. Mientras le rascaba perezosamente el cogote con la mano libre, Sean descendió por la rampa y se alejó en dirección al Jardín.

Pocos años después (en la medida en que uno conservase la noción del paso de los años), Sean volvió a pasar por el prado en donde había aterrizado la *Schiaparelli*, y se detuvo a echar un vistazo.

No se veía allí ningún artefacto de brillante acero, ni tampoco un fuselaje oxidado. En su lugar se alzaba en el centro del prado una poderosa torre azul, formada por la fusión de seis columnas hexagonales de mármol, a las que tal vez servía de núcleo central otra columna; o quizás ese núcleo fuese un hueco hexagonal que estaría recorrido por una escalera interior de caracol; en todo caso, al menos habría una columna hueca. En lo alto, una plataforma desprovista de barandilla rodeaba la torre, y en ella, dos figuras realizaban acrobacias. La una era blanca y la otra negra. En sus ejercicios gimnásticos no hadan ningún caso de la enorme altura. Un poco más arriba, las columnas se tornaban más delgadas en un obelisco rematado por un rombo, a manera de punta de arpón. Sean entrecerró los ojos y pudo confirmar lo que, espectralmente, había intuido ya, Los dos acróbatas eran Muthoni Muthiga y Austin Faraday.

—¡Hola!—gritó.

Su periquito, al que había bautizado caprichosamente con el nombre de Archie, echó a volar entre chillidos para atraer, o distraer, la atención de los gimnastas. Las dos figuras detuvieron sus movimientos, miraron abajo y saludaron a Sean. Luego se separaron haciendo la rueda en direcciones opuestas sobre la plataforma, hasta volver a reunirse y quedar en vertical sobre las manos y cara a cara. En esta postura invertida se pusieron a hacer el amor, despacio pero con ruidosas expresiones.

Sean aplaudió. Llamó a Archie para que regresara y le mandó a buscar transporte aéreo. Luego se acercó a la base de la torre y la rodeó hasta encontrar una losa de mármol que basculó bajo su mano para convertirse en una rampa de acceso. Ascendió por ella hasta que el contrapeso la cerró a sus espaldas, mientras él se veía en el núcleo central de la torre, que efectivamente era hueco. La escalinata espiral trepaba por las caras del hexágono interior, débilmente iluminado (aunque brillante para su hipersentido) por la luz del sol que se filtraba a través del glante rosado de la cima.

Subió hasta llegar al lugar donde, si aquello hubiera sido un vehículo espacial, se habría encontrado el puente de mando. Tras franquear una abertura ovalada salió a la plataforma vertiginosa que había sustituido a la cubierta.

Austin y Muthoni aún mantenían el equilibrio de su lento asana erótico. Sean palmeó jovialmente la grupa invertida de Muthoni, quien alzó la cara para sonreírle, mientras Austin, haciendo un esfuerzo, lograba guiñar un ojo. Cayeron en direcciones opuestas, deshaciendo la cópula, y rodaron ágilmente hasta ponerse en pie.

—¿Vamos a una Cabalgata, amigos? Hay una asamblea en el Lago de la Solución, al otro lado de las colinas de Kermes.

—¿Podríamos ir volando? —se animó Muthoni.

—¿Por qué no?

Austin paseaba de un lado a otro. La *Schiaparelli* ya no existía, y la Tierra quedaba muy lejos en aquel eterno mediodía. Apenas se acordaba de la Tierra, pero todavía te faltaba olvidarla un poco más. Sean vio que pronto le llegaría el momento de morir voluntariamente y pasar una temporada en el Infierno. Muthoni sorprendió la mirada de Sean y asintió con la cabeza, momentáneamente entristecida, pero en seguida recobró el buen humor.

En aquellos momentos un tiburón volador, conducido por un tritón, se acercaba por el cielo precedido del periquito chillón. Puso proa a la plataforma y la abordó lateralmente, hasta descansar una de sus alas en la misma. El tritón miraba ciegamente al frente.

Subieron todos a lomos del tritón y el tiburón emprendió otra vez el vuelo. Pronto se vieron navegando a un centenar de metros sobre las suaves ondulaciones del Jardín. Muthoni se sujetaba a la cintura de Sean, quien notaba en la espalda los nudillos de Austin, que se sujetaba del mismo modo a Muthoni. Austin, por supuesto, no llegaría a olvidar del todo; pero la Tierra acabaría por representar para él su vida uterina, su existencia prenatal. Su vida consciente se ocuparía de otras cosas.

Sean dilató su percepción y el Jardín se convirtió en un plano curvo de capas múltiples, como aquella cuadrícula multidimensional, pero lleno de contenido. Centellas relucían en los nodos de la cuadrícula donde interaccionaban las vidas humanas con las de la horda mental; y cada una presentaba su diminuto espectro en arco iris, rayado por sus particulares líneas de absorción, que representaban sus conocimientos.

Pero, en conjunto, la estructura todavía se le escapaba; por ello sentía de vez en cuando el gusanillo de algo que le faltaba, como cuando uno advierte que se le ha olvidado o pasado por alto alguna cosa. Aunque estaba seguro de que daría con ello. Sobraba tiempo para ello. El sol todavía estaba inmovilizado en el cenit y calentaba su piel a través de la túnica, lo mismo que la piel desnuda de sus amigos, marcando un tiempo siempre presente...

—*¡Realmente les hemos dado la vida, oh Bellastrellas!*

—*Nos hemos dado la vida nosotros mismos, ¡oh elemental!*

—*No. Esta proyección ha alcanzado la autonomía. La integridad, la autenticidad. ¡Estoy seguro de ello!*

—*Es posible que se comportaran de esa manera. ¡De mala gana! ¿Podremos estar seguros de ello alguna vez? Ítem, sin duda la interacción entre sus hemisferios cerebrales, el derecho y el izquierdo, era más sutil de lo que ellos mismos habían advertido.*

—*¡Por eso, oh elemental /Con un asomo de sarcasmo/ introducimos la retroalimentación para alcanzar un modelo probabilístico más perfeccionado! Insertamos la llegada de una nave espacial. Nuestro elemental bellastrella «Athlon» se ha portado magníficamente. Su influencia sobre toda la proyección reintegrará en sus psicologías esos cabos sueltos.*

—*Pero al hacerlo, quizá desarrolle un vector diferente del de nuestro elemental «Knossos». Para Knossos, la «Evolución» es una finalidad. Para Athlon, básicamente la evolución no es más que una superposición de estratos psíquicos que la erosión del tiempo volverá a exponer, exigiendo una reintegración. Athlon comprende (al menos, ocasionalmente) que su hipersentido, desarrollado en el Infierno, está aliado con la percepción inmediata del cerebro primitivo, que ahora debe integrarse con la razón neocortical.*

—*Estoy de acuerdo en que la visión de Knossos es más excitante.*

—*¡Y la más incierta! Aunque sólo en un grado de incertidumbre. Todo lo que sabemos de sus verdaderos procesos «inconscientes» es lo que ellos mismos lograron describir enciclopédicamente..., o lo que simbolizaron en las «obras de arte» que transmitieron. Ítem, el concepto de una metaentidad conductora, de una «deidad», es deficiente. Nosotros somos ya metaentidades idóneas. Nuestros elementales que están desempeñando los papeles de «deidad» y «antideidad» se sienten a disgusto.*

—*¡Tú eres el que siente angustia por la arbitrariedad de nuestro origen, oh elemental! ¿Quiénes somos nosotros para alabarnos? Si el sentido de la «deidad» arraigó tan hondo*

en la evolución natural de la mente «humana», es posible que refleje correctamente un aspecto de la realidad. No podemos dejar de tenerlo en cuenta.

—¡Pues yo digo que hay angustia en la proyección!

—¿Te refieres al Infierno? Indudablemente, hay una vena de masoquismo en su sistema de gratificación de la curiosidad. Sus cerebros funcionan según los principios del placer y del dolor, ¿no es cierto? ¡Un mecanismo dual! Así lo demuestran los datos neurológicos.

—Ítem, Athlon no ha descubierto la estructura oculta dentro de la estructura, aunque llegó a intuir nuestro origen. ¿Quizás es necesariamente imposible mientras siga siendo un «humano»? ¿O acaso nuestros elementales encarnados están demasiado simplificados y limitados?

—¡En esta partida hay más de un movimiento ganador! La «Obra» inaugura constantemente nuevas estrategias heurísticas genuinas. ¡Lo cual, sin duda, tendremos que aplicar subsiguientemente!

—Desconfío de la «Obra». Con los datos disponibles habríamos podido lograr otras proyecciones posibles de lo «humano». Por ejemplo, si hubiéramos proyectado la búsqueda marcial de la «belleza» según su cultura japonesa...

—Tiempo habrá para explorar las demás posibilidades. Yo sigo diciendo que la «Obra» es la que encierra más posibilidades. Y llegaría al punto de afirmar que es nuestro deber, en memoria del «humano» Strauss que insertó los datos de esa rara invención, la «alquimia», en los megabits de la transmisión. Tenemos ahí una herramienta que se puede aplicar a nosotros mismos y a nuestro dilema. Esa alquimia complementa magníficamente nuestro juego transformacional.

—¡Pero no podemos aplicarla a otras animaciones heurísticas extraterrestres!

—Porque todavía no la dominamos. La alquimia es una estrategia del entendimiento. Los símbolos que utiliza para ello son bastante peculiares, todos estamos de acuerdo en ello. (Aunque, sin duda, no para ellos, puesto que tales símbolos derivan de sus propios procesos inconscientes.) Son tan extraños esos seres. Sin embargo, creo que se reconocerían a sí mismos. Afirмо que los hemos simulado auténticamente y voto por la continuación. Es nuestro deber.

—¿Para con nosotros mismos, supongo?

—El deber, bellastrellas, es la derrota de la angustia. No caigamos nunca en el error de creer que las formas de vida ajenas surgen y comunican sus conocimientos meramente para divertirnos. Ya hemos dedicado muchos eones a la mera diversión. Durante el presente eón, seamos serios. Puede que descubramos algo que lo justifique. Repito que esa proyección ha logrado la autonomía. Ha desarrollado objetivos reales. Si los alcanza, elementales, es posible que nos sorprenda incluso a nosotros... ¡Casi tanto como nos sorprende nuestra propia existencia, para empezar!

—Pero, ¿cómo puede ser que una simulación defectuosa, una ficción, alcance objetivos mayores que nosotros mismos? Puesto que es imperfecta de raíz, y nosotros, por otra parte, somos perfectos. ¡Somos el punto final, para empezar! No podemos ser cualquier cosa. Estamos libres de las luchas, las «historias locales» de los seres planetarios.

—Entonces, ¿por qué seguimos ocupando nuestras mentes en esas existencias inferiores? Pues porque, oh noble horda mental, hemos de construir obligaciones para nosotros mismos. No debemos cometer errores que nos impidan seguir cometiendo errores, o habremos dejado de existir. Si bien somos una perfección originariamente arbitraria, bellastrellas, somos perfección en busca de error. El error es nuestra herramienta. Y todos nuestros mundos han resultado equivocados porque sólo eran aproximaciones. También éste lo es. Su fallo consiste en no ser una simulación perfecta, y ésa es la gracia que nos salva y nuestra noble hazaña. Por lo mismo que es defectuoso, nos proporciona una historia..., la historia de un error. El Infierno es el principal error en ese mundo. Su equivocación suprema.

—Pero, si la alquimia llega a su éxito, la transmutación total sin limitaciones, y todo el mundo se convierte en Jardín...

—No creo que ocurra. El Infierno seguirá gobernando al Paraíso, lo retardará y lo hará progresar al mismo tiempo. El Milenio no será este año y puede que se retrase un poco. Es preciso que nuestros elementales encarnados puedan seguir cometiendo errores creativos durante algún tiempo, pero en el sentido correcto. Así, algún día habremos cometido equivocaciones suficientes para entendernos a nosotros mismos y perpetuar nuestra propia existencia milagrosa.

—¡Debemos considerar más a fondo las imperfecciones de nuestro mundo proyectado! Cualquier objeto o entidad material puede conformarse con las cosas tal como son en la naturaleza, sin preocuparse por ello, pero nosotros hemos de preocuparnos. De manera que no podemos proyectar sino un mundo casi perfecto, con rocas, plantas, animales y humanos casi perfectos. En realidad, lo mejoramos sin cesar, de manera que los tiburo-nes vuelan, los peces andan y los árboles producen frutos sin insectos que los polinicen. ¡Ah, sí! Podríamos revisar el reino animal, e introducir los insectos, pero ésa no es la cuestión. Mantengo que aparecerán necesariamente otras imperfecciones. Con el debido respeto, oh bellastrellas, afirmo que este mundo no ha alcanzado, ni puede alcanzar la autonomía/homeostatis. Lo cual es muy importante.

—¡Pero nosotros somos perfectos! ¡Insistencia!

—¡No! Las imperfecciones necesarias del mundo proyectado deben enseñarnos que no es así. Existe un nivel de organización más allá de nosotros, que ni siquiera nosotros podemos reconocer. Los límites de la proyección demuestran que hay límites para nosotros, también. Nuestro límite consiste en no saberlo.

—¡Especifica!

—Ítem: ¿qué es el Vacío que nos suministra la energía? ¿Cómo podría «ser» una ausencia de Vacío? Ítem, ¿dónde está la vida en el universo, cuyas señales hemos animado? El elemental Knossos ha deducido que se había trasladado, cambiando de nivel de organización. Lo cual permanece oculto para nosotros, y el único camino por el cual podemos deducirlo es a través del desequilibrio de nuestra proyección imperfecta... ¿Pero no mediante nuestros propios intelectos libres, oh, bellaestrellas! Nuestro elemental Athlon tiene bastante razón cuando acusa de agnosticismo, de no saber, a nuestro elemental Dios... Porque ésa es la verdad, si no nos cegaran nuestros pequeños poderes. En comparación con la vida natural, evolucionada dinámicamente, somos como las máquinas interrogadoras del Infierno con respecto a los humanos analógicos de la proyección. El equilibrio estético del mundo proyectado proclama esa verdad sobre nosotros, si sabemos verlo. Paradoja: precisamente por estar ello fuera de nuestra capacidad de comprensión, se nos declara sin embargo a través de la proyección. Existe otro nivel de organización que encontrar, el cual quizá sea inencontrable por su propia naturaleza.

—¡Mera hipótesis! Existe un universo real, cuyo deporte somos nosotros.

—Pero, ¿qué es la «realidad»? ¿Qué es el Vacío? ¿Qué es el tiempo?

—¿Continuidad, consenso bellastrella?

—¡Continuidad!

Pero el diálogo entre el yo y el yo proseguía.

Allá lejos, en el espacio, otros elementales vinculados de la horda mental seguían, con una parte trivial de sus seres, la pista de los diferentes puntos de origen del reducido número de transmisiones enciclopédicas similares, procedentes de las fuentes desconocidas interceptadas durante el pasado megaeón. En particular, uno de los elementales localizó la situación del punto «Tierra» a un millar de parsecs de distancia, aunque no se esperaban más transmisiones de esa parte. ¿Para qué, cuando un mundo había realizado el esfuerzo de enviar tanto de su cultura, su biología y sus objetivos, codificados en bits de datos? Así que se prestó muy poca atención a ese punto en el Vacío, aunque sí la adecuada. La mayor parte de su atención estaba concentrada en el Jardín de las Delicias, el

Infierno y el Edén, donde la horda elemental, encarnada en un disfraz ajeno bailaba el cálculo complejo e irracional de la existencia, se sometía a límites, caía en errores, buscaba una solución...

El tiburón volador continuaba su vuelo, con el tritón sobre sus lomos, y a lomos de éste tres personas, semejantes a la imagen arcaica del mundo apoyado en la espalda de un elefante, que a su vez apoyaba sus patas sobre una tortuga... y la tortuga, ¿en dónde se apoyaba? Sin embargo, esa imagen no pertenecía a aquel mundo proyectado y Sean la descartó de su mente.

Al fin, el tiburón sobrevoló un valle en cuyo fondo se abría un estanque de forma perfectamente circular, en el que un buen número de mujeres alegres se bañaban. Alrededor del estanque, a una discreta distancia, giraba poco a poco el círculo de hombres conduciendo sus diversas monturas. Aún quedaban muchas bestias cuyos lomos estaban desocupados, y tiempo para que Austin aterrizase y buscase la suya (un grifo, un unicornio o un jabalí), y también para que Muthoni corriese hacia el agua antes de que la cabalgata animal acelerase su galope.

FIN